MARIA GRANATA

LOS TUMULTOS

EMECÉ

María Granata, cuya contribución a la poesía rioplatense la llevó a un lugar de privilegio en una generación de valores auténticos y perdurables, irrumpió en la novelística con un primer volumen que causó sensación. Los viernes de la eternidad, su primera novela, mereció el Premio Emecé 1970, además de la sugestiva coincidencia de la crítica en valorarla y de los lectores, que han ido agotando edición tras edición.

Los tumultos, su segunda novela, plantea poéticamente las angustias y desventuras, tanto como las pequeñas alegrías, de gente común. Lo cotidiano cobra aquí magnitud mágica, y es allí, en ese plano de lo irreal, donde halla la autora su expresión más estrictamente literaria.

Al igual que Los viernes de la eternidad, esta novela debe situarse en el realismo mágico, común denominador de lo más auténtico y mejor de la novelística latinoamericana.

Por Los tumultos, María Granata ha sido galardonada con el primer Premio Strega de la República Argentina.

NOVELISTAS
CONTEMPORÁNEOS
Novelas, cuentos y relatos

María Granata

LOS TUMULTOS

DE LA MISMA AUTORA
Por nuestro sello editorial

LOS VIERNES DE LA ETERNIDAD
(Premio Emecé 1970)

ANTOLOGIA POETICA
EL JUBILOSO EXTERMINIO

María Granata

LOS TUMULTOS

EMECÉ EDITORES

IMPRESO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723
© EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1974

I

Se juntaron en el patio esperando saber por qué Crisanto los había congregado ahí, y permanecieron alrededor de un rectángulo de luz, como dispuestos a recibir una áspera eucaristía. Tal vez las pocas palabras que el muchacho dijo, se veía que forzándose:

—Hoy mismo me voy de aquí.

No miró a nadie, ni siquiera a don Zósimo Lucas Ardanás, su padre, que en ese momento tenía la cara entre mojada y resplandecida a causa de lo que se le agolpó en los ojos y que no era indulgencia, más bien una aprobación que se le había abierto paso resueltamente.

En realidad no reparó en ningún rostro porque estaba viendo la imagen convulsa y viscosa que resultaba de la mezcla de todos.

Después continuó:

—Estoy decidido. Pero no me quiero ir como lo hizo Lucas, sin decírselo a nadie.

A muchos de ellos sus palabras le sonaron a blasfemia pero no le replicaron porque le respetaban la señal que le transparentaba la frente, un signo no visible, que nadie hubiera podido describir, es cierto, pero que todos sabían que estaba.

Guardaban silencio, es decir, se habían preparado para recibir su confesión, no sólo el anuncio de su determinación sino sus razones, que eso era lo válido. Y de pronto él entró en una agitación acompasada y exclamó:

—¡Tengo que andar mucho, cruzar no sé cuántos ríos y bosques y llegar a un monte en donde están luchando!

Y se veía que por dentro temblaba de una manera brusca y hermosa.

También don Zósimo tembló porque se sintió vivir. Pero a él lo que lo estremeció fue la mención de ríos y bosques.

Lo que Crisanto tenía de violento era la dulzura, una dulzura que hasta entonces había sido contemplativa y que de pronto se le había vuelto un furor radiante. Nadie le quitaba la vista; parecía haberse fundido en él, de repente, otro ser, un intruso. Uno de los hombres le preguntó:

—¿Quiénes están peleando y por qué?

—No sé quiénes son. Lo único que sé es que Lucas está allí, herido.

—¿Lucas?

Lo miraron estupefactos.

—Sí. Mi hermano —afirmó él.

—¡Si tu hermano se fue hace dos años, no menos! Y nadie sabe adónde. —Las mujeres se apiñaron aún más. Puede decirse que el rectángulo de luz se estrechó.

—¿Cómo lo supiste? ¿Te mandó algún mensaje? —preguntó una de ellas.

Crisanto no hesitó:

—No vino nadie. ¿Quién viene a esta casa? Pero yo estoy seguro de que es así. Es como si lo estuviera viendo. Lucas está escondido en un monte; tiene dos fusiles y una cantimplora, ni siquiera un caballo. Le han tirado a matar.

—No pensés que vas a dar con él. Es imposible.

—Estoy seguro de que lo voy a encontrar en donde la lucha sea más dura.

—¿Alguna vez te habló de eso?

—No; nunca.

El patio en que se habían reunido refractaba la luz del mediodía y de una manera imprecisa perdía sus límites.

—¿Y si te matan? —le preguntó uno de los hombres que estaba más cerca de él—. ¿No tenés miedo?

—Lo que quiero es salvarlo a Lucas.

Se volvieron todos a la vez a mirarlo a don Zósimo y le vieron la aprobación que ya le había invadido enteramente la cara.

Menos mal que no estaba Cenobia.

A un mismo tiempo, con una vibración que alcanzó la grandiosidad de un coro, todos pensaron en ella, y como si Crisanto

hubiese recogido en el aire ese pensamiento que los paralizó, dijo:

—Que no lo sepa mi madre. Que nadie se lo diga.

Una de las mujeres, Francisca Simón, vio que el cuerpo de Crisanto daba sombra a esa hora en que el sol caía a plomo, y que con los demás no pasaba lo mismo, una sombra contrahecha que no correspondía a su esbeltez, y que buscaba hundirse en el piso. Y se quedó meditando en que eso significaba algo, que al muchacho se le estaba abriendo un precipicio a los pies. Quiso gritarlo pero no se apresuró.

—¿En dónde está mi madre? —preguntó Crisanto.

¿Cómo responderle con precisión? Ella tenía el don de la ubicuidad. Parecía hallarse en todas partes al mismo tiempo, aunque lo seguro era que no había llegado a ese patio.

—Aquí no está —fue la contestación.

En ese momento Cenobia Palomar recorría la casa con un aire inmune, regocijándose en el matriarcado invicto que había instaurado allí desde hacía tantos años, desde que ella consolidara su autoridad hasta convertirla en una suerte de fatalismo.

La casa era un resumen del mundo, inmensa, casi imposible de conocer del todo, en medio de una extensión feraz que no cesaba de transfigurarse, plantada y replantada, exprimida y vuelta a enriquecer gracias a dilatados pastizales sepultos que impedían su agotamiento. Allí convivían sangres cruzadas y vueltas a cruzar hasta la fusión de un clan que nunca había amenazado con desceñirse y que Cenobia mantenía más unido aún como si para salvarse de toda posible soledad necesitara de esa inmensa cantidad de seres que tal vez por eso amaba desmedidamente, como si hubiera echado al mundo tanto al marido como a los hijos y a esa embarullada infinidad de parientes que no cesaban de fructificar, pero eso sí, con un amor formado también por despotismos que lo negaban.

Hacía décadas que no había tenido que venir nadie de afuera para incorporarse a la familia, tales eran las ramificaciones que diluían los parentescos. La última en llegar quién sabe de qué otros lugares, cuarenta o cincuenta años atrás, había sido una muchacha a la que hubo que lavar y casi descortezar para que le apareciera la cara, sacarle las polvaredas y después las llu-

vías que se le habían adherido y el viento y los reflejos verdes que el campo deja en la piel cuando se lo mira con fijeza. Su nombre se había perdido o acaso carecía de él; no obstante, el relato había pasado de una a otra generación. Los fundadores de eso que al principio, incontables años atrás, fue algo semejante a un aduar y que después había unido sus paredes hasta formar una intrincada, babilónica casa, habían sido los Palomar. El mando había quedado siempre en sus manos, secundados por razones de vecindad genealógica, unas veces por los Ardanás y otras por los Bermejo, los Reyes, los Ahumada, los Simón, rama ésta que parecía haber dado la vuelta al mundo antes de llegar hasta allí, crecida con la levadura de quién sabe qué razas, y a la que pertenecía Francisca, la mujer que se había quedado mirando la sombra torturada que en ese momento Crisanto daba contra el suelo, y que a ella le pareció un signo que había que descifrar, mejor dicho, que ya había descifrado.

Cenobia se escabulló por entradas y galerías mirándolo todo —y no es que inspeccionara, tarea imposible a causa de cuanto se había acumulado allí con el tiempo—; sólo necesitaba ahogar los ojos en cada palmo de pared, comprobar que su mundo seguía erguido y que desprendía el calor de su gente.

Cada generación había agregado un ala a la casa o, por lo menos, desniveles y complicaciones, bodegas y cuartos de techos altísimos; no era fácil descubrir cuál había sido el núcleo, el centro del remoto aduar que enlazó sus viviendas y cerró los espacios abiertos a través de múltiples abrazos del adobe. Quizás el sótano de piedra en donde don Zósimo Lucas Ardanás, el marido de Cenobia, se evadía y husmeaba el mundo inscripto en mapas colgados junto a inútiles escopetas, el mundo que no había podido siquiera avizorar ya que ella le había cercenado los pasos en cuanto quiso aventurarse.

Vaya a saber por qué razones los fundadores habían inculcado la idea allí indiscutible, de la conveniencia de no salir del extensísimo predio; era probable que llegaran allí huyendo de algo y eso debió ser lo cierto porque la memoria que quedaba del primero de los Palomar era la de un hombre constantemente agitado, con la lengua siempre afuera, como si hubiese corrido mucho y no dejara de hacerlo aun cuando estuviese

quieto. Cada generación creció con la idea de que el mundo era un espacio intrincado y temible y que el paraíso que entrañaba ese lugar con un riacho que lo refrescaba, no debía ser contaminado con lo que viniera de afuera. Y a fuerza de repudiar lo que no estaba contenido en esa área algunos de ellos tenían tan borroneada su idea del mundo que en cuanto se alejaban un par de leguas sentían el vértigo que provoca el borde de un abismo, como si hubieran llegado a un brusco límite del planeta, seguros de que un paso más hubiera significado una caída mortal, un buen golpe dado contra el cosmos.

Sin embargo, de vez en vez aparecía gente de otras partes, que mercaba de todo, mirados como una especie bastante asemejada a la humana. Y era por boca de ellos que se sabían muchas cosas, y el clan salía fugazmente de su ostracismo para respirar el aire que suelta la narración de hechos producidos lejos ya que las noticias, las historias, al ser contadas desprenden el ámbito natural en que se originaron. En esos casos, que no eran muy frecuentes, sólo algunos mostraban curiosidad mientras los otros permanecían atrincherados en su desconfianza. Esa actitud de rechazo al resto del mundo había llegado a ser un rasgo hereditario impreso por el primero de los Palomar con tanta fuerza que no podía pensarse sino en una huída desesperada, no sólo de él sino de cuantos lo acompañaron y lo ayudaron a construir eso que al principio debió ser sólo un refugio, y entre quienes figuraban tres hermanos menores de él que *compartían su permanente agitación* y esa manera de vivir con la lengua afuera que terminó siendo familiar y que de vez en cuando aparecía en algunos de los descendientes. El hermano mayor de Cenobia había sido el último en nacer agitado. "Un Palomar de ley" —había anunciado la comadrona. El afincamiento fue acérrimo como sin duda debió haber sido la carrera del primero de ellos, al que alguien, por una u otra razón quiso darle caza, y que pese a que la lengua le colgaba impartió las órdenes para levantar muros que más correspondían a una fortaleza, o a muchas. El hecho es que a causa de tal caudal de barros cocidos y baldosones, de tantas tapias y escaleras y recintos que parecían celdas, aquello había tomado la forma de un laberinto redimido en los patios interiores y en las ventanas que daban à una soledad fértil, es decir, a

sembradíos, corrales, graneros, barracas, sin otra casa a la vista, como si hubiesen despuntado fronteras que salvaguardaran de invasiones y arrasamientos.

Cenobia no había asimilado el Ardanás aportado por su marido; seguía sintiéndose Cenobia Palomar como cuando había venido al mundo, allí mismo, dispuesta acaso desde su primer día a cuidar de que nadie desertara, a defender esa aglutinación de seres y muros para que la casa tomara la fuerza de un pueblo. Y la había tomado, no sólo porque ella lo estableciera sino porque supo asentar, apisonar la fisonomía familiar como nadie lo había hecho. Y también porque asumió omnívoramente una jefatura que no accedió a compartir con su marido, pasto de espejismos, turbado por el cabrilleo de la lejanía.

Y hasta tal punto se había convertido en el centro natural de ese conjunto vivo, plasmado de acuerdo con la morada que lo cobijaba, que todo debía girar en torno de ella. Conocía a la perfección a cada uno de los que componían esa reseña de mundo, y husmeaba con anticipación tanto las enfermedades como las pasiones. Pero a Crisanto no le había adivinado la decisión de marcharse. Conocía la época de las siembras y de las pariciones de sus animales —un ganado formado por tres o cuatro especies—; y estaba en todo, en los nacimientos y las agonías, en la formación de los amores, en los miedos, pero no había advertido que desde hacía un tiempo los pasos de Crisanto se habían vuelto afilados, como los de Lucas antes de irse. Y de tanto fijarse en la muchedumbre de hechos y cosas que la circundaban no veía lo que debía haber visto desde el primer momento. Lo que vio Francisca Simón que, después de todo, no era casi nada del muchacho pues tenía con él un parentesco tan endeble que apenas los ligaba una hilacha de sangre.

De pronto se detuvo embelesada porque lo vio salir a Dionisio de una de las habitaciones donde, en medio de una atmósfera ácida, se guardaban tinajas y cacharros que seguramente habían traído los fundadores. Era el tercero de sus hijos, un adolescente de vasta sangre a duras penas contenida, con un rostro de semidiós que la timidez velaba, amado por casi todas las mujeres de la casa. Pero ella a quien más quería era

a Crisanto, el mayor, el que estaba a un paso de irse, sin que ella percibiera el hecho que ya había empezado a formarse afuera y que después debería contener abriéndose en dos para darle cabida.

—¿Y tu fiebre? —le preguntó a Dionisio saliendo de su embeleso para entrar en el ejercicio de su rígida custodia.

—Hoy la siento menos —contestó él pasándose por la cara un trozo de tela blanca, de lino, embebido en vinagre aromático.

—A los ventiún años te pasará. Cada siete el cuerpo cambia, como si empezara de nuevo.

Lo que niguno de los dos sabía era que esa fiebre que lo escocía al muchacho desde los dieciséis años no se originaba sólo en su cuerpo, que en parte era el reflejo del deseo continuo y sepulto que provocaba en las mujeres jóvenes de la casa, un deseo que debía soslayar el incesto debido a la profusa consanguinidad.

—Es mejor que te refresques en el riacho —le aconsejó Cenobia.

—¿Para qué? Por lo que dura el alivio...

Es que a Dionisio esa fiebre no lo abatía; como si sospechara su origen, la sentía transcurrir en su ser como un don, un río interior, más bien aguas de termas que crecían y decrecían.

—¿Dónde están los demás? ¿Se puede saber? —le preguntó abruptamente la madre como si en ese momento acabara de reparar en que el sector de casa que había recorrido se encontraba casi desierto.

—Creo que en uno de los patios.

—¿Haciendo qué?

—No sé. Tomando sol.

Ella pareció contrariada.

—Al sol hay que tomarlo junto a la alfalfa y las bestias. Ese es el que vale —levantó los ojos al cielo y añadió—: Ya es mediodía.

Y lo vio a Dionisio caminar casi pegado a una pared húmeda, hurtándole su agua, poco menos que lamiéndosela. Y se preguntó cómo era posible que esa pertinaz fiebre de su hijo no la inquietara, que llegara a parecerle una prueba ostensible del arraigo, una atadura de calor que lo fijaba allí. En

ese momento descubrió que Dionisio padecía gozosamente el hecho de estar enclavado en su medio casi tanto como ella o, por lo menos, de una manera distinta aunque igualmente vigorosa.

—¿Vas para allá? —le preguntó antes de perderlo de vista.

—Sí.

—Que sepan que ya es mediodía —fue su orden.

Y después lo vio abismarse en una escalera de hierro porque descendió precipitadamente.

"¡Qué hermoso es!" se dijo tratando de hallar la procedencia precisa de sus facciones y de su encanto. No se podía decir de los Ardanás ni de los Palomar que tuvieran belleza. Pero un rostro se forma desde tan lejos, significa de tal modo un rescate de formas ya deshechas, sin contar sus combinaciones posibles... Y a veces ocurre, como en el caso de Dionisio, que distantes generaciones contribuyen con lo más precioso de sí mismas, una línea, un movimiento, un halo de perfección, es decir, una suerte de singular donación cuidadosamente elegida.

La orden que acababa de dar Cenobia, ese "Que sepan que ya es mediodía", significaba la convocación al almuerzo en un comedor universal que huía hacia cuatro galerías, estrafalario a causa de todo lo que decenas y decenas de antepasados habían colgado en sus paredes y que nadie se hubiera atrevido a sacar de allí; un comedor derramado en la casa como un ámbito tabernario prolongado en las conventuales galerías que ya habían sido invadidas por angostas mesas yuxtapuestas y que daba la impresión de haber sido antiguamente una capilla, quizá por su artesonado o porque uno de sus muros mostraba la figura de un ángel con una sola ala, acaso un símbolo o una mutilación debida a un réprobo o simplemente a la humedad.

Cuando Dionisio llegó al patio los vio a todos incapacitados de moverse.

Vio que a la superficie de la cara de su hermano salía otro ser, un desconocido luminoso que en el acto pactaba con él una estrecha complicidad. Dionisio asintió con la cabeza a ese acuerdo cuya formulación relampagueante, ya que no duró más que dos segundos, entendía oscuramente. Pero supo en

cuanto llegó al patio y atravesó el silencio de todos, que su hermano necesitaba sentirlo adicto, y le volvió a hacer otra señal afirmativa con la cabeza.

Ya no sufría su fiebre. Acaso porque ninguna de las mujeres lo había mirado.

La voz de don Zósimo Lucas Ardanás se levantó sin vibraciones:

—Dionisio, tu hermano se va hoy de esta casa así como se fue Lucas.

El muchacho no se sorprendió. En su conciencia ya había empezado a irrigarse ese conocimiento.

—No se lo digas a tu madre —continuó diciendo don Zósimo—. No hay que poner muros ante los pasos.

Dionisio contempló el tinte de tristeza de esas palabras y se dirigió impulsivamente a su hermano:

—Entonces ¿por qué no te vas ahora mismo?

Crisanto sonrió, desamparado. Para ser fuerte en ese acto de desgajamiento necesitaba aspirar, una vez más, los vapores calientes de una ceremonia familiar, verla a su madre todavía una vez para explicarle sin ser oído por ella las razones y la ansiedad de su alejamiento, estar reunido mansamente con todos, corporizar la despedida en un trozo de pan que se lleva a la boca sin tener hambre.

—No —contestó. Y no dijo por qué.

—¿No es mejor que lo vuelvas a pensar? —le preguntó Francisca Simón sin quitarle los ojos a esa sombra extemporánea.

Crisanto la miró desde su inmovilidad que ya se le había tornado ascética.

—Volver a pensar en lo mismo fija más la idea, no la cambia —respondió.

Mientras tanto, Cenobia continuaba su recorrido como obedeciendo a un trazado preciso. Y cuando la Sudario empezó a gritar se quedó quieta, con miedo de que el alarido seco, cortante, pudiera resquebrajar algún ladrillo en ruinas.

Los que se hallaban en el patio miraron hacia arriba, hacia un mismo lugar. Ya sabían dónde estaba la Sudario. Y por qué gritaba. Es que creía haberlo visto a Dios.

Todos los días a la misma hora, justamente cuando la luz

era más resuelta, la única hija de Cenobia y de don Zósimo, daba un grito en el que parecían mezclarse un himno y un aullido. Y esa voz extasiada y selvática no volvía a repetirse hasta el mediodía siguiente. Era punzante, seguramente laceraba algo, y a la vez era breve, no se prolongaba en esos sonidos que van a la zaga de los clamores.

En los últimos tiempos la voz desmesurada de su hija la inquietaba a Cenobia como todo lo que se salía de la norma que fija a los hábitos un lugar y un modo de ser, una forma ya asentada. En la casa todos de alguna manera lo habían buscado a Dios y tal vez muchos de ellos lo habían encontrado, pero sin dar esos gritos de desollado vivo como si la presencia divina fuera desgarrante. Después de la siesta las viejas solían charlar con Dios en voz baja, sentadas en uno de los patios, sin hacer aspavientos, como con un benévolo pariente a quien se le puede contar todo lo que pasa sin temor de que la confidencia después ande de boca en boca.

Cenobia no aceptaba los cambios; hacer algo que no habían hecho sus antepasados le parecía un reniego. Uno de esos mediodías en que el grito de la Sudario duró algunos segundos más, tuvo conciencia de que ella no podía manejarlo todo como había ocurrido durante tantos años. No sólo algo cedía en el absolutismo de su autoridad sino también en los cimientos sobre los que se levantaban paredes y vidas. Ese día pensó, más exactamente a la noche, a lo largo de un insomnio propicio para las cavilaciones: "Cuando hay cambios en las costumbres de una casa, cambios que no traen más cantidad de vida sino de sobresaltos, es que alguna insurrección, grande o no, se anda formando por ahí".

Durante generaciones y generaciones Dios había estado con ellos, tomando sol, participando de las conversaciones y de los trabajos, que es lo que debe ser y lo que sucede en todas las casas. ¿A qué se debía, pues, esa búsqueda? ¿Es que Él había abandonado el patio principal, el comedor, los graneros, los ojos de los animales?

Un día, pensando en eso se dijo: "Si es que Dios se ha convertido en la posibilidad de una aparición y ya no es lo que era, una presencia cotidiana, común, aunque no mostrara su cara que no teníamos necesidad de ver para saber que es-

taba, es que en la casa ha entrado algo malo, algo que la corroe".

Un año atrás, al terminar el invierno, la muchacha le había dicho a su madre que quería irse de la casa, no porque hubiera dejado de querer a su gente sino para buscarlo a Dios.

—¿Es que Dios está en un sitio fijo que se pueda señalar con la mano? Si Dios está en todas partes, eso quiere decir que también aquí —le había contestado ella con una energía que intentaba ser reveladora de una verdad y, al mismo tiempo, la explosión de su disgusto. Después de lo cual añadió—: Dios estuvo siempre en nuestra casa.

—¿Lo viste? —le preguntó exaltada la Sudario.

—No. Pero muchas veces lo sentí cerca.

La muchacha la miraba absorta, la cara incandescente.

—¿En qué lugar lo sentiste más cerca?

Cenobia no sabía qué responder. Sólo pensó en cómo retenerla.

—En una de las habitaciones de arriba donde no hay nadie —le contestó.

Ya se había ido Lucas, el segundo de sus cuatro hijos.

Admitir que también ella pudiera marcharse la había dejado anonadada, y cuando pudo recobrar el movimiento y el calor necesarios para formar una voz que no semejara algo pequeño y corroído, le dijo:

—A Dios lo encontrarás aquí. O en ninguna parte. Dios entra en las casas y se queda.

Ese día la había llevado hasta el ángel mutilado del comedor, un fresco ligeramente desleído. Quizá pudiera comenzar por ahí. El ángel tenía los ojos ocres. Era probable que en un tiempo hubieran sido dorados. Y boca de niña. Y un desequilibrio sacrílego provocado por la ausencia de un ala. Y manchas azules por todas partes. Y la muchacha no se conformó con la imagen religiosa pintada en la pared, y se puso a buscarlo a Dios en aquella enjalbegada Babilonia, hasta convencerse de que debía aguardarlo en la única habitación vacía, desierta pero llena de volátiles fulguraciones debido a la luz del mediodía que allí se quedaba suspendida más tiempo que en otros lugares y que terminaba por caer como golpeada contra los

zócalos de algarrobo. Y cuando creía que estaba a punto de verlo, daba su grito, su canto y su aúllo conjuntos.

En realidad, la única hija de Cenobia Palomar no se llamaba Sudario: alguien le había puesto ese nombre cuando se estuvo una semana entera apretando una sábana contra su cara para ver si el lienzo recogía su rostro. Y aunque sólo tenía veintidós años, poseía el tiempo de los solitarios, el peso de extinguidos días que ya se traen al nacer; y eso es lo que puso en la búsqueda de Dios, no ázoramiento ni pasión sino la superficie desértica de su tiempo. Y cuando alguien le preguntaba si lo había visto, y aun antes de que ella contestara le rogaba su descripción, sus grandes ojos se congelaban.

La Sudario poseía ojos vegetales, ojos que hubieran correspondido a los árboles en caso de tenerlos.

La primera vez que gritó, acaso agredida por su propia expectativa, todos acudieron pero nadie pudo acercársele porque en el acto había creado una atmósfera hostil a toda intromisión. Y después se fueron acostumbrando al alarido luciente y nadie acudía.

Cenobia atravesó un patio de ladrillos, salió a examinar el estado de los corrales y volvió a entrar.

En el momento en que se disponía a llegar a la cocina para asomarse a los calderos tormentosos de hervores, alrededor de ese rectángulo blanco que todos de alguna manera habían contribuido a formar como el mantel de un rito, Crisanto repetía con lentitud:

—Lucas está en un monte, bien adentro —y añadió—: Le deben haber disparado esta mañana.

—¿Cómo se te ocurre todo esto? ¿Tuviste un sueño? —le preguntó bruscamente Francisca Simón.

—Estoy despierto desde hace siete días. Y sé que es así.

Parecía estar viéndolo. Y lo decía conteniendo los impulsos que se le habían vuelto espesos.

Porque desde niño, desde que el olor a leche de su cara dejó de ser la prueba de que sólo estaba en el mundo para crecer, miró más lejos que los demás. En realidad, la primera lejanía la vio en los ojos de su padre, de ese arrasado don Zósimo que guardaba, como si se tratara de trozos de piel del planeta, los mapas que quién sabe cómo habían llegado a la

casa, a través de alguien que se había ido y que había regresado, quién sabe en qué generación, o bien pudieron pertenecer a los fundadores del clan porque siempre habían sido mirados como algo que había que respetar, hasta que don Zósimo se posesionó de ellos y un día los ojos le empezaron a navegar por bien orientadas lejanías aunque los pies se le quedaron allí, esas malditas plantas que no se atrevieron a hollar otro suelo que no fuera ése. El tremendo arraigo de su mujer lo había enclavado allí, y también la tradición hoscamente sedentaria de sus antecesores. A veces pensaba que se había casado con una raíz, una raíz delgada y, sin embargo, fuerte como las piedras de los cimientos, que le había dado sólo cuatro hijos y no una centena como se hubiera podido esperar de ella: Crisanto, que se parecía a él en una estremecedora aunque fugaz semejanza interior; Lucas, del que nada sabían desde hacía dos años, como si el mundo lo hubiese ocultado en sucesivas envolturas vivas; la Sudario, en quien descubría su misma necesidad de aventurarse, esa necesidad que ahora le revelaba Crisanto y que no había sospechado en Lucas, sólo que la Sudario quería llegar más lejos que todos: quería encontrarlo a Dios. Y Dionisio, bello como el verano.

En el patio desbordado y caliente, los hombres y las mujeres que se sentían alrededor de un hecho que bien podía llegar a ser temible, lo escuchaban a Crisanto repetir su decisión como si él mismo precisara decírselo más veces aún para tener el valor de tomarla, mientras don Zósimo pensaba en Lucas.

Lucas había abierto un camino que sólo Crisanto veía claramente. Al irse no es que dejara de sentir lo victorioso del afincamiento dentro de esa área activa, pero quiso salir al encuentro de otro paisaje humano, sabiendo o no que su sangre podía adelantársele y llegar antes que él.

—Ya me esperó demasiado tiempo. Debí irme con él. Soy su hermano mayor y debo ayudarlo —siguió diciendo el muchacho sin poder fijar los ojos en nadie por separado quizá porque en su alma ya se había alejado de ellos y los veía borrosamente.

—Es una locura irse así sin saber adónde, como si el mundo fuera nada más que un camino —dijo Francisca.

—Peor es quedarse cuando a uno lo están llamando a gritos —explicó él.

—¿A gritos? ¿Oíste su voz?

—Un grito es otra cosa, no tiene por qué ser una voz.

"¿Qué hará Cenobia si se le va Crisanto como se le fue Lucas?" —se preguntaron todos tan dentro de sí mismos que la pregunta fue sólo un rápido trazo en sus conciencias, una señal. Crisanto tenía también una señal, en la frente, no visible, pero todos sabían que allí había algo, un signo confuso que un día aparecería clarísimo.

Lucas no había vuelto siquiera para probar que continuaba con vida. No había llegado de él un mensaje, una referencia. Tal vez sólo a Crisanto, quién sabe de qué modo le llegó un temblor de su hermano, un pedido de ayuda, pero él no podía precisar nada, probablemente su idea de irse había creado esa imagen, esa necesidad, de una manera oculta para que él mismo no se diera cuenta. Después de la partida de Lucas, que fue secreta como si hubiese contenido las pesadumbres de una traición que ha precisado demasiado tiempo para salir a la superficie de los hechos, Cenobia sintió que con ello se iniciaba en la casa una resquebrajadura, que ésa no sería una deserción aislada, el punto de partida de un tumulto, mejor dicho, era un tumulto en sí misma, como si en ese abandono todos hubiesen renegado de la unidad y la hubieran dejado sola. Y durante cuarenta días lo esperó a Lucas de pie junto a la puerta principal, día y noche, sin hambre ni sueño, rígida, lavada por la lluvia sin advertirlo, sin sentir nada más que todo lo que cabía y ocurría dentro de su propia expectación. Y era inútil que la llamaran, aun componiendo un clamor con su nombre, que intentaran, y no pocas veces con energía, disuadirla de esa vela que parecía desprender de ella todo lo accesorio, y dejarle a la vista lo único trágicamente vivo de que está hecho el ser. Y nadie era tan fuerte como para sacarla de allí; y aun cuando se hubieran enlazado todos en una apretada cadena para arrancarla de pie o caída, no la habrían arrastrado un metro, ni siquiera movido.

Pasada esa cuarentena en la que agotó la esperanza porque de golpe, en la zona más lúcida de su conciencia supo que Lucas jamás regresaría, Cenobia volvió a entrar en la casa. Era

una mañana húmeda, deslucida. Todos la habían seguido en una actitud de cortejo funerario —nadie se había atrevido a precederla—, y aunque estaba ungida de autoridad se veía que una parte de ella había sido asesinada.

Después de ese día nadie se animó a nombrar a Lucas en su presencia, ni siquiera a pensar en él cuando ella estaba delante.

En cambio, don Zósimo sintió que el fragmento más alegre de su ser se había ido con su hijo, que lo acompañaba en su andar por el mundo aunque a veces tenía que hacer un alto para descansar —es claro, no poseía la edad de él, es decir, la tenía pero desfondada por el amontonamiento de más años—; y experimentaba la sensación de tocarle la piel al mar —una de sus obsesiones— y de saludar a todos sus semejantes, uno por uno —otra de sus obsesiones—, porque a don Zósimo, que mostraba de la frente hasta la barba un baño de candor, le hubiera gustado conocer o, por lo menos, saludar a todos sus contemporáneos aunque admitía la imposibilidad de ello, no sólo por la extensión de la tierra y la inviolabilidad de ciertas geografías sino por el trastorno que representa para una tarea como ésa la alteración provocada por los nacimientos y las muertes.

Al día siguiente de la partida de Lucas —él y su mujer se enteraron por boca de otros ya que el muchacho se había ido sin anunciar nada, sin despedirse siquiera con una lágrima rabiosa por eso tan difícil que era dejar lo que amaba para ir al encuentro de lo que debía amar, aunque Cenobia ya le había visto los ojos como llenos de voces—, al promediar la tarde, don Zósimo se había metido en el sótano tratando de respirar sus mapas para adivinar hacia qué sitio se dirigía Lucas. Necesitaba descubrirlo para poder acompañarlo aun quedándose allí.

Un año después le perdió el rastro.

Al principio estaba seguro de que el muchacho había tomado por el sur, que quince días después había vadeado un río ¡le parecía tan absurdo que un río se pudiera representar con una sola línea! Y llegó a estar seguro de que tres meses más tarde había elegido el este, la región boscosa, y su imaginación lo internó de tal manera en un bosque que durante días y días estuvo impregnado de resinas y fragancias letárgicas. Y a ve-

ces se sacudía una que otra hoja. Pero con el correr del tiempo empezó a vacilar, a desorientarse; estaba convencido de que Lucas había abandonado la zona boscosa pero no supo precisar hacia qué dirección. Y terminó por perder definitivamente ese rastro que de alguna manera lo había hecho andar por el mundo.

Por eso cuando Crisanto anunció su deseo de irse, ya que no se atrevió a callarlo como lo hiciera Lucas, don Zósimo comprendió que se le daba la posibilidad de otro viaje. Pero esta vez trataría de que el rastro no se le perdiera. Su cara envejecida y aniñada, de facciones pequeñas y temblores prontos a mostrarse en cuanto se producían en su alma, parecía haber ganado una condición volátil, haberse liberado de ese cuerpo que durante sesenta y dos años la había llevado atada a un cuello rígido, siempre por los mismos lugares, por ese reducido trozo de corteza de mundo en el que tenía la impresión de haber vivido y muerto por lo menos una decena de veces, siempre amarrado a Cenobia, por un fuerte lazo y siempre, también, sojuzgado por ella. Comprendía, sí, que Crisanto se marchara —era tal vez el único en aprobarlo—, pero lo que no entendía bien era eso de los fusiles y la cantimplora. Eso de la lucha.

Francisca Simón, que tenía el pelo motoso y un color atezado que la consumía, que sin duda se nutría de ella como si toda su piel de beduina fuera un gran parásito perfectamente amoldado a su ser, lo miraba a Crisanto como se mira al enemigo de todos, no al propio, y pensaba: "Cenobia no soportará esto".

Se había consagrado a ella casi tanto como a Elvira, su hija, desde el primer día de su viudez. Y de tanto adherírsele había terminado por anticipar en sí misma lo que la otra llegaría a sentir.

Cuando Dionisio dijo en voz alta: "Ya es mediodía", la convocación que ello entrañaba extendió un aire de alivio, ensanchó una piedad que de alguna manera ya estaba allí.

Crisanto fue el primero en dirigirse a una escalera de piedra que al nivel del tercer escalón se bifurcaba y conducía, hacia la izquierda, a un corredor estrecho.

Cuando llegaron al comedor que parecía contener el cobi-

jamiento de un sector de ciudad, Francisca Simón miró al ángel.

Cenobia ya estaba.

Y casi de golpe, antes de que alguien pudiera hablar, se desató un ajetreo sin pausa posible; la cocina, casi un mercado que devoraban fuegos indisciplinados, desembocaba allí, y de su submundo llegaban humos y cuchicheos y el olor del ají clavado como una uña en los vapores.

Cenobia vigilaba cada mediodía la distribución de todo aquello que se había recocido y soltado espumas en los calderos, cuidando que la exultación de la gula no fuera mayor que el espíritu religioso que la mesa debía exhalar como si un dios hambriento se hubiese sentado entre ellos. Claro que lejos de donde se sentaba ella, en las mesas que habían violado las galerías, había siempre un sibarítico ambiente de festín, y el vino empapaba los manteles y los volvía violetas. Pero eso escapaba a la percepción de Cenobia.

Crisanto no conseguía probar bocado y los demás, contrariamente a la costumbre, comían con una mesura agobiada.

Cenobia advirtió la circunspección y pensó que por fin todos, aun los niños, habían aprendido a oficiar el rito, a espantar a los demonios tabernarios para integrar la atmósfera de bendición que deben tener las comidas. "Porque una mesa es sagrada puesto que reúne" —se había dicho con frecuencia.

Crisanto miraba a hurtadillas a su madre, los miraba a todos en el intento de hacer de esa muchedumbre de rostros uno solo y absorberlo, trazárselo como con una aguja candente en los ojos, tatuarse con él. Y después se llevó a la boca un trozo de pan, y lo que malamente empezó a comer tomó el sabor de las hierbas amargas, comida de eremita o guerrillero.

Francisca Simón no se atrevía a mirar a Cenobia.

El vino permanecía en las botellas, un mal signo por cierto. Don Zósimo escarbaba en su plato una especie inexistente, refugiado en esa tarea, a sabiendas de que era inútil, pero lo que en realidad hacía era consumir el tiempo que Crisanto necesitaba para irse. Pero ese mediodía el tiempo se había estancado sobre los manteles. Faltaba el aire, se sentía la presencia de una mansedad alevosa.

De pronto los chicos se levantaron, como lo hacían siempre,

para llevarle confituras al ángel del fresco. Le frotaron azúcar en la boca, subidos a un banco. Lo embadurnaron con hilos de miel, y las viejas volvieron a su retahíla de todos los días:

—Ahora lávenle la boca porque se le va a llenar de moscas.

Por primera vez en su vida Crisanto pensó en las moscas como en algo despiadado, las vio ennegreciendo la sangre de una herida fresca.

La boca enmelada, brillante de azúcares, con una baba de frutas aplastadas con fuerza, parecía viviente y ávida. Y las mujeres insistían en sus órdenes a los chicos, en sus comentarios:

—De tanto restregar allí le van a borrar los labios. ¿No ven que ya los tiene casi sin color?

—Ahora limpien todo con agua, pero sin frotar. Quien sabe si no fue así que le desapareció el ala que le falta.

—Al ángel le basta con que le ofrezcan los dulces con el pensamiento.

—Van a terminar por dejarlo sin boca.

Pero los niños seguían dándole de comer al mutilado que vivía en ese trozo de pared tal vez desde la construcción de la casa y que, pese a ello, daba siempre la impresión de ser una imagen recién aparecida.

Las palabras dichas a los chicos se tejieron con otras, y de pronto comenzó a levantarse un murmullo que era el desprendimiento de una paz corrompida. Se formaron respuestas que no se dirigían a ninguna pregunta, se alzaron voces extraídas de un miedo todavía inactivo, y el comedor babilónico comenzó a agitar su aire viciado más por la expectación de un hecho dramático, más por la complicidad aceptada, que por todas las respiraciones.

Cenobia no entendía. Era la única que había quedado fuera de esa convulsión que estuvo agazapada durante el almuerzo. Percibía un grito colectivo sofocado con fuerza y por momentos tenía la sensación de la irrealidad de los manteles en los que había algo de espuma aplastada. Y lo miró a Crisanto, no a la espera de una respuesta a eso oscuro e impreciso que estaba pasando allí, sino porque de improviso lo sintió diferenciado, increíblemente separado de los demás. O acaso le vio la señal con mayor nitidez. Pero Crisanto tenía la cabeza casi caída sobre un plato amargo y no contestó a su mirada.

Francisca Simón seguía los movimientos, los temblores de Cenobia, y antes de que los otros lo advirtieran la vio incorporarse empalada en su autoridad y le oyó gritar, lo que todos debieron oír seguramente pero después que ella:

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que está sucediendo?

—Que Crisanto se va, igual que Lucas.

Francisca se alegró de haberlo dicho por fin.

La cabeza inclinada de Crisanto parecía caída sobre el plato, holofórnica.

En un instante Cenobia tuvo la visión de todas las mujeres de la casa que habían visto envejecer a sus hijos, hasta llegar al límite de una maternidad borrosa. Ella era la única que debía presenciar cómo se le iban, arrancados de ella no por alguien, por otro ser igualmente posesivo, sino por una abstracción, por esa lejanía pegajosa que suelta el miedo.

"Crisanto se va, igual que Lucas". Las palabras habían quedado fijas en su entendimiento. Percibió la agonía en que había entrado el clan posiblemente desde el día en que se marchó Lucas. Desde que se fundara esa convivencia que se había dilatado hasta tomar el contorno de un pueblo, nadie se había ido, salvo los que de pronto se distraían y se olvidaban de estar vivos, aunque los muertos tampoco se iban: se quedaban a seiscientos o setecientos metros de la casa. Desde el afincamiento de los primeros en poner fin a una probable trashumancia, el resto del mundo se les había desaparecido por innecesario. "Crisanto se va". Seguramente se sucederían las deserciones hasta configurar un éxodo. Mientras palpaba el mantel, a ciegas, respiró la atmósfera calculada, subrepticia de un amotinamiento, y supo que nadie la sucedería en su mando. Pero ella atajaría el proceso ardiente, temerario de la dispersión. Aunque en seguida se dijo: "Esto se acaba".

No desató el pandemonio que todos esperaban. Su desesperación se ensimismó, se volvió una idea de salvaje defensa. Y ordenó que lo encerraran a Crisanto.

La obediencia fue vacilante pero el mando de ella se hizo sentir. Lo llevaron al muchacho casi a la rastra; él se resistía de una manera no ostensible. El cuarto donde lo confinaron poseía dos míseras ventanas, altas, sí, pero absurdamente an-

gostas, y estaba orientado al este, a esa primera luz que a veces trae las fulguraciones del rocío.

Eran las cuatro de la tarde y don Zósimo, de espaldas al ángel, permanecía sentado a la mesa tan bruscamente abandonada por los demás, y lo seguía viendo a Crisanto que debió salir de allí descuajándose las plantas de los pies por no querer tomar el camino que le imponían hasta que tuvo que ceder y desapareció como la forma de algo que ha perdido lo que guardaba dentro, comprendiendo por qué Lucas se había ido sin decírselo a nadie.

II

Desde hacía tiempo la casa había empezado a contagiarse de sus gentes; se puede decir que había hecho suyas pasiones y leyes biológicas. Sucedió que un día dos de sus habitaciones se secaron, se volvieron polvo, y también quienes moraban en ellas, y todo sin ninguna violencia porque no había habido derrumbe sino una mutación pacífica.

Todos temieron que el hecho se extendiera.

Fue la oportunidad que aprovechó don Zósimo para proponer la emigración de la abigarrada familia.

—Este es el indicio de que la casa está extenuada. Sería bueno abrir las puertas y buscar otros sitios.

Aquel día Crisanto, que oía las voces, se sintió precipitar en los vapores en que la liberación envuelve a sus iniciados. Pero fue inútil que don Zósimo tratara de describir un mundo que no conocía, creado dentro de sí con las manos de laboriosos dioses todavía inexpertos.

Los demás decidieron quedarse.

—¿Y si lo què acaba de ocurrir se repite? —insistía.

Sin duda, hablaba a gentes hechas de un acatamiento reverente. "Hay quienes duermen apaciblemente sobre una tierra sísmica" —fue su callada conclusión.

Tres de los habitantes de la casa se habían pulverizado igual que las paredes. Sus cuerpos se habían vuelto una especie de cal sagrada que conservó brevemente sus formas, sus límites adánicos, hasta integrarse a la sutil refinería del adobe en que fue a parar esa parte de la casa inmensa, la extremidad de una de sus alas, que habían llegado a quince, siete orientadas al este, ocho al oeste.

Aquel día todos se habían congregado para la respetuosa

y misericorde contemplación de eso que era indudablemente muerte aunque no lo pareciese. No había nada que pudiese ser enterrado, es decir, nada con verdadero peso, con rigidez alucinante, aunque sí una fisonomía lineal en el suelo, de perfil.

—Ahí está don Blas Alumada —dijo uno.

—Es cierto —corroboraron los demás.

De los otros dos no había quedado siquiera uno de esos bosquejos que seguramente debe hacer la muerte, la última semejanza posible con la especie humana.

En cuanto desapareció el dibujo preciso, de tamaño natural, un poco encogido, en que había ido a parar don Blas, Cenobia, la única que no se inmutó, ordenó un coro de oraciones.

Los tres que habían finado tan levemente, en un blanquecino, calcáreo irse del mundo eran parientes tan lejanos de ella como si hubiesen pertenecido a una genealogía circundante poco menos que imposible de establecer con justeza. Se trataba de gente ya vieja cuya presencia en la casa resultaba inmemorial y cuya única actividad se había reducido a tomar sol en el alma. Lo que no dejó de pensar Cenobia —eso cuando vio un redondel brillante y gelatinoso en el suelo—, fue que don Blas había sido vidente hasta el día en que durmió una siesta tan larga que la videncia se le amodorró. Y lo pensó repentinamente porque lo que había visto en el suelo y que tenía una traslucidez acuática, era uno de sus ojos, nunca se sabría si el derecho o el izquierdo, que había permanecido intacto, descuajado, sí, pero vivo, seguramente en estado de rebeldía ya que se había negado a incorporarse a la nubosidad en que se había difundido su poseedor.

Cenobia Palomar lo miró fijo y se sintió mirada.

Todos estaban en la inmovilidad que otorgan las oraciones repetidas, lejanos, como si se hubiesen trasladado a cien metros de allí. Nadie la vio inclinarse y recoger el ojo para guardarlo en una mano delicadamente cerrada.

El baldío que pronto quedó de esa parte de la casa, como un muñón aplanado, pasó a integrar la apacibilidad del suelo, sin otro sobresalto que algún insecto saltón.

El ojo del vidente fue puesto en un tazón sin asas.

Cenobia al principio había dudado mucho acerca de su conservación; no sabía si ponerlo en agua o en vinagre, o dejarlo como estaba, sin sumergirlo en líquido alguno. Optó por esto último, y con fortuna ya que el ojo continuó vivo. En los días de sol parecía un huevecito de paloma, y esto llegó a inquietarla. En ningún momento se atrevió a llevarlo a la cocina. Lo tuvo oculto en su dormitorio aunque no encerrado por temor de que la falta de aire lo asfixiara.

Don Zósimo no había reparado en el tazón. Lo único que veía en su dormitorio era la ventana. No veía siquiera a su mujer: sólo la ventana y ese cielo que debía ser, sin duda, la cobertura de un mundo que continuaba.

Una tarde Cenobia le vio escurrir al ojo todas las imágenes recibidas durante su vida en un velocísimo intento de rememoración o quizá de devolución, y en seguida lo vio oscurecerse. Pensó que terminaría por licuarse. Pero su gelatinosa posesión cuya existencia, mejor dicho sobrevivencia, sólo ella conocía, conservaba vigor suficiente como para disuadirla de un inminente estado de descomposición. Comprendió que ese repentino ensombrecimiento señalaba algo, confirmaba que en la casa se estaban preparando los elementos, las condiciones que intervienen en la complejidad de un peligro, sus componentes feroces. O tal vez afuera. Acaso a Lucas le estaba pasando algo malo. Pensó que de tanto andar los pies pueden abrirse en gajos, reducirse a nada. Temió por Lucas y no por Crisanto.

Es cierto que a éste el encierro le pesaría aunque donde se encontraba nada dañoso podía sucederle. Recibía el primer sol, el que despeja los cielos interiores, y no estaba aislado ya que las voces de la casa lo acompañaban de la mañana a la noche, y en medio de la trituración de tantas palabras a veces le llegaba su nombre como una ofrenda. Cuando se oía nombrar muy de cerca, él rescataba una necesaria frescura, acaso el agua de su bautismo.

Cenobia había pensado repetidamente: "Esa idea de irse se le pasará. Hará falta, tal vez, un poco de tiempo". Tenía conciencia de la crueldad a la que se había visto obligada pero se justificaba con el recuerdo de las palabras de Francisca Simón pronunciadas aquel mismo día después de que abandona-

ran el comedor para llevarlo a él a ese sosiego de cuatro paredes que, según ella, más que aprisionarlo lo protegían. Francisca le había dicho: "Yo le vi dar una sombra de temer a una hora en que nadie arroja la suya. Sentí que se le había empezado a abrir un precipicio a los pies. Que a Crisanto no lo veríamos más".

Cenobia Palomar puso el tazón sin asa en otro sitio, y dio centenares de pasos y salió de la trampa de cuatro o cinco recovecos y galerías tortuosas hasta llegar a la oscura puerta del cuarto en donde estaba Crisanto desde hacía doce días. Le oyó la respiración, se agitó con ella como si los dos hubiesen aspirado al mismo tiempo un único hilo de aire. Se abstuvo de llamarlo. Una súbita paz la aquietó de tal manera que no hubiese podido hallar dentro de sí la fuerza indispensable para hacer girar la llave de la puerta o golpear con los nudillos. La paz de la paralización. Y de pronto se le ocurrió que siempre debería haber alguien montando guardia sin que él lo advirtiera, no por temor de que pudiera huir, que eso le sería difícil, sino porque un cuerpo humano apoyado contra una puerta termina transmitiéndole calor. Por otra parte, Cenobia estaba segura de que un día don Zósimo lo ayudaría a escapar puesto que, según le dijo Francisca, había estado de su parte cuando anunció en el patio su decisión de irse. Posiblemente don Zósimo ya lo había intentado; estaba convencida de que su marido y quién sabe si no también Dionisio, habían merodeado por allí a la espera de una ocasión favorable.

Poco le duró esa invasión de paz o esa paralización. Se agitó pensando en los recaudos que la situación exigía hasta que pasara el tiempo necesario, hasta que los días provocaran el desgaste, los desiertos de que se forma la claudicación. Porque estaba segura de que la claudicación sobrevendría con un movimiento natural, que no hay más que esperar el crecimiento de ese embrión que ya viene con la especie.

Y entonces pensó en Carmelita. ¿Quién mejor que ella para vigilar?

Carmelita había llegado a los treinta años sin alcanzar siquiera la talla y el peso de una impúber. Provenía de la rama de los Bermejo, que después de insistentes formas corpulentas —especialmente gigantescas mujeres, amplias, como si a sus

hijos hubieran tenido que empollarlos— había ido a parar en ese ser esmirriado cuyo cuerpo se debatía por pesar.

En la casa era habitual recurrir a ella para el desempeño de tareas inusuales, y la última que se le encomendó fue espiarla a la Sudario cuando estaba por dar su luminoso aullido y también después de proferirlo, y en todo caso atestiguar el cambio producido en la habitación a la hora en que ella creía descubrirlo a Dios, como si Dios le hubiera hecho saber de alguna manera que se encontrarían allí y no en otra parte, en esos pocos metros cuadrados y no en la vastedad sin término. "Si lo ves a Dios fijate bien en su cara, a ver si alguno de nosotros se le parece" —le había recomendado Cenobia a Carmelita, y las viejas de la casa la habían atestado de recados para darle por si un día se le aparecía de veras a la otra, que aullaba cada vez con más fuerza, como una loba, aunque no con voz enteramente animal, más bien un aullido angélico, y había que decirlo así ya que no había otra manera de definirlo, y es que en realidad era eso. A partir de los dieciséis años Carmelita se había ocupado de vestir a los imposibilitados, también a los más rígidos a causa de que el alma se les había mandado a mudar —con don Blas Ahumada no tuvo necesidad de hacerlo ya que había concluido en un trazo de cal, en el dibujo lineal de sí mismo, y tampoco con los otros dos que lo acompañaron tan finamente. Y también desde esa edad había secundado a la comadrona en todos los nacimientos, y había tomado para sí la misión de comprobar en qué cisterna de pronto el agua se volvía bendita para los bautismos o para refrescarles la alegría de vivir a los moribundos. Carmelita afirmaba que el agua bendita era más profunda que la otra, y que esa profundidad no tenía nada que ver con la hondura del aljibe, que podía llegar a ser bastante mayor. Además, según todos, ella era la única en advertirlo. En las noches de tormenta era quien recorría la casa con una enorme vela encendida tratando de sosegar a los empavorecidos. Y también fue ella quien se ocupó, siempre obedeciendo órdenes de Cenobia, de esconderle los mapas a don Zósimo —eso después de que se fuera Lucas—, pero él no sólo los encontró sino que los había rehecho de memoria, y cuando llegó el momento de compararlos prefirió los suyos, que tenían más estuarios y

bahías y profusión de islas. Don Zósimo no dejó nunca de agradecerle a Carmelita el haberle ocultado los mapas porque eso le había dado la oportunidad de corregir a su gusto los contornos geográficos dispuestos por la creación. Otra de las tareas que Cenobia le había encomendado a la muchacha, y de la que se ocupó durante un año seguido, había consistido en sacar al sol las ropas que había dejado Lucas, y después llevárselas, ya que Cenobia necesitaba sentirlas con calor como si él se las hubiese quitado en ese momento.

El atardecer de ese día empezó la guardia de Carmelita.

Nadie como ella sabía qué sucedía dentro de las habitaciones cerradas. Desde chica la habían mandado a espiar aquí y allá, y tanto se había deslizado y tanto había corrido que tenía los pies llenos de viento, un viento que poco a poco le había empezado a penetrar las plantas. Muchos dudaban de que en realidad poseyera esqueleto. Acaso su verticalidad se valía de una espina para sostenerle la carne, que era poca, como si su nacimiento le hubiera significado a su ser una gran vacilación. Pero lo que tenía de fuerte, de crecido, era la ansiedad. Por eso en cuanto se vio ante la puerta que lo tapiaba a Crisanto comenzó a agitarse, como lo hacía siempre, en ese intento de penetrar aun quedándose afuera. A la galería daba una claraboya, una mezquina abertura que hacía más ostensible la robustez del encierro, pero se hallaba demasiado alta para ver —no le hubiera bastado subirse a una silla—, además ella estaba habituada a espiar por el espacio subrepticio de una puerta apenas entreabierta o por las rendijas de pronto impúdicas y clamorosas.

Cenobia le había dicho:

"Si Crisanto sale de aquí, de su encierro, antes de lo prudente, no lo veremos más. Y tal vez lo maten. Porque habló de peleas con fusiles".

Por eso se plantó con la decisión de un tronco, no por imperio de su solidez corpórea que se reducía a un puñado de materia seca sino por la consistencia de su voluntad. Y se quedó velando toda la noche, sin cabecear siquiera un atisbo de sueño, más fuerte que un haz de hombres, más que los que entraban a traerle comida a Crisanto siempre en grupo por si él intentaba huir, abrirse paso en medio de ese cuerpo

caliente, sanguineo, caudaloso, que era la casa, un terrón de mundo en donde todos vivían metidos en sí y a la vez desbordados en los otros, conscientes de que su individualidad, para emerger, necesitaba la continua frotación con todo ese conglomerado de seres.

A las cinco de la mañana continuaba despierta. Lo vio llegar a Dionisio desde el fondo de la galería con ese algo de brasero encendido que traía siempre.

"Viene por su hermano" —pensó.

Pero en cuanto lo tuvo cerca le vio la brillantez de la fiebre y estuvo a punto de extender los brazos para impedirle el paso, para sentirlo contra su cuerpo y beberle el calor, que eso era lo que querían hacer todas las mujeres jóvenes de la casa, a excepción de la Sudario que era hermana de él y se había enardecido por Dios.

Advirtió que Dionisio no la había visto. ¿Es que alguna vez la había mirado? Carmelita se quedó tiesa y lo que en ella estaba vivo en mayor grado se le agolpó en la boca entreabierta que comenzó a aspirar la emanación de miel caliente que salía de Dionisio. Y después lo vio llegar al final de la galería casi tambaleando, a punto de desplomarse junto a la penúltima puerta.

Durante una hora estuvo allí sin golpear, sin intentar abrir de algún modo esa puerta que parecía contenerlo. Acaso esperaba traspasarla pacientemente sin ninguna violencia. Ella, dada la distancia, unos quince metros, no percibía más que su posición de abandono, pero seguramente Dionisio estaría musitando algo. Y cuando lo vio despegarse de allí y subir una escalera de hierro ya que él prefirió volver por otro camino, corrió hasta el lugar y lamió las señales de él en la hoja de madera, húmeda a causa de la transpiración que le provocaba la fiebre, e invadida por ese olor de miel silvestre puesta a calentar que tuvo siempre Dionisio, es decir, desde el día en que entró en su adolescencia.

Y comprobó lo que se temía, que ésa era la puerta de Elvira, la hija de Francisca Simón.

Carmelita dio por terminada su custodia de esa noche. Además el día ya se había metido en la casa y sus gentes resucitaban del sueño ya que aquello cada mañana semejaba una

resurrección escandalosa a la que se mezclaban las voces de las bestias, sobre todo las de los caballos que henchían los establos y conmovían los cimientos de cuanto se había construido allí.

Don Zósimo ese día le agregó una isla más a sus mapas, una isla grande en medio de la desolación oceánica, y estuvo a punto de convertirla en el centro de un archipiélago, pero no se atrevió a tanto.

Y ese mediodía Cenobia Palomar había buscado un tazón con asas para poner allí el ojo de don Blas, debido a que el tazón primitivo podía caer más fácilmente de las manos.

Y esa tarde Crisanto lloró por primera vez en sus días de hombre.

No; no se había iniciado en él el desierto que había esperado Cenobia, la extendida claudicación, ni siquiera el desgaste de su decisión de irse. Contrariamente a lo que aguardaban todos, salvo don Zósimo, salvo Dionisio, algo empezó a girar en su sangre, algo que podía ser el rudimento de un tumulto. Crisanto pensaba que ese cercenamiento de su ser, que así lo sentía, había sido ordenado por el amor, por la necesidad de convivir con él. Y pensaba en el acto que tan implacablemente se le negaba. Era en nombre del amor que se le impedía hacer su propia ofrenda, meterse en un monte y salvar a su hermano, ayudarlo a salir del peligro, curarle las heridas. ¿Quién tomaría el agua de su cantimplora? ¿Quién le diría a Lucas —porque seguramente Lucas se había ido para pelear—: "Arroja los dos fusiles porque a Crisanto es como si le hubieran cortado los pies y la mitad del alma"? Sobre una de las paredes del cuarto —una celda por cierto— veía el monte, la parte de matorral quemada por la pólvora, los refugios elegidos con instinto de fiera. Veía el desarrollo de una lucha desigual en la que morir no era lo peor. Imaginaba los rostros de los compañeros de Lucas, los diálogos a la hora sosegada, los trabajos para sobrevivir. Y el riesgo extremo, y los acosos con que puede formarse la urdimbre de una victoria. Y el polvo que nimba la derrota.

Crisanto se tendió en el suelo, en la frescura de un embaldosado comido por la acidez del roce. Y su llanto lo sacudió como si alguien lo empujase y después intentara inmovilizarlo,

consecutivamente; y más tarde el agua de sus ojos fue quieta, formada por lágrimas calientes y lágrimas frías, como si allí se hubiese juntado el llanto de otros seres para acompañar al que era verdaderamente suyo.

Como lo hiciera todos los días, desde el segundo de su cautiverio, su padre, don Zósimo, se acercaba a hablarle. Se decían poco en la necesidad de mostrarse fuertes. Después de las primeras tres o cuatro conversaciones el diálogo tomó el estatismo de la repetición. Pero era un calco amado tanto por uno como por el otro. Invariablemente don Zósimo le prometía interceder ante Cenobia, que no carecía de sentimientos, que, por el contrario, causaba víctimas por la cantidad de cuidado, de previsión que ponía en cada uno de sus actos, un celo que lindaba con una desesperación fija que era quizás el fondo de ella, la manera de ser de su sangre. Los Palomar habían sido todos así; algunos de ellos, en ese desmesurado afán de dirigirlo todo no habían dejado en paz ni a los difuntos, a veces cambiándolos de sitio. "Que es mejor que estén separados de las heladas, que al cielo se entra más rápidamente si la cabeza está orientada al norte, que es preferible que no estén muy juntos para que las muertes no se les entrevereen". Con éstas y otras razones todo lo corregían, todo lo acondicionaban al dictado de una convicción que surgía de golpe. En cambio, los Ardanás habían sido mansos, gentes de ojos licuados, azulosos y, en general, facciones breves, lo mínimo en cuanto a tamaño para componer un rostro. Complacientes y acaso por eso mismo sacrificados. Ninguno de ellos había tenido mando ni astucia; todos habían heredado un corazón de oveja posiblemente coronado de vellones, un corazón que había saltado de una a otra generación hasta llegar a don Zósimo entero e inocente. La desventura no se había inmiscuido en su candor. Se separó de Crisanto a quien tenía que adivinar a través de una pared de fortaleza para encerrarse en el sótano, que era donde él se sentía de veras libre con la idea de que podía andar y andar.

Todas las noches Carmelita lo veía a Dionisio aparecer por la galería, pasar junto a ella sin darse cuenta de que estaba allí, sin advertir que ésa era la celda de Crisanto porque ni siquiera volvía los ojos para mirar esa puerta a la que de día

sí se aproximaba, sólo impaciente por llegar hasta la penúltima en la que apoyaba su cuerpo como en un lecho porque la impresión que daba era que se dejaba caer sobre la hoja de madera.

"Está enamorado de Elvira y ella no lo sabe. No seré yo quien se lo diga" —refunfuñaba Carmelita para sus adentros. Y en el comedor los observaba y lo único insistente era que ellos eludían mirarse. Es que tal vez se veían en la interioridad de sí mismos. Siempre a la misma hora, poco antes del amanecer, él se apartaba de la puerta de Elvira Simón, a la que había estado como abrazado, y se veía que le costaba. "Mejor sería que lo estuviese acompañando a su hermano aunque desde afuera" —rabiaba Carmelita. Y una noche estuvo a punto de llamarlo pero comprendió que él no oiría ni siquiera un alarido. "Está como embrujado" —pensó.

También Crisanto parecía embrujado.

Al mes de su encierro —Cenobia creía que el tiempo mínimo para las curaciones del cuerpo o del alma debe ser la cuarentena— Crisanto empezó a tener alucinaciones. Veía tropas en angostos desfiladeros, respiraba una polvareda abrupta y el gusto de la pólvora le penetraba la boca cada vez más, y por momentos casi no podía respirar porque sentía balas en la garganta como si alguien las hubiese ocultado precisamente allí. Por las noches Carmelita le oía decir:

—Necesito agua para Lucas. Hace dos años que tiene sed. Y agua para lavarle las heridas.

Ella se pegaba a la puerta para no perder palabra pero casi siempre la voz de él se empequeñecía tanto que no percibía el significado de ese susurro, más bien un mínimo canto estrujado que, sin dudas, debía contener ecos de gritos y proclamas y denuestos, y las palabras del coraje y del miedo bien anudadas unas a otras.

Después concluía el murmullo aunque no la convulsión de sus respiraciones, y Carmelita le oía decir:

—Comandante, hay cuatro baldes llenos con la sangre de mi hermano. Pero él está vivo.

En su afán por verlo sin abrir la puerta, esa noche Carmelita trató de alzarse todo lo que pudo; después fue en busca de una escalera que no encontró puesto que las que había se

guardaban con las herramientas de trabajo, afuera, en los inmensos galpones de adobe salpicados por las natas de viejas leches ordeñadas allí y que a lo largo de años habían formado un piso pastoso. Carmelita empezó a dar saltos sin hacer el menor ruido aunque el rumor de mar de las respiraciones de toda esa infinita gente que dormía lo hubiera sofocado, sin contar los ronquidos selváticos de los viejos. No se resignó a no ver: dos horas estuvo intentando trepar, levantar vuelo.

—La nube de pólvora no me deja ver. No sé encatillar un fusil, no sé cómo voy a defenderte... .

Y acaso fue por su ansiedad asolante o por el viento que se le había metido en los pies, que Carmelita empezó a levitar. Su cuerpo dejó de debatirse con la gravitación, y ella no se asombró ni cuando acabó de recorrer a treinta centímetros del suelo la galería, ni cuando por segunda vez pasó junto a Dionisio que parecía agonizar contra esa puerta, casi a la altura de su cintura. Eso había ocurrido a la una de la mañana y poco antes de las cinco Carmelita había subido hasta la clarabo, y de ahí lo veía a Crisanto.

El muchacho dormía, medio cuerpo en la cama y las piernas colgando. Se le notaba la extenuación que dejan los delirios Pero además hubo algo que Carmelita observó con fijeza: la señal que Crisanto de una manera confusa pero innegable tenía en la frente, se había vuelto visible. Ella no hubiera podido describir su forma pero sí asegurar que la componía un resplandor en movimiento. Se quedó contemplándola largo rato para ver si desaparecía, y a la vez veía algo desconocido en Crisanto, se diría un color que empezaba a ser solamente de él y aparecía cubriéndolo como una vestidura que lo distanciaba aterradoramente de los demás.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para descender y posarse en el piso, traicionar un privilegio, y no lo consiguió del todo porque quedó a algunos centímetros del suelo, sobre un aire divisorio que a ella le pareció subterráneo.

El ajetreo de la casa ya había comenzado; se oían los "buenos días" mezclados a mugidos y relinchos, a ruidos metálicos y a interjecciones soltadas de alguna batahola interior. Carmelita corrió, mejor dicho, voló a un palmo del suelo para prevenirla a Cenobia. Al pasar por la cocina, concebida en tres ni-

veles, mixtura de plaza y mercado, la vio a doña Cesárea en su trabajo fantástico de desplumar gallinas, que en su vida no había hecho otra cosa, y que ya estaba entre fogones y fardos de plumas, vieja como la fatiga y a la vez nimbada por un aire de connubio reciente debido a los plumones blancos que la coronaban. Y vio al mutilado del comedor con su ala impar, y a la Sudario lavarse la cara bella y socavada por la exaltación, y a los chicos por las escaleras con las ventosas de sus bocas absorbiendo inmensos panes, hasta que llegó a la puerta de Cenobia Palomar como al lugar en donde termina el mundo.

Cenobia la escuchó con la sensación de que cada una de sus palabras era un sorbo de vinagre o de sangre que debía tragar sin repulsa y sin comentarios. Ya se había compuesto para dar comienzo al día; se había recogido el pelo y tenía puesto el chal que llevaba siempre sobre los hombros, aun cuando hiciera calor, que por nada se quitaba, como si ostentase las insignias de su capitanía.

—¿Y cómo pudiste verlo? ¿Abriste la puerta?

—Lo vi por la claraboya. Puedo andar por el aire. Eso desde anoche. ¿No ve que no toco el suelo?

—¿Estás loca?

Carmelita ascendió aún más para probárselo, y cuando Cenobia la vio a un metro del piso como un ave con fisonomía humana dio un paso atrás, pensando que debía soportar también eso, las formas de un desorden endemoniado que podía trastrocarlo todo. Tardó en recuperarse mientras la otra parecía impávida, sin miedo de caerse, una burla al sentido común y a las leyes naturales. "Esta inconsciente" —pensó Cenobia. Después dijo a modo de explicación:

—Te llenaste de aire. Hasta que no se te salga vas a estar así.

Carmelita se alzó de hombros.

—Ojalá me quede así toda la vida —dijo.

—Es malo salirse de la costumbre. Se te van a debilitar los pies.

Cenobia no quiso distraerse con ese nuevo hecho que en otras circunstancias le habría invadido la conciencia, impresionado más. Lo importante era Crisanto.

—¿Lo oíste hablar?

—Sí. Que necesitaba agua para lavarle las heridas a Lucas, que la nube de pólvora no lo dejaba ver bien y que no sabía manejar los fusiles.

—¿Hablaba en voz alta?

—No. Además le dijo al comandante que había cuatro baldes llenos con la sangre de Lucas y que lo mismo él estaba vivo.

—¿Al comandante? Son los desvaríos de la fiebre —conjeturó Cenobia, y más no necesitó para ordenar—: Vamos.

Don Zósimo, que se hallaba en un ángulo del dormitorio y que a primera vista parecía ser sólo su ropa, las siguió; y en uno de los corredores se le unió *Dionisio, insomne y turbado,* y en el rellano de una de las escaleras la Sudario que cargaba un balde de agua limpísima seguramente para arrojar sobre el piso de la habitación vacía y volverlo digno de la suprema visita que aguardaba. Ninguno de ellos quedó estupefacto ante la levitación de Carmelita probablemente porque les pareció *natural que su casi contrahecha levedad un día u otro concluyera en eso.*

Fue Cenobia quien abrió la puerta.

Crisanto continuaba en la posición que había descrito Carmelita. "Es verdad que lo vio, pero quién sabe si fue por la claraboya. Es seguro que se ingenió para abrir la puerta" —pensó *fugazmente* Cenobia. Y en seguida se adelantó en medio de un aire sólido, rasgante, lleno de híspidos obstáculos invisibles que dificultaban su paso. Tardó en llegar hasta la cama.

Le puso una mano sobre la frente, una mano sobre el embrión de tumulto en que se le había convertido la sangre, sobre esa derrota sin fusiles, sin tienda de campaña, sin fronteras, en la que él se debatía alucinado. No se podía advertir si estaba dormido o despierto o qué otro estado era el suyo que nada tenía que ver con el sueño o con tener abiertos los ojos.

—Hay que dárle quina y mucha leche de cabra —dijo Cenobia mirándola a Carmelita.

Don Zósimo se acercó a su hijo despaciosamente, se diría que con miedo de encontrarlo allí, y le tocó la cara recogiendo en esa caricia su propia carne desmenuzada en el itinerario de infinidad de pasos negados o siempre dados en el mismo lugar.

—Será mejor dejarlo ir —aventuró Dionisio.

—Hay que esperar —respondió Cenobia—. Ya se le pasará este mal y también el otro.

La Sudario estaba blanca, la cara de caolín.

Don Zósimo hizo un ademán de interminable abatimiento y la enfrentó a su mujer:

—Si empeora, sólo hay un remedio. Y no será la quina ni la leche de cabra sino abrirle las puertas.

Cenobia no respondió. Rehusaba discutir sus decisiones. Además pensaba para sí: "¿Es preciso creer que hay tanta gravedad en un poco de fiebre? Mañana Crisanto tendrá la cabeza fresca". Y se dirigió a Carmelita:

—Esta noche podés entrar, mojarle los labios, arroparlo. Y también para darle más quina, si es que hace falta, si es que le ha subido la fiebre. Pero cuidado con que él quiera salir.

Entre todos lo tendieron debidamente en la cama. La Sudario le acarició el pelo. Dionisio le puso una mano sobre el pecho para alentarlo, una mano que quizá se ahondó y salió caliente y empapada sin que nadie se diera cuenta, ni él.

—La sábana quema —señaló don Zósimo.

Crisanto abrió los ojos. Pero es seguro que no vio a ninguno de ellos. Dijo con intensidad:

—Ahora te veo bien. Ya no hay pólvora. Lo mejor es que te lave en el zanjón; tus heridas son muchas, demasiadas para un solo hombre. Si pudieras dormirte a lo mejor dejarías de sangrar...

—¡Dios mío! Está delirando —dijo Cenobia.

La quina le quitó las sombras que de pronto habían oscurecido la señal. Y al cabo de una hora tomó una leche amarillenta, el calostro de una cabra que acababa de parir. Pero continuaba sin verlos. Casi de golpe se quedó dormido y fue cuando ellos abandonaron esa habitación que había cobrado la espesura de un paraje ajeno y amenazante.

A las once de esa noche la casa se replegó en todos sus silencios.

Carmelita empezó a ascender por el aire y cuando quiso abrir la puerta de Crisanto no pudo porque sus manos ya estaban a mayor altura que la llave; lo observó por la clara-

boya y lo vio ligeramente incorporado, restregándose la cara con las manos como lavándose con su propio sudor.

Después oyó los pasos de Dionisio y se quedó inmovilizada en lo alto como una colgadura. Y lo vio penetrar en el penúltimo de esos cuartos construidos en fila como una agresiva formación; lo vio desleírse allí, desaparecer. ¿Elvira Simón le había abierto o es que él había conseguido traspasar el límite de leño seco, inmiscuirse en ese espesor vegetal sin necesidad de forzarlo para sorprenderla a ella y mezclarla a su calor, a esa especie de miel que exudaba?

A lo largo de diez años Carmelita había espiado abrazos púdicos y adulterios, ella que no conocía hombre ya que a ninguno se le había ocurrido atribuirle carnalidad, sólo un resabio de forma humana que iba y venía y estaba siempre en los quehaceres inusitados. Había espiado ráfagas conmocionadas de celos, mansas esclavitudes eróticas, no pocas violaciones, no pocos incestos. A ello se debía en gran parte que Anobia Palomar estuviese de tal manera informada de todo lo que allí escocía o turbaba a su gente. No había muro que valiera.

Carmelita abandonó su vigilancia.

Sin dejar de parecer un arambel, un trozo de descolorida colgadura, recorrió la galería no con una sensación de vuelo sino de livianísimo andar ya que no dejaba de dar pasos, aunque su prudencia la llevaba a sentir el roce, el apoyo de las paredes. Pasó por el cuarto de Francisca Simón y le vio su viudez sobre la cama como un despojo que el sueño no conseguía salvar o redimir, que más bien quedaba fuera del sueño como algo intruso que no puede ser expulsado. Ella no perdía detalle ni dejaba de interpretar lo que se le mostraba, sin precisar más que ese resplandor proveniente de los faroles de la galería que durante la noche permanecían encendidos.

Y siguió un poco más, dando unos pasos que en el aire no tenían más longitud que en el suelo. Y después se detuvo bruscamente para ver, para apropiarse de lo que sucedía allí, dentro de esa habitación angosta en la que estaba Dionisio, vaya a saber cómo había entrado, pero el hecho es que estaba. Porque esa noche no se había quedado contra la puerta; de un modo u otro había entrado. Después de subir hasta la claraboya, Carmelita tuvo que recurrir a lo más seco de su lucidez

temerosa de que sus ojos no la dejaran percibir lo que allí ocurría, a fuerza de inventarle imágenes, y sólo se sintió segura en su escudriñamiento y atestiguación cuando empezó a habituarse a esa penumbra en cuyo centro parecía haber un endemoniado germen de fogata.

Y lo vio a Dionisio y le sintió la agitación.

Elvira dormía. Carmelita pensó que simulaba un sueño cerrado porque seguramente debió desvelarse en cuanto él entró y su olor dulzón y viscoso se le mezcló al de ella, que nadie podía precisar si era de mulata o de fruta tórrida; y también debió percibir la violencia del deseo de él, necesitado de descargar por fin esa fiebre que le atizaban las mujeres jóvenes de la casa, pero él la había elegido a Elvira, y era evidente que no había podido esperar un día más. "No duerme. Ya sabe que Dionisio entró hace un momento" —pensó Carmelita. O tal vez dormía y se hallaba en una de esas pendientes del sueño que de pronto se vuelven tormentosas porque su cuerpo —se veía bien— tuvo un sacudimiento y los brazos, que le nimbaban oscuramente la cabeza, dejaron de formar un semicírculo y el largo pelo motoso, igual al de la madre, tomó el aspecto de un animal anidado. "Lo está llamando" —conjeturó Carmelita.

Dionisio permanecía de pie junto a la cama; se le notaba la vacilación.

"No se atreve a tocarla" —pensó Carmelita. Y la escena de pronto se volvió espumosa.

Aquel animal aletargado en la almohada, el pelo quizá pisoteado remotamente en generaciones de exultante ferocidad, aquel pelo todo instinto, se desordenó como una masa informe, lasciva. Y fue una orden dada a Dionisio que por fin extendió un brazo casi vacío, tal vez vaciado repentinamente allí mismo, y levantó un poco la sábana. Carmelita, veterana en atisbar escondrijos y pecados, se dio cuenta de que él estaba espiando el cuerpo sin vestiduras de Elvira, hasta que lo vio arrojar el borde de la sábana a los pies de ella; y la cama quedó inundada de esa piel de tinte oscuro que estaba como extendida en un arenal caliente.

Dionisio contemplaba a Elvira todavía quieto, todavía in-

crédulo, como si esa clamorosa desnudez burlara o acrecentara su éxtasis volviéndose más compleja.

"Está despierta" —insistió Carmelita.

Absorto, atiesado, Dionisio no daba la señal de un movimiento posible; pero en su quietud había, sin duda, la urdimbre de algo violento que no tenía que desembocar necesariamente en la violación. Y de improviso empezó a arrancarse la ropa que lo cubría; se abrió la camisa en jirones pegajosos y cayó terrenalmente sobre Elvira que estaba esperando ese cuerpo sobre el suyo quién sabe desde cuánto tiempo, y que quizá por eso dormía desnuda, sin querer guardar una virginidad que no condecía con ella. Cuando sintió la fuerza de esa posesión que no tuvo tiempo de ser dulce o persuasiva, que no intercambió siquiera una palabra, cerró los ojos y sólo los abrió como ante el descubrimiento de una sustancia de amor que no pudo manifestarse en el primer momento y que valía como una especie de reserva. No dio siquiera un grito. Quizás intentó hacerlo con la voz descortezada, errabunda de la Sud ?o pero la boca de él se había hincado en su boca, y a pesar de haber consentido, quién sabe desde cuándo, creaba una resistencia que le daba fuerzas para desprenderse del abrazo en busca de una liberación que no quería, que seguramente se debía a su necesidad de respirar ya que Dionisio había impuesto un ámbito de sofocación; y consumida esa liberación exigua que sólo había consistido en que ella pudiera apartar un poco la cabeza, no en desprenderlo a él que parecía querer vivir y morir sobre su cuerpo, Elvira aquietaba su resistencia para entrar en el temblor de él, mientras su pelo, su animal anidado, daba la impresión de abrir infinidad de ojos.

Carmelita continuaba suspendida en el aire, castigada por esa visión, ahora tan nítida como si fuese de día. Se esforzaba por descubrir no sólo sus movimientos, sus ímpetus ostensibles o secretos sino también su calor. No oyó palabra alguna pero comprendió el sentido de todas las que ellos callaban. Fue lo mismo que oír un canto. Tragó una saliva que le supo a viudez porque comprendió que Dionisio no sería sino de Elvira. Se dijo: "Justamente de ella, casi negra". Sí, lo estaba viendo: el dorado dios adolescente sucumbido en una carne atezada, una epidermis de pantano voraz, el tinte del instinto

del que él ya no podría salir. Y no cabía duda de que la había elegido hacía tiempo, aunque nadie, ni Cenobia ni ella misma, lo habían sospechado.

Carmelita levitaba aún en una definitiva expulsión. Porque era seguro que ya no querría a otra. Ella había espiado ya tantos enlazamientos carnales que se daba cuenta de que éste los contenía a todos, a salvo de cualquier forma de saciedad aun cuando se prolongara sin término. Ahora sabía que a Dionisio no lo tendría nunca, ni siquiera aprovechando un descuido o una confusión de su deseo.

Por fin cayó lentamente, y en seguida fue algo en desorden, algo impresumiblemente humano arrinconado en el suelo ya que se había encogido en la necesidad de abrazarse a sí misma, de que la mitad de su cuerpo intercambiara algo con la otra mitad.

Los faroles de querosene de la galería por momentos daban un chisporroteo de vela sebosa, y los baldosones parecían agigantarse como si allí todo pudiese crecer, también el frente adintelado, como si allí todo pudiera espaciarse exageradamente para dar entrada a algo, a una inmensidad que desde hace tiempo está esperando el aumento de las superficies, la dilatación de la casa y los hechos, para entrar y permanecer.

Casi un revoltijo, mucho más fragmento de cosa que de ser, Carmelita se había quedado en el suelo, saqueada e inservible.

Y a esa misma hora en que Elvira y Dionisio, anudados, cada uno el abrevadero del otro, se regalaban las sustancias que dejan de pertenecer al yo para ser de la especie, a esa misma hora —serían las doce de la noche como lo recordaría después Carmelita— en que los dos cuerpos seguían siendo una única mancha de carne sobre la sábana, hasta tal punto que era suficiente que uno solo respirara por los dos, que uno solo estuviera vivo para que el otro también lo estuviese; a esa misma hora, quizá desde algunos momentos antes, diez o veinte minutos, Crisanto pendía, desplomado en el aire, con la actitud de una interminable caída.

Crisanto colgaba ahorcado.

La cuerda era gruesa, un cabo ennegrecido y grasiento que había servido para manear animales ariscos o fustigarles las ancas, o para liar fardos. Y es casi seguro que había estado en

un escondrijo hallado por él en su búsqueda de aberturas, de debilidades del muro que daba al exterior. Y cada una de las cinco vigas le hubiera servido, aunque él eligió la cuarta a partir de la puerta —después de todo, una tenía que ser. Los ojos espantosamente abiertos todavía veían algo, conservaban un brillo de mirada atenta, y todo él parecía una colgadura igual que Carmelita en su levitación, sólo que estaba fuertemente amarrado.

La viga elegida era la más apropiada de todas aunque tal vez él ni siquiera se detuvo a examinarlas ya que todo debió haber sido rápido, de la única manera en que se pueden hacer esas cosas, hasta con sentido práctico y destreza en las manos como si se estuviese realizando un trabajo usual.

Estaba demacrado, sí, indeciblemente más que dos horas antes.

Y a quince metros de allí, desde la habitación en que Dionisio y Elvira se carbonizaban y resplandecían, el olor a miel de él y el vaho tórrido de ella se filtraban por los resquicios, salían a la galería, quizá para envolverla a Carmelita y terminar de estrujarla. Y ese soplo o correntada, esa emanación sagrada y turbia, llegaba hasta Crisanto que no había dejado siquiera una palabra escrita, que había salido de allí de esa manera y estaba a bastante altura, como subido a un carro de heno. Que no había dejado una palabra que continuara resonando, un perdón o una maldición, sólo esa manera de colgar.

Un moscardón se le posó en la lengua y después en la señal.

III

A las seis de esa mañana Cenobia Palomar se había incorporado en su lecho sin el apresuramiento de todos los días. Quería conocer la verdad que lo había devastado a Crisanto, que de tal manera lo había diferenciado de los demás, y movía la cabeza hacia un lado y otro, atenta a algo, como esperando atrapar una revelación, ya que, según lo decía ella misma, las verdades no están fijas, vuelan alrededor de uno y hay que apresarlas; lo que está fijo es la raíz de la que se alimentan, y las macizas, las bien enclavadas, son las que más se han destrozado y renovado en su movimiento.

También don Zósimo estaba despierto. En realidad había dormido mal, una vela salpicada de cabeceos, un fondo de pesadilla justamente cuando se le abrían los ojos; y se incorporó en la cama al igual que su mujer comprendiendo que quería consultarle algo —esa intención en ella se había repetido no más de tres o cuatro veces en treinta años. Y la miró agradeciéndole que quisiera hablarle sin arrogancia, tolerar su parecer.

Cenobia dijo:

—Toda la noche estuve pensando en la seguridad que tiene Crisanto de que Lucas está peleando en los montes, como si hubiese recibido una noticia de él.

Don Zósimo se estrujó la barba como cuando algo le exigía cavilar.

—Lo que me da más miedo es que él asegure que Lucas está herido.

—Eso es lo que él se figura. Lo que quiere es irse justamente para lo más peligroso. ¿Vas a curar una herida entre las balas sin que ninguna te dé?

Los dos se quedaron mirando ese desprendimiento de la nada que, de tanto en tanto, se nos aparece. Al cabo de un silencio que intentaba reordenar el mundo concreto, Cenobia dijo como si les estuviera hablando a toda su gente, como si demostrase públicamente que Crisanto estaba en un error y que ella lo había salvado, no sólo de cometerlo sino de caer acribillado en un monte, que no hay refugio que valga cuando la lucha está declarada, cuando ha habido una primera muerte pariendo vindicaciones, y por cierto no se dirigía sólo a su marido sino a toda su gente que de alguna manera veía allí como una masa brutalmente comprimida para caber en su dormitorio.

—Puede ser que la sangre alguna vez haya llevado a buen puerto, pero si se empieza a matar no se termina nunca. ¿Y qué es lo que sale de un hombre muerto? ¿Mejores cosechas? ¿Abundancia? ¿Qué es lo que sale de él?

"Algo que no sabemos" —pensó don Zósimo tan perdidamente que, en realidad, no fue siquiera un pensamiento sino una evaporación de su inteligencia.

Cenobia entrecerró los ojos para ver lejos, un paisaje envenenado de emboscadas y charcos de sangre. Después buscó su pañolón a los pies de la cama porque sintió un soplo destemplado, un frío intruso y vengativo que no era cosa del aire. Y le preguntó a don Zósimo:

—¿Crees que Lucas se fue realmente a pelear en los montes?

—Eso dice Crisanto.

—Y tu idea, ¿cuál es?

A don Zósimo el celeste licuado de sus ojos se le volvió súbitamente vasto. Y respondió:

—Que se fue como me hubiera ido yo, a caminar por el mundo, a ver si es cierto que hay mares, a conocer la gente, toda la gente...

—Aquí hay tanta como para fundar tres pueblos.

—Sí, más de dos centenares de personas, pero sólo cinco o seis fisonomías que se repiten en los nacimientos.

—¿Y entre extraños no te sucedería lo mismo? Además, ¿qué confianza podrías sentir entre gentes que no son de tu sangre?

Cenobia puso la mirada en la niebla que hasta ese momento

constituía el cielo con que comenzaba ese día. ¿Es que detrás de esos vapores el cielo seguía existiendo? Ella misma se sentía disgregar como si la carne la abandonase hacia direcciones diferentes. Después dijo:

—Yo me temo que Crisanto tenga razón, que Lucas se ha ido para luchar en los montes. Nunca lo había pensado. Y tal vez en este momento o desde hace ya tiempo...

No tuvo valor para decir lo que se temía. Don Zósimo insistió:

—Yo creo que se fue para andar por esos paisajes.

—Pero ya lleva dos años.

—Y es poco para verlo todo, a lo sumo un solo mar, una sola isla, un solo bosque.

—Si es que no se ha extraviado o caído en una emboscada, o quién sabe qué...

El hizo un gesto de negación, y de pronto pensó que debía interceder una vez más por la liberación de Crisanto. Se armó de coraje —en realidad no lo tenía y debía sacarlo de algún lado, de uno de sus antepasados acurrucados en alguna parte de su ser, más exactamente, pedírselo a su bisabuela, una Reyes bravía que a veces sentía habitarle los tejidos, saltarle del alma a las vísceras y sacudirle la indolencia. Y una vez que pudo exprimir el valor preciso de los vivos residuos de su antecesora, dijo con una voz que no parecía la de él ni la de ninguno de los Ardanás y que poseía, sí, la resonancia épica de los Reyes:

—El encierro de Crisanto debe terminar.

Cenobia lo miró alelada. Se puede decir que ésa era la primera orden que recibía en su vida. Se estrechó el pañolón y de improviso sintió que la neblina entraba, que la envolvía en capas sucesivas con el movimiento con que se forma un capullo.

—¿Me ves, Zósimo, me ves? —consiguió preguntar.

Y él la veía como hasta ese momento, y le hizo sonreír esa actitud de ella que le permitía aguardar una posible aunque fugaz necesidad de depender de los otros, como si algo acabara de devorarle la autoridad.

—Sí, te veo. ¿Por qué?

—Porque me parece que entró toda la niebla de afuera. Lo

que no entiendo es cómo pudo ser si la ventana está cerrada.

Quizá Cenobia oía las voces acuáticas de la neblina, pero la sensación de que una especie de baba segregada por el cielo la envolvía duró poco, y en seguida retomó el dominio sobre sí y sobre todo lo que la rodeaba.

Se levantó y lo primero que hizo fue buscar con la mirada esa otra mirada que salía de una especie de jalea esférica, del incorrupto ojo de don Blas Ahumada conservado en un nuevo tazón. No es que lo hiciera todas las mañanas; había días en que ni se acordaba de observarlo ya que se cuidaba de no dejarse dirigir ni de contraer los hábitos de una realidad confusa. El hecho es que al ojo lo vio entenebrecido y al principio pensó que había llegado la hora de darle sepultura, pero en seguida comprendió que estaba fresco, regido por las leyes que se crea toda vida aislada.

Don Zósimo dijo:

—Ayer, cuando hablé con Crisanto, le noté la voz como perdida... ¿Puedo saber hasta cuándo lo tendrás metido allí?

Ella pareció hacer un cálculo.

—Hasta que se le vaya esa turbación, esa necesidad de irse, hasta que se afinque como los demás —respondió.

Y hablaba sin dejar de observar esa tiniebla que había envuelto al ojo que en una época se había dado una que otra vez el baño de la videncia. Lo miraba desazonada, con deseos de desprenderse de aquello que de alguna manera daba señales y, al mismo tiempo, atenta a sus cambios, reprochándose el haber recogido del suelo el ínfimo globo que don Blas tal vez se había sacado antes de convertirse en una humareda blanca, y a la vez ansiosa por conservarlo.

Y de golpe, como obedeciendo a una convocación, todos en la casa gritaron pugnando porque cada grito fuera el que debía ser oído, el que anunciara con exactitud y a la vez desmedidamente lo que había sucedido allí. Y no sólo las voces, las palabras como arrancadas del sitio donde se forman, no sólo la brutalidad sagrada de eso que parecía un himno caótico; también los pasos que hollaban la casa en todos sus planos, que avanzaban por los pisos y también por las paredes, porque ésa era la impresión que daban, como si ese infinito haz de pies se hubiese vuelto trepador. Y después los movimientos de un

horror colectivo que había hecho de todos una masa informe y tan confusa, quizás a causa de que ellos eran demasiada gente, que los que habían permanecido paralizados seguían sin desprenderse de los que habían ganado las escaleras a saltos para difundir la noticia. Y todo convergía hacia el dormitorio de Cenobia, hacia ella. En realidad, nadie había pensado en don Zósimo.

A medida que la gente iba sabiendo que en aquella habitación con dos ventanucos y una claraboya Crisanto pendía ahorcado, la agitación aumentaba hasta convertirse en un vendaval del que colgaban rostros y ayes.

Elvira y Dionisio dormían en un aquietamiento en el que se percibían restos ya inservibles de indomabilidad; y los dos parecían vaciados de su sangre, ajenos a eso que se había desatado peligrosamente; sin oír el estruendo pero atentos a las voces inaudibles que quizá se cambiaban todavía. Nada, sólo aquello que surgiera de sí mismos podía despertarlos. Dionisio abrazaba el desnudo cuerpo, la piel que había ardido y que ahora parecía más carbonizada, y ella había quedado con la cara sobre un hombro de él, estableciendo la medida de un tiempo creado de otra manera, con días que transcurren no fuera sino dentro de uno mismo y soles que giran en la carne del otro.

Ese extraño olor a miel caliente que él daba como si en una parte de su ser fuera siempre verano, se había concentrado. Y era tal vez eso lo que los adormecía aún más o la necesidad de preparar una suerte de resurrección para lo cual es preciso quedarse como muertos.

A la puerta de Elvira Simón había algo, un despojo de sombra, seguramente de Carmelita, que a las seis menos cuarto de la mañana se había despertado, mejor dicho, había vuelto a un estado de desolada conciencia después de haberlos espiado a ellos y haberse sentido vapuleada, peor aún, como si su cuerpo ya no le sirviera para estar en el mundo o se le hubiera reducido hasta el punto de no caber en él. Ella se había levantado del suelo, más bien, se había vuelto a vertebrar —aunque muchos dudaran de que tenía esqueleto—, y a esa hora en que los faroles de la galería todavía estaban encendidos, había em-

pezado a andar a escasos centímetros del piso, en dirección a la puerta de Crisanto.

Ascendió como en una atmósfera enemiga, esforzándose casi, sin la naturalidad de las levitaciones anteriores; y a mitad de camino recordó que tenía la llave de la puerta, pero lo que más había hecho en el mundo, que había sido espiar, ya formaba parte de su instinto, y continuó subiendo hasta que la parte inferior de la claraboya quedó a la altura de sus labios. Y lo vio a Crisanto atado trágicamente a una viga, le vio desde arriba el pelo embarullado y esa verticalidad de su cuerpo, casi pendular, un irse abajo sin terminar de caer.

Carmelita no gritó. Su carne estaba todavía enrarecida.

Se quedó observando ese pozo, la muerte pegada a las paredes, y una de las manos de él que estaba por desprenderse; eso le pareció a ella; puede decirse que estuvo atenta a que la mano cayera como un fruto de excedida maduración. Y después se asomó, metió dentro su cabeza de codorniz para verle la lengua, y alcanzó a percibir algo que debía ser uno de sus bordes. Y diez minutos más tarde oyó abrirse una puerta y pensó que sería Dionisio —y entonces reparó en que los dos hermanos esa noche se habían distanciado horrorosamente, que los dos debieron temblar con la misma furia porque, sin duda, hubo un momento en que también Dionisio se sintió morir, pero de qué manera distinta, aunque los dos igualmente exaltados, cada uno entrando en la inmensidad que le correspondía, que tal vez no había sido elegida, que más bien se les abrió de golpe; aunque Crisanto debió haber pensado en cómo hallar esa cuerda y anudarla de modo que estuviera segura, y después hacer el trabajo a conciencia; y también Dionisio había estado premeditando esa descarga de su fiebre y ya Carmelita lo había visto tambalearse junto a la puerta de Elvira, esa especie de beduina con mirada lustrosa de ídolo. Los dos debieron preparar los hechos, tomar las precauciones necesarias, y después elegir el día, más exactamente, un redondel abierto en la noche, y ocupar su centro. ¿Y cómo es que los dos habían coincidido? A quince metros de distancia, que es poco, ¿cómo cada uno no oyó el grito que el otro debió contener, es verdad, pero que se había formado y resonaba dentro de ellos?

El golpe de la puerta cerrada resueltamente le hizo volver

la cara a Carmelita. No; no era Dionisio. Era Francisca Simón.

Y Carmelita se descolgó del aire y aunque no llegó a pisar el suelo, que eso ya nunca lo haría, quedó casi a ras, y antes de que Francisca se le aproximara abrió la puerta de Crisanto sintiendo que entraba en un santuario y, al mismo tiempo, en un lugar de grandes profanaciones, sin poder gritar aún. Y tampoco pudo hacerlo después. Y no lo hizo Francisca en ese primer momento, cuando la siguió a Carmelita y el ahorcado se le antojó una aparición, alguien que no pertenecía a la casa. Y después tuvo que abrirse paso en la oscuridad que le segregaron los ojos en cuanto lo vio, y sólo cuando la luz de afuera empezó a iluminar toda la violencia que significaba esa manera de morir, ella se dio cuenta de que se trataba de Crisanto, no de una imagen intrusa. Y se le acercó y le tocó un pie, después la miró a la otra, a la que había dejado de vigilar y se había refugiado en una pared cansada de andar consigo misma para nada, o para eso, para que la hiciera responsable de esa muerte por no haber avisado ya que él debió emplear bastante tiempo en hacer los preparativos, sobre todo, en conseguir que la cuerda pasara entre la viga y el techo, que no era fácil puesto que había poco lugar, y más considerando que la cuerda era gruesa.

Pero Francisca convirtió su acusación en una mirada piadosa.

—¡Dios mío! ¡Pobre Crisanto!

Dio dos pasos hacia Carmelita.

—No te sientas con culpa. No podías entrar cada cinco minutos —le dijo.

Hasta ese momento no había experimentado pavor aunque sí algo semejante a un golpe dado primero en la sien izquierda y después en la derecha. Pero cuando pensó en Cenobia empezó a aterrarse. Y fue ella la que se desgañitó en los primeros gritos, y la que corrió de uno a otro lado para anoticiar a todos, la que dirigió la correntada vociferante que se desplazó por las habitaciones, por los recovecos y pasadizos, por los tortuosos corredores, sin atreverse a subir aún hasta el dormitorio de Cenobia; la que abrió la habitación vacía en donde la Sudario esperaba encontrarlo a Dios, eso por si Dios estaba allí visible en ese momento para pedirle por Crisanto. Y fue

ella la que abrió la puerta de Elvira y tuvo que retroceder, sin saber por qué marea dejarse llevar. Precisamente en esa circunstancia ese germen escandaloso a pocos metros de la tragedia. Y se trataba de su hija. Y del hermano del que había buscado su muerte de esa manera tan despiadada. "¿A quién le tocará la tarea de descolgarlo? No será a Dionisio" —el pensamiento se le cruzó de golpe, no es que ella lo hubiera pensado.

Le temblaban los huesos cuando cerró con fuerza la puerta de Elvira. Estaba avergonzada de haber testimoniado su pecado o lo que fuere, porque una cosa es enterarse porque alguien lo dice y otra es presenciarlo ¿Y desde cuándo ocurría eso? Las imágenes se le superponían. "Primero hay que ocuparse del muerto" —determinó. Y corrió hasta la escalera conteniendo a los otros, a los que querían subir para decírselo a Cenobia porque había decidido ser ella quien lo hiciera. Y mientras subía, seguida por una procesión que se atropellaba, plañidera, ululante, de pronto enmudecida como si se hubiesen terminado las voces en el mundo, pensaba, mejor dicho, sentía crecer su culpa porque fue ella quien le dijo a Cenobia que Crisanto quería irse, y todo porque le había visto dar una sombra maltrecha a la hora en que nadie proyecta la suya. Y quién sabe por qué la había asociado con un precipicio abierto a los pies de él.

Y entonces se puso a gritar más que los otros, a aullar como la Sudario. Y aullaba también por haberla visto a Elvira así como la vio, mujer de Dionisio sin estar casada con él, que ya nadie la querría para sí como esposa, y menos aún Dionisio, sobre todo cuando se enterara de que esa misma noche, justamente esa noche, su hermano se había colgado de una viga. Y tuvo deseos de desandar todo lo que había recorrido y arrancarlo de esa cama y dejarla a ella encerrada para que no la viese nadie.

"No, encerrada no" —pensó en una crispación súbita cuando estaba a pocos pasos del dormitorio de Cenobia, sin comprender cómo las voces no la habían atraído afuera, a ella que oía los pensamientos, los latidos, los escalofríos de los demás. Y eran cerca de las seis y media, y a esa hora, todos los días, ella ya había recorrido la mitad de la casa, despertando a unos, ordenando tareas a otros, como si el día no pudiese comenzar

sin su presencia; y lo mismo si llovía a cántaros c si el cielo nuboso prolongaba la noche.

Y cuando Francisca Simón recogió el coraje de los que lo tenían y se arrancó el miedo, el propio y el que los demás le habían contagiado, golpeó la puerta entendiendo de pronto que eso no bastaba, que era preciso irrumpir allí y hablar claramente aunque fuera un castigo para todos. Y la llamó a Cenobia y se acordó de nombrarlo a don Zósimo, el padre. Y como ninguno de los dos respondiera abrió la puerta a la que no hacía falta llave ya que nadie se atrevía a entrar allí. Y otros la siguieron. Y la encontraron a Cenobia de pie y se notaba que la piel se le había helado tiesa y descarnada a punto de desaparecer, porque ésa fue la impresión de los que la vieron en ese momento.

Claro que ella ya lo sabía.

Seguramente lo debió saber a partir del primer grito o cuando se produjo el primer silencio colectivo, aunque no podía adivinar la forma en que él se había dado muerte o tal vez eso también lo percibió sin necesidad de salir de allí, de ese lugar en donde permanecía enclavada, los dos pies casi convertidos en uno solo, destruida en cada una de sus partes vivas. Por más que ya estuviese preparada para soportar los sacudimientos y las rebeliones del extremo amor que componen el fondo de toda agonía; preparada para recibir el desorden que precedería la caída de eso que todavía era un haz.

Y es posible que don Zósimo hubiese sospechado algo porque su mirada había dejado de ser inocente y era una mancha que se extendía por su rostro hasta ocultarlo, y hubo un momento en que él pareció sólo un cuerpo con esa mancha que le crecía encima.

—Crisanto —dijo Francisca Simón.

El pañolón de Cenobia le tapaba los huesos, no la carne, y a don Zósimo ya se le había empezado a nublar la mitad del cuerpo.

La mujer se clavó las uñas en el pecho como si las palabras que necesitaba decir debieran manar de una herida y no de la boca. Tenía en la garganta un alarido ya frío, sin fuerzas para salir. En realidad, lo había nombrado a Crisanto como si en

el nombre estuviesen contenidas todas las circunstancias posibles del ser. Por fin dijo:

—Lo encontramos ahorcado.

Quizás ellos no la oían siquiera, no entendían sus palabras. Tal vez los dos estaban haciendo un extenuante esfuerzo para no comprender, para dejar de existir durante un tiempo.

Francisca se acercó a Cenobia y respiró su desesperación, un bloque todavía quieto y que necesitaba terminar de formarse. Sin duda, ella ya se había vuelto un desierto más dilatado que la superficie asignada a su alma. De nada valió que la tocara, que le pusiera las manos sobre los hombros. Toda ella parecía estar buscando a ciegas un trozo de sí misma que aún estuviese viviente.

Con la temeraria decisión con que había entrado, Francisca Simón salió de allí, atravesó el gentío expectante sin contestar a las preguntas, a la perplejidad de quienes permanecían a la espera de las voces antiguas, aluviales de Cenobia. Y se encaminó al dormitorio de Elvira.

Tampoco allí había señales de movimiento. Pero era otra cosa.

Levantó una punta de la sábana y la tapó primero a ella como si acabara de echar cal viva sobre su vergüenza, y después lo cubrió a Dionisio y empezó a zamarrearlo sin saber qué decirle primero, si anunciarle lo de Crisanto o increparle lo que pudo haber sido una violación, aunque tal vez Elvira había consentido, pero él tuvo que entrar allí y seguramente terminarían asomándose todos a esa puerta que por más que estuviese cerrada dejaba filtrar el pecado. Y tuvo miedo de que los demás tomaran el camino que había tomado ella, y entraran a ver. Entonces lo sacudió fuertemente a Dionisio y su cabeza despertó entre las manos frenéticas de ella. Le dijo:

—Tu hermano se ahorcó anoche.

No sucedió lo mismo que con Cenobia o con don Zósimo, que se quedaron desplomados hacia adentro. Dionisio salió de su piel, se diría que atravesó su cuerpo, y antes de que Francisca pudiese comprender que ya se lo había dicho, así, de golpe, entre la recriminación y la misericordia, él estaba de pie, mal envuelto en las ropas que se había arrancado antes de caer sobre Elvira. Y ella lo vio salir de allí tal vez traspasando la

puerta, no podía precisarlo, sin hacerle una pregunta, sin mirarla a la cara, sin dejar tras de sí su olor de calurosa miel, en una ciega precipitación porque Francisca tuvo la certeza de que él se destrozaría contra la primera pared que encontrara o caería interminablemente por las escaleras.

Dionisio entró en aquella habitación que de golpe se había vuelto más grande que toda la casa.

Un redondel de gente lo miraba a Crisanto, bien levantadas las cabezas como cuando se mira un cielo no cotidiano, no comprensible. Él parecía haberse paralizado a poco de iniciar un vuelo que no pudo ganar altura a causa del techo y, sobre todo, de esa viga, la cuarta a contar de la puerta.

—Es como si tuviera una polvareda en los pies —dijo alguien.

IV

Lo pusieron en unas parihuelas. Lo habían descolgado entre dos, del grupo de los Palomar, por respeto a Cenobia. Uno de ellos le había acomodado la lengua para que no quedara desfigurado. Todo eso antes de que ella pudiese encontrar el camino para llegar hasta allí. Consiguieron cellarle la boca y en cuanto la vieron entrar a Carmelita sin advertir que sus plantas no tocaban el suelo, qué importaba en ese momento si había otra cosa para mirar, le dejaron la tarea de juntarle los párpados, y ella recibió su mirada, porque los ojos se le habían coagulado abiertos, y sintió el soplo de algo que empezaba a diferenciarse pavorosamente de todo; y le dejaron esa otra tarea bautismal de vestirlo para un hecho que comienza.

Eran las siete de la mañana.

Le compusieron el pelo, tan desordenado como si hubiese caminado leguas y atravesado matorrales. Los cuatro que sostenían las parihuelas, cuatro muchachos con ojos amarillentos de sequía, soportaban el peso de su cuerpo y el otro, el de su imposibilidad de seguir vivo, el peso de todo lo que en él quedaba sin hacer, en una expulsión que fue voluntaria como si en verdad el precipicio que había temido Francisca Simón hubiese sido el límite puesto por él mismo a su ser.

Carmelita le lavó la cara y le juntó las manos de modo que entre sus palmas se pudiera formar el comienzo de una oración, que una vez halladas las primeras palabras de alguna manera se continúa.

Todos esperaban la llegada de Cenobia Palomar.

La afluencia de las gentes semejaba una exudación de los muros; brotaban de todas partes, avanzaban hacia ese lugar que no podía contenerlos pero que ellos trataban de agrandar

forzando el aire amurallado para saber y verlo al que se había ahorcado y que ahora estaba en una lona entre dos varas. Hasta que llegó Cenobia precedida por Francisca Simón y todos se apiñaron para hacerle un corredor desierto. Y se le notaba la imposibilidad de acercársele porque cada paso dado en dirección de Crisanto aumentaba la distancia en vez de disminuirla; se arrastraba con los pies roídos, se debatía por no llegar aunque estaba a pocos pasos y ya lo veía, aterrada y culpable, hasta que por fin se detuvo porque ése era el límite de todo lo existente, sin atreverse a mirar a nadie y sintiendo que la miraban a ella y que la recriminación y la piedad eran dos formas confusas que le volvían aún más difícil el estar allí, juzgada y compadecida y quizá no perdonada.

Parecía pedirle a él un lugar junto a su muerte, un sitio en esa especie de angarilla preparada para sacarlo de ahí, pero Crisanto ocupaba toda la lona a lo largo y a lo ancho; y todos tenían la sensación de una libertad sacrílega y relampagueante quizá porque en ese mismo momento Cenobia Palomar acababa de perder el mando. Por fin se animaron a tocarla, a decirle las palabras de la compasión, y ella se sintió reducida a nada, y más cuando lo vio a Dionisio contra una de las paredes, una lámina, un ser humano sin espesor.

Sintió que se había quedado sin ninguno de sus tres hijos. Tampoco la tenía a la Sudario, que sólo vivía para que Dios le mostrara la cara.

En medio de ese gentío que se renovaba aunque cada unó parecía enraizado en su sitio, Francisca Simón la vio entrar a Elvira y tuvo vergüenza; seguramente estaría aún impregnada del olor de Dionisio; además se le notaba una felicidad salvaje. "¿Qué hace? —se preguntaba indignada—. Al pobrecito no lo mira siquiera, no se persigna. Tiene los ojos clavados en Dionisio. Es como si hubiera venido a buscarlo". Y la arrastró a Cenobia afuera pensando que lo mejor era sacarla de ahí, que en cualquier momento podían comenzar las acusaciones y los reproches todavía tácitos, pero sobre todo para que no la viera a Elvira, que no tenía en la cara señales de pesar sino un aturdimiento jubiloso, los colgajos de sueño que deja el pecado. Sí, era mejor que Cenobia no la viera a esa sacrílega que enturbiaba el respeto que se le debe a un difunto con la levadura de

escándalo que traía aunque no se lo hubiese propuesto. Y que lo miraba a Dionisio embelesada. ¿Es que todavía no se había dado cuenta de lo que había sucedido? "También esto" —se dijo Francisca abatida mientras se la llevaba a Cenobia a la rastra.

La ayudó a bajar cinco escalones. Al pasar frente a la cocina se detuvo furiosa:

—¡Termine con ese gallo, doña Cesárea! ¡Sepa que hay un difunto a quien respetar y usted está llenando la casa de plumas!

La vieja, ajena a todo lo que no fuera lo fatídico que había en su trabajo de desplumar gallinas, patos y gansos, siguió obedeciendo las leyes de una rutina que se había vuelto feroz.

Los ojos de Elvira continuaban llenos de la visión de Dionisio. De pronto descubrió algo y tambaleó. No, no era él sino su imagen disecada contra la pared. Es que, en realidad, sí, era él pero parecía tener menos vida que Crisanto. Ni siquiera la había visto.

Cenobia lo divisó a su marido en el extremo de la galería que había empezado a recorrer. Francisca se le desprendió rápidamente y se recogió en una inmovilidad angustiosa. Don Zósimo venía cabizbajo, con un peso incalculable en el alma. Cenobia dio unos pasos hacia él, unos pocos pasos llenos de castigo. La distancia era de ocho o diez metros y ella tardó en acortarla, no porque tuviera que apartar a alguien o dar un rodeo sino porque necesitaba llegar hasta él y hablarle y, al mismo tiempo, era lo que más temía. Y a medida que avanzaba, tan forzadamente, sentía formársele una piedad que en seguida tomó la tibieza de una corriente lechosa, una piedad que quién sabe cuánto pánico, cuánta hosquedad tuvo que atravesar. Y cuando estuvo junto a él y le vio el celeste de los ojos como evaporado, tan metido en su propia niebla que ni siquiera advertía su proximidad, sintió más pena por él que por sí misma.

—Zósimo —lo llamó como si ésa fuese la única palabra de la oración que le quedaba, ya gastados los rezos.

Se miraron no a los ojos sino buscándose en una hondura donde tal vez había quedado algo, una débil consistencia de donde asirse. Se miraron tratando de hacer de sus seres muti-

lados un ser entero, como si él hubiese podido decir: "A mí me falta la mitad izquierda y a ella la derecha", y ella asentir: "Menos mal. Todavía podemos formar una persona".

—Zósimo —volvió a llamarlo.

Quizás él ya la había oído; y ciertamente la empezaba a ver fuera de su niebla.

—Crisanto —balbuceó él.

—Se ahorcó anoche —consiguió decirle Cenobia, y en seguida se dio cuenta de que él ya estaba enterado.

No sabían cómo ofrendarse su misericordia, qué decir primero; lo único que atinaban era a nombrarse como desde lejos. Y era como si cada uno pusiese su llanto en los ojos del otro, lágrima por lágrima. Una larga tarea.

—No sé cómo estoy viva —le confesó ella—. No sé cómo no entendí que era yo quien le alcanzaba la soga, quien se la ajustaba hasta que dejase de respirar.

Él pudo decirle:

—Tenemos que ayudarnos.

—Quise salvarlo, no fue sino por eso —añadió Cenobia sin fuerzas.

Por un instante a don Zósimo le pareció que la salvación ofrecida a los demás es la forma más bella y terrible de apropiarse de los seres. Y pese a que era mucho más lo que imaginaba y sentía que lo que podía meditar, pensó: "Nadie nos salva. Nacemos con un salvador dentro de nosotros mismos o sin él".

Seguían abriéndose paso fatigosamente para llegar el uno al otro; intentaban encontrarse en una misma palabra, aferrarse a través de la niebla que desprendían sus cuerpos.

—Sí —asintió él, deshecho, lejano.

—Nunca pensé que los perdería a los dos, a Lucas y a Crisanto —dijo Cenobia extendiendo las manos, como pidiéndole en limosna las imágenes que él guardaba de sus dos hijos, porque eso era lo que revelaba su gesto.

Algo que no era llanto aunque lo parecía fue vertido por él en las manos que se cerraron despaciosamente. Acaso las esencias, los licuados colores y formas de los rostros amados.

—Tal vez Lucas también está muerto —dijo Cenobia.

—Puede ser que esté vivo.

Ella miró a su marido desde una opresora extrañeza.

—¿Acaso no dijo Crisanto que había cuatro baldes llenos de la sangre de Lucas?

—Eso dijo en su fiebre.

—¿Y qué es la fiebre? Un ojo que ve más.

Cuando don Zósimo entró en ese cuarto que podía contener el mundo, acaso filtrándose a través de lo más compacto de esa espesura viviente, todos tendieron hacia él algo, una mano, los impulsos de una misericordia que al volverse colectiva tomó la forma estática y secretamente convulsa de la religiosidad. Don Zósimo Lucas Ardanás dio los pasos precisos para llegar hasta su hijo. Y lloró mansamente su propio llanto y el de los otros; y tocó la señal, y le pareció que allí había una pequeña cantidad de vida replegada, el latido de algo. Levantó la vista —¿cómo pudo sacarla de allí, de ese rostro que amaba?— y vio la cuerda que colgaba aún, probablemente cortada con un cuchillo, y después la miró a su mujer, que había vuelto a entrar, sin enrostrarle nada, sí, pero lo que es peor, con una mirada vacía de todo como si los globos de los ojos se le hubieran vuelto dos muñones. Y después puso sus manos sobre él con una ternura que al principio fue omnipotente y restableció la comunicación entre ellos dos, y que en seguida fue todo lo contrario.

A las nueve de la mañana, como obedeciendo a una orden dada por alguien, los muchachos que sostenían a Crisanto se dispusieron a sacarlo de allí; echaron a andar abriendo un tajante camino entre la gente, y cuando llegaron a la galería se estableció un orden similar al de una procesión. Carmelita, a un costado de Crisanto, empezó a levitar, y el pasmo inicial pronto se convirtió en aceptación porque todos pensaron que la muerte desparrama cosas y hechos que le pertenecen y que nada o casi nada tienen que ver con lo que sucede habitualmente. Y la unánime lentitud se aproximaba a la inmovilidad como si el aire se hubiese vuelto macizo y tuviesen que abrirle boquetes con todo el peso del cuerpo.

Don Zósimo se había quedado adentro mirando fijamente la cuerda que colgaba de la cuarta viga.

De una de de las puertas salió la Sudario con su aullido todavía sin soltar ya que faltaba bastante para el mediodía,

pero en cuanto lo vio a Crisanto tendido de esa manera se puso a gritar como cuando creía que Dios estaba por aparecérsele. Inmersa en sus fardos de plumas doña Cesárea calculaba: "Ya debe ser mediodía. La loca está aullando".

Elvira retardaba el andar para quedar a la par de Dionisio que estaba entre los últimos, y cuando pudo ponérsele al lado lo vio como al cabo de una precipitada consunción, y no le sintió su permanente radiación de fiebre, más bien un desprendimiento destemplado. Fue inútil que buscara el roce de su brazo o su mirada. Él no la veía. Se mordió el labio hasta sangrarlo. "Aquí estoy. Soy yo" —quiso decirle pero la boca se le llenó de un maldito silencio. Y lloró por Dionisio, no por Crisanto.

Carmelita sobrevolaba el cortejo; iba y venía con el aspecto de un estropajo alado.

La Sudario se reponía de su frenesí. "A lo mejor lo vio a Dios en la cara del difunto —meditaron algunos. Y eso tal vez porque el aullido había sido más exaltado que de costumbre—. "Los debe haber visto juntos, a Dios y al hermano" —se corrigieron en seguida.

Entraron en el comedor y los que llevaban las varas entre las que yacía Crisanto se detuvieron frente al ángel pintado en la pared, el que tenía un ala sola y un revuelo de moscas en la parte inferior de la cara. "Qué manía esa de los chicos de embadurnarle la boca con dulces" —se dijeron las viejas.

Encendieron velas y dos hombres fueron a buscarlo a don Onofre Reyes para que lo bendijera al pobrecito. Don Onofre estaba a un paso de los noventa años, un paso no fácil de dar; es decir, que además de curandero era el que más edad tenía, y según la ley de la casa la bendición era más bendición si provenía de alguien muy viejo. No llegó a ser santón del todo quizá por algo que le desvió los impulsos o por alguna intrusión; su flacura no se le había encogido con la edad; todo lo contrario, parecía un cartílago bien estirado. Es que él conservaba el aspecto de mantis religiosa que había tenido siempre. Talludo y seco, se colocó delante del ángel cuidando de no taparle la única ala, y comenzó un rezo con esas palabras que quedan en el fondo de los sufrimientos como una borra, una

vez que éstos se han evaporado. Una oración oscura y centelleante.

El ángel daba la impresión de estar mirándolo a Crisanto. Un hilo de miel le colgaba de la boca, de esa parte del fresco siempre enmelada. Acaso por primera vez sentía su mutilación. Ya nadie prestaba atención a don Onofre; todos miraban al ángel. El viejo proseguía, trazaba los ademanes de una bendición que más parecía un gesto conciliatorio como si allá se hubiesen establecido dos bandos, la muchedumbre viviente y el ahorcado con sus cuatro custodios y esa enloquecida que levitaba, mejor dicho, que volaba sin alas, absurda y angélica, toda ojos para espiar lo que pensaba cada uno. Y la plegaria duró hasta que el santón —que poco le había faltado para serlo— sintió enfriarse su atisbo de carne en toda su largura y dejó de decir los vocablos finales o los trituró en su boca de la que empezó a caer no un hilo de miel sino de leche de cabra, su único alimento y también la baba de su bucólica vejez. Hacía años que la muerte no lo impresionaba; se puede decir que había llegado a dividírsela con todos los que abandonaron la casa para irse de ese modo, no como se fue Lucas, no como hubiera querido partir don Zósimo.

Y después salió de allí acompañado por los dos hombres que habían ido en su busca, sin preguntar quién era el muerto.

Reanudaron la marcha y cuando pasaron por la cocina una ráfaga de plumas se arremolinó en las parihuelas y Crisanto tomó el aspecto de una gran ave cazada y exhibida.

Dionisio pensaba: "Justamente anoche". Con esas dos únicas palabras había compuesto una letanía que había nacido con las propiedades transformativas de lo inacabable. Su fiebre lo había abandonado en el momento en que Francisca le hizo el anuncio, y después sufrió la violencia de ese abandono como si lo hubieran cavado con una pala para extirpársela cuando lo vio a Crisanto colgado de esa condenada viga. No tardó en sentir, ya que todo fue tan rápido, que todo él se vaciaba de calor. "Justamente anoche". La obsesión era su única consistencia. Si él no hubiera caído en esa maraña de temblores en que se convirtió el cuerpo de Elvira, habría percibido los rumores que Crisanto no pudo dejar de hacer, trasladar una mesa y atar la cuerda, y no sólo los ruidos de un quehacer lleno de

desesperación sino también la sucesión de escalofríos que él debió contener. Pero lo más tremendo para Dionisio era el alborozo carnal, omnipotente, que él había sentido precisamente cuando su hermano subía a un cadalso armado por él; no había tomado mujer hasta esa noche; la revelación del amor se la había dado una virgen oscura, la misma que caminaba a su lado sin que él quisiera aceptar que estaba allí; se había abismado en ella hasta perder el sentido, y ahora a la visión del amor se le superponían imágenes atroces, y estaba seguro de que en el mismo momento en que él tuvo un estertor caudaloso, algo así como la liberación de toda su fiebre, Crisanto dejaba de respirar también en un estertor.

Elvira no conseguía incorporarse al duelo, terminar de comprender que aquél era un funeral; más que avanzar se dejaba llevar por el movimiento pausado del gentío, y por un instante le pareció recibir un halo de fiesta, acaso por el dulzor gozoso que persistía en ella y que empezó a marearla, y cuando se sintió caer se apoyó en una de las paredes.

Estaban en el patio mayor. Y de improviso a todos les pareció ver al mutilado del comedor entre ellos, brumoso, desprendiendo una pequeña polvareda de pinturas, y tan azorado como si sus colores temieran el contacto del aire al abierto.

Cenobia también lo vio. "Estoy enloqueciendo" —se dijo.

—¡El ángel! —gritó la Sudario con un centelleo en sus ojos de árbol fulminado, de un verdor luminoso hasta la blancura.

Pero la imagen desapareció con la rapidez con que se había hecho presente.

La Sudario se aproximó a su hermano.

—¡Tiene los ojos entreabiertos! ¡Está vivo! —exclamó.

Todos se agolparon para ver. También Cenobia. Pero ella no se engañaba.

"Cuando se lo busca a Dios como lo busca ella, se termina por encontrarlo. Por eso lo ve vivo" —pensó.

Y de pronto dio un brusco paso atrás, al igual que todos, porque de la carne de Crisanto que inesperadamente produjo la sensación de estar allí desde hacía tiempo, y que parecía estar apolillada —las manos y la cara mostraban los orificios de la polilla—, empezó a salir una nube de esas minúsculas mariposas.

Quién sabe qué color tenía en ese momento, qué lúcida aureola de lo incorrupto, el ojo de don Blas Ahumada. Sufría su ostracismo sin poder salirse del tazón e incorporarse a los sobresaltos y mutaciones de la hermosa materia orgánica. Sin poder estar donde se encontraban todos para ver

Dionisio yacía verticalmente contra una columna sin advertir lo que allí sucedía, sin ver esa nube creciente de pequeños insectos alados y casi incoloros, tratando de separar las dos imágenes que se le habían mezclado, el cuerpo colgante de su hermano y el cuerpo espumoso de Elvira.

Los cuatro muchachos que sostenían las parihuelas permanecían imperturbables.

Elvira se había encerrado en su cuarto.

Cenobia vio cómo aquello se convertía en algo que no era lo propio de un funeral: aspavientos y voces y movimiento, es decir, el comienzo de un calor en los ánimos, de un espectáculo, en vez de la inmovilidad y las bocas cerradas.

"Tal vez todos hemos enloquecido y vemos cosas que no son" —se dijo. Y se fue en busca de don Onofre Reyes, que sólo él podría explicar los hechos y ordenarlos.

Penosamente caminó los metros que la separaban de don Onofre, metros en forma de corredores, escaleras y recovecos. Lo más probable era que el santón estuviera durmiendo ajeno a todo. En realidad, había encajado en un sueño hecho a la medida de su cuerpo, si es que esa larguísima flacura podía merecer la gracia de la corporeidad, y dormía como deben dormir los anacoretas, un sueño geológico, una especie de pulón donde macerar la sabiduría y los dones. Pero ella logró despertarlo.

—Don Onofre, lo necesito.

—No me diga que hay otro difunto para bendecir...

Por un instante, mientras lo ayudaba a incorporarse, ella tuvo el recuerdo de su rivalidad con don Blas Ahumada. Esa contienda, esa mal disimulada riña de gallos, innegablemente les amenguó a los dos las dotes fisurándoles los poderes, ya que uno y otro, a fuerza de querer poseer la hegemonía de los rituales, las curaciones y los padrinazgos, se quedaron a mitad de camino de un sacerdocio que tenía más de soberbia que de iluminaciones interiores.

Cenobia le explicó a don Onofre la aparición del ángel en el patio, cuando nunca se había movido del comedor, una aparición fugaz, eso sí, pero que todos vieron, no sólo ella que tenía el derecho de las alucinaciones y del enloquecimiento a causa de la muerte del hijo y de la culpa que le cabía, no lo negaba, aunque cuando las intenciones son buenas no hay que hablar de culpa sino de la desgracia que sale de cualquier agujero como una víbora. El santón no sentía ninguna simpatía por el ángel.

—¿Apareció con la única ala que tiene o con dos?

—Con una sola. ¿De dónde iba a sacar la otra?

Y le contó lo más inquietante, esa nube de polillas que salían de la carne del muerto, más extraña aún que la aparición que, después de todo, no se toca y puede ser sólo cosa del aire; pero esas maripositas rozaban la cara de la gente y los chicos estaban a punto de hacer una algazara en su tentativa de apresarlas, y todos hacían ademanes semejantes a los de la diversión, y bien se veía que el respeto trastabillaba, sobre todo por los aspavientos de las mujeres, como si nunca hubieran visto un bicho alado.

Don Onofre necesitó un ensimismamiento de dos horas para poner en movimiento sus poderes y aflojarlos, ya que hacía años que los sentía anquilosados aun cuando podía afirmarse que todavía estaban en su sitio. Y por fin, asistido por Cenobia, salió de su arrobo laborioso como si hubiera tenido que romper una cáscara dura, con la decisión de enseñarle a la muerte a comportarse como tal. Y no dejaba de sentirse un tanto amoscado. ¿Es que su bendición no había servido para nada? ¿Ni siquiera para que el difunto se portara como es debido?

Se alisó con las manos la túnica que le cubría lo que todavía podía denominarse cuerpo ya que la flacura aún no le había sublevado los huesos, esa túnica que no se quitaba jamás, desde hacía años, terminados los trajines y las transpiraciones, y podía comprobarse que estaba limpia puesto que, según él, el polvo y la grasitud se pegan a los movedizos y a los que tienen pasta de pecado. Se calzó ojotas en sus pies de cenobita, murmuró, mejor dicho, babeó una que otra palabra, y se dispuso a salir de su habitación, ornada con libros, un tapiz raído, tiempo hecho polvo y medio San Juan Bautista

que seguramente lo había socorrido en su tarea bautismal para que la casa no se llenara de herejes, pero muchos se deben haber filtrado, no a causa de que del San Juan Bautista había sólo una mitad sino porque el viejo en las ceremonias escatimaba la sal y el agua e invariablemente en uno de sus ojos bailoteaba una cierta malevolencia.

Salieron en dirección al patio.

—Todo debe haber sido una visión —dijo el santón—. A veces las visiones nos visitan y se instalan en la casa. Es que lo que pasó y lo que va a pasar, en ocasiones se sale de su sitio y se nos pone delante.

Pero no parecía muy convencido porque parte de su cara tenía una expresión afirmativa y en otra parte se le notaba el estrujamiento de la negación. De todos modos, estaba dispuesto a hacer un conjuro si es que algo había que ahuyentar.

—¿Una visión? —protestó Cenobia—. Puede ser que haya enloquecido yo, pero no todos.

—Entonces es cosa del demonio, seguro.

—¡Dios nos libre!

—No olvide —se atrevió a recordarle don Onofre — que él finó por su voluntad, según me aseguraron. Y que cuando eso sucede, por alguna abertura de la casa o aun por lo más cerrado se cuela un demonio.

Cenobia Palomar se santiguó impresionada.

—¿Es difícil sacarlo al demonio de la casa? —preguntó en un gran desaliento.

—Casi tanto como librarse de las hormigas —sentenció él.

Continuaron andando en silencio. Ella tenía que ayudarlo a no tropezar, a que los huecos no lo absorbieran. Después le dijo:

—Pero usted tiene poderes.

A don Onofre se le acentuó el aire entomológico que poseía, la apariencia de enorme mamboretá, y levantó la mano que trazaba de vez en cuando los signos con que se expulsan las malas esencias intrusas. De golpe una nube de polillas le azotó la cara. "Esto va a ser difícil" —reflexionó para sus adentros que pese a su extrema flacura los tenía. Y en mitad de una escalera de hierro precisó otro ensimismamiento aunque sólo de veinte minutos. Al cabo de ese tiempo, en cuanto él empezó

a despabilarse, Cenobia lo zamarreó con cuidado, no fuera cosa que el viejo estuviese en estado de fragilidad. Y cuando la mantis religiosa abrió sus ojos descoloridos oyó las palabras de ella:

—Falta poco para llegar.

—Si es cosa del demonio, nuestra astucia tendrá que ser muy fina —dijo él—. Y nuestro poder más crecido que el que ahora tengo.

Sin replicarle, ella lo arrastró temerosa de que en el rellano de otra escalera el viejo volviera a quedarse duro; no lo hizo allí pero sí en el patio donde lo tuvo que dejar contra un muro como quien coloca la estatua de un santo en un nicho, en eso que semejaba una sublime interrupción de todas sus facultades y que en realidad era una manera altiva de dormitar.

El cortejo se había reanudado y proseguía hendiendo la casa laberíntica a la luz de un día nuevo que de alguna manera arrastraba la noche anterior y la obligaba a acompañarlo, una noche bloqueada y vociferante aunque nadie hubiese oído nada.

Cenobia advirtió de pronto la profundidad de un silencio comprimido que acababa de paralizarlos a todos, también a los cuatro que cargaban las varas, el silencio que se produce no porque las voces cesen sino porque toman otra dirección.

Todos estaban pendientes de la Sudario, absorta en la señal, en ese vago signo de la frente de él.

—Acaba de morir —dijo—. Se le cerraron los ojos.

Cenobia repitió las palabras de ella: "Acaba de morir". Entonces no era verdad que se hubiese ahorcado, que el encierro lo hubiese precipitado a esa determinación. Respiró hondo, se metió un huracán en los pulmones. Tenía la sensación de poseer una verdad ensangrentada y confusa que la salvaba. Aunque nada lo había salvado a él.

Volvió a zamarrearlo a don Onofre.

—Crisanto acaba de morir —le dijo.

El viejo se despabiló en el acto.

—Cuando le di la bendición ya había finado. Y bien que se le notaba. Y según se me dijo lo habían descolgado del techo.

—Es que ahora...

El santón se sintió desautorizado.

—¡Yo sé lo que es un muerto!

En el centro de esa especie de humareda de mariposas Crisanto yacía como rodeado por una atmósfera centelleante y dura.

Carmelita estaba hecha un revoltijo a pocos centímetros del suelo en un recogimiento del que participaban el pasmo y la subordinación y un escozor de fastidio por que a un rostro en absoluta paz no podía espiarle nada.

Cada uno de ellos hubiera podido decirle a él: "Tu paz se ha nutrido de la mía. Ahora sólo me queda la agitación".

Cenobia Palomar se aproximó a su hijo. La señal le pareció una brasa.

Don Onofre sintió que su espalda se separaba del rectángulo encalado donde lo habían puesto, casi una estatua, casi una enredadera, más bien un cartílago tallado.

—Crisanto acaba de morir. Bendígalo, don Onofre —le pidió Cenobia.

El viejo se sacudió la modorra anidada en algunas de sus concavidades y en vez de una bendición dio comienzo a un pandemonio que pretendía ser un exorcismo, valido de ademanes expulsivos que además le ayudaban a ahuyentar a las polillas, y de cruces inscriptas en el aire. Tomó el aspecto tormentoso que da la bastardía de los poderes, sin dejar de gritar:

—¡Esto es cosa del demonio que ha venido a instalarse aquí! —y después dio una orden—: El finado necesita estar un tiempo al abierto y que lo purifiquen las heladas.

Pero no le creyó nadie.

Abrieron el enorme portal y salieron a sepultarlo. Pero a poco de trasponerlo regresaron y Crisanto volvió a estar en el patio mayor de la casa.

—Por si don Onofre tiene razón —dijo uno de los que lo cargaban.

El agotamiento y quizá más las palabras del santón los dispersó a todos y Crisanto quedó en soledad.

Don Onofre, antes de meterse en su habitáculo pasó por el comedor y allí se encontró con la Sudario.

—¿Todavía no lo viste a Dios, el

—No.

De pronto ella advirtió que al viejo se le transparentaba una oscuridad de temer, se diría una franja longitudinal que ocupaba una mitad cambiante de su cuerpo.

—¡A Dios no lo verás nunca! —rió malignamente él—. Es mejor que caces al demonio que tenemos de huésped.

—Usted es un demonio, don Onofre. Aunque no lo sea del todo. Y lo que ocurre es que no quiere rivalidades —afirmó ella como ante una revelación. Y salió precipitadamente, no fuera cosa que sus palabras encerrasen una verdad.

El viejo rió y miró con desconfianza al ángel. Después de todo, una sola ala no bastaba para probar su condición: una sola ala no asegura el vuelo sino la caída. "Aquí hay un desequilibrio —pensó—. Y el desequilibrio es la mayor desobediencia al orden divino".

Y quizá no se equivocaba porque la casa de pronto se volvió abismal, como si el cuerpo de Crisanto, esas ráfagas de maripositas que salían de su carne apolillada instauraran un orden de caídas sin término.

La Sudario, con la misma vehemencia puesta en la búsqueda de Dios se dio a la misión de encontrar al maligno; sus aullidos cesaron aunque fueron reemplazados por una actividad pasmosa en el afán de escudriñarlo todo, ayudada por Carmelita. Con movimientos intempestivos deshacían los montones de plumas de la vieja de las gallinas, hurgaban en el pelo motoso de Elvira, lo revolvían todo rabiosamente, los mapas de don Zósimo, los toneles de la bodega, los establos. Sólo cuando Carmelita advirtió: "A lo mejor es invisible", dejaron de buscar.

La presencia de Crisanto, así como estaba, a la espera de la purificación de las heladas, provocaba una exaltación de la que sólo quedó afuera Dionisio, que deambulaba por los potreros y dormía en los establos sin atreverse a entrar. Sobre un jergón de pasto seco miraba las patas de los caballos y veía borrosamente, como ahogado en un estanque, el cuerpo de Elvira, y en seguida esa imagen se complicaba como si otra se le superpusiera hasta fundirse con ella, la visión del ahorcado que pendía de la viga. Y era inútil que intentase separarlas.

Esa noche, la tercera en que Crisanto quedó allí esperando

la helada, Elvira Simón, pese al frío, despertó envuelta en un sudor aceitoso y caliente, y salió de su habitación, y cuando llegó al patio vio la lona que había sido puesta sobre una mesa; pero Crisanto no estaba.

Envuelta su desnudez en un lienzo, sin importarle que alguien pudiese sorprenderla, espiarle el celo que la impulsaba a salir de la casa, traspasó una oscuridad untuosa como su cuerpo hasta llegar a los primeros alambrados; separó las dos hileras altas de alambre de púa y se metió en un potrero; sintió su emanación animal, una sustancia antigua y turbia que ella tenía que hollar con cuidado porque era lo único que la guiaba. Y antes de llegar a uno de los establos lo vio a Dionisio que se alejaba con la carga de su hermano sobre un hombro. Comprendió que lo llevaba a sepultar. No se atrevió a seguirlo. Entró en el establo donde él seguramente había dormido esas noches —sabía que no se equivocaba— y se quedó esperándolo en el jergón que él se había hecho con alfalfa seca. En seguida se sintió sofocada, no sólo por la respiración caldeada de los caballos sino por el calor de ese lecho en donde él debió dormir un par de noches. O quizá por los fermentos del pasto. Se quedó mezclada a los vapores de ese suelo activo, sintiendo que cerca de su cabeza algo así como un relámpago subía por las patas de los caballos, un relámpago que les recorría el cuero, sabiendo que estaba endemoniada por esa fiebre que le dejara Dionisio y que terminaría siendo una minuciosa fogata que suelta olor a carne quemada, algo que no se puede disminuir y que hay que llevar adentro aunque no secretamente porque es un fuego que se ve a través de la piel. Más cetrina, más independiente de su ser esa mota achicharrada por los soles que caldean los ancestros, Elvira Simón semejaba la fijación de una animalidad todopoderosa.

Dionisio había tenido que juntar todo su valor. Había llegado al patio abriéndose paso entre esa nube interminable de maripositas. Allí no quedaba nadie sino él y, no obstante estar amarrado a una horizontalidad que a Dionisio le pareció esteparia, daba la impresión de estar colgando. Se le acercó y extendió sus manos dolorosamente abiertas como tratando de recoger su frío. Y de pronto le brotó un sudor muy claro, un llanto al que no le bastan los lagrimales y sale por la piel.

Espantó con una mano la nube obsesiva de polillas que salían de esos ínfimos orificios perceptibles a causa de su cantidad, y lo cargó a Crisanto sobre su hombro izquierdo.

En el establo donde estaba Elvira los caballos empezaron a inquietarse. Sus grandes ojos escarchados absorbían la noche.

Elvira también espantaba algo, el zumbido que giraba en torno de su viscosidad.

Por fin Dionisio le dio sepultura a Crisanto en un matorral, y después no supo si arrodillarse o echar a andar sin término, si aterirse con la helada que se levantaba o con el frío que desprendía su acto, un acto tan misericordioso y tan impío al mismo tiempo. Y después volvió con una carga mayor que cuando lo llevara a él sobre un hombro. Pero no entró en la casa, tampoco en el establo, dispuesto a reponerse de su piedad para que aquello terminara de una vez y nadie pensara que a Crisanto había que dejarlo al abierto porque estaba vivo o endemoniado, para que no se extendiera aún más ese enloquecimiento que acaso provenía de la culpa que todos de alguna manera debían atribuirse ya que nadie pensó en echar abajo esa puerta o en desgoznarla; que se originaba en la complicidad en torno del poder de Cenobia que había querido retenerlo, eso sí, por un amor que ya había sido devastado por la partida de Lucas; retenerlo sin tomar otra precaución que una puerta fuertemente cerrada, como si eso bastara, ya que hay otras maneras de irse.

A la mañana Elvira abandonó la cama de pasto entre las fulguraciones de su fiebre que no se curaba con quina, jadeante y humillada, la mirada omnívora, sabiendo que ahora estaba hecha de un panal turbio, sabiendo que en su carne empezaban a arder las vindicaciones por el rechazo de Dionisio. Porque estaba segura de que él ya no la buscaría.

Caminaba mirando los yuyos que parecían frotados por la sustancia fosforescente que la noche deja igual que un residuo. Entró en la casa y la vio a Cenobia en el patio, sola, junto a la lona un tanto desplazada de su lugar.

"Esta irrespetuosa en camisón frente a un difunto" —alcanzó a pensar Cenobia en un sitio desajustado de su recogimiento. Y se quedó allá, los brazos cerrados en torno del espacio que había ocupado el pecho de Crisanto. No había ad-

vertido que él no estaba. Sólo cuando oyó que Francisca gritaba: "¡Crisanto ha desaparecido!" se dio cuenta de que sus brazos rodeaban un espacio saqueado.

El descubrimiento de la lona despojada de su carga hizo surgir en todos la sospecha de que la emigración corpórea de Crisanto bien podía ser un hurto demoníaco —si es que en la casa se había cobijado un maligno, según la denuncia de don Onofre, o bien una de esas desembocaduras del misterio en estado tormentoso.

"No es un demonio lo que ha entrado aquí —se dijo Cenobia—. No, no es eso sino algo peor".

V

Dos meses antes de los funerales de Crisanto, en la última ala de la casa que con precisión señalaba el oeste, había tenido comienzo otro tipo de tumulto, una encubierta sedición contra los fundamentos que mantienen erguidas las buenas costumbres. Cenobia lo ignoró durante todo ese tiempo, ella que estaba informada de las desvergüenzas secretas, del número de toses nocturnas, de los tragos ocultos, en fin, de los manejos de la clandestinidad y los desórdenes de los malestares. Es que la cosa había surgido apuntalada por muchas precauciones.

El clan se había desarrollado desmesuradamente, era un trozo vivo de mundo y como tal debía contener de todo, y ya en esa época lo contenía, también las culminaciones que anteceden a la desunión. En otras palabras, en aquel extremo de mampostería más ornada quién sabe por qué razones o por qué preferencias, en cinco habitaciones el aire se volvió tórrido; cinco aposentos contiguos y aislados del resto, en lo alto, construidos premonitoriamente para lo que sirvieron, un burdel bisoño dirigido por la improvisación; y también por una de los Reyes, ociosa y opulenta, emparentada muy cercanamente con el milagrero —en realidad don Onofre ya había hecho un milagro, el de vivir casi noventa años valido de un hilo de carne en el que los órganos habían tenido que volverse lineales. La idea había sido de ella que había tenido no un marido propio pero muchos ajenos. Los Reyes, en generaciones alternadas daban remesas de adúlteras que contribuían a sazonar y complicar un orden que por momentos amenazaba con convertirse en una epidemia de la monotonía. Quizás ese antecedente hizo que la Reyes fundadora del burdel, Juana Fermina, se rodease de las de su sangre y apellido.

La idea de disponer de dinero para comprar cuanta cosa brillosa traían los mercaderes fue el impulso que les irrigó la carne de audacias y corrientes impúdicas; y esa primitiva idea, la de comprar todo lo que reluciera mientras los hombres de la casa vendían cereales, ganado en pie, quintales de zapallos de Angola, desembocó en otra determinación que desde el principio les pareció alucinante: hacerse de dinero para irse un buen día, las cinco, y dejarse atrapar por la primera ciudad que les saliera al paso, sin ofrecer resistencia. Es decir, no fue un arrebato de la deshonestidad solamente sino también la necesidad de alimentar el embrión de abandono que había empezado a gestarse en ellas.

A una sola cosa le tenían pavor: que se enterase Cenobia.

Había que complicarla a Carmelita, la informante que todavía se valía de sus pies, pero que era lo mismo que si volase como lo hizo después, por la velocidad con que llevaba las noticias. No era fácil ganarse su favor, sometida como estaba a Cenobia; por otra parte, era insobornable, no se la compraba con vidrios de colores ni con puntillas —esmirriada como era, los adornos se le escurrían, no tenían dónde fijarse. Pero era indispensable hacer un pacto con ella. Juana Fermina Reyes la mandó llamar; le anunció que la noche siguiente esas cinco habitaciones serían morada del pecado; se lo dijo con esas palabras para soslayar la rudeza. Pero en seguida comprendió que debía ser ruda porque Carmelita daba muestras de no haber entendido. Entonces le confió terminante:

—Mañana a la noche nosotras cinco empezamos a trabajar de putas.

—¡Ah! —dijo Carmelita—. ¿Aquí?

—Sí.

Ahora estaba claro. La parienta de don Onofre, blanda y extensa, suspiró aliviada; había dicho lo más difícil pero todavía le faltaba el acuerdo. No supo qué ofrecerle a la otra. Lo mejor era preguntárselo. Ante todo, le pidió que Cenobia Palomar no se enterara, ni ella ni las demás mujeres. Con los hombres era otra cosa: debían saberlo todos, menos el santón, eso sí, que le tenía más horror a la lujuria que a la muerte, y que quizá por eso parecía una fibra de cáñamo; y tampoco don Zósimo, por respeto, no por otra cosa. Es

claro que la complicidad de Carmelita debía ser premiada. Si ningún hombre la había tenido ella le buscaría uno y allí mismo conocería el amor.

A Carmelita los ojos le estuvieron por estallar.

—¡Que sea Dionisio! —exclamó.

Juana Fermina sintió las absorciones de la inseguridad. "Es difícil" —pensó, pero en su corpulencia podía entrar cualquier cosa menos el desánimo, y en el acto imaginó que tal vez habría un medio, una estratagema, algo para atraerlo al adolescente por el que todas ardían, también ella, y cumplir con Carmelita.

—Te lo prometo —le dijo.

Sellaron el pacto con una mirada firme, que bastó y sobró.

Carmelita salió de allí como andando por los aires aunque todavía sus plantas se pegaban al suelo. Esa fue su primera levitación, simbólica.

Los hombres, menos unos pocos, supieron en seguida que en lo alto de la última ala de la casa, la que desembocaba en el poniente, podían refocilarse sin necesidad de violentar a nadie ni de implantarse cornamentas en una reciprocidad que no siempre era equitativa. Y se asombraron de que ese nido gustoso que por fin abría su entrada, no hubiese existido desde el comienzo —una imprevisión del primero de los Palomar ocupado más en que la lengua colgante se le metiera en la boca que en las diversiones que una casa populosa debe contener para no acabar tomando un aire de convento. "No sé cómo se ha podido vivir así hasta ahora" —fue la conclusión a la que llegaron todos.

El día que se tuvo la noticia, Cenobia en el comedor comprendió que los hombres estaban festejando algo impúdico por la manera de beber y de mirarse maliciosamente. Ni ella ni las demás mujeres pudieron descubrir la causa del repentino regocijo. "Cosas de hombres —pensó—. Deben haberse dado cuenta de que a alguna de las muchachas le han crecido los pechos de golpe".

La condición impuesta por Juana Fermina Reyes fue que los comentarios no se hiciesen en voz alta, sí con el tono de la confidencia, y tomando muchas precauciones sobre todo con las mujeres, que viven con las orejas paradas, porque en

cuanto lo supiera una sería como ponerle fuego a un reguero de pólvora; de lo contrario, si se hacía lugar al escándalo, si no se procedía con prudencia, baldearían las cinco habitaciones con soda cáustica disuelta en agua caliente y del prostíbulo no quedaría nada. Ella era partidaria de aclarar las cosas desde un comienzo. Quería contar con la seguridad exigida por un oficio arduo. Y a ellos también les convenía la actitud de reserva porque una vez abierto ese paraíso en la casa ni pensar que debiera cerrarse.

Sin embargo, en su historia, que fue breve, el reducido lupanar tuvo que cerrar dos veces, pero las dos por duelo. La segunda fue a causa de la muerte de Crisanto, y la primera no se puede afirmar con justeza que fuera por la muerte de un cristiano, tampoco asegurar que no. Y se trataba precisamente del primero de los hombres que se apostó para ser recibido por una de las cinco, don Jacinto Ardanás, primo hermano de don Zósimo, hombre de a caballo, de grandes ojos brillantes y húmedos. Había sido el primero de una fila serpenteante que llegaba hasta la escalera. Las cinco Reyes se presentaron también en fila pero en sentido perpendicular a la de ellos. Juana Fermina ocupaba el centro con aire histriónico; a su izquierda estaban María Josefa y Dalmira y a su derecha Aída y Engracia. Y todas como máscaras encendidas de coloretes y con gasas aleteantes. Habían tenido el tino de borrar la familiaridad y componerse rostros de foraste ras, como si acabaran de llegar y no conocieran a nadie.

Don Jacinto se demoró en la elección. A Juana Fermina la desechó desde un principio por su carne orográfica; prefería un cuerpo llano. Y después de mucho mirar y aventurar una mano imaginaria aquí y allá, se decidió por Aída, que poseía un leve aire de recato y pelo pajizo.

Juana Fermina se lamentó por no haber sido ella la elegida pero de inmediato fue cautivada por el ímpetu de Liberato Bermejo, un gigante de pelambrera roja, una fogata; parecía absurdo que fuese pariente de Carmelita; nadie se explicaba cómo una misma rama lo había dado a él, casi una muchedumbre, una extensión sensualísima y voraz, y también a ese harapo humano que sólo se le parecía en la hurgadora manera de mirar a la gente.

Los cinco cuartos habían sido adornados con colgaduras vistosas y lámparas de pie de bronce hurtadas del feérico depósito de las cosas que habían dejado de servir. Ellas se imaginaban que debía ser así porque ninguna había visto jamás un burdel ni representado en una ilustración. Por supuesto, no dejaron de colgar espejos grandes aconsejadas por el sentido común de la picardía.

Puede decirse que las cosas marchaban bien, sin sobresaltos ni contratiempos, salvo cuando alguno de los hombres advertía el parentesco estrecho con la que le había gustado.

—Mire que soy su sobrina.

Invariablemente en esos casos el hombre apelaba primero a una expresiva sorpresa y después a las formas de una dignidad que se esforzaba por ser austera y autoritaria.

—¡Como para reconocerte con todas esas pinturas en la cara! ¿Cómo iba a imaginarme que podías ser vos?

Concluido el estupor, mientras ella trataba de arrop.. se un poco más o cubrirse con los brazos, se oía la voz de él que en ese momento paralizaba el pecado en las demás habitaciones.

—Lo va a saber tu madre.

—¿Sí? Y también mi tía, la inocente de su mujer.

Y el conflicto terminaba. Además las materias aromáticas que se habían sahumado allí disponían a la lubricidad más que a la discusión. Y una sustituta recomponía el atisbo de estrago que se había insinuado en el paraíso y del episodio ni se acordaban sus protagonistas. Es que en esa casa era difícil que la memoria guardara en debidas condiciones de frescura el orden de los vínculos familiares. Por otra parte, casos como ése hubo pocos.

Durante veinte días las demás mujeres ignoraron el activo destino asignado a aquellos cinco aposentos; después la noticia corrió refrenada para que no llegase a oídos de Cenobia, tan arrasada ya por la partida de Lucas, y eso que habían pasado casi dos años. O justamente por eso. Todavía vivía Crisanto. El escándalo fue mantenido bajo tierra, comprimido para que estallase con más fuerza, y también porque la curiosidad se le impuso. Ir a espiar y enterarse ocupaba gran parte del tiempo y componía la materia de los preparativos exigidos por toda magnitud. Además hay que dejar que los hechos maduren, estén

a punto, si se les quiere sacar todo el jugo, sin perder una gota.

Los más asiduos hasta el extremo de ser infaltables, eran don Jacinto Ardanás a quien nadie le hubiera sospechado el brío, y Liberato Bermejo, el hombre más corpulento de la casa. "La naturaleza es así —solían decir las viejas—. La misma sangre que da esa montaña de hombre da esa hilacha de Carmelita".

Liberato se jactaba de pasarse la noche en los cinco cuartos. "Si hubieran sido diez, en los diez" —decía. Don Jacinto era más humilde, se contentaba con Aída a la que el pelo se le ponía cada vez más de paja. Ni pensar que quisiera cambiarla por otra. En cuanto a los demás, algunos no habían vuelto, como si el pecado tuviese su estación y ellos debieran aguardar un año para repetirlo, y otros se imponían pausas, acaso para que el pecado mantuviera su ilusión. "No hay cosa más diferente entre sí que los hombres" —reflexionaba Juana Fermina, que tenía en su ser sitio para todo, también para una meditación furtiva, de ésas que rozan aun a los más desprevenidos.

La única contrariedad amenazante la constituía Carmelita al exigir que se le pagara su encubrimiento según lo convenido. Golpeaba la puerta de Juana Fermina aunque no estuviese sola, y le preguntaba con tono de conminación:

—¿Cuándo tengo que venir?

La opulenta Reyes interrumpía el pecado, lo partía en dos para emerger, al principio furiosa y en seguida persuasiva, y contestaba:

—Falta poco.

Y se quedaba rezongando para sus adentros: "Ésta me pidió demasiado. No sé cómo no me di cuenta en el primer momento".

Carmelita permanecía agarrada a la puerta sin importarle que la vieran ahí, transpirando las aguas de su decepción mientras espiaba los trazos perceptibles de voluptuosidad y se consumía más aún, a riesgo de desaparecer, de que de ella quedara sólo un charco de algo, mínimo y confuso. Y a los diez minutos daba nuevos golpes y preguntaba:

—¿Vuelvo pasado mañana?

La Reyes principal se mordía la lengua para no contestarle injuriosamente, y le rogaba con una voz hecha jirones:

—Esperá unos días más.

Pero advertía que la otra seguía allí como una sombra mendicante junto a la puerta. Le oía el jadeo y le adivinaba la punta de la mirada. "Esta pretenciosa" —se indignaba distraída de su oficio al que volvía poco menos que rabiosamente.

Una noche le propuso a otro de los hombres. ¿Por qué debía ser Dionisio?

—Lo importante es que conozcas el amor. Ya tenés más de treinta años.

—Si no es con Dionisio, con nadie —le había respondido Carmelita.

Esa noche Juana Fermina no insistió, consciente de que cuando una mujer se empaca ni un viento solar la mueve de su obstinación.

Don Jacinto Ardanás porfiaba en no cambiar de pareja. Ni siquiera por curiosidad. Aída Reyes lo transportaba a lejanías frondosas y a veces lo encabritaba aunque ella era apacible y sólo poseía la violencia que se deposita bajo la mansedumbre como una borra. Y una noche ocurrió que en lugar de un gemido o una exclamación alborozada, en el momento de sentirse omnipotente y vencido a la vez, don Jacinto emitió un relincho. Fue innegable; no se hubiera podido tomar por otra cosa. Un relincho no se parece a un canto, a un grito, a nada. Es siempre una voz remota, arrastra un humus de alegrías agrestes, suena a resurrección.

Aída quedó alelada porque además le sintió a él olor a caballo, un olor hermoso, es verdad, pero que no correspondía. Ahogó una exclamación de miedo, con la sensación de que el peso de él se había cuadruplicado y que ella estaba hecha una lámina. No se atrevió a abrir en seguida sus grandes ojos grises, lo más bello que poseía, y se quedó como muerta. Don Jacinto era un ser delicado; se levantó de ese cuerpo blanco y enjuto con una elasticidad que antes no había tenido y no sólo fue más generoso que otras veces sino que le agradeció que hubiera consentido en dársele.

Ella por fin abrió los ojos, no sin temor. Alcanzó a susurrar:

—Pero si ya lo hice otras veces, don Jacinto.

—Es que esta vez es distinto aunque no sé por qué.

Aída lo miraba moverse por la habitación, con recelo; se había quedado tendida en la cama, sin fuerzas para incorporarse. Él sonreía orgulloso por la extenuación de ella pero Aída sabía que estaba así como agotada, a causa del relincho. No dejaba de observarle la cara, larga, huesuda, la quijada que en los últimos días se le había pronunciado. Y pensó: "Debe ser este oficio; de mirar tan de cerca a la gente se la ve de otro modo. Además, tanto sacudimiento debe dañar la vista". Pero el relincho le seguía percutiendo los tímpanos.

Un mediodía en el comedor, don Jacinto Ardanás, apreciado por todos, puso en su plato manojos de gramilla que paladeó con un hambre entusiasta.

—No hay mejor ensalada —decía.

Y después trituró un puñado grande de maíz colorado con una lentitud que provocaba en quienes eran sus vecinos de mesa, una expectativa torturante.

—Mire, don Jacinto, que el maíz crudo no se digiere. Un humano no es una gallina.

—Ni un caballo —aventuró alguien. Y el que lo dijo se tapó en seguida la boca como arrepentido de una delación.

Todos fueron testigos de cómo día tras día a don Jacinto Ardanás se le alargaba la quijada.

Las noches las pasaba con Aída y las siestas las consumía en los establos junto a su malacara que tanto lo había acompañado en la vida, o entre los mestizos nacidos de una tropilla de yeguas todas zainas y pura sangre que eran de su propiedad.

—En el momento del placer suelta un relincho —le confió Aída a Juana Fermina.

—Sí, ya lo oí varias veces. Al principio creí que aquí se había metido un padrillo, ese nuevo, que rompe las maneas. Pero ¿cómo iba a subir hasta esta altura? Después me di cuenta de dónde venía.

—Sí, es él. Y a veces le siento olor a caballo.

—Será de tanto andar por los establos o montado en el malacara, vaya a saber.

Aída no pareció convencida. Al cabo de una pausa en la que se expandía el desconcierto, afirmó resueltamente:

—No es que a mí me incomode. Lo digo porque no vi que le pasara a ningún otro hombre, desde que estoy en esto, y tampoco antes.

—Es que todos son distintos —la tranquilizó la Reyes regente—. Yo lo tengo a Liberato Bermejo que amenaza con prenderle fuego a todo justamente cuando es más feliz. Y a Libertino Ahumada, tan flaquito, que en el momento del placer pide auxilio como si se estuviera ahogando. De modo que no hay que asombrarse por un relincho. A mí me parece que es una prueba de buena salud.

Aída se convenció no sólo del peso de dichos argumentos sino también de la celeridad con que Juana Fermina en tan poco tiempo había consolidado una veteranía que a ella le demandaría años. De todos modos, replicó:

—El relincho se lo soporto aunque me sobresalte, pero el olor a caballo...

—¡Si es uno de los mejores del mundo! —exclamó vivamente Juana Fermina—. Ojalá toda la gente tuviera aroma de caballo, que al fin y al cabo lo da la naturaleza, y no como don Libertino que huele a untura blanca.

Seguían observándolo de soslayo para que él no se percatara, con el rabo del ojo que es como mejor se ve. Por cierto, la quijada se le había alargado bastante y en los ojos las pupilas y el iris se habían vuelto invasores dejando un blanco exiguo, más visible junto a los lagrimales.

Cuando entraba en el comedor con un manojo de gramillas recién cortadas en una mano y un buen puñado de granos de maíz en la otra, nadie le quitaba la vista como a la espera de algo jamás presenciado, pero todo se reducía a eso, a verlo en su puesto triturando comida de yeguarizo. Todavía Crisanto estaba entre ellos.

Carmelita insistía:

—¿Y Dionisio? No será para cuando ya sea vieja. ¿Cuántos días hace que espero?

La Reyes tenía paciencia. Bastante más que la otra.

—Por aquí no vino nunca. Seguro que todavía no conoció mujer. ¿Por qué no te conformás con otro?

"Lo mejor es insistir. De pronto la insistencia cuaja" —meditó Juana Fermina.

— Porque estoy enamorada de Dionisio. Ya se lo dije.

—No sos la única.

—Un trato es un trato —le recordó Carmelita con cara de supliciada, la tez incolora, todo su ser replegado en un miedo que le dejaba poco lugar a la esperanza de ser de Dionisio, aunque sólo fuera una única vez. Y eso que todavía no lo había visto comportarse en el amor, la carne hecha brasa, como lo vería algunas noches más tarde, en el dormitorio de Elvira.

—Y no piense que voy a esperar muchos días más —amenazó agitada.

Juana Fermina se estremeció. "¡Dios mío! Si lo llegara a saber Cenobia. Ésta es capaz de contárselo todo". La informante, la que vivía cuchicheándole cosas, no permanecería inactiva esperando indefinidamente la recompensa. "Si Cenobia se entera nos va a echar como si estuviéramos apestadas, siempre y cuando no le dé por encerrarnos" —se dijo angustiada. Todavía no había sucedido lo de Crisanto. Y después afirmó—: Un convenio se debe cumplir. Pero necesito un poco más de tiempo —y aventuró una vez más—: Yo, en tu lugar, empezaría con otro. Y si viene Dionisio, que venga. Ahí lo tenés a Libertino Ahumada, que es muy prolijo.

—No —dijo Carmelita, terca y oscura.

—Bueno, entonces volvé la semana que viene.

—De acuerdo —concedió la otra, oprimida por una atmósfera de resignación que le confirió un tono grisáceo, de aparición desgastada.

Por los patios, por los corredores, los chicos lo seguían a don Jacinto Ardanás esperando quién sabe qué insólito espectáculo. Y él parecía no advertir tantos ojos puestos en su cara, más exactamente en su maxilar inferior. Le había dado por hablar casi exclusivamente de arneses y de pasturas. De pronto su espalda tenía un movimiento semejante a un corcovo y los demás opinaban:

—Lo debe haber picado un tábano.

Indudablemente era buena persona; lo aseguraban todos, también don Onofre que miraba con mal ojo al género humano por haberle estropeado la soledad. Estaba siempre vestido

como para una ceremonia y segregaba buenas maneras, es decir, le fluía la cortesía no sólo de los ademanes sino de los poros. Por eso, cuando lanzó un relincho en el comedor, nadie se burló de él. Hubo, eso sí, un estupor que paralizó las exclamaciones dentro de las gargantas, que las convirtió en una masa dura difícil de tragar. Él había abierto la boca desmesuradamente, la cabeza en alto, y el relincho había sido prolongado y vibrante, una convocación selvática en medio del comedor. Trató de sonreír como disculpándose. A todos les costó bastante reponerse; fue la persistente sonrisa de él lo que los animó a mantener la naturalidad y también lo que los contuvo, porque muchos estuvieron a punto de salir corriendo. Quienes lo veían de cerca pensaron: "Tiene los dientes mucho más grandes. Además eso de comer maíz crudo y pasto no es cosa de persona".

La suposición se extendió en todos tácitamente: "Don Jacinto se está volviendo caballo". También Cenobia se lo temió atribuyendo esa posibilidad a que el primo hermano de su marido se había pasado la vida entre los yeguarizos. "Uno es su propia preferencia" —se dijo.

Consultado don Onofre, opinó:

—Don Jacinto debe tener un terrón de campo que le recorre el cuerpo —y agregó—: No es mala cosa que un hombre relinche; peor es que muja.

Todos quedaron más o menos aliviados: la cosa no pasaría de ahí. Pero no dejaban de espiarle los cambios; no se podía negar que la quijada le había crecido considerablemente; algunos trataban de explicarlo sin asignarle importancia:

—Con los años la cara se alarga, apunta al pecho.

—Sí, pero no de golpe y no tanto —replicaban otros.

En realidad todos deseaban que la transfiguración prosiguiera.

—Olor a caballo en el comedor no es lo propio —se quejaban algunos—. Se pega a la comida y le da un gusto raro.

Pero nadie se atrevía a decirle a don Jacinto que se fuera a pastar por ahí, por algún potrero de los buenos. Por fin, la gran estimación en que lo tenían los decidió a acompañarlo en ese trance que seguramente sería pasajero, un curioso ma-

lestar aunque él se mostraba alborozado, la cara lustrosa, los ojos cada día más grandes y húmedos.

Cenobia Palomar parecía la más preocupada. "Aquí antes no pasaban estas cosas. Y lo peor es que los cambios terminan ensanchándose siempre" —pensaba.

Daba gusto verlo a don Jacinto vestido como para una ceremonia, en sus paseos del atardecer, por las avenidas de tilos y de fresnos, el paso largo y acompasado, y en ocasiones una sucesión de saltos cortos, eso cuando tenía apuro.

—¿Por qué no se casa? —le preguntó intempestivamente uno de los Palomar, pensando que una esposa bien plantada en su condición no le permitiría un solo relincho más y hasta se ingeniaría para reducirle la quijada, ajustándolo al molde de lo que debe ser; de lo contrario, sin una esposa con mando el hombre se deja llevar por su impulso o por su naturaleza. Y agregó—: No importa que usted sea un hombre maduro. Lo que le conviene es casarse.

Don Jacinto pensó en Aída y exclamó:

—¡Sí! Es lo que debo hacer en cuanto llegue la primavera.

Esa noche se acicaló, cortó un ramito de azahares de un limonero de las cuatro estaciones, y se dispuso a proponerle casamiento a Aída Reyes. "Antes de que el oficio le prenda fuerte" —pensó. Subió la enturbiada escalera con un sigilo del que participaba un súbito azoramiento. Por primera vez admiró los grandes ojos grises de Aída, y en el momento de pedirle que se casara con él, vaciló; pensó que lo mejor era disfrutar de su calidad de perdida una vez más y después redimir la relación purificándola hasta el extremo de provocar en ella una segunda, voluntariosa virginidad. No le entregó el ramito de azahares, postergó su comportamiento de novio para una hora después, y ahuyentó un tábano que lo perseguía.

El cambio brusco, el ingreso a la especie equina de don Jacinto Ardanás lo presenció Aída Reyes esa misma noche cuando sintió que le mordisqueaba el pelo de paja y desprendía el olor de un caballo sudado, la boca vuelta un hocico, los ojos más dilatados y lucientes, la desnuda piel de improviso cubierta de un pelaje que tiraba a zaino claro y cuatro o cinco relinchos jubilosos aunque el cuerpo mantenía la forma humana.

Aída salió corriendo, así como estaba, y menos mal que Libe-

rato Bermejo fue la barrera, el tajamar de su impudor, de lo contrario el escándalo, en vez de madurar como corresponde, nutrido por la clandestinidad, habría irrumpido carente de todos los jugos que con un poco más de tiempo llegaría a soltar. Y hubiera sido imposible ocultárselo a Cenobia.

A don Jacinto, que había cobrado una hermosa cabeza de caballo de raza, nadie sabía cómo tratarlo, si como a persona o como animal. Él seguía siendo cortés y llenando el comedor de relinchos. Don Zósimo, al principio, sintió compasión, una gran congoja, y se repetía: "¡Qué triste! Justamente a los Ardanás nos viene a suceder esto". Para él era la delación de una inferioridad atávica, la manifestación de una corriente zoológica que, por lo visto, debió contener la sangre de los suyos y que ahora acababa de tomar forma. Eso fue los primeros dos o tres días. Después don Zósimo empezó a mirarlo maravillado. Si le hubiera tocado a él transformarse de esa manera no se quedaría allí, saldría a galopar por las tierras firmes del mundo, por las vastedades que inventa la libertad.

Y poco después al galope se fue don Jacinto pero no por los campos sino a la muerte.

Su boca belfa no había dejado de sonreír.

En su plato siguieron poniendo pastos aún relucientes de rocío, los más tiernos. "Hay que elegirlos bien porque las ánimas no tienen buenos dientes" —aconsejaban las viejas. Esperaron oír relinchos celestes, como gajos de sinfonías, verlo aparecer, pero fue en vano. "Las ánimas son caprichosas; se les aparecen a quienes menos tienen que ver con ellas" —decían. Es claro, diluidos los lazos de sangre no hay reconocimiento posible. Es que el más allá echa a perder la persistencia humana aun en sus posibilidades abstractas. Además, toda abstracción es exangüe, carece de temperatura. Y entonces, ¿cómo reconocerse?

El burdel de las Reyes se impuso un duelo de tres días extendido después a una semana, en consideración a que don Jacinto Ardanás había sido su visitante no sólo inaugural sino consecuente, portador de la delicadeza de los que poseen la pasta profunda y bella de la animalidad.

Aída ignoró la proposición que él se guardó en el hocico, porque a partir de aquella noche no volvió a subir las escaleras

de la perdición, seguramente ganado por la meditación filosófica que traen las vísperas de la muerte.

Dionisio no aparecía por los recintos pecaminosos que eran sólo cinco pero que poseían la capacidad de multiplicación de todo lo que es turbulento.

—¿Para quién se reserva ése? —les preguntaba Juana Fermina a las otras. Y comentaba para sí—: Tanta fiebre desaprovechada...

No es que esperara ofrecérselo a Carmelita, esa que ni tenía cuerpo, sino arrebatárselo ella, y si después algo quedaba del calor de él, pagarle la deuda.

Liberato Bermejo había introducido en ese ámbito que aceleraba los preparativos de la deserción en busca de una ciudad facetada y estallante, la carga de la brutalidad. A Aída le costaba acostumbrarse a su imperiosa violencia después de haber conocido la suavidad bucólica de don Jacinto Ardanás; en cambio, a Juana Fermina la complacía el trato basto y dominante del pelirrojo cuya mujer poco importaba que sospechara o no, una deslucida que le temblaba al marido, carne pusilánime que no sabía valorar la violencia. Allí ya no se oían relinchos pero sí los pedidos de socorro de Libertino Ahumada, sobrino del espolvoreado don Blas, y las risotadas que se desprendían del descaro de la Reyes que regenteaba la mala vida, una risa opulenta como su cuerpo, blanco mapamundi en el que don Zósimo —en caso de llegar hasta allí, que jamás lo hizo— hubiera descubierto las geografías calientes que a veces se adhieren a la condición humana.

Diecisiete días después de que don Jacinto se fuera a pastar en el cielo se ahorcó Crisanto.

Las cinco mujeres vacilaron en la duración de la continencia en señal de duelo: o tres días porque Crisanto nunca había aparecido por allí o siete por tratarse de un hijo de Cenobia. Se decidieron por lo último. Cumplidos los siete días el pecado rebrotó con la fuerza que otorgan las ceremonias fúnebres en que la muerte se vuelve tangible, una superficie concreta, y la vida se fortifica en la comparación.

Ya hacía días que Carmelita andaba por el aire y había presenciado desde una claraboya el amor callado y violento de Dionisio y Elvira, el abrazo cerrado que casi no los dejó res-

pirar, en un intercambio de todo, como si la piel se les hubiese abierto para que cada uno pudiese salir sin dificultades de sí y entrar en el otro. Y fue cuando supo que a Dionisio no lo tendría nunca por más que Juana Fermina se lo prometiera y le rogase la concesión de unos días más sobre todo teniendo en cuenta el duelo de él, que perder un hermano no es perder un pariente sino a alguien que puede ser diferente en todo a uno mismo sin dejar de ser igual, debido a la semejanza de la sangre. De todos modos, ése no era el momento de tomar una actitud vindicativa y de informar a Cenobia. Carmelita se impuso un plazo. Espió la desesperación de Elvira, su acoso que trataba de no ser ostensible y que la laceraba como un castigo. Lo que no conseguía ver Carmelita, porque en ningún momento lograba estar cerca de él, ni siquiera volar a un palmo de su sueño, era la tremenda subjetividad del adolescente que se debatía por librarse de la conjunción que terminó soldando dentro de él las imágenes, los mandatos, las espe- as de la carne caliente de Elvira y de la fría carne de Crisanto.

Durante esos días no la volvió a ver a Elvira que se había encerrado en su dormitorio. Los pastizales le negaban el frescor que tantas veces le habían proporcionado y él debía cargar con su tortura, sin saber cómo comportarse ante sí mismo, cómo deshacer la obsesión, dividirla en las dos partes que la formaban.

Carmelita le confió a Juana Fermina con rabia y misterio:

—La noche que se ahorcó Crisanto, Dionisio estuvo acostado con Elvira. Yo los vi.

—¿Los viste?

—Sí. Desde la claraboya.

La Reyes se encapotó.

—¿Con quién decís?

—Con Elvira, la hija de Francisca.

—¿La negra?

—Tan negra no es. Lo que pasa es que tiene el pelo motoso. Nunca vi nada parecido. Se abrazaron hasta los huesos. Por eso digo que él no va a venir aquí.

—¿Volvieron a estar juntos?

—No. El anda por el campo como un loco, de día y de noche, y ella se pasa todo el tiempo metida en la cama con los

ojos fijos en el cielo raso como si él pudiera llegar de ahí.

—Mirá Carmelita, vos no tuviste hombre y no podés opinar. Te aseguro que él tarde o temprano va a subir estas escaleras —afirmó Juana Fermina entre agradecida por la información y fastidiada por la elección de Dionisio.

Tres semanas después de haberle dado sepultura a su hermano, él subió a aquel lugar que de tal manera se había diferenciado del resto de la casa; lo hizo lentamente, como imponiéndose una punición o acaso resuelto a arrancársela a Elvira de la carne al menos por un tiempo, hasta sosegarse. No fue en busca de placer; necesitaba sufrir el castigo de la turbulencia, despojarse de la memoria de aquella noche. Había madurado precipitadamente cuando sintió el peso de su hermano sobre un hombro —todavía lo seguía sintiendo, una sensación que quizá le duraría toda la vida—; cuando le cubrió la cara con tierra. Y ahora tenía que continuar madurando, desligarse de las ataduras que lo amarraban a ese hecho que había desplazado a los demás y que se componía de dos partes que era preciso separar de una vez. Y debía despojarse también de los focos que había concentrado su adolescencia, esas luces interiores que por momentos le volvían candente el alma, y lo llenaban de transparencias y lo tornaban vulnerable.

La puerta de Dalmira estaba entreabierta. Ella era la más grácil de las cinco Reyes y poseía una vivacidad que bailoteaba por todo su cuerpo. Se hallaba sola contemplando en un espejo la condición cambiante que tiene toda desnudez, y fue en el espejo que lo vio a Dionisio como a una regocijante aparición que había que tratar con cuidado para que no se desvaneciera. Corrió a estrecharlo como enloquecida, no fuera cosa que viniera una de las otras y se lo disputara. En cuanto a Carmelita, que también se debió haber vuelto loca porque a quién se le ocurre andar por el aire, afortunadamente no se encontraba allí mendigando o exigiendo la recompensa acordada. Y que ahora era para ella, un privilegio. Se le aferró con osadía y a la vez turbada, con un asomo de timidez y una fastuosa sensación de victoria.

—¡Dionisio!

Temblaba. Y consiguió salir de ese estado que amenazaba con desvanecerla y corrió a cerrar la puerta con dos vueltas

de llave, y se tendió en la sábana recién estirada esperando que él le dijera algo, que le hiciera una pregunta, por lo menos, si es que no se le ocurría un requiebro. Pero él no salía de su hosquedad. Sin decirle nada se agarró a ella como a algo que debía salvarlo. Y Dalmira se le aparejó en la ansiedad, también callada, dándose como no se había dado a ninguno, maravillada de la fuerza de él, con la esperanza de que la vida, de pronto, no supiese cómo seguir y quedara allí estancada, repitiéndose. En medio de su felicidad se lamentaba de que él no le hubiese dicho las palabras del amor.

Cuando lo sintió separarse de su cuerpo con una decisión tajante se animó a preguntarle:

—¿Vas a volver?

—Sí —le respondió él con una sonrisa leve, después de dejarle dinero sobre una mesa en la que había una lámpara antigua y también un costurero como el símbolo de una honestidad nostálgica.

Cuando Juana Fermina lo vio salir a Dionisio el deseo le distorsionó la cara pero más la certeza de que ella había llegado tarde, que era inútil invitarlo en ese momento porque las cosas tienen su tiempo y su conclusión; de todos modos, se adelantó para llamarlo, mal envuelta en una túnica en la que don Onofre hubiera cabido veinticinco veces, todas al mismo tiempo; y le dijo que se llegase allí cuando quisiera, eso sí, a su cuarto, que ella no iba a mercar con él; que comprendía su necesidad de distracción después de la muerte de su hermano, que ella le haría olvidar los pesares porque le sobraba alegría, y para probarle la pasta de desenfado de que estaba hecha —una esponjada argamasa— se puso a reír con un estrépito caldeado, y ni se acordó de hablarle de Carmelita. Y en seguida lo vio irse como si algo le quemara los pies, después de lo cual, con una furia que le pasmó las risotadas, la increpó a Dalmira aduciendo que el derecho sobre Dionisio le correspondía a ella por haber sido la fundadora de eso que además de prostíbulo era una trampa —de otra manera ninguna de ellas lo habría tenido al muchacho, y ya una podía darse por contenta. Claro que no se apoderaría de él, que poseía generosidad suficiente para compartirlo con las cuatro, también con Carmelita en caso de que amenazara con informarle a

Cenobia. O aunque no lo hiciera porque con lo prometido tarde o temprano había que cumplir.

A partir de ese día Juana Fermina aguardó con avidez el retorno de Dionisio. En el comedor le hacía señas, reía con descaro para que él la mirara las contadas veces en que él se sentó a la mesa, a la que Cenobia no aparecía casi, a la que Elvira Simón faltaba, sin contarlo a don Onofre que comía abstracciones sin salir de su habitáculo. Y no sólo lo esperó ella, también las otras. Hacían lo imposible por adornarse, se ponían cintas de raso en el pelo, lustraban su desnudez como si se tratase de la piel de una manzana. Y él regresó tres días después. Y esta vez fue María Josefa, lánguida e insomne, la que dio el salto en cuanto lo presintió, aprovechando una distracción de Juana Fermina que se acicalaba con deleite, el oído inútilmente atento y la sangre revuelta para nada.

Dionisio parecía cumplir un itinerario de desgarraduras, de penitencias, hosco y encerrado en su tormento. Pero podía comprobar que se estaba salvando. La visión de Crisanto sólo fluía cuando rememoraba su acto carnal con Elvira Simón, no con las otras mujeres. Tal vez necesitaba un poco más de tiempo para que esa intrusión cesara del todo. Por eso subía asiduamente la escalera que lo conducía allí, donde una vez se encontró con Liberato Bermejo y se miraron los dos como enemigos aunque no había razón —ninguno de los dos pretendía a la misma mujer y jamás habían disputado por nada. Fue una aversión oscura y terminante que no dejó filtrar la posibilidad de una explicación.

Engracia y Aída también tuvieron al semidiós que se hacía hombre, es decir, todas ellas menos Juana Fermina, la única que no lo consiguió atrapar, acaso porque su acecho carecía de la velocidad que debía rematarlo. Se lo recriminó a las otras, estalló en un gruñidor disgusto sintiéndose disminuida ante las cuatro, justamente ella que las triplicaba en corpulencia y era la principal. Pocos días necesitó para darse cuenta de que las otras habían sido más acechantes y rápidas que ella y también para comprender que Dionisio la había rehuido, que en cuanto llegaba se escabullía en cualquiera de las otras habitaciones. Ella, la preferida del gigante de la casa, del pelirrojo procaz que entraba como un incendio en su cuarto antes que

en el de las otras, era menospreciada por el adolescente pese a que había prometido regalarle su amor, no mercar con él.

El enfurecimiento de Juana Fermina culminó cuando se le hizo presente Carmelita, a medio metro del suelo, para anunciarle:

—Cenobia lo va a saber todo y esta misma noche.

—Que lo sepa.

—¿Cómo? ¿No les importa? Ella no va a permitir esta vergüenza en la casa y las va a hacer encerrar como a Crisanto.

En seguida Carmelita se santiguó por haber pronunciado el nombre del difunto en ese sitio.

—Que lo haga —fue el desafío de Juana Fermina.

Carmelita no entendía bien. Lo que percibía claramente era que allí había habido un cambio. En vez de estirarle las esperanzas la desmesurada Reyes le hacía entender que no pagaría su deuda y que las consecuencias de tal determinación no la preocupaban. La única pregunta que pudo hacer y que le salió casi sin voz, más bien un lamento, el rumor de un miedo que a duras penas llegó a ser coherente, fue:

—¿Cuántas veces vino Dionisio?

Juana Fermina la miró de arriba abajo, es decir, no tuvo necesidad de que su vista llegara al suelo, y le contestó:

—¡Vos y Dionisio pueden irse al demonio!

Y le cerró la puerta en la cara.

Nunca nadie lo había hecho con ella. El portazo le lastimó la carnadura más sensible de su orgullo. No atinó a desplazarse en seguida y por un momento creyó que el peso del agravio la precipitaría al suelo y que tendría que llegar al aposento de Cenobia caminando, pero eso no sucedió, es decir, la ofensa no sirvió de plomada, y Carmelita salió del ancho corredor al que daban las cinco habitaciones tal como había entrado, pero se fue no con su levedad de ave sino arrastrándose como si el aire se hubiera vuelto pantanoso. Parecía reducida a su propia sombra, volvió a ser el harapo humano de la noche en que espió el amor de Dionisio y Elvira.

Penosamente se abrió paso en ese aire que daba la impresión de poseer escarpaduras, y tardó en llegar al dormitorio de Cenobia Palomar que en ese momento estaba sola, perdida

en la vastedad de un dolor que era la estepa sobre la que ella ahora tendría que andar.

Al principio no se animó a decirle las cosas como eran y se limitó a nombrarle a las cinco Reyes unidas por un parentesco más o menos zigzagueante y también por la vocación de la mala vida, que tarde o temprano tendría que revelarse ya que, sin duda, la habían traído al nacer porque una vocación viene en lo más espeso de la sangre de uno.

Cenobia no comprendía. Carmelita no salía de ahí.

—¿Sabe? Son Juana Fermina, Engracia, Aída, María Josefa y Dalmira. Las cinco.

—¿De quiénes estás hablando?

—De las Reyes, de las que le nombré. Se lo juro por Dios.

Carmelita se trazó una cruz en los labios con el pulgar, sin advertir que no había dicho nada, que no siempre un nombre expresa un hecho; a veces, sí, sucede que un nombre nos llena de historias, y basta con pronunciarlo para que de él se desprendan imágenes vivas y acontecerse suficientes como para poblar una casa, y en ocasiones más que una casa, también el mundo. Pero no era el caso de las cinco Reyes.

¿Se puede saber de qué estás hablando? —inquirió Cenobia mientras trataba de juntar las partes dispersas de su lucidez.

Entonces Carmelita se armó del coraje que proveen las vindicaciones.

—En el piso de arriba, en la parte que da a los potreros nuevos hay una casa de mala vida, adonde van los hombres —dijo atropelladamente, no fuera cosa que el respeto que le inspiraba la Palomar mandante le hiciera tragar las palabras antes de que le salieran de la boca, que es por donde deben salir, en vez de quedar dentro fermentando hasta cubrir de manchas la tranquilidad.

Cenobia permaneció unos instantes paralizada, los labios como disueltos, no sólo los labios, también la lengua porque no pudo articular siquiera un monosílabo. Después balbuceó:

—No te entiendo. ¿Qué es la que hay arriba?

—¡Un prostíbulo! —afirmó Carmelita resueltamente.

A Cenobia le faltó el aire. ¿Para qué lo quería? Lo que

más se le notó fue la humillación indecible que la cubría y la sofocaba. Alcanzó a preguntar:

—¿Quiénes?

—¿No le dije? Las cinco Reyes que le nombré: Juana Fermina que es la principal, Dalmira, Engracia, María Josefa y Aída.

No bastaban las respuestas por concisas que fuesen, ni siquiera las reiteraciones; había que darle tiempo a la imagen para que se formara y juntase sus materias, sus rostros, hasta llegar a tomar el calor de la realidad, para que no quedara como un enunciado; había que esperar que la vergüenza levantara su espuma. Por eso, acaso, Cenobia permaneció silenciosa un tiempo que a Carmelita le hizo temer quién sabe qué estallido, hasta que por fin preguntó:

—¿Desde cuándo?

La otra trastabilló en el aire. La pregunta tenía un tono duro. Era posible que ella hubiese adivinado su complicidad aunque no la razón del encubrimiento. La voz le salió floja, colgante:

—Hace más de tres meses pero me enteré hoy.

La mirada de Cenobia la hizo retroceder un paso y otro más sus palabras:

—No hay cosa que no sepas desde el momento en que sucede. ¿Por qué me lo ocultaste?

El esfuerzo que le demandó inquirir, sostener ese diálogo, la dejó a Cenobia inmersa en un disgusto que ni siquiera se encrespaba, terrible y manso, obligado a contenerse en esa apacibilidad desfondada que da la falta de fuerzas. En otras circunstancias ella se habría erguido, temible y tonante, para volver a emplazar la honestidad defenestrada nada menos que de cinco aposentos, no de uno. Bajo su mando en la casa había habido siempre una decencia visible, sostenida por un armazón; no importaba que se enfangara en los agujeros de la clandestinidad —ella conocía la nómina de las adúlteras, de los violadores, de cuantos escarban en el pecado para sacarle más raspaduras. Lo indispensable era que el escándalo no se produjese, porque lo que se ve existe dos veces, en sí y en los ojos de los demás, y esta segunda vez se multiplica y el escándalo arde con miles de llamas que lo iluminan bien, una cabellera

de fuego de la que es muy difícil apartar los ojos. En otras circunstancias Cenobia habría subido aquella escalera y con una sola mirada habría arrasado el burdel. Pero en esa ocasión no tuvo fuerzas ni para levantarse de su silla.

Carmelita la miraba desconcertada. Es cierto que había pasado poco más de un mes de la muerte de Crisanto, ni siquiera cuarenta días. Se comprendía que no tuviera ánimo para enfrentar a las descaradas, que la noticia la hubiese tumbado por dentro y no acertara con lo que correspondía hacer. La miró como a un moribundo. Quiso ayudarla a salir de ese aniquilamiento y hasta se arrepintió de haberle abierto una desgarradura más.

—¿Por qué no las echa de la casa? —le dijo.

Cenobia parecía haberse alejado sin término.

—¿Por qué no ordena que las encierren? —propuso Carmelita casi rabiosa porque presintió que Cenobia no impondría ningún castigo. Además, ¿a quién se atrevería a encerrar después de lo que había pasado? Se mordió los labios, consciente de haber revuelto los sedimentos trágicos de la sangre de ella—. ¡Son unas perdidas! —gritó.

Cenobia absorbió toda la humillación que cabe en un ser humano, y daba la impresión de mirar la nada pero en realidad veía el submundo fantástico que la disolución de un todo descubre cuando abre sus primeros agujeros. Esa vergüenza instalada en la casa era el más agresivo de los tumultos.

—¿Qué hago? —insistió Carmelita no resignada a que quedara impune, no el oficio pecaminoso sino el incumplimiento de Juana Fermina.

—Nada —alcanzó a musitar Cenobia. La vergüenza la había cubierto de un color semejante a la herrumbre.

VI

Nadie se atrevió a tomar el mando que Cenobia dejó de ejercer. Ni siquiera Francisca Simón a quien no se lo hubieran cuestionado por haber sido desde siempre adicta sombra de ella. Tampoco don Zósimo, incapaz de toda jefatura a causa de su condescendencia, de la lágrima contemplativa que se le había fijado en un ojo y a través de la cual veía todo o demasiado borroso o demasiado iluminado. Y menos aún don Onofre Reyes que los había inquietado con la aseveración de que un demonio se pavoneaba ocultamente por la casa.

En otros tiempos, en caso de acefalía, las ramificaciones familiares hubieran contendido, especialmente los Ahumada y los Bermejo que jamás se habían llevado bien, pero la disputa por el mando no hubiera dejado nunca a uno de los Palomar afuera por haber sido la rama fundadora, y sólo se hubiera luchado por la lugartenencia. Por otra parte, no se trataba de una acefalía absoluta ya que Cenobia estaba en pie aunque vaciada de las muchas fuerzas que había poseído.

En las épocas en que aquello era todavía una dispersión que había que cohesionar, cada uno de los que ejercieron la jefatura del clan sintió la ráfaga de divinidad que roza a los fundadores, la participación en la creación consistente en ordenar un caos. Cuando todo estaba por hacerse, el éxtasis del mando era disputado; pero la casa cósmica ya había sido concluida, y no sólo eso, sus muros seniles, sus agobiadas columnas, ya no podían contener el tiempo que se había comprimido en su interior, ese tiempo que en alguna parte hace sus nidales.

A ninguno de ellos le seducía ser el mandante de la decadencia. Cuando hubo que plasmar nuevas formas de ese mundo establecido allí, hacer correr por un mismo canal las sangres

que afluían de seis orígenes, fijar sus alianzas y entroncamientos, el litigio por la autoridad desentrañó desasosiegos y luchas, como cuando el abuelo de Cenobia que durante cuarenta años había mantenido la casa en ebullición y encendido los fuegos de todos a fuerza de frotar decisiones, un buen día se despojó de su ropa de algodón y dejó su otra vestimenta, la carnal, de pie y en una desnudez total, más bien nacarada, y se fue presumiblemente hacia lo alto en compañía de algún mugido.

Como su cuerpo había permanecido de pie nadie descubrió que ya no estaba en el mundo. Sus ojos abiertos aún impartían órdenes y todos pensaban que su actitud representaba la sublimación de un mando acérrimo. Y el viejo, disecado, agarrado fuertemente de sus propios huesos, duró así, sin que su verticalidad cediera un centímetro, siete días menos una noche, la noche que le faltó para consolidar la postura autoritaria de su muerte, y se vino abajo haciendo un encapotado estruendo, el ruido hosco de las finitudes. Cimbró la casa y el mando fue disputado por sus hijos, tres Palomar del mismo peso, cenceños y briosos, y como la contienda no diera señales de dirimirse, ni después de cuarenta días a contar de aquel en que el viejo Palomar se quedara gélido, con todo el cuerpo apuntando hacia arriba, y debido a que allí la primogenitura no había tenido jamás prerrogativas ya que en la casa los primogénitos habían sido siempre alicaídos, se pensó que la posición vertical del difunto señalaba el camino a seguir. Los tres permanecieron de pie, desnudos y nacarados, en la terquedad de una postura altiva, el tiempo necesario para descubrir en cuál de ellos se guarnecía la resistencia en sus estratos más duros, y cuando pasaron otros cuarenta días dos cayeron en una hecatombe mortalidad hostil, y quedó en pie el menor, padre de Cenobia.

Pero el tiempo ya había metido bajo tierra y apisonado sus edades llenas de heroicidad. Cenobia Palomar seguía ocupando su sitio aunque disuelta por dentro. Se repetía mentalmente los diez mandamientos para extraer de sus palabras algunas de las sustancias que necesita una orden; pero no lo conseguía por más que los exprimiera. Es que el jugo que se puede sacar de algo, en realidad es el de uno mismo. Y ella estaba seca.

El ojo de don Blas Ahumada quedó dentro de esa especie

de pecera en que se había convertido el tazón; Cenobia dejó de reparar en su esfericidad sibilina y relampagueante, dejó de percibir su existencia, la del ojo y de todo lo demás.

Fue Carmelita la primera en ver el opalescente globo que daba las señales intermitentes de la incorrupción, y anduvo por toda la casa con el tazón en la mano tratando de descubrir qué era lo que vivía en su concavidad. Y lo que quedaba del pobre don Blas Ahumada tuvo que soportar el paseo y la curiosidad de los otros ojos que todavía estaban puestos en su sitio. Y un trajinar entre corrientes de aire, y un ir y venir por escaleras y subsuelos y también sobre los dinteles cuando la levitación de Carmelita alcanzaba su mayor altura. Y un día en ese deambular desordenado el tazón fue a parar al cubículo de don Onofre Reyes.

El santón, a quien nadie había vuelto a visitar, se había adherido tanto a sí mismo que su flacura parecía más bien una excavación. Seguía convencido de que los funerales de Crisanto habían sido oficiados por un demonio, y continuaba en sus solitarios exorcismos. Además aquello que le dijera la Sudario intempestivamente, que él era un demonio y que lo que temía era la intrusión de la rivalidad, le zumbaba en sus orejas que parecían de mica, un zumbido que por momentos era un aguijón.

Don Onofre tuvo la sensación de una mirada hendida en la nuca.

Por más que buscase no encontró a nadie. Volvió a sus conjuros masculllados trabajosamente, y otra vez se le clavó la mirada. Sintió erguírsele todo el desafío de que aún era capaz, y se dispuso a sorprender al que debía estar oculto, más difícil de hallar si en realidad se trataba de un demonio; y en cuanto se ponía de espaldas la mirada volvía a fijarse en su nuca. Entonces giraba velozmente sobre sus talones y el intruso seguía burlándose de él. Don Onofre Reyes participaba ya de un cósmico movimiento de rotación alrededor de su eje, y puede decirse que el alma también le empezó a girar.

Por fin descubrió el tazón sobre su mesa de pino que olía a superpuestas costras de leche de cabras remotamente exprimidas y que no habían cesado de derramarse, y vio en su interior un ojo vivo, es claro, el ojo que lo miraba.

Al principio sólo advirtió que aquella redondez glauca era, sin duda, un ojo, y casi en seguida, se dio cuenta de que era humano, y tardó más de una hora en descubrir, a fuerza de mirarlo y dejarse mirar, que era la póstuma pertenencia corporal de don Blas Ahumada. Y empezó otra vez aquella riña de gallos, y se reiniciaron los desafíos feroces de que son capaces los que pretenden apropiarse de la santidad.

No podía precisar cómo había llegado hasta allí. No había oído pasos ya que la portadora del tazón había sido Carmelita, y tampoco la había visto entrar, seguramente ocupado en perfeccionar un conjuro. Lo cierto es que las miradas intercambiaron retos y se nublaron con la polvareda mineral de los viejos rencores; claro está que don Onofre tenía la ventaja de su par de ojos y de los párpados que le permitían guiños malévolos.

— Las buenas bendiciones fueron las mías, no las tuyas —se envalentonó el viejo ya que lo que quedaba de don Blas no podía responderle, y como si en realidad se hubiese entablado una polémica abierta, afirmó—: Yo fui siempre aquí el único con autoridad de santo, y la que vos tuviste fue hurtada de la mía. A la paralítica que terminó corriendo por toda la casa no la curaste con tus medicinas, la curé yo con mis oraciones; lo que no pude evitar, lo reconozco, fue que dejase de correr. Y al viejo Matías Simón a quien la carne se le volvía agua, no lo salvaron tus ungüentos sino mis invocaciones, lo que le dije cuando ya parecía un estanque y lo era, porque además tenía dos perdices ahogadas.

El ojo no tuvo más remedio que aguantarse el aguacero ya que ni siquiera podía cerrarse. Las recriminaciones se volvieron cada vez más ásperas hasta que el santón se sintió tambalear en la duda. ¿Sería ése el ojo de don Blas o el del demonio que se metió en la casa en cuanto Crisanto quedó colgado por su voluntad? Porque a su juicio sólo una presencia diabólica pudo provocar todo lo que aconteció a partir de esa muerte.

Don Onofre se acercó aún más al tazón y volvió a observar el ojo, y lo vio caliginoso y fosforescido, evidentemente un corpúsculo infernal. Y sólo deseó salvar la cantidad pequeña o grande del poder sobrenatural que sentía anidado en su largura casi verdosa de tata Dios; fue un desafío comprimido

después del cual dejó de mirar al que había llegado de manera tan extraña, fuera quien fuese, y que posiblemente lo tentaría para su perdición. Y sin concederse las pausas de las vacilaciones, tomó la decisión de abandonar la casa con la carga apilada de sus antecesores, es decir, un fardo de memorias en orden cronológico. Sus pies todavía eran astutos y podían aventurarse hasta algún páramo propicio para la penitencia, con uno que otro pasto amargo y un cuenco de agua, que cumplida esa etapa la santidad puede brotar como un fruto lechoso.

Se llevó unos puñados de mestura, más centeno que avena, aunque él ya no trituraba nada, tal vez para atraer a los pájaros que vuelan sobre los sacrificios, sobre las penitencias y la soledad. Y no se despidió de nadie, ni siquiera de Cenobia Palomar ni de lo que él dejaba de sí mismo. Bien ajustada su epidermis, atravesó galerías y patios metiéndose en la noche como una aguja, sin ser visto por nadie, sin ser espiado por Carmelita, seguro de desembocar directamente en la santidad y consciente de su primera victoria sobre don Elías Ahumada cuyo ojo quedó en el tazón en un estancamiento melancólico.

No necesitó ensimismarse para encontrar el camino; olfateó una emanación desértica que provenía del este, tal vez originada en una osamenta de vacuno, y tomó esa dirección sintiendo que a su flacura todavía le quedaba voluntad para acompañarlo.

Su ausencia fue descubierta una semana más tarde, en ocasión de que una parienta de Carmelita fue a buscarlo para un bautismo.

—Don Onofre no está en toda la casa —le dijeron a Cenobia.

—¿Lo buscaron bien? —inquirió ella.

—Sí. Durante horas.

—Pero por mucha que sea su flacura en algún sitio debe estar. Algún lugar ocupa todavía.

—Es que se debe de haber ido.

—¿Ido? ¿También él?

—Y si no se fue es que enflaqueció hasta el alma y por eso no lo vemos.

—Hay que fijarse mejor. Tal vez esté ensimismado contra una puerta —sugirió Cenobia.

Naturalmente, el aspecto filiforme del viejo dificultaba la búsqueda que, no obstante, se llevó a cabo minuciosamente.

Por fin Cenobia llegó a la conclusión de que el santón había desertado del clan, que no había muerto como lo hiciera don Blas Ahumada, desaparecido en una humareda de cal, puesto que algo hubiera dejado, como el otro, y para no ser menos, no uno sino los dos ojos, que es así como se remata una contienda que ha llevado toda una vida.

Y esa certeza, la evidencia de que el santón había abandonado la casa la hizo fortalecerse en su convicción de que había empezado un desmoronamiento que ya mostraría su magnitud. Cada deserción era un tumulto, la levadura de una insurrección que se extendería. Ella era como esos animales que saben anticipadamente que la tierra va a temblar aunque nada lo anuncie. Si bien ella había descifrado los primeros signos. Y mandó que le dieran alcance al viejo por esos caminos que si conducían a un monte también llevarían a un páramo, sin duda el paisaje elegido por él para terminar de incrustarse en la inmensidad a la que aspiraba, un arenal en donde expandir su vejez.

Pero nadie lo encontró, y eso que los pies del viejo sólo conseguirían ajustarse a la lentitud; y tampoco nadie vio algo que pudiera ser tomado por sus huellas, aunque esto era fácil de explicar puesto que don Onofre Reyes casi carecía de peso o bien tenía un peso arrevesado, es decir, hacia arriba.

—Mala cosa es que don Onofre se haya ido —comentó Cenobia—. Nadie tendrá a quién recurrir. Y si tampoco hay quien pueda bautizar la casa se llenará de herejes.

—Cualquiera de nosotros puede bautizar, Cenobia —le recordó Francisca.

—Es verdad. Basta que en la intención corra agua bendita. Pero de todos modos era preferible que lo hiciera don Onofre: hacía sesenta años que era bendecidor.

—Haga de cuenta que ha muerto.

—No. El abandono es repudio, la muerte no lo es. El difunto sigue siendo de uno, el que se va, no.

Sólo las cinco rameras festejaron la ida de don Onofre.

Quién sabe por dónde andaría él, husmeando qué médano, cuando Carmelita volvió por el tazón que había dejado sobre

su mesa. Y el ojo de don Blas anduvo otra vez de un sitio a otro; pasó días a la intemperie, tomó sol en los balcones, entró en todos los aposentos como jamás lo hiciera mientras estuvo afincado en una de las cuencas de don Blas, nunca se sabría si la derecha o la izquierda.

Los chicos le preguntaban a Carmelita:

—¿Se puede comer?

El ojo brillaba almibarado, había tomado el aspecto de una confitura o, más bien, alcanzado el estado de jalea en que a veces va a parar la nostalgia.

Y tanto anduvo de aquí para allá que terminó en la cocina. Lo rozó una de las plumas salidas de las manos de doña Cesárea —el canuto no llegó a herirlo—; lo escaldó el vapor de los calderos y le enturbió la visión el aire de hollines instalado sobre su inerme esfericidad. Pero en seguida lo alegró la presencia de un montón de pescados traídos del riacho que corría a doscientos metros de la casa; tomó sus coloraciones, mirar laminoso, y en virtud de un súbito *mimetismo*, vaya a saber en qué momento, se sumó a sus fulguraciones escurridizas y terminó en la inmensa olla, casi un molusco, en un baño *hirviente que lo cubrió como el párpado que ya no tenía.*

La ebullición cocinó lo que guardaba de sus videncias y más de una vez estuvo a punto de saltar de la olla. Tal vez *sintiese* que toda salvación debe empezar por ser un gran hervor.

En aquella mesa que Cenobia Palomar ya no presidía y a la que sólo llegaba al final de la comida para morder una fruta ácida, fue el bocado que engulló vorazmente Liberato Bermejo. La voracidad no le impidió saborearlo y en seguida buscó otro bocado como ése en el plato y se tuvo que contentar con el regusto que le dejó en la lengua y que no se comparaba con ningún otro sabor, más bien un escozor estimulante.

Tres días después todos coincidían en que don Onofre se había ido con sus huesos a otra parte y que no había que pensar en la posibilidad de su retorno.

—Tal vez se fue para penitenciarse y llegar a santo —dijeron algunos mirando al ángel de la pared a la espera de su aprobación o, por lo menos, de su testimonio.

Pero el ángel permanecía imperturbable, que es la manera

inmensa de asentir o de negar algo. Una de las mujeres notó que el ala se le había gastado un poco.

La casa se quedó sin nadie que oficiase el sacerdocio de las curaciones, los bautismos, las bendiciones y los padrinazgos. Y Liberato Bermejo, que se había tragado el ojo de don Blas, no advirtió la afluencia de sus poderes, de modo que se perdió la oportunidad de una sucesión preciosa. Por otra parte, la falta de una autoridad apasionada se hizo sentir como una liberación que poseía todas las fantasías y las rebeliones del desorden.

Los días parecían comenzar con un atardecer embarullado y largo.

A veces el viento traía un colgajo de carne apolillada.

"Crisanto. Lucas" —se decía Cenobia.

VII

Durante más de treinta días Elvira se quedó en su dormitorio, metida entre las sábanas como en un pozo blanco que la tragaba viva.

—¿Te propusiste pasar la vida aquí? —le preguntaba la madre.

Ella no respondía, ocupada como estaba en un rescate de señales preciosas, como si aquella noche persistiera en esa cama dejando algo que aún debía ser explorado.

Por fin Francisca Simón decidió arrancarla de ahí, porque eso fue físicamente lo que hizo; había determinado sacarla de su *inmersión en una voluptuosidad excesiva* —se le veía en la cara que era así— no con la persuasión sino con la fuerza de sus brazos habituados a moverse hacia la dirección indispensable. Que en esto había aprendido de Cenobia de tanto estarle al lado.

Se había dado cuenta de que en Elvira, durante todo ese tiempo, se había estado gestando una potencia caótica. Y no consiguió que respondiese a ninguna de sus preguntas. Tenía algo de ídolo humillado, y lo que más temía la madre era la emanación frutal y lasciva que salía de su piel, el soplo complejo y, no obstante, franco, que no la respetaba y que debió comenzar la noche en que Dionisio la violó o la tuvo con su consentimiento. Y no es que alguien se lo hubiese contado ya que le tocó presenciar la extenuación pecaminosa de los dos y después despertarlo a él para noticiarle lo de Crisanto; y en realidad nunca supo si lo había despertado o revivido.

Anduvo trajinando por el dormitorio, consciente de tener que *llevar a cabo un trabajo que no sabía cómo empezar.*

Elvira estaba en el aflojamiento de la sumisión, intentando

peinarse. Francisca abría una ventana y después otra, y volvía a cerrarlas. Y en seguida se fue a buscar una tina, que por ahí debió haber empezado, y la llenó con agua entibiada y le puso *cedrón* y *flores de alhucema*, y la hizo meterse a Elvira con la esperanza de debilitar su pecaminosa emanación; y le frotó la piel con cáscaras aromáticas, de limón y de bergamota.

Después pensó que allí lo que hacía falta era una tina de agua bendita.

—Mirá qué trabajo da sacar el olor a pecado —le dijo como hablando consigo misma

Y aun cuando su ánimo fuera el de una desolada amonestación medía el sortilegio de ese cuerpo atezado sin necesidad de fijarle la vista, con la sensación de la inutilidad de su trabajo y con ganas de arrojar esa agua inservible.

Elvira permanecía callada sintiendo la estregadura de la purificación.

Francisca la frotaba y enjuagaba como si el erotismo fuese una cáscara o un pellejo parasitario, algo envolvente que más que pertenecer a la carne se ha pegado a ella. Después dijo:

—Ni las perdidas sueltan este olor. Ni las cinco que son la vergüenza de la casa. Estoy segura que ni las cinco juntas.

Comprobó que el agua de la tina en vez de enfriarse se caldeaba aún más. "Está endemoniada" —pensó pero no se atrevió a manifestarlo, y sólo le advirtió:

—Si esto no sale lavándolo, si esto que se te ha pegado como un castigo no cede, vas a tener que vivir encerrada.

Elvira respiró una atmósfera de miedo; pensó en Crisanto, lo vio mirando una de las vigas del techo y dio un grito ahogado en el agua. También Francisca se estremeció; después de lo ocurrido era preferible desgoznar todas las puertas ya que nada aseguraba el cumplimiento de una custodia, ni ella echada a los pies de la cama de su hija como un perro mitológicamente insomne al que le han cortado los párpados, ni la guardia montada por Carmelita como ya quedara probado. Lo mejor era seguir exprimiéndole sobre la piel esencias redentoras y echarle un agua interminable que le diluyera las sustancias del celo, que debía ser cuestión de cantidad, de llevar a cabo un baño voluminoso.

Las tinas se sucedieron. Elvira, sin resistirse, pasaba de una a otra. Horas y horas de lavatorios hechos a conciencia. Cuando Francisca advirtió que no había esencia que purgara esa carne, ya que a medida que la lavaba la acumulación de anestesiantes zumos eróticos se volvía más manifiesta, dijo con desánimo:

—Lo peor es que se ha ido don Onofre.

La casa sin alguien que sin ser santo por lo menos diese sombra de santo o una lucecita protectora estaba a merced de todos los males. Se preguntó a quién podía recurrir. De Cenobia quedaba apenas un puñado de lo que había sido. Pensó en las mujeres más viejas pero todas estaban ya tan desapegadas de la carne que ni siquiera recordarían cómo habían traído sus hijos al mundo, ocupadas en flotar sobre los rezos y las costumbres y, en buena parte, a causa de don Onofre Reyes que había pasado su enflaquecida vida pregonando la castidad como algo que se puede ofrecer a los otros, y veía a los demonios de la lujuria por todas partes, y los espantaba como a moscas. "Pero del prostíbulo de sus parientas seguro que ni se habrá enterado" —pensó.

El acordarse de don Onofre le hizo afirmar:

—Lo que sucede es que estás endemoniada.

Si por lo menos el santón hubiese dejado en un papel las explicaciones de cómo se hace un exorcismo, pero la santidad no es prevenida, ama los impulsos, el esplendente desafío, y no toma nota de nada.

Francisca Simán no se atrevió a encerrar a su hija la media hora que necesitaría para llegar al habitáculo del viejo y examinar cuánto había quedado allí, a lo mejor una costra de sabiduría que ella se encargaría de raspar. Sólo le ordenó que no saliera, que los hombres de la casa, que eran tantos, percibirían esa emanación y se la disputarían, y que de eso a una pelea sangrienta mediaba poco. Y que después de lo que había sucedido con Crisanto se le debía exigir una tregua a la desgracia.

Salió a la galería y recorrió el laberinto en una de cuyas alas más abigarradas se encontraba esa suerte de guarida y templete salpicado de profanación en donde el santón había vivido decenios y decenios, un tiempo puesto en los remojos

de la superstición y depurado en los ensimismamientos. Y allí empezó a hurgar en una frenética búsqueda. Pero el viejo antes de desertar le había prendido fuego a sus pertenencias, y lo que se había salvado era una silla de mimbre y tres vasijas de barro cocido en las que resonaba la vacuidad. Lo demás, inclusive el camastro, el tapiz, los libros y la imagen del medio San Juan Bautista, componían el paisaje de las cenizas premeditadas.

Sin embargo, Francisca no aceptó lo infructuoso de su visita. Allí donde no hay nada siempre se puede encontrar algo; la nada es superficial, hay que meterle las manos debajo. En los vacíos, en lo que ya no es, algo está en ebullición. Eso es lo que supuso, y llenó uno de los cacharros con ceniza, que quién sabe lo que allí se había incinerado.

La lejía que preparó tampoco sirvió para pulir hasta su desaparición la envoltura de pecado que no se limitaba a amoldarse al cuerpo de Elvira y se esparcía creando una espesura pegajosa.

—La piel de una mujer debe ser un sayal, no un filtro de malos jugos— le decía a Elvira mientras frotaba sin que su empeño cediera.

Es claro, su viudez le había sellado los poros e implantado una honestidad biológica.

De pronto Francisca recordó que en la casa, hacía diez o doce años, había sucedido algo semejante. Un escándalo absurdo. Una de las cuñadas de don Blas Ahumada, virtuosa y recoleta, a los setenta y dos años había empezado a exhalar las aguas enturbiadas de la impudicia y con tal intensidad que se alborotaron los hombres de la casa; y lo peor era que a ninguno lo contenía la vejez de ella, que debía vivir encerrada aunque las puertas y ventanas terminaban cediendo y ella, siempre al borde de la violación, debía escapar de un lugar a otro desgañitándose con un hilo de voz cascada; y tampoco podía confiar en sus huidas que tanto la fatigaban a poco de empezar. La cosa duró una semana. Su solteronía la defendió bravíamente señalándole los escondites y la manera imprevisible de escabullirse, pero un día más y tendría que darse por vencida, es decir, por violada. Menos mal que don Blas le ordenó un baño frío en el que él mismo había ahogado

un leño llameante mientras bisbiseaba vaya a saber qué palabras; un largo baño del que la vieja salió rígida, casi nevada, con una estepa en la carne, y pese a que era verano en la casa rigió su enfriamiento y el orden se restableció por sí mismo.

Francisca no sabía qué hacer. Repetir la curación de don Blas sin sus invocaciones resultaría inútil; además no era cuestión de que Elvira se enfriara para toda la vida; en cambio, a la vieja el frío le fue propicio, un aprendizaje, una manera de acostumbrarse a lo que vendría después. ¿Qué necesidad la de don Blas de volverse una polvareda y no esperar un poco? Tampoco estaba don Onofre. Por fin la obligó a Elvira a tenderse en el suelo y, de rodillas junto a ella, se puso a rezar mientras pensaba: "En mala hora se fue el viejo a penitenciarse. Más le hubiera valido para llegar a santo, sosegar a sus cinco parientes escaldadas, quedarse aquí y luchar con los demonios que se meten en la gente y no con los que andan sueltos por ahí. Que no los va a atrapar como a pájaros". Y antes de concluir eso que era y no era una plegaria, sin importarle la brusquedad con que la interrumpía, exclamó vivamente, mirando a su hija con ojos de salvación:

—Dionisio se va a casar con vos.

A Elvira la recorrió un estremecimiento relampagueante como el que había visto en el cuero de los caballos cuando estuvo mezclada a los fermentos del establo después de comprender que él la rehuía. Y desaparecido ese brillo difícil de precisar, su mirada se abrió como si abarcara una muchedumbre, no un solo rostro. Se le veía la congoja por la imposibilidad de detenerse en la imagen de él, agobiada por esa cantidad de caras entre las que no conseguía rescatarlo.

—Te digo que Dionisio se va a casar con vos.

Francisca Simón salió como un vendaval para dar con Dionisio. Ni la Sudario ni Carmelita lo habían visto, ni ninguno de los que encontró a su paso. Algunos no sabían de quién se trataba —en la aluvial familia había dos o tres con su nombre—; y preguntaban:

—¿Cuál de ellos?

—El hijo menor de Cenobia. El hermano del que se ahorcó —respondía ella y en seguida se rectificaba—: Del que se murió en su funeral.

Una de las dos afirmaciones sería la cierta.

Lo encontró, por fin, en una de las barracas.

—Dionisio —alcanzó a musitar.

¿Qué importaba que él estuviese mirando hacia otro lado, viendo quién sabe qué, si lo mismo la oiría? Porque estaba absorto junto a atados de cueros, y cuando ella entró no volvió la cara. Y quizá le era más fácil decírselo así, no de frente, sin el despotismo de la conminación.

—Elvira está endemoniada —le informó Francisca súbitamente.

Y no aguardó a que el muchacho, el semidiós desolado, de tal manera desposeído de su esplendor, le prestara una atención visible; dio un paso hacia él, se agarró de sus brazos caídos y afirmó con el acento de las acusaciones mendicantes:

—Fuiste vos quien la endemonió.

Dionisio se agitó. Se veía que temblaba.

—¿Cómo se te ocurre?

—No podés negarlo. Tu fiebre ahora la tiene ella. Le dejaste olor de animal en celo. Y no hay manera de quitárselo; ni arrancándole la piel.

Él se sentía caer hasta su propia hondura como un polvillo, un desprendimiento triste en el que reconocía la demolición de su fisonomía. Se consideraba culpable y, al mismo tiempo, sabía que no lo era.

No es que la mujer dejase de comprender que en toda circunstancia hay un contorno de fatalismo que absorbe las culpas; acaso por eso había tomado un aspecto disminuido como si su cuerpo de golpe se hubiese reducido hasta el extremo de una humildad que busca ocupar el menor sitio posible.

—Ahora no la querrá ningún hombre. O, lo que es peor, la querrán todos —dijo.

Retrocedió ligeramente necesitada de un apoyo que no fuera él, y por fin lo encontró en unas pocas palabras precisas, de las que fluía un mando remiso, que para eso estaba ahí, para mandarle que se casara con su hija, que no veía otra manera de salvarla y que era lo que correspondía después de aquella noche.

—Te busqué para decirte que vas a casarte con Elvira.

Dionisio la miró con desesperación, no porque ella le or-

denara ese acto sino porque lo conducía a los extremos de la confesión, a ese desuello.

—No podría tocarla —afirmó. Y se veía que estaba estremecido.

—¿Qué estás diciendo? —se alarmó ella—. ¿Qué más puede querer un hombre? Aquí no hay una sola muier que se le compare. ¿O es porque ya la tuviste?

—No me entendés, Francisca. La tuve, sí, pero la misma noche que se ahorcó Crisanto. Y es por eso.

—Crisanto esa noche no se ahorcó. Murió en el patio al día siguiente mientras lo velábamos. Lo anunció tu propia hermana —replicó vivamente Francisca.

—Ella ve visiones por todas partes. Sabés que fue como te digo.

—¿Y qué tiene que ver, después de todo? Fue una casualidad. Vos no podías adivinarlo. No sé qué culpa podés tener.

—No es que me sienta culpable, pero si pienso en Elvira lo veo a mi hermano como lo vi cuando viniste a avisarme, colgado de una viga.

Francisca se sintió perdida. ¿Qué se puede hacer cuando las cosas suceden de ese modo? Después le preguntó:

—Decime, ¿dejaste de quererla?

—No. La quiero como un loco pero tengo que salir de esta confusión. No te imaginás la tortura que es no poder recordar todo lo de aquella noche, mi amor con ella (perdoname que te hable así) sin que la imagen de Crisanto colgado se mezcle a cada uno de los abrazos, de las palabras que nos dijimos o que quisimos decirnos.

Los dos se miraron compasivamente, respetándose el miedo, tratando que la vergüenza no llenara los intersticios que hay entre los sentimientos cuando se mezclan, ya que tenían conciencia de que debían ayudarse, impedir que las palabras les brotasen afrentosas o demasiado indigentes.

—Eso pasará —afirmó Francisca—. Mucho antes de lo que te imaginás se te borrará esa impresión.

Él se agitó no con el gesto de la negación sino con los movimientos opacos, estériles de la incertidumbre.

—La vida siempre termina echándole tierra a la muerte —sentenció ella. No sabía cómo animarlo, cómo decirle que el

cuerpo de Elvira guardaba una reserva victoriosa no sólo a causa de su hermosura sino de la miel caliente que exudaba, de eso mismo que ella se había empeñado en erosionar porque en la inacabable estregadura su mano tuvo algo de viento impío.

—Ya sé que un día voy a salir de este castigo pero no sé cuándo. Tiene que pasar más tiempo —dijo él.

—Sin embargo, no te falta ánimo para entenderte con las rameras de arriba, esas desvergonzadas que te van a echar a perder.

De pronto la mirada de Francisca se agrandó en una fulguración amenazante que tal vez no iba dirigida a él sino a sí misma o a todo; y el pacto tácito de mantener una serenidad ganadora cedió a la aparición de un miedo informe. Y tuvo ganas de salir de ese miedo de una manera patética, desuñándose, infligiéndose un daño físico para que Dionisio entendiera de una vez por todas que estaba atribulada.

— No sé qué va a pasar —le dijo—. Le encendiste un mal fuego. Y no es sólo la deshonra, que ya es mucho, sino el demonio que seguramente le entró en el cuerpo por tu culpa.

No seré yo quien se lo pueda sacar.

—Vos no pero sí el sacramento.

Dionisio puso las manos sobre los hombros de ella, con ternura.

—No quiero causarte daño, Francisca.

—Sé que no podrías. Siempre te vi parecido al ángel del comedor —le confesó ella, aliviada, y al cabo de una pausa le preguntó— ¿Eso quiere decir que estás de acuerdo? ¿Que te vas a casar con Elvira?

Dionisio no respondió a la pregunta directamente aunque de alguna manera lo hacía, tratando de no omitir el grito que se le había formado y que representaba su convicción, el grito que le sostenía la lucidez, aunque al proferirlo tomara el aspecto del desquiciado. Parecía tener conciencia de cuánto cuesta ser adolescente y trataba de salvar un orden dentro de sí, y cuando no pudo más exclamó jadeante:

—¡Pero si Crisanto está recién muerto!

—No. Ya han pasado cuarenta días —corrigió Francisca.

Él se tocó el hombro en que lo había cargado; aún sentía su

peso, y los dos dolores, el fijo y el esparcido que dejan las cargas, *más en este caso, una carga sin término*, instalada para siempre sobre ese hombro que la había recibido y participado de su condición.

—Sí —asintió la mujer—. Es poco tiempo, lo sé. No te digo que te cases ahora mismo pero podrías prometerte a ella y ésa sería una manera de defenderla de todos *porque en cuanto* salga ya me temo lo que va a suceder. Sólo a vos van a respetar los hombres por ser hijo de Cenobia, y más por todo lo que sucedió —lo miró con fijeza y añadió—: Hijo de Cenobia y hermano de Crisanto. Nadie se atrevería a nada.

—No te olvides, Francisca, que ahora los hombres tienen dónde contentar el instinto. Creo que ves un peligro que no existe.

—¡Qué esperanza! Sos vos *quien se equivoca*. El burdel los ha excitado más a todos. ¡Qué van a sosegarse! Pero en el estado en que está tu madre no se puede hacer nada. La casa se ha quedado sin autoridad. ¿Quién podía imaginarse que un día cinco perdidas se instalarían como se instalaron ésas, aquí mismo? *Por eso cuando Cenobia dice que todo* se está derrumbando creo que tiene razón. Y yo no quiero que mi hija esté entre las víctimas. Y vos sos el único que puede salvarla. Y *esto lo sabés bien*.

El rostro de Dionisio parecía descascararse como un viejo yeso, mientras su rostro interior afluía herido, necesitado de *respirar otro aire, un aire* en el que confiar.

—Ya sabés que a lo peor se llega en un momento, que el camino que lleva hasta ahí es corto —reflexionó Francisca.

—¿Y quién nos casará si no queda un solo bendecidor en la casa? —atinó a preguntar él.

Francisca Simón no supo qué contestarle. En verdad, los dos bendecidores se habían ido, cada uno a su manera y sin dejar siquiera un sucesor bisoño. Pero pensó en don Zósimo Lucas Ardanás y dijo rápidamente:

—Tu padre.

Don Zósimo acababa de cumplir las estaciones del dolor; su mano derecha podría trazar una cruz; ya poseía los descuajamientos necesarios para impartir una bendición.

Y no hizo falta inquirir algo más, macerar las palabras ya dichas.

Salieron de la barraca y se separaron al final de una de las galerías.

Francisca corrió valiéndose de las fuerzas que pululan en el agotamiento y llegó hasta el dormitorio de Elvira casi llevándose por delante a Carmelita que reanudaba su paseo aerostático y se mecía en el aire, descalza, porque para qué quería zapatos si sus plantas desde aquella noche no habían vuelto a posarse en los suelos de la casa, seguida por los chicos que intentaban atraparla obligándola a elevarse con los movimientos eléctricos del salto.

Entró y la vio a Elvira en el centro de la atmósfera que ahora le pertenecía y tuvo la sensación de que la endemoniada estaba en medio de una marea.

"El aire fresco le va a ventilar el pecado, la va a aplacar —pensó Francisca—. Pero más si le hago saber que Dionisio consiente en casarse con ella". No se lo quería decir así, de golpe, pero se lo dijo:

—Dionisio se va a casar con vos. Lo hemos convenido de común acuerdo.

Elvira estaba paralizada quién sabe en qué premonición o en qué miedo, y sólo asintió con un gesto leve.

"Otra en su lugar daría un salto de alegría. ¿Quién puede entenderla?", —pensó la madre.

Y la hizo salir, ella detrás, magullando sus temores: "¿Por qué no habla? Sería preferible que gritase. No sé hasta cuándo durará esto. Y no es fácil contener esta desgracia hasta el día del casamiento, que después será distinto, le tendrán respeto, no por ella pero sí por Dionisio, mejor dicho por Cenobia ya que será su nuera."

Desde que Liberato Bermejo engullera, no sin gustar, el ojo de don Blas Ahumada, ese bocado único y sibarítico, la vista se le había aguzado bastante y había días en que veía a través de un muro. Él prefirió no indagar las causas de su nuevo poder fugaz y discontinuo por miedo de que en las conjeturas la vitalidad se le contaminase. Eso ocurría de vez en cuando, y sucedió ese día porque de pronto la vio a Elvira abandonar su dormitorio pese a cuantas paredes divisorias se le

interponían. Y no sólo la vio: aspiró la ráfaga que salía de ella, mezcla de cedrón, celo de animal y miel silvestre, y su sangre caldeada fue la encargada de encaminarlo al corredor por el que avanzaba seguida de su madre. Y fue como si la hubiese visto por primera vez. No entendía cómo no había reparado antes en ella. Es que hay mujeres que elaboran su *sortilegio sin que nadie se dé cuenta y después lo muestran* de golpe. Mientras oía el zumbido de su sangre, Liberato se rió de las cinco Reyes. *Combinando lo mejor de cada una no* se llegaba a formar ni lejanamente una mujer así. Sintió el enbrujo, miró con ojos codiciosos la manera que ella tenía de moverse, y seguramente le vio toda la carne a través de la ropa. Que no se había tragado en vano el ojo de don Blas.

A todos los hombres que se cruzaron con ella les sucedió lo mismo. Francisca no se le apartaba. Percibía el mirar turbio y a la vez maravillado, como si ninguno de ellos la hubiese visto antes. Y para ella ésa era precisamente la prueba de que su hija estaba endemoniada. "Esos treinta días que se quedó en su cama sin querer levantarse le hicieron madurar este celo de chiva, crecer al demonio que se le cobijó. No sé cómo no la obligué a salir en seguida del calor de la cama que es mal consejero" —balbucía en su interior.

La casa había vuelto a convulsionarse. A los hombres les proporcionaba mayor deleite seguirla a Elvira por toda la casa, *husmear su presencia, que trepar* a la escalera que llevaba al burdel. "No se entiende. Es cuando más debieran ir" —reflexionaba Francisca. Parecían anestesiados, sin más voluntad que estarle lo más cerca posible. El más arrebatado era el pelirrojo que ni reparaba en el deseo de los demás, ocupado en imaginar de qué manera podría posesionarse de Elvira. Francisca se consumía; lo buscaba a Dionisio por todas partes pero volvía rápidamente, no fuera cosa que en su ausencia sucediese algo. En el comedor, sobre la mesa inconmensurable y bifurcada pendía una nube de fatalismos dispuesta a desplomarse.

Juana Fermina mascullaba su furia:

—La negra esa las va a pagar. Los ha engualichado a todos. Sólo uno que otro iba a visitarlas.

—¿Habráse visto algo semejante? Día y noche a disposi-

ción de ellos y ahora ni se aparecen. ¿Y todo para qué? Para mirarla embobados.

Hasta Liberato Bermejo, al que los cinco cuartos le parecían pocos, había dejado de ir. Juana Fermina no se lo perdonaba. Después de habituarse a una fogata nadie se contenta con la llama de un pabilo. Echaba de menos su violencia, su salacidad. "A lo mejor se les pasa y vuelven" —se decía. Pero seguía siendo inútil que estuvieran con las puertas abiertas o paseándose casi desnudas por el corredor, o chistando desde las ventanas. En pocos días a las cinco mujeres se les había venido el mundo abajo.

—¿Y si le propusiéramos hacer la vida con nosotros? —le sugirió Dalmira a las demás.

Juana Fermina lanzó una risotada como toda vez que le gustaba una idea.

Esperó a que Francisca no se encontrase junto a Elvira y se fue derecho a proponérselo, con una brutalidad alegre, sin rodeo alguno, para que las palabras no se le embarullaran, para que entendiera bien.

Elvira Simón la miró con una mirada que la otra no olvidaría nunca, se puede decir más bien que la miró con una lágrima todavía sin verter, desde un abismo, algo que la Reyes no podía comprender pero que le causó miedo. No le contestó una palabra; su respuesta fue una especie de serenidad trémula, un fulgor duro y doloroso.

—¿Quién se cree que es? Una pobre negra, eso es lo que es —bramó la ramera de regreso al desfallecido lupanar.

Las demás dieron su opinión:

—Lo que pasa es que está loca por Dionisio.

—Acá podí' pasarla bien. ¡Bah! Es ella la que se lo pierde.

—Y también nosotras —acotó melancólicamente Juana Fermina, sin dejar de experimentar el miedo incomprensible, la humillación que sintiera cuando Elvira la miró de ese modo—. Ojalá se muera —dijo por lo bajo.

Dionisio no se había vuelto a encontrar con Elvira. Entraba y salía de la casa como un soplo; no aparecía por el comedor. Vagabundeaba por los campos hasta muy entrada la noche y se iba nuevamente a la madrugada. También él había dejado

de ir al burdel, a esos recintos en donde el pecado languidecía hasta dar pena, sustituido por un ocio dominante.

Pocos días después, un viernes con amenazas de lloviznas que deben haber tomado otra dirección, o para arriba o para los costados porque no cayeron, Liberato Bermejo sorprendió a Elvira y a Francisca en uno de los corredores, y en cuanto se les unió contuvo un súbito resoplido de jefe de manada, que ya lo tenía en la boca, pero de todas maneras se le traslucía ese ímpetu de búfalo dispuesto al apareamiento.

"Por Dios, ¿por qué no aparece Dionisio?" —se preguntaba Francisca.

No quería mirar atrás, cerciorarse de que estaba sucediendo lo que se había temido; no podía precisar cuántos eran pero sabía que otros hombres se habían sumado a sus pasos, subrepticiamente, aunque no tanto que no se los percibiera sin necesidad de volver la cabeza; era un grupo de seis o siete muchachos, y poco después eran más de quince, sin contar a Liberato que caminaba casi pegado a Elvira, embadurnado por su fatídica miel. Francisca hacía como que no veía; avanzaba castigada, aferrándose a un brazo de su hija. Iba camino del comedor pensando que no llegaría nunca. Era mediodía —ya se había oído el aullido resplandeciente de la Sudario que había vuelto a la esperanza de su encuentro con Dios después de abandonar su búsqueda del demonio, una sucia tarea que la había obligado a meterse en escondrijos polvorientos y a soportar las burlas del maligno —caídas, alucinaciones y a veces la sensación de un viento helado en la espalda.

Francisca Simón bajó una escalera sintiendo que el grupo se tornaba más compacto, casi sofocante —¿Cuántos serían ahora? Y cuando se encontró por fin en el patio principal se sintió aterrada, temió una aglomeración como aquella que concitara la muerte de Crisanto. Era peor, más interminable, más fatigoso que cruzar un desierto. Sintió que perduraban restos remolineantes de aquellas polillas en un vaivén aniquilador y que tendrían que abrirse paso entre sus ráfagas; que tardarían días en cruzar ese patio y enfilar la galería y bajar cuatro escalones para llegar al comedor donde sólo estarían las mujeres y los chicos y la gente muy vieja, ya que al parecer todos

los hombres se congregarían allí, una verdadera urdimbre de lubricidad.

"Si por lo menos apareciera Dionisio —rogaba Francisca en silencio— ¿Qué puedo hacer yo sola?"

Liberato Bermejo se sentía con el derecho que confiere ser el primero en descubrir algo con valor y trataba de manifestarlo volviendo de vez en vez su cabeza en llamas —una fogata hirsuta— y mirando a los otros entre retador y encelado. Estaba dispuesto a pelear él solo contra todos, exasperado porque no había conseguido aún que su brazo rozase el de Elvira; evidentemente ella estaba atenta a sus movimientos, a sus ímpetus desmenuzados, mientras su atmósfera en la que se hubieran quedado pegadas las maripositas de Crisanto en caso de persistir, se expandía y aprisionaba a todos los que componían esa suerte de procesión profana, un trazo de inundación, en la que se preparaba la maduración de algo y en la que era fácil advertir la coexistencia del caos y del orden, esa condición del deseo.

Francisca pensaba: "Más nos hubiera valido quedarnos encerradas las dos. No sé qué va a pasar. Dionisio debería casarse con Elvira mañana mismo, a primera hora. Que su hermano haya muerto hace poco no es una razón para no cumplir con un sacramento. Que los bendiga el padre. Que es peor dejarle la puerta abierta a otra desgracia. Sí. Mañana mismo tiene que ser el casamiento".

Nadie decía una palabra. Eran muchos y sólo se oía un resoplido ahogado y doloroso, sólo se sentía lo torturante de toda exaltación refrenada. Francisca miraba los muros, los pilares, trataba de distraerse; el patio poseía una longitud de cien metros inacabables multiplicados por los gañidos aún sepultos y la sangre a duras penas cobijada de esa manada de hombres. "Todos alzados, como si la vergüenza fuera lo único que se mantiene en pie" —pensó. No veía la hora de estar en el comedor defendida por las demás mujeres que terminarían sacándoles los ojos a los garañones. "No, no es eso lo que habría que sacarles" —meditó. De todos modos, alrededor de la mesa, entre los chicos y las viejas, que merecían respeto, sería diferente. Por lo menos, podría darse un respiro. Y tal vez estaría Dionisio —porque alguna vez se tendría que acor-

dar de comer— y le encomendaría a su hija delante de todos, suplicándole o exigiéndole —¿qué es la súplica sino una exigencia embellecida?— que se casara con ella esa misma noche. Ni bien concluida la comida, a la hora en que Cenobia Palomar se hacía presente para morder una fruta y recoger el polvillo de lo que había sido su mando, le hablaría a don Zósimo rogándole la bendición, una manera de suministrar el sacramento aunque él no atinara a trazar debidamente el signo y la mano le aleteara en el aire sin precisión.

Por fin avizoró la galería que le pareció más angosta, un desfiladero por el que tendría que pasar como al borde de un precipicio para impedir que esa mancha convulsa, oscura de lascivia, la estrujara a Elvira cerrándole el paso. La vio a Carmelita a bastante altura, inmovilizada frente a la masa informe y tormentosa que se desplazaba penosamente, y comprendió que le estaba espiando los resquicios, los rincones de su celo; y lo miró al pariente de ella, a Liberato Bermejo que caminaba esforzado como si debiera cargar con el peso de todos. Francisca abominaba de cuantas longitudes abundan en el mundo. Todavía esos metros por el tubo en que a sus ojos se había convertido la galería. El gigante pelirrojo no cedía su puesto y por fin consiguió tocar el brazo de Elvira con una mano cóncava y agrandada, una mano en la que afluyeron las corrientes indisciplinadas de su sangre. "Por fin llegamos" —pensó Francisca a punto de proferir un grito más prolongado que el aullido de la Sudario mientras Elvira parecía ajena a la contaminación de esa mano que en cualquier momento podía derretirse como la estearina caliente de un cirio.

Cuando entraron en el comedor la mujer pasó junto al fresco del ángel rozándolo, más bien tratando de quedarse allí en demanda de una protección que no sabía con qué palabras pedir ni de qué modo.

La dispersión de esa manada que mostraba los florecimientos y los ultrajes de la expectación, fue difícil, obstaculizada por la terquedad en permanecer junto al ídolo motoso que a duras penas llegó a su puesto sin mirar a nadie, consciente de que el vapor que seguramente se desprendía de los hombres le quemaba los ojos a Dionisio.

Pero Dionisio no estaba en el comedor.

La mujer de Liberato Bermejo sentada al lado de él, mordía con rabia su comida sin quitarle la vista al hombrón pegado a la visión de la otra y que no probaba bocado, al igual que los demás hombres; porque todos permanecieron en una inmovilidad de encandilados. Hasta los viejos sintieron un escozor circundado de rememoraciones. Sólo las mujeres y los chicos comían atisbando el aire pesado que cubría la mesa, un aire de amenaza que había corroído las palabras hasta tal punto que nadie se atrevía a hacer siquiera una pregunta fácil de responder, y no quedaba sino internarse en ese silencio que de vez en vez transparentaba los sucesivos estrangulamientos y liberaciones de una respiración implorante.

De pronto se oyó la risa basta de Juana Fermina.

No es que algo le hubiera causado gracia, todo lo contrario, estaba colérica. Pero lo que quiso fue distraer la atención de todos, terminar con esa adoración acechante de los hombres, y no lo consiguió porque cada uno permaneció en la misma actitud y es seguro que ninguno la oyó. Fue por eso que redobló las carcajadas, porque se dio cuenta. Cenobia no había llegado todavía, pero que estuviera o no en el comedor ya no importaba mucho.

—La negra esa me va a oír —le decía a las otras—. Es peor que nosotras y se hace la recatada.

—Los engualichó a todos menos a Dionisio, que es el que ella quiere —comentó María Josefa.

Y entonces rieron las cinco.

—Ésas podrían hacer escándalo en otro lado, en sus vergonzosas cuevas —le dijo la mujer de Liberato a la vieja que tenía a su derecha, mirándolas con rabia porque le habían hecho la cuenta de las veces que su marido había entrado en el burdel. "Anora hace días que no va —murmuró para sí—. Será que la descubrió a la hija de Francisca". Echó una mirada en torno como para confirmar lo que sabía. "Aunque no es el único. Ninguno le saca los ojos de encima, es como si los hubiera embrujado a todos". Aída Reyes miraba fijamente la ventana abierta que daba a una de las galerías del patio mayor, sin saber por qué.

Engracia bebía un vino oscuro y de vez en cuando hacía las muecas de una provocación desalentada.

Lo que más la enfurecía a Juana Fermina era que Elvira Simón no mirara a los hombres, como si no se diese cuenta de lo que estaba sucediendo; le fastidiaba que ella recibiese esa correntada de deseo sin necesidad de tener que hacer una seña, de responder a una sola mirada. En cambio, cuánto les había costado a las cinco la ofrenda masculina, toda una instalación.

Seis veces Francisca Simón recorrió el rostro de cada uno de los hombres, esos rostros que tenían una neblina de baba, en busca del de Dionisio. Tuvo que convencerse de que él no estaba allí, no sólo por su silla desocupada sino por el miedo que *sintió acrecentársele. Esa exhalación tan compleja de Elvira* en la que persistían sin mezclarse su olor a chiva en celo, a miel silvestre, a pétalos macerados, hizo que su madre se incorporara precisamente cuando entraba Cenobia Palomar, que tenía menos espesor que el ángel y a la que no le habían arrancado una sola ala sino todas las pequeñas y grandes alas que se agitan *en el ser, ya que el hombre posee más alas que un ángel*, sólo que despuntadas hacia adentro. Y se levantó de su silla no para hablar con ella que nada entendería de lo que estaba sucediendo sino con don Zósimo para pedirle que esa misma noche, o mejor al atardecer, los casara a Elvira y a Dionisio, que él ya había hecho méritos para poder bendecir.

—*Sí* —*asintió don Zósimo. Y se miró una mano, la derecha*, casi inexistente a fuerza de resignada. Pensó que quizá con el signo de la cruz trazado en el aire se le vivificaría.

—¿Los casa en cuanto llegue Dionisio? —aventuró Francisca.

Él la miró como desde lejos.

—Yo nunca he casado a nadie. ¿Por qué no los casa don Onofre? —preguntó.

—Don Onofre se ha ido de la casa —dijo la mujer. Y se quedó esperando largamente que él en verdad consintiera.

A don Zósimo las pupilas se le dilataron hasta parecer dos huecos cósmicos. ¿Qué era irse? "El mundo necesita al caminante, al que le haga compañía en sus regiones solas" —pensó. Sus pies estaban enredados en las raíces echadas por Cenobia y ya era tarde para desenredarlos. Sin embargo, don Onofre, que por pies tenía algo así como dos huellas vertebradas,

se había ido, él que se había consumido a fuerza de acumular flaqura y que corría el riesgo de disolverse en una lluvia que no era la que cala siempre en la casa, que lo había respetado, porque cada lugar tiene su propia lluvia, azorada o violenta, la misma agua. La idea de que el viejo tata Dios se había ido cubrió su mente y también la mano en la que debía empezar a formarse la bendición hasta ser algo maduro, algo con valor sacro y a la vez arqueológico, un gesto desenterrado.

Cenobia la miró a Francisca como si hubiese necesitado todo ese tiempo para entender que Dionisio se casaría con Elvira y para no entender que esa misma tarde se haría la ceremonia.

—Dionisio no puede casarse hoy —dijo—. Sólo hace cincuenta días que Crisanto se fue.

Ésa era otra de las maneras de irse. Don Zósimo reflexionó borrosamente que la mejor manera de irse era echar a caminar y que Crisanto no había dado un solo paso; tal vez los saltos inmensos de que es capaz la inmovilidad.

—Sí —asintió Francisca—. Cincuenta días.

—Un luto como éste debe ser largo —ordenó Cenobia rescatando restos de su autoridad—. Un duelo como éste no debe ser molestado por ninguna alegría.

Yo no digo que hagamos una fiesta. Sólo la bendición del padre, de don Zósimo, ya que en la casa no queda un solo bendecidor.

—¿Y qué necesidad de que sea hoy? Dionisio es un muchacho y tu hija puede esperar.

"¿Esperar qué?" —atinó a preguntarse vagamente Francisca. ¿Y cómo explicarle a la madre de él, precisamente, que Elvira estaba endemoniada, envuelta en la lascivia de los hombres de la casa como en un capullo, que bastaba mirarlos para darse cuenta de lo que allí sucedía? ¿Acaso no tenían los ojos puestos en ella, la piel de los ojos pegada a la de ella? Además se habían bebido una barrica de vino espeso, aunque no habían probado bocado, y también los manteles estaban embebidos en vino, y a Elvira la cara se le había puesto brillante, sudorosa, y no miraba a ninguno en particular pero era seguro que los estaba viendo a todos, aun a los más alejados. "¿Esperar qué?" —se volvió a preguntar. ¿Qué se la disputaran, que se entablara allí una contienda sumergida en los vahos vinosos, que reven-

tara el salvaje, rehenchido furor todavía quieto, todavía domesticado?

Salió a buscarlo a Dionisio.

El adolescente despojado de su esplendor, herido, vagabundo, había ido al matorral para ver si la tierra que cubría a su hermano había sido removida por los animales, para estar con él. Que ésta había sido la razón de su deambular y de la precisión de sus pasos, aunque no la única razón porque también quería estar lejos, olvidar por un tiempo las palabras de Francisca que no entrañaban una orden sino, lo que es peor, una imploración porque se le notaba el acoso y que estaba lacerada.

—¡Dionisio! —gritó Francisca recorriendo la casa como un viento colado por todas las puertas.

El comedor se tornó hirviente. Liberato Bermejo había bebido demasiado, no mucho más que los otros. Sentía un escozor que le recorría todo el cuerpo y que bien podía ser el ojo de don Blas Ahumada animado de curiosidad. De pronto resonaban risas sin sentido, una manera de abrirle un boquete a la tortura. Las mujeres la miraban a Elvira con miedo. Elvira roía un trozo de pan pequeño e inacabable o mordía una fruta. Los chicos empezaron a llevarle confituras al ángel y las viejas sintieron que no podían asirse a la costumbre, que estaba sucediendo algo que las expulsaba. El aire de sopor respirado por todos impedía que las mujeres se levantaran de sus sillas y les enrostraran a sus maridos esa vergüenza colectiva que ni siquiera era disimulada, y cada una se preguntaba qué había hecho Elvira para provocar de pronto un hacinamiento pecaminoso aun cuando cada uno estuviese en su sitio, una rapacidad lúbrica en los hombres, porque se les veía en la cara; qué había hecho para semejar un ídolo, la motosa deidad que ahora era, y convertirse en el centro de un hecho que nadie podría postergar ni disminuir, porque era seguro que algo sucedería, y con más certeza desde que don Onofre Reyes anunciara la intromisión de un demonio quién sabe en qué recoveco de la casa o en qué recoveco humano. Y la posesa bien podía ser Elvira Simón.

Don Zósimo Lucas Ardanás miraba su mano derecha pensan-

do que el don de la bendición no se forma de golpe, que nace con la mano.

Cenobia estrujaba el borde del mantel preguntándose por qué Francisca, su sombra, la poseedora de sus palabras no pronunciadas, adicta a ella hasta los extremos de un servilismo nimbado de veneración, no le había hablado de ese noviazgo, sobre todo tratándose de los hijos de ambas. O tal vez se lo había confiado antes de que su memoria quedara arrasada por la muerte de Crisanto. Contempló esa aglomeración ordenada de gente que constituía su clan, el que ella había gobernado hasta hacía poco, y no reconoció ningún rostro; se sintió refugiada entre extraños que le ofrecían un plato de comida como si se hubiese visto obligada a abandonar su casa y se hallase ahora entre gentes que ignoraban su nombre; también la cara de su marido con su fondo de candidez golpeada, atónita, y la infinidad de quemaduras que dejan las lágrimas, le pareció desconocida. Se quedó mirando ese paisaje de seres que habían convulsionado sus fisonomías, y por un momento se inquirió dónde estaba. El fresco del ángel fue lo único que le probó que ella se hallaba en el lugar que había ocupado siempre, en su sitial de madera de pino y paja, y llegó a creer que todo estaba en orden, que sus ojos despedazados le falseaban las imágenes.

De pronto uno de los que más había bebido se levantó y derramó una jarra de vino sobre el mantel, en homenaje a Elvira a quien requirió de amores desde los estratos de un ofuscante deseo que se debatía por no parecer contagiado de mosto. Y esto provocó la cólera de Liberato Bermejo, una cólera que tomó la forma de un bufido desacompasado. Y fue como la convocación que todo hecho necesita. Pero el resoplido no permaneció hendiéndose en el silencio que en seguida lo circundó ya que se le sumó el relincho de un caballo que entró en el patio principal.

Las mujeres se santiguaron todas a la vez encendiendo velas en su imaginación. Don Zósimo no apartaba la vista de su mano derecha. Cenobia veía el humo que suelta lo incomprensible.

Nadie podía oír a Francisca llamar a Dionisio quizá porque su grito era demasiado desolado. Y tampoco la oyeron cuando

se puso a dar voces clamando por don Onofre, recostada contra un muro, fuera de la casa, sin fuerzas para seguir llamando al santón que se había marchado en busca de un páramo donde penitenciarse holgadamente, a sabiendas de que no podía recurrir a nadie para inmovilizar un hecho que seguramente ya había compuesto cada una de sus partes y que sólo precisaba juntarlas.

—¡Dionisio! ¡Don Onofre!

Por una de las ventanas del comedor, que daba a la galería, apareció la cabeza del caballo, un zaino de grandes ojos húmedos y brillantes.

—¡El ánima de don Jacinto Ardanás! —exclamó una de las mujeres llevándose una mano al pecho.

Aída Reyes, que casi no había sacado los ojos de la ventana, profirió un grito. En un instante abarcó su intimidad con don Jacinto, el momento en que después de sentir que le mordisqueaba el pelo le vio cabeza de caballo. Y se levantó de su puesto sin saber dónde esconderse o cómo salir de allí, aunque era injusto porque a los aparecidos no hay por qué tenerles miedo, además él había sido buena persona o como quisieran llamarlo.

Todos quedaron pasmados mirando la ventana.

—Que encuentre paz, don Jacinto —le deseó una de las viejas.

En la mesa había un plato con maíz y pasto pero nadie se animó a invitarlo a comer.

Aída Reyes estaba agitadísima. "¡Cruz diablo! Me viene a buscar" —pensaba, y no sabía por dónde escabullirse.

Elvira Simón contempló al caballo. Acaso le vio en la frente un resto de relámpago o percibió el remolino de sangre animal de que carecen las ánimas. Se levantó y salió al patio seguida de los hombres que dejaron el pasmo y el miedo para volver a la turbulencia que no le había dado más que ese respiro. Algunos permanecieron en el comedor, don Zósimo y los que estaban demasiado embebidos de vejez y los impúberes.

—Ni que la muchacha los hubiera embrujado. Por seguirla ni se asustan del ánima que ojalá les dé un buen escarmiento —refunfuñó la mujer de Liberato.

Cenobia no comprendía y tampoco preguntaba nada.

—¡Es un caballo de verdad! ¡No es un aparecido! —anunció a viva voz Carmelita que pendía en la galería como una nube.

—Es que como nunca entró uno en la casa... —explicó uno de los viejos desde el comedor.

—Además el pelaje de don Jacinto era más claro —siguió informando Carmelita mientras volaba sobre la bestia.

El animal dio unos pasos en la galería dispuesto a marcharse mansamente; mirado de atrás se veía que una de sus ancas era más alta que la otra, característica de que había carecido don Jacinto Ardanas.

—¡Es el lunanco! —puntualizó Carmelita.

Nadie ya dudó. La única que quedó impresionada fue Aída Reyes. "Se fue pero a lo mejor se me aparece cuando estoy sola" —se temió.

Una vez afuera, el animal pasó casi rozando el cuerpo recogido en sí mismo de Francisca.

Elvira se quedó en el centro del patio. El primero en ir hacia ella fue Liberato Bermejo, dispuesto a llevársela, a amarrarla a su carne aun cuando tuviera que luchar contra todos. No le importaba su mujer que había quedado en el comedor, seguramente santiguándose sin darle un respiro a la mano. Estaba agitado y su tez se había había vuelto tan roja como su pelo. Cuando se le aproximó, aun antes de poder estrecharla en sus brazos capaces de rodear una encina, advirtió que los demás hombres, casi todos, habían dado los mismos pasos que él y ya formaban una mancha circular en torno de Elvira y que el estrujamiento crecía hasta ser un castigo miserable. Sintió que perdía su individualidad, que formaba parte de un instinto colectivo. Y ya no pensó —si es que aún podía pensar— en contender con los otros sino en tomar algo de ella, en tocar con su mano cóncava el cuerpo pegajoso de mieles.

En el comedor las mujeres rezaban sin saber qué estaba sucediendo pero seguras de que debían encomendarse a Dios.

No todas: Juana Fermina Reyes había salido junto con Dalmira, María Josefa y Engracia. En cuanto a Aída, no se atrevió a abandonar el comedor, todavía impresionada por esa cabeza de caballo que le había resucitado la rememoración de sus amores con don Jacinto y los sobresaltos correspondientes. Las cuatro mujeres permanecieron en un ángulo del patio prin-

cipal sintiendo una híspida aversión por los hombres que sin duda Elvira había engualichado —de eso estaban seguras— y observando el movimiento zumbante de esa masa ávida que se estrechaba cada vez más.

Elvira Simón se deslizó por el hacinamiento contaminado de malicia y que guardaba la furia lenta, no impetuosa de que la lascivia es capaz; anduvo como perdida por ese ávido círculo gomoso, una espesura de brea caliente, de sangre que corría a tirones, queriendo salir y, al mismo tiempo, internándose aún más en el deseo de todos. Nadie podía decir que la había abrazado ya que ella se escurría entre unos y otros. Ni siquiera Liberato Bermejo, que no se le separaba. Elvira sentía crecer en torno un gozo subrepticio que no atinaba con la forma de su exaltación, y cumplía las etapas de ese itinerario en medio de la caldeada muchedumbre que se ceñía y por momentos parecía girar con un acompasado movimiento. La expectación de los hombres mutilaba los ademanes de la audacia así como la idea de lo que le sucedería al que intentase apropiarse de ella.

—¡Liberato! —gritaba Juana Fermina decidida a meterse ella también en la marea estrujante.

Las otras tres reían tontamente, daban los chillidos de una diversión que ignoraba sus razones. Y la risa se contagió a la Reyes mandante dispuesta a desviar la atención de los hombres. Pero ninguno se volvió hacia ellas, ninguno se apartó de esa área que se había vuelto imantada.

—¡Están todos engualichados! —denunció Engracia con una vocecita aguda.

Elvira se abría camino como a ciegas, la voz coagulada, los pasos confusos. Nadie pronunció su nombre. Uno de los Palomar consiguió decirle unas pocas palabras. Pero de pronto los movimientos dejaron de ser cautelosos y Liberato, de improviso más rojo, más corpulento, consiguió arrancarle parte de la ropa.

Carmelita, agarrada a lo más alto de una de las columnas de la galería, debido a que se le había fatigado la levitación, se desprendió de su asidero, echó a andar por ese aire poco menos que macizo, y sobrevoló la mancha formada por los hombres. La vio a Elvira desnuda, la cara llena de terrores como si se la llevase una correntada.

Fue la última en verla.

Le pareció que la emanación de ella se había disipado y no consiguió avistarla nuevamente por más que esforzara sus ojos y escudriñase el redondel humano cuyos límites no cedían.

Y no es que Elvira hubiese salido de allí o caído al suelo. Sin embargo, no estaba.

Carmelita rozó las cabezas apiñadas de la multitud ahora quieta, que se había quedado casi sin respirar y poco faltó para que frotara sus ojos en esa cantidad de gente que ella podía individualizar sin error. Y alcanzó a ver el único espacio libre, un baldosón horadado, sin duda, el lugar ocupado por Elvira antes de desaparecer, antes de que cada uno de los hombres hubiera tomado algo de ella, aun los que no la habían tocado. La erótica masa la había respirado, y bebido su miel silvestre, se había teñido con la tonalidad de su piel berberisca, había hecho suyos, aun sin tocarlos, el revoltijo de pelo motoso, los ojos de ídolo. Cada uno sintió aunque oscuramente, que se había apoderado de una parte de Elvira. De alguna manera la habían inmerso en sí mismos y nadie podía decir qué parte le había correspondido. Ni siquiera Liberato Bermejo que fue el primero en advertir que ella ya no estaba y que tampoco se había escapado puesto que fue el único entre todos que no se le apartó en el recorrido que ella llevó a cabo, pugnando por librarse y quizá con conciencia de que terminaría por esparcirse, así como sucedió, en ese ser múltiple y onmívoro que sólo la rozó ardidamente.

Le bastó permanecer algunos minutos en esa maraña de deseo para ser consumida, integrada al calor de cada uno, sin dejar nada tangible, nada que se pudiera recoger, ni un resto de la ropa que la había cubierto.

El círculo dejó de ser compacto; una suerte de saciedad que sólo subrepticiamente había sido gozosa, determinó que cada uno se alejara sin buscarla, sin preguntar nada a los otros, sin advertir que Carmelita pendía como un testimonio sobrenatural.

Hubo una complicidad tácita y, a la vez, la desconfianza que fluye del miedo; nadie volvió la cabeza para comprobar si ella había quedado atrás. Se desperdigaron rápidamente, cada uno con lo que ahora poseía de Elvira.

Las cuatro rameras se tragaron sus risas; sólo atinaron a aferrarse unas a otras con miedo de desaparecer.

Cuando Francisca Simón la oyó gritar a Carmelita como un ave despavorida, entró en la casa.

VIII

Don Zósimo Lucas Ardanás salió al sitio donde el cielo era mayor, sin la intrusión de los árboles y de los seis molinos que aseguraban la provisión de agua. Se quedó contemplando esa rodaja de inmensidad que se le ofrecía y después dio unos pasos en los que su cuerpo dejó de pesar, de descargarse armoniosamente en un pie y en el otro.

No se había propuesto ir a un lugar determinado y avanzaba como tratando de asir la punta de un hilo que se movía en el aire.

Una hora después se encontró con Dionisio.

Dionisio emergía de los matorrales, los descampados, las leguas desordenadas de su vagabundeo. No se preguntaron adónde iban.

—Se respira bien —dijo el padre.

El muchacho asintió con un gesto. Después intentó hablar:

—Papá... —la voz se le ahogó; le resultaría difícil extraerla a la superficie de su ser. Y cuando sintió la mano de su padre sobre un hombro, un calor dulce que lo sostenía, pudo gemir. No quería hacer la pregunta, y la hizo penosamente, sintiendo la impiedad de una respuesta que él ya conocía y que, de todos modos, necesitaba oír una vez más para convertirla en una oscura posesión que nadie le arrebataría nunca, como las culpas—. ¿Dónde está Elvira?

—No intentes buscarla.

—Tiene que estar en alguna parte. No es verdad lo que cuentan. Además es imposible que haya sido así.

—También son imposibles el andar por los aires de Carmelita y las dos muertes de Crisanto. Sin embargo...

—Pero un ser humano no desaparece de esa manera. ¿No es cierto?

Don Zósimo miró a lo lejos, se concedió al principio esa manera de responder. Después dijo:

—Carmelita lo vio con su cantidad de ojos. Ella es la que siempre ve lo que pasa y más ahora que anda como si volara —hizo una pausa y añadió—: De Elvira no quedó nada.

Los ojos de Dionisio se cubrieron de un sudor terroso, de un llanto polvoriento que parecía vertido hacía muchos días y levantado del suelo y vuelto a poner en los ojos.

Caminaron en medio de un silencio lleno de visiones; y los dos sabían que veían las mismas cosas.

—Papá, me da miedo seguir viviendo en casa —dijo el muchacho.

Don Zósimo asintió con un gesto.

—Según tu madre, la casa se acaba, está en agonía. Han cedido sus raíces y las nuestras. Y hay que esperar todos los tumultos que sean precisos para llegar al fin: nuestra insurrección y la de las paredes.

Bordearon un monte de acacias que en primavera daban flores amarillas en grandes racimos.

—¿Adónde vas? —le preguntó por fin Dionisio a su padre.

—No sé. Sólo salí a respirar más cantidad de aire porque tengo la impresión de que hace tiempo he dejado de respirar.

—Yo salí a buscar a don Onofre.

—¡Qué temeridad! Yo no me atrevería a caminar sobre sus huellas. Habrá dejado el camino lleno de buenos y malos espíritus. Porque se debe de haber ido masticando rezos y maldiciones.

—No importa. Él es el único que puede hacer algo para sacarla a Elvira de donde está.

—¿No te das cuenta que no está en un lugar preciso sino esparcida en esa cantidad de gente? No es la primera vez que el ser amado está contenido en otros, en muchos...

—Pero yo quiero hacer algo. Y don Onofre puede ayudarme.

—Creo que no debemos perturbarlo. La soledad que él ha buscado no debe ser interrumpida. Creo que ésta es su última oportunidad para llegar a santo.

Don Zósimo volvió a ver lágrimas terrosas en las mejillas del muchacho, y dijo como si rezara:

—Te acompaño, hijo mío.

Era la media tarde cuando llegaron al páramo elegido por don Onofre Reyes para instalar los elementos tangibles e intangibles de su última tentativa de santidad y establecer las leyes de una metafísica bastante escurridiza, revestida de piel de anfibio, porque a cada momento se le escapaba. Pero el viejo sabía que la insistencia fue lo que hizo posible la creación o, por lo menos, lo que sirvió para volverla consistente.

Hubo un saludo fósil seguido de una mirada que empezó a calentarse lentamente hasta ser amistosa.

—Don Onofre —le dijo don Zósimo como disculpándose—, sólo eché a andar, no con la intención de buscarlo.

—Sí —aprobó el santón—. Al eremita hay que espiarlo entre las piedras, dejarlo en su soledad.

—Pero los pies nos trajeron hasta aquí. Y es la primera vez que mis pies llegan tan lejos.

—También los míos. Es que la lejanía también sirve para estar más cerca de uno mismo, mejor dicho, para juntarse con uno.

Don Zósimo miró atentamente en torno. Lo que se veía era simple en apariencia pero intrínsecamente complejo: un arenal con un límite de piedras hacia el oeste, un trozo de tierra azotada que poseía los reprimidos rencores de la sequedad, todas las mutilaciones que conducen al desmenuzamiento y quizá la exhalación fantasmal que da la tierra cuando se vuelve estéril. No había una hoja verde ni una raíz expulsada a la superficie.

—¿Qué come, don Onofre?

—El hambre es de la carne, la sed es de los huesos. Sólo bebo agua —contestó el tata Dios—. Detrás de las piedras hay un arroyo, sin contar las lluvias.

—Pero a usted le queda todavía algo de carne...

—Si algo me queda, que se consuma a sí misma. No seré yo quien la alimente para que me estorbe la santidad.

Se sentaron alrededor de una hoya que el viejo había excavado con las manos para inspeccionar la condición del subsuelo.

Dionisio le rogó humildemente:

—Regrese a casa a echar al demonio que, según usted, ha entrado por la puerta o por otro lugar, y tal vez con eso Elvira vuelva a estar entre nosotros.

—Elvira Simón, la hija de Francisca —aclaró don Zósimo.

—¿Se ha ido? —preguntó el santón.

—Sí. Pero no como se va la gente. Algunos decían que estaba endemoniada; y debían tener razón —don Zósimo no sabía cómo explicarlo e hizo una pausa.

—Despertó de pronto un tremendo deseo en casi todos los hombres de la casa, que la rodearon en el patio hasta que desapareció como devorada por ellos —dijo Dionisio—. Pero todos juran haberla tocado apenas con las manos y algunos ni siquiera eso. Me lo aseguró su madre porque yo no estaba. Tampoco ella. Pero Carmelita lo vio todo.

Don Onofre se llevó las manos a la cabeza, espantado.

—¡Cosas de la lujuria! —exclamó—. El demonio de este pecado es el más difícil de vencer y su poseído el más difícil de ser exorcizado —y alzó los ojos como en una imploración—. ¡Ah, Dios mío! ¿Para qué la carne si hubiera bastado con los huesos para andar o quedarse sentados?

—Usted, que es casi santo, tendrá más fuerza que todos los demonios juntos —aventuró Dionisio.

—¡Es claro! —exclamó don Onofre irguiéndose; y daba la impresión de haberse alargado aún más en su condición de eremita—. Pero aún me falta. La santidad también es caprichosa. De pronto cae sobre quien nunca la ha buscado y se niega al que la ha estado acechando toda la vida, haciendo privaciones y méritos. O puede ser que todos la tengamos adentro metida en una cáscara que en algunos logra romperse y en otros no...

—No me va a decir que la santidad nace de un huevo —observó don Zósimo.

—En cierta manera sí —respondió el viejo—. Todo lo bueno está metido en cascarones duros, y la cuestión es que se rompan; lo malo, en cambio, anda por afuera, es libre y está siempre en movimiento. El bien, para tener fuerza, debe surgir de un estallido, de la rotura de algo propio.

Don Zósimo levantó la cabeza.

—Aquí el cielo parece más grande —dijo.

—Sí —aprobó el santón—. Y a ciertas horas toda esta arena se convierte en cielo.

—¿Y usted siente algo distinto?

—Sí; que me divido en tres: uno hecho con el pellejo que me queda y que no sé cómo se mantiene en pie porque no es más que una bolsa vacía; el segundo erguido, eso sí, como un árbol, porque está hecho de mis huesos, una especie de hombre mineral viejo como el plomo; y el tercero... —calló un momento y después dijo—: a ése no lo veo pero sé que está; debe ser *mi espíritu*.

—Y cuando son tres, ¿qué hacen? —quiso saber Dionisio.

Don Onofre sonrió significativamente.

—Nos sentamos aquí donde estamos ahora, alrededor de este pozo, y cada uno cuenta sus experiencias. Y he hecho una observación: las manos son lo único que no se divide, ni en tres ni en nada. Cuando ocurre eso se quedan al borde de la hoya como cortadas de un hachazo. Después, a la noche, como aquí siempre hace frío, los tres nos juntamos para darnos calor, y no sé si es que cabeceamos un sueño o comenzamos una larga cavilación; lo cierto es que a la mañana no somos tres sino uno y mis manos están en su lugar.

—Cuántas cosas hay que saber para vivir en un desierto —reflexionó Dionisio.

—Eso no es nada. Hay que luchar contra la mucha luz que quema los ojos y hace nidos falsos en el espíritu —dijo don Onofre—. Y contra los mosquitos, empeñados en sacarla a la sangre de su sitio, cuando lo bueno es que la sangre viva escondida lo más adentro posible del cuerpo. Y hay que luchar con el viento, que más de una vez ya me ha hecho caer y me ha tenido días y días de bruces o tendido como un remolino de hojarasca, dando vueltas y vueltas en el mismo lugar y azotándome; y peor aún: una vez el viento desbarató parte de mi cuerpo, un brazo y una mejilla, del mismo lado. Yo creí que ése era el anuncio de mi santidad pero a la madrugada siguiente el brazo y la mejilla volvieron a su sitio traídos por el mismo viento.

Don Zósimo parecía meditar. De pronto le sugirió:

—¿Y si en vez de luchar aquí contra la luz, los mosquitos

y el viento, vuelve a casa y la emprende con el demonio que se ha metido allí y lo ha trastornado todo?

—¡Es claro! —se animó Dionisio—. Si consigue vencerlo tal vez la recobremos a Elvira.

—Creo que es más fácil encontrar allí la santidad que en estas soledades —dijo el padre, empeñado en convencerlo al viejo.

—Puede ser que usted llegue a ser santo aquí y se muera el mismo día sin que nadie se entere de su santidad —conjeturó Dionisio.

Don Onofre sintió algo así como una comezón, más exactamente, la picadura de ese razonamiento. Por un instante imaginó sus huesos en abandono aunque pulidos y relucientes pero ignorada su posible sacralidad. ¿De qué vale ser santo si nadie lo sabe? Podía entumecerse en uno de sus ensimismamientos y quedarse rígido, lleno de nimbos por todas partes, sin ocasión de demostrar la perfección esencial a la que había llegado. En realidad, Dionisio tenía razón. Un páramo no proclama las cosas que suceden en él. Pero el viejo mamboteró conservaba su orgullo, tan largo y fusiforme como su figura. Y dijo:

—Primero tengo que sentirme aquí despojado de todo, de familia, de techo y alimento, abandonado y azotado, mísero como un grano de arena. Después, tal vez reconoceré el camino de regreso y vuelva. Pero cuando sienta que si no soy santo del todo por lo menos lo soy en parte. Antes no. Debo sentir algo, que me entra una espina, una luz filosa.

—¿Y cómo podría apresurarse eso? —inquirió don Zósimo.

—Más de lo que hago... —trató de justificarse don Onofre; y la cara se le puso más de insecto, un boceto entomológico en esa cabeza que quedaba tan arriba, atada por un tendón a su cuerpo talludo. Y en seguida agregó—: Hay horas en que abarco todo el tiempo transcurrido en la tierra, en que me acuesto y me siento extender por toda esta planicie, y entonces me digo: "Onofre, estás a punto de recoger tus frutos; te levantarás engarzado en una aureola". Y cuando eso sucede y trato de incorporarme me doy cuenta de que estoy entumecido, de que los huesos se me han desorientado, y tardo un día entero para ponerme de pie, señal de que la verdadera santidad todavía no ha entrado en mí.

Parecía tan acongojado que sus visitantes se sintieron en el deber de darle ánimos.

—Tal vez el exceso de penitencia sea contraproducente —arguyó don Zósimo.

Al santón le empezó a salir de los ojos hundidos y avizores la nubosidad de la duda.

—Puede ser —admitió.

—Además —prosiguió don Zósimo—, quién sabe si resiste un viento más fuerte que los que han soplado hasta ahora...

Dionisio se incorporó y dio algunos pasos, hasta alejarse lo suficiente para que nadie viera que los ojos otra vez se le cubrían de lágrimas terrosas. Todo era allí desértico, no sólo el paisaje sino el tiempo que fluía entre las piedras; todo parecía formar parte de un infinito agotado. Comprendió que allí el viento era lo único vivo. Y de pronto a través de ese llanto hecho de agua y polvo, llorado por él y por la tierra ' la que se había sentido parte, vio la imagen de Elvira como en la profundidad de una inacabable penitencia. La amaba, ahora, desde los miedos y los deslumbramientos de su adolescencia castigada; la amaba sintiendo que el alma se le irrigaba de sangre y se volvía caliente y vulnerable como su cuerpo. Se vio bañado en sudor y en seguida advirtió que otra vez le manaba esa agua dulce comparable a una miel liviana que le brotara desde los catorce años. Avanzó hacia la imagen, hacia el linde de piedra, los pasos largos y lentos.

—¡Elvira! —alcanzó a murmurar antes de que una polvareda se interpusiera entre ambos y oscureciera la visión.

—Empieza a soplar viento —le dijo don Zósimo al viejo como una advertencia.

—Siempre a esta hora —afirmó él—. A veces alguna ráfaga trae un pájaro perdido y lo golpea contra las piedras despedazándolo.

—Un bocado gustoso...

—Carne caída del cielo deja de ser carne —sentenció don Onofre, y los ojos mínimos y perspicaces le brillaron en la rememoración de una que otra aislada glotonería en que la lengua se le tiñera de sangre de avecilla machacada por el vendaval.

Don Zósimo se incorporó y no quiso ayudarlo a don Onofre por temor de menoscabarlo. Heroicamente el santón pudo levantar la pierna y hacer que la planta de un pie se agarrara del suelo, que es un lugar seguro, y más le costó hacer lo mismo con la otra; se arrastró hacia atrás, siempre sentado, las rodillas en alto. La intemperie le había raído la túnica y aún más los movimientos. Y mientras él ensartaba en un eje teórico las fuerzas exigidas por la verticalidad, don Zósimo insistía en el diálogo, por delicadeza, como ajeno a las fisiológicas proezas que ese cuerpo debía llevar a cabo para que la cabeza abandonara la vecindad del suelo.

—¿Aquí cambia la idea de la muerte? —le preguntó.

—Sí —respondió el santón tratando de que los talones lo soliviaran—. Aquí hay todo el espacio y el silencio que necesita la idea de la muerte para ser como debe ser, sin enmarañarse y sin tropezar con los vivos.

—Es claro. En este páramo uno aprende a desapegarse. Además, tal vez la muerte no se diferencie mucho de esto, y no sea más que soledad. Y quizá viento.

—Sí —aprobó don Onofre arrastrándose un poco más hacia atrás con la esperanza de cobrar un repentino impulso acaso provocado por una picadura o una piedra punzante, es decir, con la esperanza de una agresión que lo levantara en vilo, ya que en el aire él se las arreglaría para enderezarse debidamente. Se había alejado bastante del borde de la hoya cuando prosiguió, convencido de que la filosofía no le proporcionaba el menor asidero—: Pero ocurre que aunque uno esté solo, el hecho de estar vivo entorpece la idea de la muerte, que nunca llega a ser pura por el vicio que tiene la carne de querer seguir existiendo; y hay que cargar con su parcialidad.

Don Zósimo pensó que el orgullo del viejo ya se debía de haber replegado, y lo ayudó a levantarse; su cuerpo participaba de la liviandad y del peso, y puede decirse que halló su verticalidad a tirones desparejos hasta quedar como una estaca; sólo se movieron sus manos para sacudirse la arena y demostrar que aún era un ser válido.

La luz, decrecida, se había concentrado en torno de Dionisio. El muchacho estaba de espaldas, y cuando se volvió su rostro ardía. Pero lo más radiante en él era la tristeza.

El padre le hizo una señal. Esa luz acumulada como en una guarida, en menos de una hora desaparecería del todo. Don Zósimo pensaba que había que emprender el regreso.

—Es extraño —le confió al eremita—, al atardecer el viento cesa en todas partes menos aquí.

—A esta hora es cuando en el páramo empieza a soplar con mayor fuerza —dijo el viejo.

—¿Y cómo se explica?

—Porque los páramos están hechos para penitenciarse; un vendaval en la oscuridad fustiga con más encono.

—¿Y usted dónde se guarece?

Don Onofre sonrió y se puso las manos en el pecho.

—En mí mismo —dijo. Y si hubiera rasgado su pellejo, don Zósimo habría visto su voluntad de resistir, dura y pulida como una plancha.

—No es bueno orearse tanto... —comentó don Zósimo—. Se le pueden secar a uno todos los jugos. Y yo creo que el de la santidad es el jugo que más fácilmente se evapora.

—¡Oh, no! La santidad no tiene jugos. Es la más tenaz de las calcinaciones. Empieza cuando la propia carne ha ardido hasta quemarse, cuando de uno no queda una gota de nada, ni de sangre exigente ni de llanto. Por eso he venido aquí. En la casa, cuando ya creía haber llegado a esa carbonización, la humedad de los otros me refrescaba, y ese trozo sagrado de mí mismo que por fin había conseguido, se me echaba a perder.

—¿Enmohecido? —sonrió don Zósimo.

—No crea que hay mucha diferencia entre un pedazo de materia y un gajo de espíritu —dijo el viejo, encrespado—. A uno y otro los ataca el moho.

El cielo se puso violeta, de golpe; no exactamente el cielo, el aire que rozaba las piedras facetadas por la furia de remolinos casi blancos, un aire suspendido como una amenaza en ese paisaje de proscripción, donde remotamente debió existir algún verdor, la pezuña de algún animal, algo más suculento que el descuajado don Onofre Reyes, único insecto, único árbol del páramo. Y antes de que Dionisio obedeciera a la seña hecha por su padre, que trazaba la decisión del regreso, un viento insomne, que hasta ese momento había estado vigilante,

estremeció una a una las arenas de esa lengua de desierto, y lo agitó todo, de tal manera que los tres hombres trastabillaron, ahuecados en un vacío trashumante, un vacío que se trasladaba de un sitio a otro, siempre en círculo.

Dionisio se debatía por traspasar la muralla transparente y frenética que se le había puesto delante; el santón se aferró fuertemente a su pecho, es decir, a la placa de su voluntad, y también a la otra, a la de su paz interior, una especie de plancha de hierro bruñida y vuelta a bruñir en los ensimismamientos; y a don Zósimo no le quedó otra cosa que agarrarse del viejo que, después de todo, poseía la resistencia geológica de los empecinados. Y seguía siendo un sostén, el ser a quien acudir y de quien asirse, algo que era carne y no era, imbuido del esplendor que da la serenidad cuando se ha despojado de todas sus humildades. Y también Dionisio se tomó de un brazo de don Onofre, sabiendo que no era para que el viejo continuara en pie sino para auxiliarse él mismo. Pero hubo un momento en que una ráfaga, neta como una cuchillada, los separó a los tres, aunque ninguno cayó al suelo.

Y entonces Dionisio y su padre vieron cómo el viento le arrebataba partes de su contorno al santón; lo primero en faltarle fue la mitad de la frente y un pómulo, del mismo lado, y en seguida un hombro y el brazo, aunque la mano seguía en su lugar. Pero don Onofre parecía no darse cuenta y proseguía hablando:

—Si he de ser elegido será más por mi resistencia que por mi luz. La eternidad es resistencia, no es otra cosa.

El viento le había llevado buena parte de sus pellejos, el trazado de media cara incluido el ojo efervescente de perspicacia; y lo que quedaba de él parecía a punto de convertirse en humo.

—¡Por Dios, don Onofre! —gritó don Zósimo con intención de advertirle lo que le estaba pasando.

Pero el santón semideshecho seguía en sus reflexiones casi ululadas para ser oído, y le bastaba media lengua cortada a lo largo para que las palabras le salieran enteras.

—Lo importante es consolidarse en torno al propio espíritu —decía.

—¡Pero si se está haciendo jirones! —le hizo saber don

Zósimo. Y no se atrevió a decirle que de su longitudinal estampa más de la mitad se le había borrado.

—Parece un demonio —musitó Dionisio y, por un instante, antes de que la compasión se le derramara sobre las ideas, tuvo la certeza de que lo era en realidad.

Pero el viento de pronto le traía lo que le había llevado aunque su integridad le duraba poco ya que si recuperaba una mejilla perdía la otra, y ni bien un costado volvía a su sitio, el otro flanco emprendía una especie de vuelo, mejor dicho, la cantidad de vuelos que se producen dentro de la dispersión. Sólo sus manos permanecieron intactas.

—¿Me oye, don Onofre? —clamó don Zosimo.

Las dos orejas se le habían esfumado pero él oía, tal vez con otro de sus sentidos. Y cuando el vendaval le llevó la túnica, la desnudez del santón apareció como un cactus altísimo y sofocado. El sexo era una espina.

—Sí, lo oigo —respondió erguido en una pierna, roído, socavado, casi inexistente en medio de ese desorden que seguramente debería ser el ramalazo de un malestar cósmico.

Dionisio se miró con miedo y lo miró al padre: pero a ellos el viento no les hurtaba nada, ni las sombras.

—¿Por qué no vuelve a casa? —aulló don Zósimo.

Dionisio pensó que cómo llevar eso. "Parece un demonio" —se repitió sin atinar a figurarse la apariencia que corresponde a la verdadera santidad. "Le falta un halo" —pensó fugazmente.

Y de improviso el santón fue un revoltijo de halos porque la luz, sus resplandores sobrevivientes, empezaron a ocupar el lugar de lo que en él desaparecía. Y el muchacho se llevó una mano al pecho como en un acto de contrición.

—¿Por qué no vuelve? —repitió don Zósimo.

—Esperemos a que pase el vendaval —contestó don Onofre, es decir, lo poco que quedaba de él.

—No sé con qué boca está hablando —dijo Dionisio por lo bajo pero con voz suficiente para que el padre lo oyera.

—Ni yo —musitó don Zósimo.

Una ráfaga puso la túnica en su lugar.

"¿Qué es lo que le tapa?", se preguntó Dionisio debatiéndose por descubrir si la condición del eremita era sagrada c

diabólica, comprendiendo quizá que de las convulsiones puede emerger, por igual, una u otra, el antagonismo de lo que estuvo fusionado.

Don Zósimo, sin dejar de trastabillar, dio un paso hacia su hijo.

—Llevémoslo ahora —le propuso—. Dentro de poco no va a quedar nada de don Onofre.

—Sin embargo, lo que se le vuela vuelve a su sitio.

—Pero si esto se convierte en un huracán se deshará del todo.

Asieron por las puntas lo que en ese momento constituía el saqueado contorno, la horadada fisonomía de la gigantesca mantis religiosa que se resistía queriendo demostrar que no tenía conciencia de lo que pasaba con él.

—¿Cómo se siente? —aventuró don Zósimo convencido de que eso que semejaba una sudestada lo enrarecería al viejo hasta una dispersión difícil de conjurar. "Es posible que para ser santo uno tenga que dispersarse, aprender a volar dentro de los demás" —pensó.

"Tal vez los demonios son los únicos que pueden desbaratar su fisonomía, y después recomponerla" —conjeturó Dionisio.

Los dos avanzaban arrastrando penosamente eso que parecía un espantajo metafísico y que en realidad no significaba una carga ya que el peso se le había borrado en buena medida.

Don Zósimo tuvo la certidumbre de que llegarían sólo con las manos de don Onofre, lo único de su ser que no había sido arrancado de su sitio. "Es que las manos son sagradas" —meditó.

El santon era ya todo intersticios, una infinidad de agujeros convertidos en nidales de arena. Pero cuando cesó el huracán estaba entero, le había sido devuelto lo quitado, y su enteca fisonomía dio un resoplido vagamente animal. No le faltaba nada. Y tampoco era el momento de hacer el recuento de sus pertenencias corporales; además, a simple vista, cada uno de sus fragmentos humanos aparecía en su lugar, a menos que la túnica ocultara la ausencia de algo; pero, de todos modos, el viejo no necesitaba nada de lo que tenía debajo de la túnica. Le bastaban la cabeza, los pies y las manos. Y ni siquiera todo eso.

Probablemente don Onofre era virgen, y acaso ello le ayudó a abrir un tajo de ascetismo en medio del desorden, y por esa brecha los tres pudieron dar unos pasos con bastante dificultad, como si el páramo se hubiera llenado de cosas y estuviese atestado, ya que la desolación también es una cantidad, una muchedumbre de inexistencias, una al lado de otra.

Hubo un momento en que don Onofre dio la impresión de ser una estampa, sin espesor —por otra parte, para qué necesitaba el espesor, esa carga voluptuosa que vuelve henchido el trazo humano.

A medida que avanzaban, la idea de que él era, sin duda, santo o demonio o la conjunción de ambas naturalezas, se iba afirmando en Dionisio, que husmeaba su condición sin alcanzar a descifrarla. La parte de él con peso sería la demoniaca, y la liviana la santa. O quizás era al revés.

A la mañana siguiente llegaron a la casa.

Habían pasado la noche tendidos en un jergón de hojas y orugas y cortezas; al viejo para taparse le bastó con las nervaduras.

Quienes lo vieron entrar celebraron su retorno, aun los que le eran menos adictos, los fieles de don Blas Ahumada. Porque, después de todo, es bueno que una casa tenga su bendecidor.

IX

Cenobia Palomar había estado en vela toda esa noche, estaqueada contra el ventanal del que se veía la entrada de la casa, la más importante porque las otras aberturas exteriores, estrechas, oprimidas por convergentes enredaderas, guardaban los espacios velados de la clandestinidad, y eran usadas sólo para salir. La dignidad exigía que se entrara sólo por el portal que Cenobia había estado observando a lo largo de una noche en que creyó que su marido y su hijo se habían ido de la casa para interponer entre ellos y lo que dejaban un tramo macizo de abandono. Tal vez lo habían hecho de común acuerdo o coincidentemente. Pero ella se temió esa deserción, sobre todo cuando la oscuridad se hizo un bulto que no dejaba de crecer, como imposibilitando el retorno de toda luz, como si ya no hubiera día siguiente y sí la explosión de más sombra, una espesa sombra que revienta para mostrar otra que tiene en su interior, en una sucesión inacabable.

Pero nadie a lo largo de esa vela traspuso el umbral.

En la certeza de que no los vería más a don Zósimo y a Dionisio, Cenobia había tomado un aire patético de sujeción. Nada impone tantas condiciones como el mea culpa, nada es más despótico. Y ella estaba con el puño derecho adherido al esternón examinando los hechos que la habían atribulado, y por un momento tomó la expresión anacorética que debió reducir a calcio y resplandor el semblante de don Onofre Reyes la noche en que el desierto le dio la bienvenida. Hizo una revisión a saltos desesperados, recogió de su memoria lo que con más ardor le exprimía, y tuvo el valor de comprender en qué medida ella había sido culpable. Estaba agarrada del ventanal como con zarcillos, la mirada fija y, al mismo tiempo,

echada a volar inspeccionándolo todo como en los tiempos en que regía la casa y tutelaba a sus moradores; estaba atenta, en una fugaz resurrección de la que había sido su actitud permanente y se decía sin apartar el puño del pecho: "Esto debe ser el fin, no otra cosa. Mi pasión precipitó la vida de cada uno. Mi amor no fue una recompensa sino un castigo porque yo hice que el fin se anticipara a fuerza de vivir en los otros. Y no es que me apropié de mis hijos ni de nadie. Todo lo contrario, me desbordé en ellos, en todos" —hizo una pausa buscando en el aire hostil y denegrido, el trazo de dos rostros humanos sabiendo que los hallaría porque le aleteaban siempre en torno; y continuó hablándose a sí misma: "Lucas quizá no se hubiera ido de no mediar la pasión que puse en él, y Crisanto no se habría colgado de la viga si yo me hubiese quedado en mí misma. Porque lo que lo mató fue el encierro. Y Dionisio... —calló desconcertada, en medio de un aturdimiento que la despojaba de las palabras indispensables para componer una realidad o una conjetura—. "Dionisio" —después dijo sin sacar la vista de ese portal por el que no pasaba siquiera el aire de la noche—: "Yo debí dejar que la vida transcurriera lentamente, sin vivir en los otros. Porque lo que hice fue consumirlos".

Cuando don Zósimo y Dionisio entraron conduciéndolo a don Onofre Reyes que venía erguido, con la mirada llena de viento, Cenobia no los vio porque los recuerdos le habían tapiado las pupilas, amontonándole imágenes, y hubo un momento en que ella sintió que los ojos le ardían, al principio chamuscados y después arrebatados por el fuego y que lo que salía de ellos no podía ser mirada sino humo. Y aunque esa sensación desapareció en seguida no vio a nadie en el patio principal ni en lo que divisaba de las galerías porque la gente ya estaba en las escaleras flanqueándolo al santón que tardaba demasiado en ese ascendimiento debido a que sus pies tanteaban el aire antes de otorgar su confianza a cada escalón.

Y cuando se dio vuelta para no sentir la lastimadura de la luz lo vio a su marido a un metro de ella y lo primero que advirtió fue el desmenuzamiento de cortezas vegetales que traía en la ropa.

—¿Dónde dormiste? —atinó a preguntarle.

—Al abierto —contestó él; hizo una pausa y continuó—: Eché a andar y lo encontré a Dionisio, y seguimos andando sin saber adónde pero los pasos nos llevaron a un páramo en donde don Onofre hacía de anacoreta.

Cenobia sonrió pensando que en un páramo se puede hallar todo lo perdido, que si ella tuviera su parte de desierto con sólo socavar la soledad, lo encontraría a Crisanto, lo encontraría a Lucas.

—¿Y Dionisio? —preguntó temiéndose las palabras sin sentido de una respuesta misericordiosa porque en ese momento don Zósimo podría decir: "Se quedó en el páramo. La desaparición de Elvira lo ha confinado allí". O si no: "En ese desierto dejé de verlo, tal vez por la demasiada luz o por las tormentas de arena"—.. ¿Y Dionisio? —volvió a preguntar Cenobia.

—Está con don Onofre.

—¿En el páramo? ¡Dios mío!

Don Zósimo sonrió desde el azul de sus ojos, un azul que ya había perdido los sostenes que da el color.

—No. Aquí —le contestó—. Al viejo lo hemos traído. Si es verdad que un demonio se ha metido en la casa, él, que ha nacido y vivido aquí y tiene poderes y sabe hacer conjuros e impartir bendiciones —se miró la mano derecha y recordó aquello que él mismo pensara: "La bendición nace con la mano", y después prosiguió—: a él le corresponde echar al intruso y no estarse penitenciando para salvarse sólo él.

—Sí —asintió Cenobia—; salvarse uno mismo no es salvación. El que cree que es el único en salvarse está condenado más que los demás.

Don Zósimo se sacudió el polvillo vegetal que lo acompañaba y se percibió la exhalación de un bosque; y mientras completaba minuciosamente la tarea de descortezarse, ella le preguntó:

—¿Qué se sabe de Elvira? Porque a Francisca no consigo arrancarle una palabra.

—Continúa desaparecida. Y sin haber salido de la casa. Muchos son los que pueden atestiguarlo.

—Pero en algún sitio está, si es que no ha salido.

—O en alguien, o en todos los que la rodearon en el patio grande.

—¿Lo sabe don Onofre?

—Sí. Y prometió hacer conjuros. Para eso lo fuimos a buscar. Y dice que ahora le será más fácil porque debido a estos días de penitencia la santidad le está llegando a los ojos.

—Es poco —observó Cenobia—. Si es que la santidad viene de arriba.

—Pero mucho si es que llega de abajo.

—Vaya a saber...

Sólo entonces Cenobia abrió el puño y lo separó del pecho y puso la mano sobre un hombro de don Zósimo para lo cual tuvo que acercársele y aspirar el cielo de inocencia que le flotaba en la cara.

—¿Crees que Dionisio la quería a Elvira?

—Sí. Le vi unas lágrimas oscuras, como lloradas contra la tierra. Nunca pensé que el llanto pudiera tener ese color tan triste.

Ella tembló. ¿En que ofuscación caería Dionisio? Estaba dispuesta a todo, a exigirle a don Onofre la restitución de Elvira, ya que alguien o tal vez todos se habían quedado con ella, según el testimonio de Carmelita desde el observatorio de su levitación emparentada con el vuelo. Y si Elvira Simón no había salido de la casa y tampoco había muerto, es que estaba allí de una manera no acostumbrada; pero indudablemente estaba.

Cenobia Palomar sintió renacer algo así como el acicate más agudo de su mandato; se irguió dominante, ardorosa; fue como si se hubiese retorcido violentamente para exprimir sus fuerzas, esas tan impensadas y feroces que pululan en la extenuación, en los exterminios, y comprendió que esa exigencia resumiría la vida que le quedaba. Pensó en Dionisio y también en Francisca.

Cuando el grito de ave aterrada de Carmelita, un chillido inclemente, cubrió las voces de Francisca que estaba afuera clamando por Dionisio y por don Onofre, ella había corrido hasta el patio hasta detenerse paralizada en el mismo lugar donde Carmelita la había visto a Elvira antes de que se convirtiera en eso que era ahora, un ser diseminado, un huésped múltiple de los hombres que la habían deseado todos a la vez, hasta absorberla de algún modo. Y se había quedado allí tres días

con sus noches desplomadas sobre sí, oyendo el relato de boca de Carmelita que giraba en torno de ella repitiéndoselo, siempre con las mismas palabras en el orden impiadoso de su verosimilitud; quizá para que ella aprendiera bien lo sucedido, lo fundiera en su conciencia como un plomo licuado hasta su hervor, y no saliese a buscarla por la casa, por las buhardas y las trampas de los sótanos y los estrangulamientos de las escalerillas. Y Francisca Simón no lo hizo, no corrió de un lado a otro en su busca, no la llamó siquiera. Porque sabía que Carmelita le había referido la verdad, una verdad que ella misma había visto formarse, y que estaba en el aire de ese patio cuando tuvo que atravesarlo junto a los hombres de la casa. Y cuando Cenobia quiso sacarla de la dura inmovilidad en que se había metido como si la inmovilidad pudiese ocultarla a los ojos de todos, ella no respondió ni dio señales de reconocerla; y eso que había vivido obedeciéndola, y se puede decir que si su cuerpo arrojaba sombra era para hacerle compañía a la sombra de Cenobia; y, sin embargo, no la miró siquiera. Quizá no la vio ni sintió sus manos como tratando de hundirse en sus brazos para sacarla de allí; ni oyó sus palabras a lo largo de una hora en que las dos mujeres lucharon, una por no abandonar ese lugar único, y la otra por destruir esa suerte de cepo, esa inmovilidad que parecía de una condición no humana. Es que Cenobia había confiado en que las víctimas acuden unas a otras, se enlazan secretamente sin necesidad de forzar nada; había pensado que todos los castigados del mundo componen una especie, y que el entendimiento entre ellos es instantáneo. Pero la actitud de Francisca le probaba que no, que cada víctima es un ser aislado.

Después de la tercera noche en que Francisca recibió el agua levísima de las madrugadas, la oscuridad sólida y desesperada de un cielo a punto de perecer, la niebla que salía de las paredes como habitantes abandonados; después de sentir que la rigidez derretía sus contornos, dio un paso hacia el abismo en que para ella se había convertido el patio, y después otro, y sus pies recobraron la antigua costumbre, y pudo andar y llegar a su habitación, no sin antes detenerse frente al dormitorio de Elvira, sin atreverse a entrar. Algo había quedado

de su emanación, y percibió no sólo eso sino también la monotonía que expande la ausencia.

—Quiero verlo a Dionisio —le dijo Cenobia a don Zósimo.

Él pensó que el santón no habría llegado aún a su cubículo y que Dionisio seguramente estaría con él ayudándolo a encaramarse —una larga tarea ya que el viejo venía fatigado después de las leguas pulidas por sus pies y no obstante el reposo en el colchón de hojarasca en el que cayó tendido, de golpe, como un álamo hueco.

La ascensión por una escalera demasiado empinada tal vez le llevaría un par de horas a juzgar por la desconfianza que habían cobrado sus pies. Pero lo que no sabía era que Dionisio, en cuanto don Onofre se enraizó en el primer peldaño resistiéndole a la altura, lo confió a los demás que lo tocaron como a un talismán reseco pero todavía animado de poderes, y se dieron a la tarea de elevarlo hasta su pequeño templo con aire de madriguera.

Dionisio dio los pasos de la desorientación; ambuló por uno de los corredores; después cruzó el patio principal hasta el sitio señalado por Carmelita, un baldosón horadado, y se lo quedó mirando como asomado a un pozo. Después recorrió con un frenesí exasperado la casa laberíntica con la sensación de que por momentos se abría paso entre las cales y que su polvillo le dificultaba la respiración. La buscaba a Elvira porque podía suceder que Carmelita hubiese tenido una alucinación, y esa búsqueda debía ser minuciosa porque de pronto un ser humano cabe en un escondite mínimo, cabe en una muerte que lo empequeñece, que lo vuelve un harapo de sí mismo. Y cuando entró en su dormitorio y sintió que las imágenes de aquella noche en que él se había enlazado a su cuerpo le herían los ojos como abriéndoles llagas, cuando rememoró el hecho inmenso que es toda conjunción erótica signada por el amor, la visión de Crisanto colgado de una viga no se mezcló al recuerdo de ella. Por primera vez desde entonces.

Entró en la habitación vacía en donde cada mediodía la Sudario esperaba verlo a Dios. No había más que la atmósfera sobrenatural que su hermana había conseguido encerrar allí acumulando aullidos incandescentes, la atmósfera creada por esa expectativa. Y no había otra cosa, sálvo la sensación de

salpicaduras o manchas que dejan los gritos insistentes, y una luz obsesiva pegada a una pared que era la que seguramente la Sudario miraba como si se tratase de una pantalla propicia para la aparición.

Y después se atrevió a entrar en aquel cuarto de aherrojamiento en donde resultaba difícil respirar y que tenía un pedazo de cuerda atada a una viga, la cuarta a contar de la puerta. Y tampoco allí la encontró a Elvira: sólo percibió un vaivén en el aire, una especie de balanceo como provocado por un cuerpo que pende. Y tuvo la sensación de que Crisanto hacía años que se había ahorcado, que no había muerto precisamente aquella noche. Y salió de allí como de un matorral.

Cuando entró en el inmenso comedor, vacío, devastada su condición babilónica, lo miró al ángel. Y el ángel lo miró a él. Tuvo la impresión de que en sus colores había transcurrido un tiempo centuplicado, de que el ala mutilada, desaparecida de la manera en que alguien puede quedar desvaído hasta esfumarse, pugnaba por rebrotar. Nadie podía decir en qué lugar estaba el ala que le faltaba al ángel del fresco; nadie podía decir en qué lugar estaba Elvira.

El ángel y Dionisio lloraron juntos. O tal vez los chicos el mediodía anterior le habían enmelado los ojos o aplastado contra sus mejillas una naranja partida. Pero las lágrimas de Dionisio eran diferentes, gotas pesadas de limo, un llanto subterráneo que salía a la luz después de atravesar infinidad de espesores y todos los rostros superpuestos que conducen al propio rostro. Dionisio advirtió que por un momento la cara del ángel se parecía a la de Elvira, ahora mucho más mutilada que él. Quizás fue a causa de esas lágrimas terrosas o de su ansiedad por volver a ver esa cara.

Y sintió el temblor de algo que iba hacia él, en su busca. Puede decirse que las mejillas se le cubrieron de un lodo brillante, y cuando dejó de llorar, esa especie de tierra que le había manado de los lagrimales le formó una delgada costra que él tuvo que arrancarse con las uñas; y una vez desprendida esa cáscara tuvo la impresión de que sus ojos se acababan de licuar, que no vería más que el paisaje de esa expectativa, ya que estaba seguro de que Elvira no se había ido de la casa. No podía concebir su desaparición tal como la anunciara Car-

melita y, sin embargo, la aceptaba, y había estado buscándola a sabiendas de que no la hallaría en un espacio de paredes y piso, más bien para cubrir una formalidad de la desesperación. Estaba convencido de que debía rescatarla de esa cantidad de hombres que la habían respirado hasta incorporarla a sus cuerpos, en la culminación de un erótico, sutilísimo canibalismo. En realidad, en su deambular solitario que los había eludido a todos, él todavía no había visto a ninguno de ellos; sólo a una que otra mujer y tal vez a alguno de los chicos, pero no lo recordaba con precisión. Hubo un momento en que le pareció que el páramo de don Onofre se había metido en la casa, es decir, que él lo había traído consigo, ya que aquello siempre había sido un hervor de gentes y ahora la soledad se extendía desplazándolos a todos, menos a él que iba de un sitio a otro en una búsqueda absurda, porque qué le hubiera costado retener a Elvira antes de que sucediera eso que fue una misteriosa absorción lo mismo que si se la hubiera tragado la tierra, aunque fue peor porque de la tierra es posible extraer a un ser humano, pero ¿cómo rescatarlo si se ha abismado en otros seres humanos? Si al menos la imagen de Crisanto ahorcado se le hubiera despegado de su memoria como una lámina horrenda, casi en seguida, y no lo hubiese obligado a huir de Elvira, aun amándola, a rehuirla como si en verdad estuviese endemoniada...

Dos horas después Dionisio todavía estaba allí, apoyado en la pared del ángel, quizás intentando el aprendizaje de la propia mutilación, llorando en silencio sus lágrimas oscuras, mientras los pies desmemoriados de Cenobia Palomar reconocían la temperatura de sus huellas, la brasa de los propios pasos, y la dirigían, escaleras arriba, a verlo a don Onofre. Le había concedido esas dos horas de descanso para que se compusiera el contorno todavía estropeado por el viento. Y se las había acordado a ella para retomar la actitud de mando que le había sido saqueada por los infortunios, una máscara de autoridad que le cubriera el agobio.

Cuando llegó a la puerta del santón Cenobia trató de erguirse aún más estirando su estatura, y sólo después de unos instantes confusos en que el mando se le atribulaba, advirtió que no estaba sola; las gentes entraban y salían de la cueva

del tata Dios en la que había un colchón de cenizas en movimiento a causa del colgajo de viento que silbaba en la columna vertebral del viejo y que salía de allí no para colarse por las aberturas sino para volver a soplar en el esqueleto fósil que sostenía una epidermis todavía viva. Todo lo que él había quemado antes de irse estaba, aunque carbonizado; de modo que la reducida habitación tenía un aspecto volcánico, y sobre ese fondo de cosas incendiadas en ese paisaje infernal que nadie se había atrevido a sacar por la puerta o por la ventana, él parecía en realidad más demonio que santo.

Cenobia Palomar no se amilanó.

—Don Onofre —le dijo—, sabía que usted no nos dejaría sin bendecidor.

Él hizo un gesto de displicencia.

—El poder de bendecir siempre madura en alguna mano.

—Pero usted está aquí desde mucho antes que todos nosotros. Su mano está cargada de potestad.

El viejo echó una ojeada al manojo más o menos disciplinado de nervios, cartílagos, nudillos abultados y piel que era más bien un cuero pecoso, que componían su mano derecha, y pensó fugazmente que los poderes emanan de cualquier parte.

—¿Sabe que desapareció Elvira Simón, la hija de Francisca?

—Sí. Lo sé.

—¿Y sabe cómo?

—También lo sé.

Don Onofre estuvo a punto de añadir que el mundo ha perdido su capacidad de soledad, esa comunión con lo eterno, y que hasta a los desiertos llegan las noticias de lo que sucede como plagas de insectos que es imposible ahuyentar del todo. Pero no lo manifestó pese a que el regreso, un tanto forzado, lo había amoscado bastante, y además el hilo de viento que había traído consigo por momentos se le metía en la boca.

—Lo he perdido a Lucas. Y a Crisanto. Si Elvira no aparece es seguro que lo perderé también a Dionisio —le confió Cenobia y mientras hablaba parecía integrar los despojos que allí había dejado el fuego.

—Nadie hace milagros —le dijo el santón—. El milagro se hace solo, por sí mismo.

—No le pido un milagro; más bien un conjuro. Usted mis-

mo ha dicho que la muerte de Crisanto metió a un demonio en la casa.

—Sí —accedió el viejo—. Un conjuro es más fácil. Pero puede ocurrir que espantemos al maligno, eso sí, pero que la muchacha no aparezca. El caso es el más complicado de cuantos he visto. Al demonio yo sé que lo espanto con cuatro gritos, pero para sacarla a ella de donde está hay que tironear mucho.

Cenobia apeló a los restos acérrimos de lo que había sido su autoridad.

—Usted está obligado a intentarlo, don Onofre.

—Si el hecho sucedió tal como dicen, lo primero es impedir que los hombres salgan de la casa —ordenó él; y en cuanto terminó de pronunciar la última palabra cayó en la cuenta de que acababa de dar comienzo a la extraña tarea que le demandaría quién sabe cuántos ensimismamientos, desafíos y repulsas. Y también tuvo conciencia de la lucha que una mitad de su ser debería entablar con la otra mitad, ya que don Onofre Reyes estaba compuesto de una sustancia de santidad mezclada a escorias diabólicas, por partes iguales. Él lo sabía. Ese exacerbado antagonismo lo había comprimido y lacerado durante toda su vida, y vuelto lo que era, una largura esquelética que se había disecado a fuerza de sudar las buenas aguas de la beatitud y los ácidos de una malignidad secreta.

—Si en algo puedo ayudarlo, si necesita sacrificar a alguien... —ofreció Cenobia, trémula.

El viejo la miró con su ojo más penetrante; ella de nada podía servirle: ya había sido inmolada dos veces.

—A usted le encargo vigilar que mis órdenes se cumplan —le dijo.

Cenobia echó una mirada en torno.

—Don Onofre, usted debe cambiar de habitación. O aguardar a que barran toda esta ceniza, a que limpien bien y le traigan una cama.

—No. Aquí dormiré echado en el suelo como en el páramo. Ceniza en vez de arena. Que nadie toque nada. No me vaya a pasar como a don Blas, que al cambiar de cueva se le aguaron los pocos poderes que tenía —respondió el viejo desde los resquicios de una rivalidad que poseía la extensión de los rencores inconmensurables.

Cenobia aspiró de pronto un soplo complejo que terminó por agreditla en plena cara.

– Aquí debe haber caído agua porque hay olor a madera podrida —dijo inspeccionándolo todo en una instantánea resurrección de su antigua costumbre.

El viejo rió regodeándose en las crecidas de la malignidad.

—No —dijo—. Es un anuncio. Es el olor que va a invadir la casa si falla el conjuro; es el olor que saldrá de las paredes y de todos nosotros.

—No olvide que Carmelita es el principal testigo —le recordó Cenobia.

—Lo sé —rezongó el santón no sin fastidio por no haber conseguido jamás levitar siquiera a un palmo del suelo, por más que se lo propusiera y tuviese los huesos huecos como los pájaros y una flacura que bien podía burlar la gravitación y escurrírsele hacia arriba.

—Quizá vuelva la paz a esta casa.

—La paz oculta las amenazas pero no las desvanece —dijo él con tono sentencioso pensando que la paz es una continua ceremonia que hay que llevar a cabo cuidando sus pormenores, un ardiente trabajo, la creación de innumerables postergaciones, de remansos que terminan siendo una costra obstinada sobre los sacudimientos.

—No importa —replicó Cenobia—. No seré yo quien ande escarbando para ver qué se trae la paz debajo. Sólo deseo un poco de sosiego porque no quiero llegar a la muerte así como estoy, tan atribulada. Y no por piedad a mí misma sino por respeto a la muerte.

Cuando Cenobia Palomar abandonó el habitáculo ceniciento, don Onofre se descuajó de la pared en la que estaba apoyado ya que es bueno que la verticalidad sea previsora, y cayó largo a largo en esa masa suave en la que sobresalía una que otra dureza mal carbonizada para hincársele con exactitud entre las costillas, pero eso formaba parte del sacrificio del que debía alimentarse con avidez de mamífero. Se durmió en seguida; mejor dicho, se le durmió la mitad diáfana, mientras la otra la incomodaba revolviéndose e hirviendo a su manera.

X

Don Onofre Reyes, indeciblemente viejo a partir de esa noche, se quedó hasta la madrugada atrincherado en su guarida que tenía algo de templo excavado; y la trinchera, que en verdad lo era, consistía en un parapeto de ceniza que se había formado poco menos que espontáneamente, tanto hurgó el viejo hasta hacer un pozo en el centro, confiado en que las yemas de sus dedos descubrirían el puñado de ceniza correspondiente a la quemazón de fórmulas para exorcizar.

Antes de salir el sol encontró el puñado que necesitaba; vaya a saber cómo lo reconoció en medio de ese caos pulverizado; el hecho es que se frotó la frente con lo que había conseguido recuperar, convencido de que las fórmulas habían alcanzado una mayor exactitud gracias al fuego que a veces hace una buena poda y respeta siempre las esencias. Sin duda, supo perfectamente qué es lo que se había quemado en cada una de esas partículas grises y renegadas que palpó sin apuro, con una delicadeza que confirió a sus manos la alada ingravidez que, de haberse extendido a todo su cuerpo, lo habría hecho elevarse como Carmelita.

Volvió a frotarse la frente seguro de que la incinerada sabiduría después de mucho restregar lo penetraría hasta cobijársele en el entendimiento. Porque el caso era el más difícil de cuantos se le habían presentado, más que resucitar a un muerto, cosa no tan ardua si el difunto presta atención. Por otra parte, el rescate de Elvira sería la prueba irrefutable de su santidad por fin alcanzada.

Pero la parte beatífica de don Onofre —exactamente su mitad, ni superior ni inferior, ni izquierda ni derecha, ni anterior ni posterior—, una mitad heterogénea, se veía perturbada

por la otra, también compleja, y cuya naturaleza subterránea, aislada, era la que correspondía a un embrión de demonio. Esa madrugada el santón tuvo conciencia de que la lucha que librarían las dos partes de su ser sería aniquiladora. De lo que no estaba seguro era a cuál de las dos convenía encomendar la tarea que no admitía postergación. Recordó que años atrás en un sector de selva lindante tres de los hombres de la casa habían rescatado a dos chicos vivos de adentro de una boa; no habían perdido tiempo. Y con Elvira había que hacer lo mismo porque de alguna manera ella estaba en el interior de una especie de boa multitudinaria y confusa, quizá menos constrictora a causa de su falta de individualidad.

No le cabía ninguna duda que a la mañana, en cuanto el amanecer se asentara un poco, debía intentarse eso que poseería la apariencia de una ceremonia y una carga frenética de conminaciones. Pero seguía vacilando en la elección de la mitad de su ser a la que habría de confiar la responsabilidad, no atinando a descubrir cuál de las dos tenía más poder.

La santidad nunca es astuta y él creía que era precisamente la astucia lo que debía auxiliarlo; un ardid bullente de imaginación los entramparía a todos y él los tendría a su merced, los ánimos inmovilizados, y la tarea de arrancarles a Elvira no sería tan difícil. Pero su parte demoníaca estaba tan enflaquecida como él y acusaba el deterioro provocado por la austeridad a la que el viejo se había sometido para afianzar sus poderes. De modo que quién sabe si podía concebir siquiera el germen de una estratagema exitosa. Había que encomendarle, pues, el insólito trabajo a su fragmento de santidad. Pero éste también estaba desfallecido, tenido a mal traer por su compañero de cuerpo; es innegable que el páramo lo hubiera vigorizado pero ahora no había tiempo de volver a respirar los corpúsculos de divinidad que se agitan, acaso con desesperación, en las soledades profundas. Además los pies de don Onofre ya eran pura nervadura a causa de su caminata de ida y vuelta al desierto. Y quién sabe si tendrían fuerzas para llegar al inmenso patio, que era allí donde debía llevar a cabo aún no sabía si un exorcismo, un hurto o un milagro.

La orden impartida a las mujeres de vigilar las puertas se cumplía no sólo en los huecos por donde podía pasar uno de

los culpables sino también a lo largo de las tapias y junto a los estrangulados ventanucos ya que al que decide irse con su presa le basta un agujero del diámetro de su ojo. Carmelita llevaba a cabo su inspección vaporosa. Las que montaban guardia sentían de pronto que algo les rozaba la cabeza pero no levantaban la vista para no descuidarse. Los celos provocados por los maridos que habían consumado ese voraz arrebatamiento de Elvira Simón, las había exaltado, y cada una de ellas se sentía capaz de una custodia monolítica. En vano habían tratado de descubrir en qué consistía la parte de la que se había posesionado cada uno de los hombres sin violencia aparente pero sí con la rudeza de un erotismo que improvisa sus medios.

La mujer de Liberato Bermejo era la más empecinada en querer saber qué le había correspondido a su marido. Y no lo supo porque también él lo ignoraba; y fue inútil que intentase averiguar si había habido una disputa seguida por un acuerdo aceptado por todos ya que el hecho había sido pacífico. Él se ponía más rojo de lo que era —más cólera que vergüenza—, y no acertaba con una explicación aceptable ni siquiera con el esbozo de un relato torpe.

—¿Es como si llevaras adentro algo que antes no tenías? —insistía su mujer.

—Sí y no —vacilaba él.

Ella lo observaba indagadora, maniatada por unos celos que no se atrevía a exteriorizar por temor a aquel gigante plantado frente a ella como una fogata.

—Si pudieras precisar su peso tal vez descubrirías qué parte es...

La mirada de Liberato Bermejo se ensombrecía y la mujer callaba con la esperanza de que lo que le había tocado en suerte —porque al parecer no había habido mérito alguno— no fuese una insignificancia y en el momento de la devolución él no hiciese un mal papel.

Parecidas preguntas les hacían las rameras a todos ellos que, a excepción de Dionisio, habían vuelto al burdel vivificado como una planta después de una buena poda.

—Quién sabe qué parte es la que pescaste... A lo mejor un hueso.

Al principio no hicieron otra cosa que mofarse aconsejadas por una necesidad de venganza, sin poder extirparse todavía la espina de aquel abandono; pero después el misterio contenido en el hecho les paralizó las burlas.

La única que no se atrevió a tomar ese tono fue Juana Fermina, preocupada porque había dicho una vez por lo bajo, refiriéndose a "la negra esa": "Ojalá se muera". Pero no tenía por qué pensar en que se había cumplido eso que parecía una maldición y que sólo habían sido palabras dichas sin pensar, porque Elvira no se había muerto. Los difuntos son una cosa que está a la vista, por lo menos al principio.

A las seis de la mañana los hombres todavía estaban encerrados en sus dormitorios; las llaves se encontraban en poder de las mujeres, que no abandonaban su guardia, los ojos soliviados por la curiosidad, tratando de adivinar de qué modo se haría la restitución, si cada uno debería entregar lo que le había tocado en el saqueo y después don Onofre haría el milagro de recomponer a la cautiva diseminada, y confiarla viva a su madre, que era lo que correspondía; o si ella saldría por sus medios de donde estaba —ya que uno que no se ha muerto ni se ha ido es que está—; si su cuerpo aparecería desnudo o con las ropas que tenía puestas en aquel momento; y si en caso de salir desnudo su piel mostraría los costurones de una apresurada unión.

Una de las mujeres, cuyo marido había trastabillado y caído en tentación frente a Elvira, se preguntaba si ésta, en caso de que don Onofre tuviera que recomponerla en un santiamén, no correría el riesgo de quedar desfigurada ya que no había que confiar mucho en la vista del viejo y en la habilidad de sus manos. Y en ese caso, si la hija de Francisca debía quedar maltrecha, sin la humana simetría, era preferible que permaneciese donde estaba. Eso se decía la mujer, y no era la única en pensarlo; aquella madrugada las figuraciones acerca de lo que sucedería volaron de una cabeza a otra a mayor velocidad que Carmelita, revolviendo la imaginación.

A las seis y media la Sudario llamó a la puerta de don Onofre para avisarle que había empezado el día, que la luz del sol en una hora ya estaría asentada en el espacio. El viejo no respondió en seguida; estaba pálido, acurrucado en la ceniza,

víctima de los encontronazos de su dualidad, sintiendo que en su interior se mezclaban guiños maléficos e iluminaciones, salmodias y vituperios. Cuando abrió la puerta aún no había decidido si esa mañana debía ser santo o demonio. Miró los ojos vegetales de la Sudario, los ojos inmensos, casi desollados de tanto querer verlo a Dios, y sintió el estremecimiento de todas sus mezquindades.

—Don Onofre, ya es de día.

—Que venga Carmelita. Que nadie salga de la casa.

"Y, sin embargo, debe de haber alguna manera de hacer un milagro" —meditó el viejo.

Dejó la puerta abierta. A los pocos minutos la vio entrar a Carmelita rozando el dintel.

—Bájate —le ordenó malhumorado.

Ella descendió hasta quedar a un metro del suelo.

—Más.

El metro se recogió hasta los cincuenta centímetros.

El viejo titilaba de envidia.

—¿Qué necesidad de andar por los aires como las aves? ¿Por qué no caminas como los cristianos?

—No puedo —dijo Carmelita.

—Con hacer un esfuerzo... Porque seguramente ya te has enviciado.

Ella trató de impulsarse hacia abajo sin otro punto de apoyo que su voluntad, para obedecerle. Pero no le valió de nada su buena disposición; permaneció a medio metro del suelo como si flotara en una agua quieta.

—Discúlpeme, don Onofre.

El santón decidió cambiar de tema.

—¿Dónde estaba Elvira Simón cuando la viste desaparecer?

—En medio del patio principal, sobre un baldosón, el más gastado de todos.

—¿Y cómo pudiste verla si estaba rodeada por casi todos los hombres de la casa?

Ella lo miró con desconcierto.

—Porque la vi desde arriba.

—¿Desde un balcón? ¿Desde una ventana?

—No. Yo andaba por el aire y en ese momento estaba sobre su cabeza.

Don Onofre sorbió sus propios zumos amargos. Se resistía a admitir esa facultad de Carmelita aun cuando acabara de comprobar su levitación o vuelo o lo que fuere. Resopló rezongos extraídos de la antigüedad de su garganta, volvió a frotarse ceniza en la frente y se esforzó por mantener su serenidad en los límites en que estaba en ese momento.

—¿Viste si alguien empezó por arrancarle una parte de carne, y en ese caso recuerdas quién fue?

—Nadie le arrancó nada. Ella caminaba entre los hombres como por un bosque con los árboles muy juntos. Sólo uno le despedazó la ropa. Fue Liberato, que estaba a su derecha; y recuerdo que a su izquierda, cuando pasó eso, lo tenía a uno de los nietos de don Blas Ahumada, que en paz descanse.

El santón gruñó algo.

—¿Quieres decir que ella quedó sin ropas, tal como vino al mundo? —preguntó escandalizado echando puñados de ese polvo de incendio para tapar la imagen que acababa de mostrársele.

—Sí, don Onofre.

Un nuevo problema se había insertado en la exigente cuestión que tenía que resolver. Si es que su santo o demonio conseguía la reaparición de Elvira. ¿cómo ocultar en el acto su desnudez para que ella no fuera de nuevo arrebatada por esa masa que en seguida estaría arrepentida de haberla dejado en libertad? El viejo se puso montones de ceniza en los enormes bolsillos de su túnica que le servía para todo, una suma indiscriminable de bolsa, sábana, sayal, probable mortaja, acaso su verdadera epidermis, convencido de que nada desvanece más la desnudez que lo que ha dejado de arder.

—¿Y fue en ese momento que desapareció?

—Sí, don Onofre.

—¿Estás segura de que nadie le hincó los dientes? —en realidad la pregunta no la hacía él sino el demonio que lo integraba y que se regodeó en la visión de un canibalismo que irrumpe desde acumuladas hambres eróticas.

—Nadie, don Onofre —se impacientó Carmelita—. Ella estaba y dejó de estar como respirada hondo por todos al mismo tiempo, como tragada por una ciénaga, aunque no se hundió hacia abajo, se hundió hacia los costados, en los hombres.

—Que venga Dionisio, el hijo de Cenobia —dijo el viejo. Pero antes de que Carmelita traspusiera la puerta alcanzó a retenerle un pie con un manotón rapidísimo de cazador, saliendo a los tumbos de su trinchera, y le preguntó con voz amenazante—: ¿Cómo haces para andar por el aire sin caerte?

—Le *juro que no lo sé*. Sucedió de golpe la noche antes de que se ahorcara Crisanto —dijo ella forcejeando con su pie hasta lograr desprenderlo. El ojo izquierdo del viejo empezó a hacer guiños.

—Si me enseñas me será más fácil rescatar a Elvira.

Pero Carmelita no lo oyó. Se había ido y ya andaba sobrevolando un largo corredor para buscarlo a Dionisio, aspirar su proximidad y, de paso, decirle que don Onofre quería hablar con él.

El santón dio uno que otro salto seco, los que correspondían a su naturaleza de mamboretá, y en vez del goce de la ascensión experimentó los *implicables tirones de la gravedad*.

Estuvo un rato intentando mantenerse en vilo pero si levantaba un pie se le hacía imperioso que el otro se aferrara del suelo con un movimiento prensil; y si intentaba dar por lo menos un salto, en seguida esos malditos pies se le incrustaban en la capa de ceniza que ocupaba todo el piso. No conseguía resignarse. ¿Qué mañas habría empleado la otra? Porque en cuanto a peso debían andar parejos pese a la notable diferencia de estatura; lo que sucedía era que él se había limpiado de toda terrenalidad y además tenía los huesos huecos, y adentro le soplaban la filosofía y el viento que se había traído del desierto, razón de más para salir por el aire y ganarle a la otra no sólo en resistencia, también en altura.

Por fin don Onofre desistió aunque no definitivamente; lo dejaría para más adelante.

Por otra parte, él no aspiraba a ser ángel sino a ser santo. Y *los santos no vuelan ni andan sin caerse*. Buenos golpes que se habrán dado muchos.

Cenobia Palomar recorrió el gran patio en todo su perímetro; se detuvo ante el ancho portal por el que podían pasar doce hombres a la vez, y repitió su orden de que nadie saliera ni para atender los trabajos urgentes. Esa mañana nada importaba más que estar todos allí para esa otra tarea. Que los caballos

relincharan en los establos, que vacas y cabras quedasen sin ordeñar aunque sintieran sus ubres crecidas como un cuerpo ajeno que termina por reducir al propio cuerpo. Se cercioró de que la custodia se cumplía. Se sintió por un momento la mujer que había sido antes de que Lucas se fuera, antes de que Crisanto se colgase de una viga, antes de que Dionisio estuviera en peligro. Pero la sensación, o quizá la rememoración, fue fugaz. En su andar junto a las paredes aspiró el olor que suelta el derrumbe antes de manifestarse con un primer ruido, con una primera pulverización. Y la idea de que el clan y la casa estaban a un paso de su propio estallido, de que todo eso pronto terminaría siendo lluvia de escombros y diseminación de gentes, la afirmó en su certidumbre de que todo lo ocurrido en los últimos tiempos no había sido sino la exaltación de un estado agónico, la fantasía y la pasión de lo que en vísperas de su muerte quiere seguir viviendo. ¿Para qué el exorcismo que haría don Onofre si lo que había entrado allí no era un demonio sino la agonía con todos sus tumultos? "Esto se acaba" —se dijo oscuramente. No dio una sola orden más. Su mando estaba seco, era una carga leñosa que no podía arrojar sino dentro de sí misma.

Desprendió una mirada vasta, una mirada que contenía todas sus conmiseraciones, tan espaciosa que abarcaba no solamente lo que tenía delante sino también las historias que habían contribuido a formar la suya. Y después echó a andar hacia su dormitorio donde se quedaría hasta que la llamaran porque pese al descreimiento que la desanimó de golpe, haría acto de presencia. Para sostener a Francisca y amparar a Dionisio si el viejo no acertaba con el conjuro o lo que fuese.

Cuando Dionisio entró en el mineralizado recinto de don Onofre, retrocedió involuntariamente porque el santón le pareció un espantajo; pero en seguida pensó que también un espantajo puede hacer un milagro, que el milagro a veces se humilla hasta ese extremo y elige al más desmañado para que sea su hacedor. Es que cuando llegó Dionisio el viejo se removía en la iracundia de su levitación frustrada y estaba sobre las cenizas como un líquido que se ha derramado mal. "En la soledad parecía un santo; ahora entre la gente parece un demonio" —se dijo el muchacho.

—¿Cómo se siente, don Onofre? —le preguntó recelando de esa figura que él había visto desbaratada por el viento.

—Mejor estaba en el páramo. La luz me calcinaba tan lentamente que era una delicia.

—Pero es aquí donde va a ser santo si gracias a usted Elvira vuelve.

Él rió con malignidad. No cabía duda que su parte demoníaca había ganado la batalla librada con mucho énfasis o, por lo menos, lo visible era que esa mitad había cobrado una temporaria prevalencia sobre la otra. Y le preguntó:

—¿Y qué harás si a Elvira la vuelven a respirar hondo los hombres de la casa, tal como lo expresara Carmelita, que lo presenció? ¿Crees que un mismo milagro puede repetirse? No lo esperes. Cada milagro es único. Todos sus calcos son falsos. Si logro recuperar a Elvira, esta vez será de verdad pero la segunda vez no será ella sino una imagen engañosa que se desvanecerá en cuanto quieras tocarla.

—*Tengo miedo* —balbuceó el muchacho, el semidiós castigado, sintiendo que en los lagrimales se le formaba el agua oscura, el limo de que estaba hecho su llanto por Elvira.

Don Onofre le puso una mano en el hombro. Tal vez fue ese atisbo de llanto lo que suscitó su cambio; de pronto algo así como una fulguración empezó a circundar su flacura ahora erguida; sin duda, su mitad que aspiraba a invadirlo de santidad había desplazado a la otra de la primacía sobre su ser. Y hubo un momento en que las cenizas parecieron celestes.

En ese instante Dionisio tuvo la certeza de que Elvira sería recobrada.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó gozoso, también él metido en un contorno de luz, sintiendo que las lágrimas que corrían por sus mejillas regresaban a los lagrimales en un acto de llanto que se arrepiente y vuelve a componer esa reserva que ya traemos al nacer, la cantidad determinada de lágrimas que corresponde a cada uno—. ¿Qué debo hacer en ese momento?

—Estar cerca de mí y ayudarme a borrar con ceniza su desnudez.

—¿A borrar?

—Bueno, a cubrirla a los ojos de los demás. Porque es posible que si logro rescatarla, reaparezca así. Eso es todo.

—¿Usted cree que nada se opondrá, que será tan fácil como un bautismo?

—Nada es fácil, ni siquiera dar un paso sobre la tierra. En lo fácil ha ardido lo difícil quién sabe cuánto tiempo hasta consumir su apariencia —razonó don Onofre sofocado casi por el trazo resplandeciente que se había convertido en su perímetro, y después afirmó—: Tal vez algo se oponga. La brusquedad de la oposición es lo que hace que el bien no sea una cosa muerta. Y acaso el milagro consista en eso, en vencer el acoso desproporcionado de todo lo que se le opone, pero en vencerlo con poco, con una palabra, apenas, o con un movimiento de la mano.

Dionisio lo escuchaba absorto. Innegablemente, el desierto había acelerado en don Onofre la maduración de la santidad que debe ser un jugo que necesita alcanzar una extrema dulzura como en los frutos más aromados. Pero poco después su perímetro luminoso empezó a interrumpirse con segmentos oscuros.

—¡Don Onofre! —se alarmó Dionisio.

—Me falta el aire —dijo el viejo echando hacia atrás la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Ahora nada. Después del milagro, si quieres, me llevas en procesión en un templete y me proclamas santo. Pero lo debes proclamar a gritos. Que nadie quede sin saberlo. Y no sólo por la casa. También por el resto del mundo. Y encomendar a cada persona que lo transmita por lo menos a diez.

El muchacho asintió. Después permaneció en silencio observando cómo el viejo comenzaba a desfigurarse, apagada la luz que lo había circuido, y antes de que su fisonomía se desordenara aún más y tomara un tinte malévolo, le preguntó:

—¿Entonces Elvira puede desaparecer otra vez, tal como desapareció?

—Mil veces —aseguró don Onofre, evidentemente regido por las infernales escorias que componían una de sus mitades.

—¿Y cómo impedirlo?

—Yéndote. Debes abandonar todo esto e irte con ella.

—Lucas se fue. Crisanto quiso irse. Ahora soy yo quien debe trasponer la puerta, renegar de esto que amo —dijo Dionisio con desazón.

El viejo esbozó una risita aguda.

—¡Ah, qué gran aventura es el reniego, qué libertad inconmensurable es la que ofrece! Si no te arrancas a tiempo de la casa caerás como un trozo de pared ruinosa. Maldita sea la hora en que volví del pára no porque yo también me derrumbaré aquí con mis pobres huesos que acaso en el desierto hubieran aprendido a volar.

Dionisio pensó que los atisbos de santidad de don Onofre estaban contaminados, que los santos no maldicen, aunque no se sentía muy seguro de que así debía de ser. Y en seguida pensó que los componentes de la santidad tal vez necesiten ser también tremendos.

Posiblemente el santón había percibido los anuncios de desmoronamiento tomados por Cenobia como señales indudables. Pero no era por eso que le aconsejaba esa deserción que terminaría con Cenobia; lo que le importaba era que alguien difundiera su codiciada santidad y que el mundo lo reverenciara sin sospechar la fraternal compañía diabólica que también tuvo su parte de poder. Y que la seguía teniendo.

—¿Aún falta mucho? —aventuró Dionisio.

—No sé. El tiempo que me lleve el arrobamiento que preciso para que el conjuro tenga fuerza.

—Pero ¿será esta misma mañana?

—Sí. Si uno se ensimisma más de lo debido corre el riesgo de no volver al mundo, de quedarse duro por dentro.

Dionisio dio un paso atrás.

—Voy a avisar a los demás para que estén preparados. Tal vez dentro de una hora usted pueda bajar al patio. Ya deben ser las siete de la mañana.

—Espera —dijo el viejo agitado—. Es mejor que vengan a buscarme y me lleven alzado como una imagen sacra —y al ver que Dionisio se disponía a salir merced a otro paso más resuelto que el anterior, lo detuvo agitándose aún más—. ¡Escucha! Antes de irte quiero saber cómo vas a proclamar mi santidad, con qué voz y con qué palabras.

El muchacho vaciló. Alcanzó a exclamar:

—¡Don Onofre es santo!

—¡Más fuerte! —ordenó el viejo—. Además debes añadir el Reyes de mi individualidad.

Con un movimiento cadencioso Dionisio se llenó los pulmones de aire, de ese aire que en vez de oxígeno contenía los desprendimientos siempre fatídicos de la calcinación. Y se puso a vociferar:

—¡Don Onofre Reyes es santo!

—¡Más fuerte!

—¡Don Onofre Reyes es santo! —repitió Dionisio ululante.

—Está bien —admitió él restregándose las manos—. Pero debes gritarlo no en una dirección sino en todas al mismo tiempo. Lo que deja de ser circular se convierte en el harapo de un todo, se desmembra. Cuando lo proclames debes girar en torno de tu propia columna en forma tal que también tu vértigo sea transmitido a los cuatro vientos. Y si hay cuatrocientos vientos, a los cuatrocientos.

Dionisio salió de allí con la impresión de que las voces que acababa de dar lo ensordecerían por lo menos durante todo ese día largo, imprevisible, como todo lo que se pregona, como el grito que no se forma adentro sino fuera; y se esforzaba por no luchar contra la gloriosa afirmación contenida en cada una de sus palabras porque eso hubiera significado su duda, y él quería someterse a la posibilidad del milagro, quería creer que el viejo poseía una estiradísima pasta sagrada pese a la fosforescida malicia que por momentos enrevesaba la paz de su fisonomía.

Bajó cuatro escalones y ya no pudo pensar en lo que había hablado con don Onofre ni en lo que sucedería esa misma mañana. Se sentó jadeante —y eso que no había corrido—; sólo tenía capacidad para sentir, para sobrecogerse en esa expectación, sin atinar a consolidar su esperanza, sin conseguir asirse del descreimiento. A él le costaría descender por esa escalera comida, corrompida por manchas de óxido, tanto como al viejo, o quizá se precipitaría sin acertar con los peldaños. De pronto recordó la exigencia de don Onofre de ser llevado por varios hombres escaleras abajo, y corrió a avisarles a los

más robustos, aunque al viejo el peso ya se le había evadido; de todos modos había que asegurarse de que llegara entero hasta el lugar del patio que él determinaría. Claro que con uno hubiera bastado pero él eligió seis de los más fornidos pensando que la levedad es aviesa. Y habló también con su madre para decirle que el ensimismamiento en el que don Onofre confraternizaría con lo sobrenatural duraría una hora; y le pidió a Francisca que se ocupara de reunir a los hombres en el lugar señalado por Carmelita, alrededor del baldosón horadado; y a Carmelita que inspeccionara todos los preparativos desde el mirador ambulante que se había procurado quién sabe cómo, pero no era el momento de pensar que en la casa había dos locas, una que volaba y otra que cada mediodía esperaba la visita de Dios, justamente allí, en esa casa que debería estar lejísimo del resto del mundo, aunque preguntando se llega a cualquier parte. Y después se quedó quieto, agarrado a una de las columnas de la galería que conducía al comedor, y empezó a jadear otra vez como cuando estaba en la escalera, a transpirar un miedo que se esparcía por todo su cuerpo.

Oyó el rumor de las llaves que las mujeres sacaban de entre sus ropas; vio cómo algunas se reunían en el portal y cómo cada una triplicaba el brío puesto en su custodia, juntándose como una reducida manada de mulas atacadas. Y vio que otro grupo se dirigía a los dormitorios para poner en libertad a los hombres. Porque en cuanto don Onofre llegara al patio todo debía estar preparado y cada uno en su lugar para no perturbar sus centellas interiores siquiera con una corrección.

Enterado el milagrero de que Juana Fermina, Engracia, María Josefa y Dalmira Reyes, sus tan cercanas parientas, también habían sido testigos presenciales de la desaparición de Elvira, las mandó llamar.

Las cuatro entraron en ese lugar que más bien parecía un gigantesco fogón a causa de las cenizas, cabizbajas, muertas de miedo.

Coincidentemente habían pensado: "Si alguien lo notició de lo nuestro nos fulmina aquí mismo". Sabían que él sentía verdadera repulsa por el amor carnal, aun por el legítimo, ni pensar en el otro, el adúltero, y menos aún en el ejercido co-

mo un oficio en un lupanar. El peligro consistía en que el viejo husmeara algo.

El les puso mala cara. Pero era evidente que no sabía nada porque de lo contrario hubiera empezado por exorcizarlas o espantarlas de ahí como a animales ponzoñosos; pero se veía que algo que él percibía en ellas lo había fastidiado.

—¿Así que ustedes estaban en el patio?

—Sí, don Onofre —contestaron las cuatro a coro, sin mirarlo de frente.

—¿Y cómo desapareció la hija de Francisca?

Las mujeres, confusas, se consultaron con los ojos.

—Como tragada por una ciénaga —explicó Dalmira.

—Lo que pasa es que ella los debe haber engualichado a todos y el gualicho se le volvió en contra —conjeturó Engracia.

De pronto Juana Fermina se armó de coraje.

—Permítame, don Onofre, con todo respeto. Dicen que usted la va a hacer aparecer, que va a hacer un milagro. Y digo yo, si Dios lo dispuso así, ¿para qué cambiar lo sucedido? A lo mejor quién sabe cómo se aparece, o medio muerta o faltándole algo.

El viejo sorprendido por esa disimulada orden que la otra le impartía, la miró fijamente. La opulenta y dadivosa mujer no tuvo más remedio que sostenerle la vista. Y fue cuando él percibió una maraña pegajosa de pecado que le causó espanto; adivinó la insaciedad carnívora de ellas, no sólo por lo que se llevaban a la boca, y las echó sin consideración alguna y sin siquiera darles una explicación. Sólo les deseó:

—¡Que se les pasme la lengua!

—Este viejo vé bajo el agua —comentó Juana Fermina en el corredor.

—Para esto nos ha mandado llamar. Para echarnos como a perros —dijo Dalmira. Y se fueron corriendo, no fuera cosa que el santón les pasmara de veras la lengua o algo más importante, valido de sus poderes.

A las ocho de la mañana don Onofre lanzó un chillido de ave de pantano para avisar que su ensimismamiento había concluido. Los seis hombres que aguardaban junto a su puerta entraron en el cubículo y lo alzaron a la altura de sus cabezas. Tenía la rigidez que dejan las abstracciones prolongadas,

una especie de entumecimiento, más bien como si su sangre hubiese dejado de circular para juntarse en su alma y calentarla. Es que para el milagro el alma tiene que estar caliente. Y fue fácil llevarlo en una oblicuidad de plano inclinado, ya que seguía tieso; pero cuando llegaron al corredor les dio trabajo ponerlo de pie y que no quedara torcido. Lo sostuvieron algunos minutos para que se adaptara de nuevo a una verticalidad no vacilante, y cuando su estatura cayó a plomo lo soltaron. Y él caminó por sus medios destilando una autoridad seca e imponente hasta ese patio principal que quizá volvería a llenarse de turbulencia. Y se puso de espaldas a la entrada, a siete metros del portal.

Ya la masa de hombres estaba en su sitio, tan convulsa como cuando la respiraron a Elvira todos a la vez. Pero sus caras aparecían asustadas. Después de todo, cada uno de ellos tenía el derecho de preguntarse de qué métodos se valdría el santón para ese rescate en el que ninguno creía abiertamente así como no habían aceptado del todo la posesión que se les atribuía, aunque no tenían más remedio que admitirla. Es que si bien algunos sentían en su ser una intromisión que no estaba fija en un sitio, que vagaba por toda la sensibilidad, otros aseguraban no experimentar la carga de algo que no es propio —claro que seguramente eso dependía de lo que a cada uno le *había correspondido*.

Carmelita, vestida de blanco, cuidaba la exactitud de la posición y la extensión del círculo populoso y voraz del que debía salir Elvira como cuando se abandona un escondite, si es que don Onofre acertaba con el procedimiento. Contaba y recontaba las cabezas, verificaba si el baldosón horadado había quedado sin que nadie lo pisase, y emergía después agitada como si hubiese realizado un esfuerzo tremendo, el esfuerzo de salir indemne de esa ciénaga humana. Y finalmente se fue, arrastrándose por el aire, hasta el capitel de la columna junto a la que estaba Cenobia Palomar. Desde un ángulo la Sudario contemplaba el cielo. Don Zósimo, apoyado en la gran puerta, sentía el calor de la madera ya insolada con el primer sol, o con los anteriores. Francisca estaba cerca del santón, a su derecha, la mirada en el suelo, sin fuerzas para comprender que la ceremonia tendría un término, porque daba la impre-

sión de haberse plantado allí hasta el resto de su vida. A la izquierda de don Onofre, Dionisio parecía el ángel mutilado. Los chicos habían sido apartados en los fondos, en un área cercada en la que se enlazaban un jardín con un huerto. La vieja de las gallinas continuaba en su tarea de llenar de plumas la casa.

Don Onofre pidió que pusieran ante él una mesa cubierta de velas encendidas, y en seguida infinidad de pabilos temblaron en un incendio en el que ardían las materias de espurios fatalismos. Levantó los brazos y ordenó que se pusieran más velas y cuando la mesa fue una acumulación informe de sebo que chisporroteaba como si se estuviesen quemando montones de insectos vivos, don Onofre volvió a levantar los brazos, y pudo dejarlos en esa posición que participaba de la invocación y la amenaza, señal de que había cobrado la fuerza suficiente tomada acaso de ese mantel de sebo que daba su embrión de incendio fantástico como si allí ardiese la piel de cada uno, porque de pronto se había expandido un olor de sacrificio humano, y la cara del milagrero se había azulado con los tintes de una concavidad profunda. Se acercó aún más a la mesa sin bajar los brazos y los hombres le pudieron ver la cara ahuecada, de un azul pavoroso.

"La túnica se le va a prender fuego" —pensó una de las mujeres—. "Es mejor que no se acerque tanto a las velas".

Después, moviendo los brazos como alas atrofiadas, don Onofre conminó a los hombres a devolver lo que cada uno tenía de Elvira. Su agitación apagó diez o quince de las trescientas llamas que, no obstante la claridad de la mañana, esparcían los fulgores serpenteantes y a la vez enhiestos de la superstición. Las manos tendidas sobre los vértices ígneos, el viejo ordenaba con vehemencia:

—¡Que Elvira Simón salga a la vista de todos! ¡Que se abran las sangres y los ánimos para dejarla en libertad!

Los hombres trataban de obedecer. Estaban pálidos y desfigurados; un sudor violeta se les congelaba en la piel, un sudor corrosivo.

El humo de los pabilos apagados se pegó a las pupilas del santón y la voz le salió humosa:

—¡Que cada uno suelte lo que ha hurtado de Elvira Simón!

¡Así sea un trozo ínfimo, una astilla de hueso!

Se oían los gemidos desacompasados de la impotencia.

Don Onofre no se desanimó. Le faltaba hacer el conjuro. Tomó un manojo de velas, se santiguó con el fuego varias veces hasta hacerse una mascarilla de sebo derretido y perder media barba en el encarnizamiento de una de las llamitas, y empezó a desafiar al demonio que según él se había metido en la casa, azuzándolo con improperios.

Se había vuelto horripilante en su intento de querer impresionar al diablo. Pero poco después su voz se tornó serena y murmuró una oración compuesta por palabras fosilizadas en su memoria y que nadie entendía, pero era indudable que el suyo era el acento de una plegaria porque de improviso lo invocó a Dios y dejó de estar rígido, y una ráfaga de belleza sopló desde adentro de su fisonomía.

Los ojos vegetales de la Sudario se abrieron hasta dar la impresión de que sus párpados habían sido arrancados. La mitad irrigada de santidad que poseía don Onofre se había impuesto a la otra. Todos, en ese momento, esperaron el milagro. Francisca tembló sin moverse, es decir, sintió que le temblaba la sangre. A Dionisio sus lágrimas de limo le oscurecieron la cara; contuvo el impulso de correr hacia esa muchedumbre culpable y a punto de redimirse, pero se agarró a su miedo consciente de que debía esperar. Hubo algo así como un arrobamiento colectivo. Las lágrimas terrosas le impedían la visión a Dionisio; acaso Elvira ya había aparecido, seguramente incorpórea hasta ir tomando los espesores de una materialidad que para recomponerse necesita recordar el orden en que se encontraban sus sustancias y sus calores.

El éxtasis y la certidumbre de que el milagro sería inminente derivaron en una exaltación pronto decaída, una suerte de aflojamiento que tampoco duró mucho porque de improviso Francisca Simón gritó aterrada:

—¡Falta Liberato! ¡Liberato Bermejo no está entre los hombres y él es el principal!

Después del azoramiento que los estrujó a todos, se oyó la voz de don Onofre:

—¡Se cortó el milagro!

Es que Francisca sabía que sin la presencia de Liberato Ber-

mejo Elvira saldría a la luz, mutilada y quién sabe de qué manera. Si había sido precisamente él quien iniciara, a sus propios ojos, esa especie de procesión enloquecida en torno de la muchacha, y el que la codició más rudamente. Y menos mal que lo había descubierto a tiempo.

Se oyó la risa basta de Juana Fermina

Carmelita voló sobre los hombres para hacer la comprobación, aunque la ausencia del corpulento pelirrojo se percibía de lejos; sólo que nadie había pensado en él como lo hiciera Francisca que no levantó la vista del suelo y que, no obstante, vio. Nadie se explicaba cómo se las había ingeniado para burlar la adusta guardia montada por las mujeres; había estado encerrado en su dormitorio y su propia mujer lo había llevado al patio y metido entre los que habían pecado con él. Y más tarde Carmelita le había rozado más de una vez la hirsuta pelambrera, más anaranjada que roja. Y no era cuestión de pensar que él también había sido absorbido, respirado de la misma manera que Elvira.

Al viejo se le vino el mundo abajo.

—Un milagro se corta igual que la leche. Se pone ácido y en seguida deja de ser —les explicaba a todos, consciente de que también se le había cortado la brizna de santidad que por un momento lo hizo sentirse una ristra de poderes sobrenaturales.

Liberato Bermejo se había escabullido cuando el santón llegó al patio y todos pusieron los ojos en él y ya no los sacaron de su larga magrura entre iridiscente y caliginosa. Claro está que no había salido por la puerta principal sino por los fondos, y se había metido en uno de los graneros dispuesto a no ceder la parte de Elvira que le había tocado y que él juzgaba la más preciada. Tenía el pelo arremolinado y jadeaba entre estibas de bolsas de cereales como al cabo de una prolongada persecución; y parecía estar agarrado a un puntal de palmera para que su agitación no lo llevara quién sabe adónde.

Don Onofre vio desbaratarse la solemnidad que había conseguido ordenar más por las velas que por su ríspida presencia. Dando voces, las mujeres se dividieron en dos bandos, uno encargado de vigilar a los que estaban, y otro comisionado para la busca de Liberato Bermejo, grupo este encabezado por su propia mujer, envalentonada y decidida a no dejarse ami-

lanar por la cara de fogata de su marido ni por esa especie de ferocidad de su corpulencia. Y suspendida sobre ellas iba Carmelita. Las rameras permanecieron en el patio.

Lo buscaron al borde de un pastizal y después por los establos y las barracas. Y por fin lo encontraron en un granero, sin valor para una segunda huída, con un sofocado lamento de ave palustre, asustado quizá porque la vio entrar a Carmelita como una presencia fantasmal. Sintió que la bravura se le aguaba y sin ofrecer resistencia emprendió un humillado retorno a la casa rodeado por las mujeres.

Cuando Liberato entró en el patio con un sudor de resignación que lo empequeñecía, que le decoloraba el pelo y la barba, don Onofre reasumió la actitud omnímoda con que había comenzado la ceremonia, estorbada de esa manera, porque, qué les hubiera costado a las mujeres hacer el recuento de los culpables una vez más cuando se encendieron las velas; de todos modos, la interrupción de Francisca era beneficiosa ya que Elvira Simón debía ser rescatada en su integridad porque con un mutilado en la casa bastaba y ése ya lo tenían.

Liberato Bermejo ocupó un lugar en el centro de esa muchedumbre que ya empezaba a fatigarse sin perder todavía la buena voluntad de la restitución que se le exigía, y Carmelita, en vez de anidar en el capitel de la primera columna, permaneció suspendida sobre el redondel conturbado que estaba aguardando con refrenada desesperación que aquello acabase, de una manera o de otra. Dionisio, apoyado angustiosamente en una pared, semejaba en verdad el ángel del fresco. Su respiración era honda y apenas perceptible como si fuese sólo su alma la que respirase.

Francisca no quitaba sus ojos de Liberato cuya frente tomó un aire de testuz; él sufría el ultraje de ese acatamiento que lo menoscababa pero no podía sublevarse ni esperar una colectiva actitud insurgente porque se les veía a todos la blandura de una obediencia que el santón irrigaba de pavor.

El viejo empezó a mover los brazos con una vehemencia que seguramente la santidad guarda para sus adentros. Muchos de los cirios se apagaron por el viento que él tenía metido en su ser desde el día en que estuvo en el páramo casi hecho jirones. Sin duda, su mitad diabólica iba tomando preponde-

rancia. Y todos pudieron ver cómo su cara se oscurecía, y hubo un momento en que pareció un ave de rapiña en una suerte de acecho que anunciaba un salto. Don Zósimo quiso dar un paso atrás pero la enorme puerta cerrada lo contuvo. Cenobia lo observaba a don Onofre con recelo. "Es como si estuviera echando maldiciones" —se dijo. Las velas seguían apagándose. "Es un demonio, no un santo" —pensó Dionisio.

El viejo mezclaba entrecortadas oraciones a denuestos, en una precipitada combustión de todas sus fuerzas del bien y del mal, que se le habían entreverado, hecho un enredo; y las energías benéficas terminaron por enrarecerse porque la lucha de sus dos mitades que se libraba allí encarnizadamente acabó con la victoria de la demoníaca que, sin duda, debía de ser más vigorosa. Su atrofiada santidad salió de él como una bengala, hacia el cielo. Y poco más tarde don Onofre daba los aullidos y hacía las contorsiones de una malignidad patética.

Todos estaban empavorecidos.

"Es mejor que Elvira se quede donde está. Si sale, quién sabe cuáles serán su aspecto y su alma" —razonó Cenobia.

Francisca estaba hecha un terrón de sal negra.

Llegaron al patio unas plumas que venían de la cocina y cayeron sobre los cirios; se sintió el olor agresivo de los canutos quemados, y poco después esa mesa a la que se le atribuyera una luminosidad de altar soltó una humareda oscura.

Salvo Dionisio y Francisca, ya nadie pensaba en Elvira. Todos deseaban que esa tremenda ceremonia terminase. No se veía claro lo que hacía el viejo, si un conjuro o precisamente lo contrario, si en vez de intentar rescatar a Elvira consolidaba aún más su desaparición; si en vez de ahuyentar al demonio que, según él, se había metido en la casa, lo sentaba sobre esa mesa para que todos lo reverenciasen.

De pronto cayó exhausto sobre la maraña de sebos derretidos y sobre una que otra llama todavía enhiesta.

Ninguno de los hombres que componían la populosa mancha pecaminosa se atrevió a abandonar su sitio, ni siquiera Liberato. Corrieron las mujeres a socorrerlo a don Onofre porque advirtieron que el quedarse exánime sobre la barahúnda de los últimos chisporroteos no formaba parte del conjuro o lo que fuese, aunque los santones a veces se quedan como muer-

tos. Pero éste lo estaba de verdad. Alguien osó sacudirlo y se oyó un crujido que quizá fue su despedida porque después de todo él había vivido más de noventa años en esa casa y algún apego le debía tener. Nadie se atrevió a decir: "Está muerto". Mientras lo sostenían de pie, entre cuatro, Carmelita se le puso encima como una cúpula. Don Zósimo abandonó el espaldar que para él había sido la puerta y se acercó solícito.

—¿Cómo se siente, don Onofre? —le preguntó, y antes de que en esa sequedad comprimida pudiera formarse por casualidad una respuesta, añadió—: Le conviene descansar un poco.

Y lo llevaron a descansar sabiendo que estaba muerto aunque don Zósimo no lo había sospechado.

En el patio quedó el círculo de hombres, Francisca y Dionisio, inmóviles como si sólo una orden sobrenatural pudiera hacerlos abandonar su sitio. Los demás se treparon a la escalera que conducía a la guarida cenicienta de don Onofre, llevado así como había sido traído, en alto. Y lo tendieron sobre el suelo volcánico en el que habían ardido sus pertenencias.

—Lástima que el milagro se haya cortado —murmuró la mujer de Liberato.

—¿Y quién podría hacerlo ahora si es que don Onofre está muerto, como parece? —inquirió Cenobia.

—¿Está muerto? —preguntó alelado don Zósimo—. Porque yo lo he visto en el páramo deshacerse en el viento, casi completamente, y continuar vivo con mucho menos que la mitad de su cuerpo, con un ojo y las manos y algo del contorno.

Con tanto énfasis lo aseguraba don Zósimo que todos admitieron la posibilidad de que el viejo estuviese con vida y que aunque el corazón no le latía ésa fuese la forma más profunda de un ensimismamiento necesario para realizar el milagro, es decir, para volver al tiempo y al estado que tenía antes de cortarse, aunque los misterios tal vez no tengan punto de partida, pero como allí había que hacer una enmienda, el santón debía duplicar, por lo menos, la potencia de su éxtasis y había quedado así como estaba, duro por fuera y por dentro.

Acordaron volverlo al lugar donde había caído, con un sentimiento de culpa por haber entorpecido el fluir del milagro que quizá se cortaba por segunda vez, y lo bajaron cuidado-

samente como si hubiese almacenado grandes cantidades de transparencias. Y lo dejaron sobre la mesa en la que todavía ardía uno que otro pabilo y en la que se hacía brasa uno que otro canuto de pluma de gallina.

Dionisio transpiraba su desesperanza mirando sin entender todo ese movimiento, el ir y venir de quienes volvían a ocupar su lugar, pero comprendiendo, sí, que del vaho infernal que había levantado don Onofre nada bueno saldría. La idea de que Elvira podía aparecer cercenada, irreconocible, le nubló la visión y dejó de ver todo lo que lo rodeaba menos la cara de Liberato Bermejo que había desplazado a los otros rostros emergiendo aún más del sumiso hacinamiento que congregaba a casi todos los hombres de la casa. Fue Liberato quien dio la orden de terminar con esa inmovilidad que había durado horas y que quién sabe cuánto se prolongaría porque el viejo no daba señales de estar vivo. Le hicieron caso y nadie pudo detener el tumulto, la dispersión veloz que algunas mujeres trataron de contener a gritos:

—¡Tengan más respeto! El que se quiera ir que se vaya como en procesión. Si don Onofre está vivo, no le estorben el recogimiento, y si ha finado hay más razón para el respeto y la humildad.

—Para mí que está finado —opinó Liberato Bermejo.

Pero ya la agitación se había entrometido. Se habían quedado demasiado tiempo como estacas, casi sin respirar a fuerza de estar tensos, y ya nada los detenía. La liberación provocó la caída de la mesa y hubo algo así como una polvareda de chispas y de humo.

Las cinco Reyes fueron las primeras en escapar a sus habitaciones. Allí era otra cosa, no el infierno de los conjuros sino el aposentamiento de un paraíso, que alegría no faltaba. Ahí sí que se podía respirar.

—Para mí que don Onofre no está pensativo. Estoy segura de que se fue al otro mundo —afirmó María Josefa.

Juana Fermina se alzó de hombros. Parecía aliviada. En caso de estar vivo, el santón no les iba a permitir tamaña dedicación a los hombres y quién sabe si con sus invocaciones no las dejaría inservibles. Y si no lo estaba, un censor menos, que después de todo tenía casi noventa años, y que quién le

mandaba adivinar lo que no le incumbía como cuando esa misma mañana las echó como a perros. Y suerte que sólo les deseó que se les pasmara la lengua.

De todos modos, las cosas se hicieron como es debido: al santón se le concedió toda la noche para ver si regresaba de su cavilación. La verdad de su estado tarde o temprano se revelaría. Levantaron la mesa caída, comprobaron la firmeza de sus cuatro patas para que no se volviera a venir abajo, y lo colocaron sobre el sebo derretido, largo a largo, y las piernas, en vez de colgarle, respetaron la impuesta horizontalidad.

Nadie quiso quedarse para custodiarlo o, por lo menos, hacerle compañía. Se fueron todos con el pretexto de no molestarlo por si estaba reconcentrado más de lo que solía, hasta tocar fondo.

Se marchó también Francisca que echó a andar sumando a la oscuridad que los había envuelto a todos su propia tiniebla.

A la madrugada los primeros en despertar fueron a ver en qué estado se encontraba don Onofre Reyes. Advirtieron con sorpresa que de él había quedado exactamente una mitad de la que no podía decirse que fuera izquierda o derecha. La otra mitad, derrotada durante la ceremonia seguramente había emprendido vuelo aprovechando la noche que ofrece menos resistencia que el día.

Y ya nadie esperó el milagro ni supuso que esa mitad del santón fuese la concentración de un ensimismamiento abismado. Y cuando de ella empezó a salir viento, sólo don Zósimo y Dionisio comprendieron que se trataba de un huracán póstumo, el vendaval que el viejo se había traído del páramo.

Lo amortajaron con su propia túnica que ahora le quedaba demasiado grande, y mientras lo llevaban el viento que aún le soplaba dentro lo comenzó a esparcir hasta que de él no quedó nada.

Como nada había quedado de Elvira Simón.

XI

Durante tres días en la casa el aire estuvo impregnado de tiznes y recorrido por algún pabilo todavía llameante, y no sólo dentro, en las innumerables habitaciones y patios y corredores bifurcados, sino también afuera, en la extensión de los ganados y las plantas y los atardeceres de cielos tirantes.

Dionisio seguía sin ocupar su silla en el comedor que había perdido su exaltación babilónica. Se negaba a estar entre los hombres que de alguna manera la poseían a Elvira. Dejó de tener hambre y sed; sintió cómo su instinto se apagaba. Entró en una soledad dura y su rostro dio el fulgor de la palidez y tomó una transparencia compleja que dejaba ver el sedimento ceroso de los insomnios. Dionisio llevaba la carga de la adolescencia, que está en perenne inmolación, que debe realizar la tarea de tantas resurrecciones interiores, sumergida en su pasión como en un estanque lleno de la propia sangre.

Empezó a deambular con más frecuencia por el campo. Iba hasta el matorral donde Crisanto yacía; la invasión de malezas confundía el sitio donde él mismo lo había sepultado, y a veces tardaba en encontrarlo porque se había cubierto de un paisaje nuevo. Siempre hacía lo mismo: se alejaba un poco, como si no hubiese advertido ese montículo ahora agobiado por un pastizal que antes no estaba, y después se sentaba en el suelo con el deseo de conversar con él, de preguntarle cómo era eso de respirar las raíces, y si oía el canto de los pájaros. Una tarde pensó que debía acompañarlo pero no como lo hacía, sentado en la superficie, a veces sobre un tronco cortado con su hacha, sino junto a él, hermético y frío como él.

Fue Francisca quien se lo hizo notar a Cenobia:

—Dionisio está atormentado como el que ya tiene en la cabeza la idea de quitarse la vida.

—¡Por Dios! No lo haría. No tiene la decisión de Crisanto.

Cenobia se agarró a sus ropas. Ni bien pronunciadas esas palabras la comparación le pareció una blasfemia.

—¿Y crees que es decisión lo que se necesita? Tal vez eso sea lo de menos. Cuando empiezas a caer para terminar de caer no precisas decidirte.

—Quizás el padre pueda hacer algo —musitó Cenobia.

Sentía que no podía salvar a nadie, ni a su hijo, porque ella misma había dejado de salvarse. Uno debe estar salvándose constantemente, y ella había dejado de hacerlo. Además Dionisio aparecía sólo fugazmente en la casa, y era difícil cambiar alguna palabra con él. Poseía la apariencia de una imagen taciturna a punto de deshacerse. A veces entraba de improviso en el comedor como si el ángel lo hubiese llamado, cuando hacía horas que se habían levantado los manteles y aquello parecía la nave central de una iglesia. Y se quedaba mirándolo como si quisiese descubrir las formas y las compensaciones de una mutilación que puede ir cobrando magnitud, que empieza a crecer hasta el tamaño del propio cuerpo. Claro que en el ángel se había limitado a un ala; pero para un ángel perder un ala es casi lo mismo que morir. Quizá todo consista en que se apague el sentimiento más luminoso de uno mismo; y tal vez, cuando uno queda a oscuras por dentro, empieza esa mutilación que no está representada por la pérdida de una extremidad, por un cercenamiento preciso y que es, más bien, la forma de un aniquilamiento prolijo que necesita tiempo para llegar a cada una de las partes, a cada una de las sustancias, a cada una de las conmociones que forman el ser.

Una tarde, a la siesta, don Zósimo lo encontró a Dionisio absorto ante el fresco del comedor como intentando descifrar una clave. Le puso una mano en el hombro y sintió que su mano se llenaba del poder de bendecir; y para no interrumpir eso que semejaba un arrobamiento se puso también él a mirar la figura que parecía un poco más borrosa que antes, siempre con la boca mojada con mieles y frutas, dando la impresión de que esa parte de su cara estaba viva, que tenía hambre y

sed. Sólo cuando advirtió que Dionisio empezaba a agitarse se animó a una interrupción que tal vez no lo era porque el temblor que le notó al muchacho indicaba la conclusión del embelesamiento o lo que fuere; es decir, él había vuelto a respirar y quizá podría dejar escapar de sí alguna palabra de la que asirse.

—Es como si hiciera tiempo que no duermes —le dijo el padre.

—Sí —admitió él.

—Es una gran pena lo que pasó con don Onofre. Quiero decir que es una lástima que el milagro se haya cortado. Ahora es preciso olvidar a Elvira.

—Sin embargo, Elvira está en la casa, no ha salido afuera y nadie puede probar que ha muerto —dijo Dionisio.

Los dos se sentaron en un banco frente al ángel como si estuviesen ante un altar.

—Nadie nunca se va del todo —afirmó don Zósimo golpeado por una revelación—. El haber estado vivo deja una señal sobre la tierra, algo así como una cicatriz. La tierra está llena de cicatrices, unas junto a otras, unas sobre otras.

El muchacho pareció impresionado por esas palabras. Después dijo:

—Quizás hicimos mal en traerlo a don Onofre antes de que el páramo le hiciera cuajar su santidad. Creo que lo que trajimos era más bien un demonio.

—Hubo momentos en que llegué a sospecharlo pero pensé que si tenía una sola partícula de santo, esa partícula haría el milagro.

De pronto Dionisio se sobresaltó y tardó en recobrar un despojo de su serenidad para seguir hablando, para decir:

—Acabo de sentir que Elvira me llama, no sé de dónde. Estoy seguro de que fue su voz, una voz ahogada.

—La oirás muchas veces, antes de que vuelvas a prestar atención a las voces reales.

Dionisio se impacientó.

—Te aseguro que era su voz, casi un grito; no creas que fue algo ilusorio. ¿Cómo es que no la oíste?

—Porque esa voz es sólo tuya, hijo mío.

Don Zósimo acarició su pelo de un oro encandecido, no

como se acaricia a alguien a quien hay que sostener en una consolación vehemente, sino como si se tratase de un ser a quien hay que ayudar a andar y a respirar, de un niño; pero en seguida tuvo conciencia de que cuando un niño sufre es que ha crecido inconmensurablemente y que es difícil abarcarlo de un solo abrazo.

—Yo también, a veces, oigo voces, las que me llegan del mundo —le confió don Zósimo—. Es como si los bosques me llamaran, o los ríos que nunca vi. Pero sé que esas voces sólo se forman dentro de uno y son las que más se oyen. Había épocas en que debía contener mi impulso de correr, de pasar de un paisaje a otro y decir: "Aquí estoy". Me hubiera gustado andar, y estoy convencido de que jamás hubiera tenido que sentarme en una piedra para descansar. Ahora, a veces, me socorre un sosiego que acalla las voces, y el mundo que está afuera de la casa deja de llamarme. Pronto, quizá, también estarás sosegado.

Dionisio se incorporó.

—Me falta el aire —dijo; y echó a andar vacilante. Buscó la puerta a tientas y abandonó el comedor.

Don Zósimo no fue en su seguimiento porque comprendió que su hijo necesitaba estar solo, y se quedó en el banco agotado por la fatiga que deja el no haber proporcionado el alivio que se esperó dar. Lo conmovió la sensación de que el azul de sus ojos se le derramaba hacia adentro, que cuando él saliera de allí tendría los ojos blancos. Quizás entonces, si en realidad se volvían del todo blancos, vería el lugar donde estaba Lucas —porque vivo o sin vida estaría en algún sitio—, y la cara todavía incorrupta de Crisanto, y el escondrijo múltiple o no donde Elvira se hallaba inmersa. Advirtió que el peso de sus manos —la relación entre sus pesos— había variado, que la derecha pesaba más quizá porque se había cargado de una correntada de piedad o porque ahora podía bendecir. Tuvo que corregir su idea de que la mano ya nace para bendecir; la mano también se transfigura, se sacrifica, vive y muere aun sin dejar de moverse, y conoce la resurrección, y de pronto se vuelve sagrada. La levantó y experimentó una desgarradura, y pensó que el ademán de bendecir jamás puede ser leve, que significa sacar a la luz los sedimentos de la

propia misericordia que es preciso desenterrar en lo hondo del ser, y entonces la mano no queda limpia ni vacía, queda como llena de terrones sangrantes, porque en realidad se bendice con el propio dolor.

De pronto miró fijamente al ángel y se dijo: "Es imposible que pueda salir de donde está; sin embargo, todos lo vimos en los funerales de Crisanto. Es que la fijeza acaso sea una ilusión. Pero cuánto tardé el ángel en desprenderse, en llegar hasta el patio. Más de lo que hubiera tardado yo en recorrer toda la tierra. Quién sabe desde cuándo se preparó para ese movimiento. Generaciones y generaciones lo vieron siempre en esta pared; sólo nosotros descubrimos que había salido de aquí para acompañarnos. Y acaso suceda lo mismo con Elvira. Y otros, no nosotros, la vean andar. Seguramente necesita años para abrirse camino, para desprenderse. Y no es improbable que le pase lo que a este desdichado, que para qué quería el aire libre si no podía intentar el menor vuelo. A lo mejor ella vuelve al mundo cuando ya no esté Dionisio. Y entonces, ¿para qué le servirá el mundo?"

¿Qué consolación podía llevarle don Zósimo a su hijo?

Cuando Cenobia le puso una mano sobre la frente, Dionisio le dijo a modo de una explicación que le resultaba ardua, ya que le era difícil preservar la coherencia de las palabras debidamente enlazadas, conservar su justo orden para que no parecieran sólo trozos de su pensamiento, para que no salieran como aplastadas de su boca:

—Siento una fiebre que no tuve nunca.

—Sin embargo, no es fiebre —la mano de Cenobia todavía podía calcular la temperatura—. No estás abrasado.

—Es una fiebre fría.

"Su frente está fresca" —se dijo—. Y consiguió que se quedara en cama, la cara casi cubierta de paños mojados en vinagre aunque no eran las formas de un calor nocivo lo que había que desvanecer, pero ella se refugió en las prácticas consuetudinarias de las que solía emerger la salud con la irrupción imperativa de lo que necesitó un oscuro y acariciante ocultamiento para gestarse.

—Te convendría tomar sol. Cuando a una casa le falta

quien haga curaciones todavía le queda el sol —murmuró Cenobia.

En ese momento a Dionisio el sol le pareció algo inexistente, o más bien algo que él había poseído quizá sin darse cuenta de que era una posesión y que ahora había pasado a ser de otros seres, algo irrescatable.

—El sol quema las malas ideas —aventuró ella escudriñándolo, tratando de sorprenderlo con el descubrimiento de lo que en él podía ser una decisión todavía temerosa.

"Si él piensa quitarse la vida no se lo dirá a nadie, y ni siquiera del todo a sí mismo" —no es que Cenobia se lo dijera; las palabras se le aparecieron abruptamente, le golpearon la conciencia, y su entendimiento no las expulsó, antes bien, permitió que se hincasen en él violentas e inhumanas como verdades antagónicas a la propia verdad. Y entonces se levantó del lecho de Dionisio en el que se había sentado, y empezó a caminar esforzadamente como si estuviese en un lugar pantanoso, hundida hasta las rodillas; y sus pies quedaron enredados en la maraña que acababan de trazar, y no pudieron seguirlo a él cuando se levantó de la cama y salió sin decir nada, acaso para buscar ese sol lleno de fuerzas y de fatalismos que le había sido arrebatado ya que guardaba memoria de haberlo tenido dentro de su ser, flotando con alegría en su sangre, un pequeño y comprimido globo rojo que lo abrasaba y le hacía transpirar mieles silvestres.

No lo siguió Cenobia pero sí Francisca.

Cuando llegó al campo y trató de llenarse de calor, tal vez para que su fiebre fría se volviera ardiente, ella le dio alcance. No es que se hubiera propuesto inculparlo ni siquiera hablarle abiertamente de Elvira, pero en su actitud había un acecho obligado a permanecer encogido y que, sin duda, no pudo contener por más tiempo porque le dijo con una vehemencia que dejaba al descubierto la recriminación:

—Si no la hubieses rehuido, si te hubieses quedado a su lado ese mediodía...

—Ya lo sé, Francisca.

—¿Creés que realmente estaba endemoniada?

—No. Nunca lo estuvo. Estar endemoniado es no poder amar.

—¿Y por qué te distanciabas de ella como si lo estuviera?

Él vaciló antes de responder.

—Ya te lo dije entonces: porque la tuve la noche en que se ahorcó Crisanto. Fuiste testigo. Las dos imágenes se me mezclaban; la veía a ella con la garganta de él, y hubo un momento en que sentí que nuestros cuerpos colgaban junto al de Crisanto, de la misma viga.

—Por Dios, no sigas, no hables más.

—Esa mañana tuve la sensación de haber traicionado terriblemente a mi hermano por haber sido yo el agraciado y él quien sufriera la necesidad de darse muerte, y las dos cosas la misma noche, a la misma hora mi exaltación y su manera de sucumbir, y a pocos metros los cuartos en donde sucedía todo.

—Sí —asintió Francisca—. Todo se mezcla, nada guarda sus límites. Además, si ella hubiese estado endemoniada no la habrías rehuido como lo hiciste.

—Es cierto. Pero en cuanto ella desapareció las dos imágenes dejaron de mezclarse. Es que acaso Crisanto perdonó mi felicidad de aquella noche. Todas las veces que pienso en Elvira él deja de mezclarse a mi recuerdo de ella. Te digo que Crisanto de algún modo me quiere convencer de que se dio muerte hace mucho tiempo, no aquella noche. O al día siguiente, y esto explicaría su otra muerte en el patio en la que creyeron todos. Sí, a veces pienso que éste es el sentido que tuvo lo que pasó después de su verdadera muerte. Quiso salvarme. Y ahora me parece que hace años que falta de la casa, y a veces se me ocurre que se fue con Lucas, o antes que él —de improviso su voz tomó un tono suplicante—: Francisca, las madres saben dónde están sus hijos. Por Dios, ¿dónde está Elvira?

—No lo sé. ¿Acaso Cenobia sabe dónde está Lucas, dónde está el cuerpo de Crisanto?

—Yo lo sepulté en un matorral.

Francisca lo miró estupefacta.

—Cenobia cree que su cuerpo la última noche fue purificado por la helada hasta desaparecer.

Dionisio cerró los ojos, fatigado; se tendió sobre la gramilla. Francisca observó la transparencia de sus párpados y estuvo a

punto de decirle: "Si tu vida no te sirve, lo mismo es necesario que la guardes. La vida de uno también es una posesión de los demás que no les debe ser arrebatada. Te lo digo porque lo mismo pasa con la mía". Pero no lo manifestó porque no se atrevió a mostrarle que ella había penetrado esa hosca y fulgente confusión de su alma donde el deseo de morir poseía lo que le quedaba de lucidez.

En siete días la consunción de Dionisio infundió en la casa un terror melancólico. Cuando abandonaba el lecho y salía a deambular por el campo tomaba el aspecto de un aparecido y los que se cruzaban con él no dejaban de sobresaltarse. Y había horas en que todos lo veían radiante y quizás era cuando su amor ignoraba de pronto su propia desesperación y salía confiado a la superficie de su ser y él, pese a la escualidez a que se había reducido, volvía a ser el Dionisio que exudaba néctares calientes. Pero eso era fugaz; y días más tarde Francisca le dijo a Cenobia:

—Dionisio no se matará como Crisanto, pero se dejará morir. Es lo mismo.

Ella escuchó esas palabras como si Francisca se hubiese referido a un desconocido, a un forastero que había pedido hospitalidad. Se resistía salvajemente a admitir que se trataba de su hijo y su entendimiento se había adaptado a esa resistencia. Por otra parte, ¿a quién acudir si los dos saludadores de la casa no habían dejado un discípulo, ni siquiera una continuidad insuficiente, alguien que hubiese aprendido a echarle soplidos a la desgracia? Y ordenó gravemente, la mirada de improviso encendida de autoridad, segura de algo, como si hubiese visto las aberturas estrechas o enormes, los boquetes o los grandes espacios de la salvación:

—Que se haga una procesión. Con todos. Hasta con los tullidos. No quiero que haya más muertes en la casa.

Francisca recurrió a Carmelita. Ella avisaría a todos con mayor rapidez que un grito lanzado en el centro del patio hacia todas direcciones a la vez. Y no sólo los noticiaría sino que desde su levitación los exhortaría a acudir sin necesidad de tenerle que explicar a cada uno el porqué de esa rogativa, que ya lo sabrían en cuanto lo vieran a Dionisio acostado en el patio.

Después de volar por los corredores y abismarse en las abiertas claraboyas, al cabo de un recorrido en el que no hubo un solo recinto que no recibiera su anuncio, salió al campo e inspeccionó graneros y barracas, y cobertizos y establos, y nadie quedó sin recibir la orden, ninguno dejó de comprender que si un torbellino había entrado en la casa, con todo lo sucedido, era preciso girar con él hasta el fin. Que nadie ya se asombraba de nada.

La Sudario quiso encargarse de las velas. Había un altillo atestado de cirios al que a veces se encaramaba don Zósimo para que su visión hurgase en la lejanía, separándola en dos para verla por dentro, aunque lo que veía era más cantidad de campo y algunas arboledas achaparradas por la distancia. Se trataba de un solemne depósito de varas de sebo que habían llevado allí los fundadores de esa suerte de tribu para asegurarse las ceremonias sin las cuales no se hubieran atrevido a cohesionar un haz de gentes que indudablemente crecería hasta tomar la resonancia oceánica de las multitudes, y que tendría que afrontar los misterios de los nacimientos, los bautismos, los casamientos, las hechicerías y las muertes. Y sin velas no es posible mirar de frente esos misterios. Claro está que fue excesiva la previsión, sobre todo considerando que la casa por sí misma casi se abastecía de todo, al igual que en una comunidad primitiva, pero los que así lo habían establecido, sin duda midieron bien los riesgos de una carencia en ese sentido, y acumularon la reserva de una religiosidad que sería consumida de acuerdo con las acometidas del misterio, que pueden ser más frecuentes de lo que se supone.

La Sudario bajó con una impresionante parva de velas entre los brazos, y no fue el único montón que puso en una de las galerías, sin esforzarse. Sus arrobamientos de cada mediodía le dejaban una fuerza crispada que no condecía con su aspecto débil; en realidad, poseía la potencia exasperada de que sólo los débiles son capaces. Y puede decirse que en pocos viajes trasladó la cerosa, grasienta, sagrada reserva de cirios. Y cuando todos se congregaron en el gran patio, ella dispuso el reparto, y no era cuestión de mezquinar; que cada uno llevase todos los cirios que podía, aunque torcidos, aunque les escaldasen las manos al gotear; no importaba que estuviesen derechos,

lo que sí valía es que fueran muchos. Y cada uno tuvo su manojo ardiente, y los que no podían oprimir ya nada con sus manos entumecidas, aferraron más de los que conseguían sostener, algunos altos y dominantes, los velones guardados quién sabe para qué devoción, para qué piedad.

Más de mil pabilos señalaron la órbita de la procesión que comenzó lentamente encabezada por don Zósimo Lucas Ardanás.

Nadie faltaba, ni las cinco rameras; y hasta los perros que a esas horas merodeaban por afuera formaban parte de la muchedumbre ordenada cuyo recorrido era el perímetro del patio. En el centro, sobre un camastro, Dionisio yacía, aunque no persistía en esa posición porque cuando pasaba la imagen de la Virgen llevada en alto por su madre y Francisca Simón, él se esforzaba por incorporarse. También estaba la vieja de las gallinas, emplumada y desconociéndolo todo a causa de la ausencia de su silla, sin saber por qué tenía que andar con todas esas velas en las manos. Una de las mujeres más viejas dio comienzo a las plegarias, es decir, a la mescolanza de rezos y de voces que los habían sobrevivido a don Blas Ahumada y a don Onofre Reyes, que quedaron quizás aleteando en ese mismo patio donde uno y otro oficiaran tantos ritos; y en torno de la invocación cristiana giraron las palabras de la hechicería aprendidas de los dos santones; y lo mismo sucedió con las letanías, que los verbos de la superstición volvían espurias.

Liberato Bermejo estaba entre los primeros. No se atrevía a mirarlo a Dionisio y tampoco a huir como era su deseo, traspasar ese portal macizo como una mole, porque bastante lo había humillado la última ceremonia de don Onofre, y ahora sentía que aquello continuaba aunque de otra manera; había estado hasta el agotamiento plantado en ese mismo patio sin saber de qué modo esperaban los demás que Elvira volviese. Aquel día, cuando terminaron dispersándose porque el viejo se había quedado sospechosamente duro —se veía que no estaba en éxtasis sino finado—, él se había dicho: "Lo que se ha devorado, devorado está". Y ahora debería someterse a una nueva penuria para que Dionisio no se consumiese. Si el muchacho había tomado por ese camino no lo iban a salvar ellos dando vueltas y vueltas hasta desorientarse, porque hubo

un momento en que le pareció que el fondo del patio era el frente, y tampoco era razonable gastar esa increíble cantidad de velas y quedarse sin un pabilo por si se presentaba otra necesidad, que no sólo Cenobia Palomar tenía derecho a pedir por los suyos ya que eran varios los grupos familiares, y todo lo que había sacudido la casa en los últimos tiempos había provenido de sus hijos, como si los demás no tuviesen derecho a la desgracia. Por otra parte, si don Onofre no había hecho ni una partícula de milagro, tampoco ellos arrastrando los pies y llenándose las manos de quemaduras conseguirían que Dionisio siguiera viviendo. Pero Liberato no se animó a desertar de la procesión, no por miedo, más bien porque ya se había establecido una corriente bien delimitada, algo así como un viento cuadrangular del que era difícil salir individualmente. Es que cuando la gente se aglomera rigen nuevas leyes físicas en el ámbito que ocupan; y él tenía conciencia de que algo lo arrastraba, tironeaba de él; y la resistencia se le empezó a desleír, a soltar el olor a grasa quemada de los cirios que llevaba torpemente entre los dedos.

Juana Fermina Reyes bisbiseaba un rezo mal aprendido con la certeza de que el sacrificio que hacía la absolvía de los pecados, que pagaba su deuda con la decencia y podía empezar de nuevo. Se había puesto un vestido oscuro y una mantilla que le cubría la mitad de la cara, y en su afán por expresar una seriedad patética ocupaba cada vez más sitio, se expandía solemnemente, y había momentos en que desplazaba a los que le estaban en torno sin necesidad de valerse de los codos sino de la voluminosa dignidad que se había puesto encima.

Un poco más adelante Dalmira, María Josefa y Engracia, avanzaban remisas, tres estrujadas gracias que de tanto en tanto debían ser empujadas por los que estaban detrás, incapaces de sostener los cirios derechos, tropezando a cada instante con los perros que se les metían entre las piernas quizá porque iban distraídas sintiendo que alguna mirada se les clavaba en la nuca como una banderilla, o acaso oyendo lo que casi todas las mujeres pensarían mientras rogaban: "¿Qué tendrán que hacer aquí las perdidas esas? Vergüenza debería darles andar con velas en las manos y oraciones en la boca. Presentarse ante la Virgen. No deberíamos haberles permitido estar

aquí; no vaya a ser cosa que por culpa de ellas la Virgen se tape los oídos. Y además quién sabe en qué desfachateces andarán pensando aunque se hagan las que rezan".

En realidad, casi todos los integrantes de la procesión después de la primera hora estaban con la cabeza en cualquier parte.

Aída Reyes tenía el gris de sus grandes ojos bastante plomizo. Estaba asustada. "Es una temeridad esto de encender tantas velas —se decía—. Semejante cantidad de llamitas puede atraer a algún aparecido; por ahí se hace presente don Jacinto para llevarme con él. Aquella vez en el comedor no era él sino el lunanco. Pero ahora, con todo esto puede aparecerse de verdad". Y estaba atenta al relincho anunciador.

Por fin Juana Fermina no pudo más y lanzó un suspiro quejoso que le salió con la desmesura de un ronquido, tan basto como su risa.

—Debería tener más respeto —le dijo una vieja que parecía un manojo de agujas.

—Aquí no se está velando a nadie —replicó la otra en voz alta y se salió de la fila para arrumbarse en un banco y darle a su corpulencia el benemérito alivio de la horizontalidad.

Como era la primera vez que en la casa se hacía una procesión sin que un santón la dirigiera, nadie sabía cuál debía ser su término. Posiblemente, la total consunción de los cirios o que llegase la noche para que las mil llamas —eran más— mostrasen los gérmenes de un incendio, todos los estertores de que se forma la luminosidad.

Cuatro horas después, a las nueve de la noche, se oían los rezos triturados, las avemarías amasadas en los ronquidos de la fatiga, y el rumor expiatorio de los pies que lijaban el suelo, que ya no se le apartaban, para avanzar y volver al mismo sitio, pegados a los pasos anteriores, y los gritos de los críos de pecho, y las respiraciones que parecían corresponder a una supervivencia denodada. De pronto se largó una garúa que formó una escarcha carmesí en torno de las mechas y que no apagó los fuegos que, por momentos, daban la impresión de ser falsos. El gañido de los perros se pegaba a esa especie de brea caliente que los aglutinaba a todos, y se extendía el sudor

de un cansancio que resollaba igual que un animal exigido hasta su última fuerza. Porque la procesión se había convertido en un incalculable miriápodo que no se salía de los límites y que no se animaba a un alto.

Liberato Bermejo era ya una masa informe que se movía fatídicamente, sin conciencia de dónde estaba, sin la esperanza de una culminación. Las letanías se habían reducido a una única sílaba que caía a plomo, como un metal fundido, horadando a la gente. Y nadie osaba decir: "No lo soporto más. Basta. La Virgen no nos puede requerir tanto". De improviso Liberato tuvo la vaga sensación de que para salir de allí debía mudar su piel como un ofidio y que los demás estarían obligados a hacer lo mismo, también las criaturas dormidas sobre el pecho de las madres que avanzaban amamantándolas, y que succionaban la leche oscura, relampagueante de ese acto que tomaba cada vez con más fuerza, la espesura de un misterio, el aire sin posible mutación que exhalan los sacrificios humanos, los ajusticiamientos. Y que no dejaba de ser sagrado. Nadie se atrevió a decir: "Basta". Dionisio está igual que antes. Si la Virgen decidió salvarlo no va a aguardar a que caigamos nosotros. Es mejor que lo lleven a morir en su cama".

Y lo tremendo era que las velas no se consumían en la medida que era de esperar. Como si los fundadores hubiesen previsto una estearina o una cera de combustión lentísima para que las ceremonias lo abarcaran todo, no sólo la fe, también la extenuación, como si únicamente en la extenuación la fe se volviera sólida, no un simple encandilamiento.

Dionisio parecía fosforescido y no sólo a causa de las ráfagas de luz que lo iluminaban. Puede decirse que se había reanimado. Y acaso por eso don Zósimo no se detenía, porque ya se había cortado un milagro y no era cosa de que se cortase otro. Y se decía confusamente: "El milagro puede hacerse sin un santo. La unión de todos lo reemplaza al santo". Que los restos geológicos de don Onofre yacieran en paz. Y quién sabe si él no había sido el impedimento, él y su apariencia de insecto gigante, él y su santidad malhumorada. Liberato pensaba: "¿Qué necesidad de castigarse de esta manera? Nos vamos a morir dando vueltas, aplastándonos en este piso, peor que montones de moscas caídas". Y rememoró las ponderadas fiestas

que se hicieran en ese mismo lugar, el sortilegio de los bailes y el pastoso vino empapándolo todo, también los intersticios del alma. Él no era hombre para las oraciones ni las lucecitas de la devoción sino para la lujuria y la borrachera; esos rezos y ese andar arrastrándose con varas encendidas detrás de una imagen de la Virgen era cosa de mujeres. Y una vez más refrenó su impulso de salir de la fila en que la fatalidad lo había colocado pero no pudo y se fue a tumbar en un banco al lado de Juana Fermina.

—No puedo más —le confió—. De tanto dar vueltas la van a marear a la Virgen.

La otra rió irrespetuosamente. Le daba lo mismo que Dionisio viviera o no, ese soberbio que la había desdeñado. Tenía la boca abierta con la intención de beberse un poco de garúa, y miraba pasar al gentío ordenado como si eso le causara alguna diversión. Después de refrescarse la lengua que por fortuna no se le había pasmado, consiguió afirmar:

—Para mí que don Zósimo ya no para. Es capaz de seguir días y días.

—Es hombre de pies calientes. Quién sabe por dónde se cree que está caminando —dijo Liberato burlonamente—. Lo mejor que podrían hacer es meterlo al muchacho en su cama y no estirarle la agonía o lo que sea, que de tanto estirar, la muerte le va a llegar enflaquecida y va a resultar peor para él, que va a ser un mal difunto.

—¡Bah! —exclamó Juana Fermina—. Todo por seguir con la idea fija en una que no está. Como si las demás no valiésemos nada.

La referencia a Elvira le hizo brillar los ojos a Liberato. También él continuaba con la idea fija, y no sólo la idea, también la sangre.

A las once de la anoche persistía esa agua fina. Los perros salieron a buscar otro suelo en donde echarse; y cuando las letanías se convirtieron en un único hilo de algo que no se sabía lo que era, en la descomposición de los gritos, de las plegarias que habían quedado en las gargantas como en un depósito oscuro, cuando ya todos estaban por caer en una consunción semejante a la de Dionisio, al final de la procesión ardió una vela nueva, no deformada, la mecha todavía vaci-

lante, que ocupaba un lugar que quizá sólo había existido para esa repentina prolongación, un espacio que únicamente podía ser llenado de esa manera, y que durante seis horas quedó a espaldas de todos, tal vez inexpugnable, cerrado a quien no fuera ella, un espacio en que seguramente ella había comenzado a estar en la lenta tarea de la propia recomposición, que debió iniciarse quién sabe en qué momento. Porque esa vela pulida la llevaba Elvira Simón o alguien que se le asemejaba mucho.

Indudablemente era ella porque nadie podía parecérsele.

La primera en verla fue Juana Fermina Reyes. No se asustó. De inmediato tuvo la certeza de que no se trataba de una aparecida. Por otra parte, ella no creía en las ánimas sino en todo lo que estuviera bien encarnado. Tuvo, sí, un sobresalto que la ayudó a quedarse allí, los ojos fijos en la única que no avanzaba en fila de tres y que además era la última de la procesión. Tuvo un sacudimiento pero no piedad; había nacido con la misericordia estrangulada. Y gritó:

—¿De dónde salió ésa?

No había dejado de guardarle rencor, de considerarla enemiga. Los que alcanzaron a oírla no entendieron a quién se refería, ni siquiera volvieron la cabeza. Pero Liberato Bermejo percibió al vuelo el sentido de esas palabras y miró donde tenía que mirar para comprobar que allí estaba Elvira, no su aparición —él también se reía de la incorporeidad. Es cierto que al principio la miró incrédulo, dos o tres segundos, y se convenció en seguida de que no era una figuración, y en vez de correr hacia ella, como lo determinaba su impulso, se llevó las manos al pecho con brusquedad, como queriendo taponar un boquete abierto en su carne. Y empezó a jadear mientras le oía decir a la otra:

—Sí, es ella. ¿Pero de dónde diablos habrá salido?

Elvira era la última de esa procesión exhausta, y si bien no había dado más que algunos pasos, mostraba un agotamiento mayor que los demás. Se le veía su esfuerzo por salir de la inmersión en que había estado; se le notaba la cara de ahogado de los que vuelven después de haber permanecido sumergidos en otro ser o en otros seres sin que ello hubiese significado un acto de amor porque entonces la cara es un nudo de res-

plandores. Respiraba con dificultad; se había tenido que abrir paso venciendo los calientes espesores de las posesiones, y salía como de una zona pantanosa. Y todavía temblaba, porque, sin duda, su liberación estuvo hecha de grandes y de mínimos temblores, como todas las liberaciones.

Los dos que la habían visto continuaron absortos: el pelirrojo enclavado en el banco sin lograr desprenderse y correr, que para qué le servía el impulso, y Juana Fermina preguntándose con terquedad de dónde había salido la negra esa.

Por fin la vio Dionisio.

No la descubrió Carmelita —era la primera vez que ella no advertía un hecho en su comienzo— porque sobrevolaba la cabeza de la procesión, y nadie hubo que mirara atrás ni siquiera los que estaban a veinte centímetros de su cuerpo. Elvira tenía puestos los ojos en la imagen de la Virgen. Pedía por la vida de Dionisio.

Él pensó confusamente: "Es mi fiebre, esta fiebre fría. Dios mío, acaso su aparición me avisa que moriré esta noche". Y se esforzaba por levantarse.

De pronto Liberato Bermejo dio un grito potente y avanzó hacia la procesión como enceguecido y se mezcló a la gente revolviéndolo todo, y cayó al suelo sintiendo pisadas casi sin peso, más bien ahuecadas, sobre sus manos, como si muchos de ellos se hubiesen vaciado y reducido a figuras humosas, como si allí se hubiese llevado a cabo un saqueo de lo que cada uno contenía, menos el contorno. Y eso parecía haber sucedido con los hombres porque cuando Liberato sintió caminar sobre sus manos a algunas de las mujeres, percibió el peso de sus cuerpos.

Don Zósimo se detuvo repentinamente como si por fin hubiera llegado a un lugar marcado con una crucecita en uno de sus mapas. Dionisio ahora la veía a Elvira con mayor nitidez. No estaba desnuda —en eso se había equivocado don Onofre—; vestía las ropas que la habían cubierto antes de su desaparición y que habían sido desgarradas en ese mismo patio, y se veían los jirones. Y quién sabe quién le había dado esa vela bastante más alta que las demás o de dónde la había tomado. "Seguro que se la dio la Virgen" —conjeturarían más tarde las viejas.

A duras penas Dionisio se incorporó sobre su camastro, sin poder avanzar hacia ella porque toda su fuerza se le había agolpado en el alma que en ese momento debió parecer un colgajo, un lienzo que pendía de algún punto de su carne, inmovilizada por el miedo de que aquello fuese una alucinación. De improviso Elvira lo miró con fijeza en medio de la perplejidad y la garúa, y tenía el relumbrón de los supliciados que han conseguido huir. Y después dejó caer el velón y dio algunos pasos hacia él.

—¡Elvira! —fue el grito impersonal y vasto.

Ya todos la habían visto.

Ya Francisca se había arrancado las láminas nubosas que los llantos obsesivos dejan en los ojos para verla como lo que era, para darse cuenta de que su hija estaba allí, y viva, que no era una de esas visiones que sueltan las procesiones cuando duran mucho tiempo. Y Liberato Bermejo había podido levantarse del suelo y sacudirse las manos hinchadas, emblanquecidas por tanta estearina goteante.

Hubo pavor y alegría al mismo tiempo. La procesión quedó inmovilizada; los cirios, que sólo se habían consumido hasta la mitad, gastaron en un instante el sebo que les quedaba, y el patio se llenó de sombras, ya que la noche era densa, maciza, sin otra luz que la que arrojaban Elvira y Dionisio. La única que en realidad hizo un movimiento fue Elvira. Los demás quedaron clavados en su sitio como si alguien les hubiese enterrado los pies, también Francisca por temor de perturbar eso que parecía un encantamiento, algo que puede sucumbir con un soplido, a diferencia de un milagro, que es consistente, que posee una dura resistencia, e inclusive puede ser agredido, puesto a prueba. Pero ninguno de ellos sabía exactamente cuál era la categoría que correspondía a esa derivación, a ese hecho no esperado por nadie, ya que sólo se había rogado por Dionisio, se le había pedido a la Virgen en un lenguaje abstruso, en una mescolanza de rezo cristiano y voces de la superstición, que Dionisio no extraviara el hilo de sangre que lo animaba aún, que no se le cortara; y ninguno de ellos, ni Francisca, se había atrevido a pedir por Elvira, que ya nadie esperaba la posibilidad de su rescate ni siquiera de su visión, después de que el cuerpo casi sempiterno de don Onofre terminara

como terminó en ese mismo lugar. Y ella, mal arropada en sus jirones, en esos trozos de tela que parecían haber estado remojados un tiempo imprecisable, caminaba en dirección de Dionisio que sólo tuvo la certeza de que ella era un ser corpóreo cuando percibió su vaho de mieles semejante al que él había empezado a transpirar después de que la imagen de Crisanto se le apartara y se colocara por sí misma en un tiempo anterior o posterior al de aquella noche. Esa fue la señal inequívoca del reconocimiento. No se dijeron nada. Todas sus preguntas se les pulverizaron en la lengua. Pero la sangre se les empezó a llenar de sustancias preciosas. Y ninguno de los dos podía dejar de mirar al otro para seguir estando vivo, al menos de esa manera jubilosa y dramática en que la individualidad se negaba a sí misma. Parecían cegados en la contemplación de una luz muy fuerte, ocupados en cumplir la tarea acompasada de la conjunción.

A Liberato Bermejo la piel se le puso roja como su pelo, más bien un naranja quemado, y él temió una represalia, no sin antes experimentar el deseo de recuperarla a ella porque ahora estaba seguro de que había sido su principal poseedor o, por lo menos, en su interior se jactaba de ello, y sus manos hinchadas trazaron un ademán rapaz aunque contuvo el impulso de dar un salto aplastante y apoderarse de Elvira y huir por ese condenado portal cerrado que no sería difícil desvencijar de un empellón. ¿Quién podía impedírselo? ¿El escuálido hijo de Cenobia o la loca que volaba o acaso todos juntos, esa cantidad de gentes invalidadas por las capas de cera con que los había cubierto la procesión? Sin embargo, no lo hizo porque temió una venganza que podía llegar de cualquier lado, según como soplara el viento, de cualquiera de ellos o de todos juntos, y abandonó el patio lanzando un ronquido que se oyó mucho después de que él cerrara la boca y se tumbara en un lugar fresco, en los fondos, sobre una tierra recién removida y que estaba encharcada porque sobre ella había caído no una garúa casi fantasmal sino un diluvio perfectamente recortado. Se desplomó y el estruendo que hizo su cuerpo al tumbarse contuvo el significado de una amenaza y los resentimientos del despojo. Y los demás lo siguieron aunque en seguida se produjo una corrida desordenada que era el intento de ponerse

a salvo de algún hecho aterrador que bien podía ser la continuidad de lo que acababa de suceder. Fue una huida apresurada, la necesidad vital de salir de allí.

Juana Fermina Reyes se juntó con las cuatro de su apellido y vocación y se encaminaron a sus habitaciones con la esperanza de tonificarse. La más impresionada era Aída —desde que el cambio de especie biológica de don Jacinto Ardanás se produjera precisamente sobre su cuerpo, el miedo a los hechos inexplicables se le había hincado en lo hondo—, pero la Reyes predominante se encargó de endurecerle la sensibilidad:

—Para mí que ella todo este tiempo vivió escondida en la casa, debajo de alguna cama, que aquí nadie barre bajo las camas, y ahora se hace presente con cara de milagro, justo cuando parece que Dionisio se va a morir. ¿Por qué no salió antes de donde estaba? Y cuando don Onofre hizo el conjuro, ¿quién no les dice que ella estaba metida dentro de su túnica, burlándose de todos nosotros?

—Pero el viejo se hubiera dado cuenta... —replicó Engracia.

—¡Vamos! Si la túnica estaba casi vacía... Seguro que ni lo rozó.

En el patio quedaron don Zósimo, Cenobia y Francisca, en la rigidez que protege los grandes, ardorosos sacudimientos. Francisca, como fulminada por la felicidad, era la que menos probabilidades tenía de hacer un movimiento siquiera leve. Y allí permanecía también la Sudario, que tenía puñados de mechas encendidas que habían estado volando como luciérnagas, como las fantásticas polillas de Crisanto, y no sabía si la quemaban o no. Y Carmelita, fija en el aire, como atada de una cuerda que nadie veía. Y Elvira, y Dionisio que lloraba no el llanto terroso de su desesperación sino un agua limpia.

Y, sin embargo, el patio parecía desierto.

Don Zósimo Lucas Ardanás sintió en su mano derecha la carga de una correntada que se arremolinaba buscando la manera de salir, y no se consideró con fuerzas ni con valor para seguir soportando ese peso que, sin duda, se acrecentaría y terminaría por desgajarle la mano; y se encaminó hacia el centro del patio ahora tan oscuro, tan secreto, y cuando sus pies rozaron el borde del camastro en donde estaba su hijo de pie

y se miró en su llanto y en el embeleso de ella, esa especie de resucitada, trazó el signo de una bendición caudalosa, hasta sentir que la mano se le aliviaba del peso de sus huesos y de su carne, y se le volvía ingrávida, casi transparente y, al mismo tiempo, llena de calor como si acabara de ser quemada viva.

Que no bendice quien no se quema vivo en algún trozo de su ser.

XII

Lo cierto fue que Elvira Simón regresó por sus propios medios, sin el auxilio de un oficiante que espantase a los malos espíritus, sin el socorro de los rezos, puesto que la procesión no se había ordenado para ella sino para Dionisio, y salió de donde estaba para pedir por él como los demás aunque con una imperiosidad más ardorosa. O acaso no tuvo necesidad de pedir porque bastó su presencia para que todo el calor de la vida volviera a ese cuerpo que había empezado a enfriarse desde adentro, desde el sitio donde se encuentra la sangre con el alma, que no es lo mismo que si el frío viene de otra parte. Y quién sabe si no hubo una correntada de calor en la bendición impartida por don Zósimo, que bastó y sobró para casarlos, para convertirlos en marido y mujer uniendo sus correspondientes fragmentos de amor y desesperación.

Nadie los volvió a ver desde aquella noche salvo Francisca y Cenobia que acudían a la apartada habitación donde se habían confinado, que daba a una de las terrazas, para llevarles alimento, panes de maíz, aves asadas y jarros humeantes de leche de cabra ordeñada por Francisca que, según decía, exprimía las ubres de manera tal que la leche salía más espesa, más llena de poderes porque arrastraba las sustancias secretas, los gérmenes de vida que anidan en los animales como una reserva de la especie, y algo debía haber de cierto porque las chivas ordeñadas por ella quedaban como entontecidas, echadas, y tardaban en recobrarse.

Es que era preciso que Dionisio saliese de su esponsalidez rápidamente, y también había que considerar el tiempo en que Elvira había estado sin comer, porque, ¿de dónde pudo haber tomado un bocado? Aunque ella debió haber encontrado la

manera de alimentar su ser promiscuo, entero o disperso, porque no mostraba los círculos que el hambre traza en la cara.

También Carmelita los veía desde la claraboya —parecía un murciélago blanco porque seguía vestida como en la procesión— pero por más que espiara no conseguía abarcarlos en una arrebatada totalidad como la noche en que los vio amarse y que señaló el comienzo de un caos o, por lo menos, puso de manifiesto un caos oculto revestido por la apariencia de orden que fluye de las costumbres.

Francisca entraba siempre con miedo de que Dionisio le dijera:

—Elvira no está. Se desvaneció de pronto. Si la vimos fue porque todos estábamos alucinados.

Y lo primero que hacía era arrojar sobre una mesa las frutas, las mermeladas que ella misma les preparaba, para tener las manos libres y ponerlas sobre ella delicadamente. Se quedaba muda como si la percepción de su corporeidad le exigiera el tiempo de una concentración intensa. Y se mordía los labios para no preguntarle dónde había estado todo ese tiempo. Tampoco lo había hecho Dionisio. Los dos temían que el recuerdo de la forma en que había continuado viva durante su ocultamiento la dañase, si es que tenía conciencia de lo que le había sucedido, y sofocaban las preguntas impulsivas y torturantes a las que tal vez no correspondía ninguna respuesta. Había momentos en que Elvira daba la impresión de estar envuelta en una atmósfera enrojecida y goteante que ella deshacía con sus manos.

Francisca la trataba como a una resucitada.

Y cuando salía de allí la asaltaban las mujeres con preguntas y comentarios, queriendo saber, porque no es justo que el que viene de donde nadie estuvo nunca no cuente nada y le dé a los otros el trabajo de imaginar cómo ocurrieron las cosas.

—¿Y? ¿No le dijo dónde vivió todo este tiempo?

Francisca callaba. Ellas mismas se encargaban de contestar.

—Eso ya lo sabíamos: en los hombres.

—Después de salir de allí, yo en su lugar me hubiera dado un baño de siete días.

—¿Cómo no le cuenta a la propia madre cómo hizo para salir?

Las viejas eran más comprensivas y lo explicaban:

—La que lo sabe todo es la Virgen. Fue ella quien la sacó y le puso una vela en la mano.

—A lo mejor ella no se acuerda de nada.

—O de todo, y se traga la lengua.

A duras penas Francisca lograba desprenderse del grupo pero a pocos metros encontraba otro que también ardía en curiosidad.

Eso no ocurría cuando Cenobia Palomar salía de verlos a Dionisio y Elvira. Nadie se atrevía a inquirirle nada. Ella se quedaba menos tiempo que Francisca en ese cuarto cuyo último morador había sido el primo hermano de su marido, don Jacinto Ardanás casi convertido en caballo, y nadie ocupó esa habitación en donde de vez en vez se oían relinchos y las paredes aparecían impregnadas del vapor que sueltan los establos. Pero como era la más solitaria y recibía el primer sol y los reverberos fantásticos de una techumbre de zinc fue la indicada para que la ocupasen los recién casados que se negaron a la fiesta de sus bodas que don Zósimo bendijera con la dramática rapidez de una extremaunción. Y que exigieron un aislamiento que Carmelita se propuso custodiar desde su altura infatigada. Fue, por consiguiente, el primer casamiento no celebrado en la casa desde los tiempos en que un Palomar eligiera ese sitio para echar la raíz de un lar gigantesco, enamorado del resplandor grisáceo de una arboleda que emergía más orográfica que vegetal, una meseta de hojas que terminó descuajándose mucho más tarde que él.

Aunque nadie tenía ánimo para una fiesta, la proposición surgió de un grupo de mujeres:

—¿Dónde se ha visto que no se festeje un casamiento?

—Además hace falta un poco de alegría, que en los últimos tiempos bastante hemos penado.

—¿O es que vamos a pasarnos la vida quemándonos las manos con sebo? Aquí lo que se necesita es meter en las ollas cuanto animal entre y abrir barriles de vino, que eso es lo primero para lo que sirve un casamiento.

Cuando Cenobia oyó de boca de Elvira y Dionisio que no de-

seaban ver a nadie, salvo a ellas dos y a don Zósimo y a la Sudario que hasta el momento les habían respetado la reclusión, bajó precipitadamente los párpados como ante una mala señal. No realizar una ceremonia debida le pareció otro de los signos anunciadores de la disgregación que se temía.

—Un casamiento debe ser celebrado —dijo.

Pero en seguida comprendió que Elvira ya no podía estar junto a los hombres de la casa, que el riesgo de que se formara otra vez un círculo lascivo en torno de ella y de que se produjera una segunda inmersión en el deseo de todos, no había desaparecido.

"Tendrán que vivir encerrados" —pensó con aprensión.

Fue la de ellos una reclusión comparable a la de un cuerpo antes de su nacimiento; es que, en realidad, debían aprender a ser un solo cuerpo, y en sus actos de adoración se intercambiaban la humedad de sus ojos, los destellos interiores de los enamorados y la miel que exudaban como una resina gozosa. Necesitaban aún reposar de lo que cada uno había tenido que recorrer para llegar al otro, del esfuerzo por salir de ajenas convulsiones para tener el derecho de la propia convulsión, la que uno ha elegido para sí. Y necesitaban ofrecerse recíprocos asideros, crear un calor envolvente, una piel compartida. Dormían abrazados y en sueños sus bocas se buscaban e iniciaban un diálogo inconsciente mientras sus perfiles se excavaban, se pulían, se combinaban para formar un solo rostro, una mitad oscura y otra clara que se teñían simultáneamente esparciendo sus tintas hasta conseguir una tonalidad pareja, la que acaso correspondería a sus hijos, una mancha apacible que el sueño contribuía a mantener inviolada.

Y cuando despertaban se miraban como si acabaran de descubrirse, como si el amor siempre tuviera que pronunciar sus primeras palabras y agitarse con sus primeras turbaciones. Saltaban hasta la ventana a mirar el sol y se sentían salvados, y reían y corrían por la habitación como por un campo en donde pastaba mansamente el Ardanás que había vivido y muerto allí con la piel convertida en cuero de zaino claro y bienestar de hacienda. Igual que su caballo al que, de haber vivido unas semanas más, hubiera llegado a asemejársele del todo.

Era la hora en que llegaba Carmelita.

Liberato Bermejo respetó o, por lo menos, admitió los primeros diez días de ese aislamiento que atizó su lubricidad burlada porque eso era lo que sentía, una suerte de escarnio en su condición de macho cabrío, y el hecho de no haber provocado él solo el arrebatamiento de Elvira no lo hacía sentirse menos perjudicado. Diez días necesitó su rencor para amasarse debidamente. Se había propuesto recuperar a Elvira pero no formando parte de un ser colectivo sino solo, y no a través de una posesión difusa que, después de todo, en ningún momento dio una señal de cosa consumada, que fue una nebulosa y terminó confinándose en la imprecisión de una idea que giraba por toda la casa en vez de ser una sensación física, lo que todos ellos se quedaron esperando después de comprobar que Elvira había sido absorbida por cada uno al mismo tiempo, en forma más preponderante por él, el primero en ponérsele al lado y el más turbulento de todos, un gigante en llamas no sólo a causa de su pelambrera sino de su sangre que probablemente duplicaba en cantidad a la de los demás hombres, resignados a sus hilos de fluir metódico y que en nada se le parecían, ya que su sangre le inundaba el cuerpo, le formaba cataratas o estancamientos hirvientes, casi siempre en el mismo lugar.

No sabía con exactitud cuál era el aposento en que los dos permanecían encerrados, ni siquiera en qué ala de la casa estaban, convencido de que no saldrían de allí quién sabe por cuánto tiempo. Se sentía con fuerzas para tirar la puerta abajo, y empezó a husmear el aire que llegaba a los convergentes corredores con la intención de descubrir un desprendimiento del olor de Elvira Simón porque él se valía del olfato como los animales en su reconocimiento del medio y sabía que tarde o temprano llega el olor de la presa despavorida.

Y comenzó su deambular por la casa, sin preguntar por ella a nadie, ni a los que de buen grado se le hubieran reunido en la búsqueda, porque el acecho debe ser silencioso y estar bien disciplinado por la astucia. Se encomendó a su instinto persuadido de que él había sido el único poseedor de Elvira, que los demás sólo habían estado allí para amurallar y encubrir eso que nadie nunca podría explicar, ese apoderamiento que no se valió de las formas conocidas de la rapacidad, que creó

otras nuevas. Y una vez plantada la idea en el centro de su acaloramiento, poco necesitó Liberato para creer que Elvira le había sido usurpada merced a algún pacto demoníaco concertado durante la procesión porque el hecho de que hubiese flameado el estandarte de la Virgen no bastaba para probar el carácter religioso de esa marcha fatigosa en la que no había habido un solo ruego nítido, una invocación que ahuyentara los malos hollines que quedaron suspendidos en ese patio después de todo lo que sucedió. Afirmado en la sospecha de que a él se le había birlado un trozo precioso de carne viviente incorporado a su cuerpo, entró en el laberinto de una búsqueda que lo exacerbaba y le hacía perder la orientación; y a veces se quedaba inmóvil a la espera de que una ráfaga de la miel caliente que era el sudor de ella le golpeara la cara. Por momentos tenía la sensación de que la casa crecía porque descubría más sótanos que los que había calculado, como si la casa hubiese comenzado a enterrarse lentamente, y recintos ruinosos en los que no había entrado nunca y que parecían brasas de abuelos y de bisabuelos.

El engullido ojo de don Blas Ahumada no le ayudó a ver lo que quería.

De eso bien que se hubiera reído don Onofre.

La que no podía ignorar dónde se habían metido los recién casados era Carmelita. Una tarde intentó sobornarla:

—Si me decís dónde están ésos te doy lo que me pidas.

—¡Qué sé yo! —mintió la otra—. ¿Y para qué lo quiere saber?

Y mientras Liberato pensaba: "Si ésta anda por el aire es porque está loca, y a una loca, ¿quién la saca de su terquedad?", Carmelita se decía: "Si Liberato se la lleva con él a Elvira, Dionisio se queda solo". Otra vez su obsesión, su abismal esperanza. "Dionisio se queda solo". No hesitó, no se produjo en ella la casi imperceptible ebullición con que los escrúpulos se hacen sentir antes de tomar forma.

—Se lo digo —musitó, temerosa, no de lo que podía suceder sino de que alguien la oyera.

—¿De veras? ¿Y qué me pedís?

—Nada.

El pelirrojo no perdió tiempo en querer averiguar las cau-

sas de esa inesperada dadivosidad, y tomó nota no en su memoria sino en su instinto de las indicaciones de Carmelita. En su carne deseosa, voraz, el recorrido quedó marcado sin posibilidad de error. Y antes de emprenderlo quiso agradecerle con una palmada a la desgravitada y, sin querer, la hizo trastabillar peligrosamente porque en el aire no hay de dónde agarrarse.

Elvira y Dionisio habían determinado la conclusión de su encierro ese mismo día en que el sol se les acercó aún más y el aire de su habitación se rarificó de golpe como expulsándolos. Habían recobrado la cantidad de vida que de una u otra manera les había sido hurtada, y se sentían fuertes y preparados para crear un sol que les flotara en la sangre, cargados de simiente como para fundar ellos también un pueblo. Abrieron la puerta, dieron unos pocos pasos vacíos de todo rumor. No había nadie. Se dispusieron a bajar por una escalera retorcida que parecía de hierro quemado, y aspiraron por última vez la atmósfera compuesta por la evaporación de los ladrillos, las puertas, las epidermis humanas, las ropas, la atmósfera que se forma con todo lo que sueltan las casas y sus habitantes, sintiendo que se desgajaban, viéndose los trozos de carne viva provocados por el desprendimiento.

En el rellano oyeron la proximidad de una respiración remolineante. Y lo vieron a Liberato Bermejo y detrás de él a Carmelita que se trasladaba como un cuerpo celeste y que no se había contentado con señalarle el camino al otro, porque la curiosidad se le había despuntado con fuerza y quería ser testigo de lo que podía pasar aunque se la acusara de haberle descubierto a Liberato el cobijamiento de ellos, que debía ser lo más secreto posible, según las palabras de Cenobia. Y que para eso se había elegido un cuarto tan aislado, se puede decir que sin vecindades.

El hombrón la miró a Elvira sin conciencia de que el estremecimiento victorioso que lo recorría le aflojaba las fuerzas, de que la súbita voluptuosidad que se le instalaba por todas partes le ablandaba la agresividad.

No le importó la presencia de Dionisio. Tal vez ni lo vio siquiera.

Ellos se quedaron inmóviles. Liberato subió pesadamente dos o tres peldaños.

—Te venís conmigo —le dijo a Elvira.

Dionisio se arrojó sobre él, ágil y endurecido por una desesperación que lo volvió semejante al viento que en el páramo lo desbarataba a don Onofre, y que él había visto. Pero la lucha sólo podía ser desigual porque el otro era gigantesco.

Carmelita se quedó rígida, sin poder dar las voces que quiso dar, sintiendo que se desplomaría apresada por la gravitación. Sin embargo, no cayó; sólo que estaba imposibilitada de abrir la boca, con la sensación de que se quedaría muerta en el aire en cuanto el otro acertara a golpearlo a Dionisio; ni pensar que pudiera sacarle sangre.

La que no permaneció en donde estaba fue Elvira Simón. Le bastó verlo a Dionisio lanzarse sobre el otro para subir y correr a la habitación en donde ya se había formado la costra de indolente exasperación del abandono, y buscar un cuchillo y volver a la escalera a tiempo para arrojárselo a Dionisio, repitiendo su nombre como si la voz le abriera tajos en todo el cuerpo y le saliera ensangrentada y salvaje. Porque ella lo llamó de esa manera, lo alentó así, fue su forma de luchar junto a él, y antes de que algunos oyeran y se dispusieran a ver lo que sucedía en ese sitio casi tan confinado como el burdel de las Reyes, Liberato advirtió el cuchillo en manos de Dionisio, y no sólo esa lámina acechante, también la cara enfurecida, implacable de él, otra clase de fuerza y de decisión, no como las que él conocía.

Fue Elvira la que sacó el cuchillo de manos de Dionisio cuando lo vio hundirse, no sabía dónde, antes de que el acto se repitiera, y la que lo arrastró al muchacho para impedir el encarnizamiento o la crispación de las venganzas redobladas.

Del cuchillo goteaba no una sangre principal, es decir, que manara de un lugar clamoroso, sino una sangre de superficie que se había asomado de uno de los hombros de Liberato pero que bastó para enrojecerle todo el brazo y obligarlo a él a una pausa para comprobar si el brazo seguía colgando o estaba por descolgarse, y que Elvira y Dionisio aprovecharon para salir de eso que podía entramparlos sin liberación posible

porque la salvación no es algo con lo que se puede contar a cada momento y a veces aparece para durar un segundo.

Se fueron por una de esas aberturas de los fondos por donde seguramente se escabulló el propio Liberato el día en que se le cortó el milagro a don Onofre. Y una vez afuera se internaron en una plantación que sumó pólenes y jugos viscosos y fuertemente aromados a sus cuerpos; y más tarde se vieron en una lonja verde clara, en una tierra firme de la inmensidad. Y cuando volvieron sus caras agitadas y misericordes, culpables y salvadas, vieron la casa lejos, oprimida por una distancia que no era mucha pero que poseía una profundidad desgarrante.

Y después se estrecharon en esa especie de furia alegre que da la libertad. Y cuando dejaron los altos pastizales en los que se habían metido con un movimiento de aves zancudas, volvieron a mirar el pueblo fisurado, revuelto, resumido en la casa babilónica que ahora semejaba una figuración, un despojo ceniciento. Desde esa distancia era imposible percibir el rostro que Cenobia Palomar tenía en ese instante, también un despojo y también ceniciento.

Y consumaron el desprendimiento estrechándose tanto que bastaba que uno solo de ellos diera un paso para que el otro se sintiese caminar.

Los sobrecogió un relincho semejante al del pariente caballo, agudo y tan lejano que comprendieron que ya estaban fuera de esa especie de isla no limitada geográficamente sino por imperio de una consanguinidad que organizó sus entroncamientos y ramificaciones en torno de una autoridad que pretendió la omnipotencia con el auxilio de santones y gentes hechas para el acatamiento. Lucas se había marchado solo. Dionisio y Elvira trasladaban lo que quizás era la última sustancia con capacidad creadora, hacedora, que había quedado en el clan ya agotado. Con ellos emigraban las correntadas vivas del amor, y la casa quedaba seca; con ellos se iban las turbadoras exudaciones de panales silvestres, la posibilidad de una continuidad que restableciera los impulsos.

Traspasado el aro que todavía podía contenerlos, un cerco subjetivo con fuerza suficiente para oprimirlos a la altura del pecho y determinar su retroceso, Dionisio y Elvira se miraron como si acabaran de encontrarse. Es que cada día, cada hora,

experimentarían la sensación del encuentro. Y de pronto se sintieron más alegres, disuelta la sustancia nociva, compleja, hecha de culpas y miedos de que también se alimenta la nostalgia.

Dionisio comprendió que la bendición de don Zósimo lo ayudaba a andar. Y desde lejos le sonrió a su padre.

Después de esa lucha rápida al pie de la escalera, los primeros en llegar y que no pudieron testimoniar nada, le lavaron la sangre a Liberato que se negó a declarar quién le había tajeado el hombro, y nadie se atrevió a preguntárselo dos veces porque temieron la fogata rabiosa en que se había convertido su cara, y todos pensaron que la de la cuchillada debía ser Carmelita, la única que se encontraba allí, incrustada en el aire, y que no podía avanzar ni retroceder, ni subir ni bajar, porque indudablemente estaba aterrada por lo que había hecho. Quiere decir que a la primera complicidad de Liberato y Carmelita siguió una segunda, que fue tácita pero no menos perfecta que si se hubieran acordado las condiciones y los pormenores. Ninguno de los dos contó nada de lo sucedido. La que la increpó a ella fue la mujer de Liberato:

—¿De modo que vos le clavaste un cuchillo a mi marido? ¿Se puede saber por qué?

Ya se había corrido la voz.

La mudez de Carmelita era un silencio de labios cosidos y vueltos a coser infinidad de veces.

—Me lo imagino. Habrá querido meterte la mano. Pero ése no aprende la lección. Todavía sangrando se fue a verlas a las pelanduscas de arriba.

De los labios cosidos se filtró un hilo de voz.

—¿A las qué?

—A las putas esas que ya van a pagar su desvergüenza bien caro. Porque, por si no lo sabés, muchas de nosotras nos hemos puesto de acuerdo en echarlas.

Esa noche Carmelita había dormido mal. El hecho de que su cuerpo hubiese perdido la facultad de posarse de pie o tendido, después de su primera levitación, le provocó un insomnio múltiple y no pegó los ojos en toda la noche. Es que es malo dormir en el aire. Y para ella fue peor después que lo viera irse a Dionisio, imposibilitada de seguirlo por esa parálisis

que le había dado y que le duró casi tres horas y que aflojó gracias a los tirones que le dieron algunos, y cedió por fin cuando uno de los Simón se le colgó de los pies hasta hacer crujir el aire, y ella no se vino abajo pero recobró el movimiento; el que se dio el golpe fue el otro. ¿Y cómo alcanzarlo a Dionisio que tal vez había salido como un vendaval llevándose a Elvira? Y durante horas y horas se estuvo sobre su cama, recostada en el aire, a un metro escaso de las cobijas, recogiendo las imágenes que dejan los hechos estremecedores y que alguien tiene que juntar. Y a la mañana, cuando salió de su estrecho aposento que más parecía la jaula de un pájaro irrisorio, se fue a la habitación que ellos habían dejado desierta para percibir, para respirar lo que había quedado de Dionisio.

Era muy temprano. Todavía no había llegado Francisca. Estaría ordeñando a la más suculenta de las cabras, a la manera de ella, que después las dejaba atontadas como si alguien las hubiese apaleado.

Y de pronto sintió un hormigueo punzante en todo el cuerpo, una compensación de la parálisis que la había atrapado el día anterior en que no pudo y no quiso contar nada de lo sucedido, de lo testimoniado por ella, el perenne testigo, y a ese hormigueo se unió una apremiante necesidad de trasladarse, y emprendió el vuelo sin alas que se había convertido en su manera de andar, y con la violencia de un desbordamiento entró y salió de cada uno de los recintos que componían la casa, y se puso a vociferar como si su garganta contuviese las voces de todos, y aullando como la Sudario informó que Dionisio y Elvira se habían ido de la casa el día anterior.

Cenobia fue la primera en entender. Las palabras le llegaron con la nitidez de la impiedad, y pensó que iban dirigidas únicamente a ella. "También Dionisio" —alcanzó a decirse antes de sentir que la sangre se le endurecía. Y cuando Carmelita se le acercó para repetirle lo que ella había oído bien, no la miró siquiera porque estaba viendo las caras de sus tres hijos fijas en el aire: en el centro la de Crisanto casi envuelta en las inexplicables maripositas que se desprendieron de él, en realidad el único que se había quedado aunque ella ignorase en qué sitio, porque terminó admitiendo que su cuerpo tenía

que estar no lejos de la casa, pero prefirió no saber qué árbol, qué matorral le hacían compañía. "También Dionisio" —se repitió sin mover los labios, que para qué los quería ahora.

Esa misma mañana a Liberato Bermejo se le había cerrado la herida; tenía una encarnadura prodigiosa. Estuvo tentado de montar un caballo joven y darle alcance a Elvira que caminando no debía estar demasiado lejos pero desistió porque, en realidad, no se avenía muy bien a las cabalgaduras desde que se le desbocara un alazán tempestuoso mientras a cada veinte metros la muerte se le ponía delante haciéndole guiños y señas, hasta que por fin el animal se detuvo y él necesitó palparse durante más de media hora para comprobar que estaba con vida y que la otra había dejado de rondar; y juró no montar siquiera una mula enteca. La rabia le llenaba la barba de espumas y maldiciones. Para eso había estado metiéndose en cuanto agujero tenía la casa con el afán de desocultarla a ella y disputársela al otro —no le importaba que fuese su marido— e inmiscuirla en su carne pero esta vez vivamente y llevársela adonde no los pudieran encontrar. Para él todo había salido mal. Y siguió lanzando sus imprecaciones y no le importó maldecirlo al difunto don Onofre, el primero en intentar el rescate de Elvira —que quién sabe cómo la hubiera hecho aparecer, un hilo como él, un espantajo—, y después a todos los que habían participado de la procesión, inclusive él. Se sentó en un banco de piedra. No atinaba a nada. Comprendió que sin Elvira Simón la casa había dejado de cobijarlo, que no soportaría permanecer allí. Y lo irritó aún más verla a Carmelita inspeccionando su convulsión. Ese trapo humano sin peso, todo ojos, le espiaba la furia que guardaba dentro y que necesitaba comprimir más todavía para que alcanzara la potencia de un fenómeno natural. Quiso espantarla pero no lo hizo: algo tenía que agradecerle.

Liberato Bermejo se agarró de donde pudo, es decir, de su cólera.

Y ya no le bastó con la idea de irse él solo. Se propuso arrastrarlos a todos a un éxodo que no debía obedecer a consulta alguna para que la reflexión o las blanduras de una prematura nostalgia no perturbasen su ímpetu; porque lo que quería era crear un aluvión que arrasase con todo. Y antes de

decir una palabra a nadie se bebió el vino que sabía a recién remostado, todavía inmaduro en el fondo de un tonel, y sintió que la realidad se le sometía a medida que el vino se le volvía vindicativo.

La idea del éxodo fue suya. Pero la gran conmoción la capitanearon las cinco rameras. Las Reyes se exaltaron hasta *lo indecible: era precisamente* lo que querían. Festejaron la decisión de Liberato entronizándolo en el burdel, no permitiendo que entrara otro hombre, dispuestas a una baraúnda que significara el impulso inicial para que todos se pusieran en marcha hacia la ciudad facetada y estallante que en algún lugar debía existir, ellas a la cabeza, dirigiendo la expedición alborozada, ese tajo de libertad que se les abría y que llegaría a ser cada vez más ancho. Por cada fuerza que perdieron esa noche ganaron tres, y a la mañana siguiente, en lugar de dormir como era la aconsejable costumbre, trasladaron la algarabía de un sitio a otro, desorbitadas y seguras de que impondrían esa suerte de jefatura rebelde que las había envalentonado. Porque ninguna de las mujeres decentes se atrevió a darles vuelta la cara, impresionadas por lo que ellas proponían con una *vitalidad contagiosa.*

Fue como una inundación, que uno la advierte cuando le ha tapado medio cuerpo, y entonces ¿cómo correr, cómo ponerse a salvo?

—Aquí no hacemos más que penar y penar —gritaba Juana Fermina, justamente ella—. Aquí nos vamos a morir como ratas, ¡peor que ratas!

Los que la oían pensaban que no le faltaba razón, que la casa se había convertido en una enorme cueva atosigada por malos espíritus —los espíritus de la desunión—, hubiera dicho Cenobia.

Y cuando el desbordamiento de Juana Fermina Reyes llegó a una culminación ornada de risotadas, ella se puso a bailar *en un ángulo del patio levantándose las ropas,* y lo mismo hicieron las otras cuatro, y en vez de espanto provocaron la dilatación de una alegría ruidosa que no tenía bien establecidas sus razones pero que se afianzaba como una necesidad instintiva que se le escabulle al razonamiento. Y en seguida hubo

el aleteo de la curiosidad y un amontonamiento de ojos abiertos a la aventura.

Pocos días necesitaron las cinco mujeres para soliviantar a las otras. Dejaron el burdel, las puertas abiertas de par en par, y se abocaron a esa otra tarea gigantesca y no difícil porque la idea del éxodo ya había prendido.

—¡No vamos a dejar los huesos aquí! —vociferaba Juana Fermina mientras sentía su corpulencia nutrida de capitanía—. ¡Y menos las carnes!

En realidad, ella sola hubiera configurado una emigración populosa. Y no se daba un respiro, y zamarreaba a los indecisos, a los tozudos, y junto con las otras sacudía a las remilgadas y repartía su entusiasmo recrudecido y se colaba por todas las puertas como una ráfaga, y apuntalaba una voluntad, y soplaba una reticencia, y los rincones, las escaleras, los sótanos, se llenaron de su risa basta. Y las cinco llegaron a convencerla a la mujer de Liberato de la necesidad de irse, y a otras más reacias, sin embarullarse en argumentos pero sí esparciendo fogosidad en los ánimos. Y sacaron muebles a las galerías y colchones a los patios, revoltijándolo todo.

Y cuando llegó el día fijado, Liberato Bermejo empezó a dar órdenes, voces de mando que retumbaban como en una caverna. Y en seguida se impuso con la violencia de una embriaguez que se extendía a todos, y consiguió ordenar una masa humana impaciente por salir de allí sin preguntar adónde. Y el patio mayor volvió a llenarse de gente, otra vez ese maldito hervidero de los que se juntaban codo a codo dispuestos a cumplir órdenes que esta vez no eran dadas por Cenobia Palomar ni por la cáscara metafísica que en algún lado debió dejar el santón y que probablemente los conminó a algo que nadie entendió bien. Quién sabe si no a lo que estaban haciendo ahora.

Carmelita, colgada de un aire de tormenta fijo allí como un techo, lo miraba todo. Ya hacía días que la había enterado a Cenobia.

Tres de los Bermejo se ofrecieron a llevar a los paralíticos, los más apurados en irse. Y veinte hombres fuertes, ayudados por los perros, se ocuparon de reunir la hacienda, el ganado cabrío y el vacuno, y las caballadas. Se cargaron carros con

los cueros de las barracas y el maíz que había aún en los graneros, se juntaron las herramientas de trabajo; en diez carretas que estaban allí desde la fundación del clan, polvorientas, revestidas de un polvo de huída o de apresurada trashumancia, se pusieron toldos y muebles y barricas llenas de comida y de vino. Y el ajetreo duró hasta entrada la noche, dirigido por el pelirrojo y las rameras, siempre más frenético, como si en vez de cansarse la gente se descargara de antiguos pesos, fustigada por la curiosidad, por un hecho jamás imaginado y que de golpe se volvía urgente.

—¡Lo único que pueden dejar son los cuernos! —les gritaba Juana Fermina a los hombres. Y no se sabía si era una orden o una burla.

Liberato Bermejo revestía de iracundia su autoridad y en sus órdenes entremezclaba el vaticinio del inminente derrumbamiento de la casa a las promesas de una vida más libre. Y el miedo los ayudó a terminar la enmarañada tarea, aunque llevarían sólo lo necesario porque no era cosa de vaciar esa cantidad de recintos en donde el tiempo había juntado de todo. Y hubo objetos que se resistieron a salir, a ser arrancados de las paredes o de los rincones. Y no faltó quien se aprovisionara de uno que otro puñado de esa ceniza que había sido el último colchón de don Onofre, por si acaso, para llevar algo con poderes, no era cuestión de dilucidar si buenos o malos, lo importante era no partir tan desprovistos de algo que tuviera fuerza y también significación, y esa ceniza podía proveer unas cuantas pizcas de la sagrada incineración de los antepasados.

Los chicos querían llevarse al ángel.

Sumergido en brumas vinosas, Liberato insistía en anunciar que la casa estaba a punto de venirse abajo, que en instantes quedarían sepultados sobre todo considerando los espesores tremendos de la construcción, esa mampostería añosa que debía estar carcomida, con los cimientos disueltos igual que raíces que se pudren. Y después retomó el hilo de las maldiciones que le habían quedado fermentando en la garganta obligándolos a todos a un apresuramiento despavorido que debía abrirse paso en medio del aire gregario instalado allí como una niebla dura.

—¡Más rápido! —ordenaba fuera de sí.

La gente empezó a temerle y, por lo mismo, a seguirlo.

Las Reyes quisieron llevarse por lo menos algunos de los espejos; dos, los más grandes, se les hicieron pedazos, los últimos esparcidos fulgores del abandonado lupanar.

Al entrar en su cuarto, Alda tuvo un recuerdo para don Jacinto Ardanás. Se asomó al cielo de su ventana y le hizo un saludo con la mano. Pensó que si hubiese vivido todavía, ella se habría ido montada en él.

Un grupo de mujeres se apersonó a Cenobia que estaba en su aposento mirando algo que los demás no veían, acaso los tres rostros que se le habían fijado en el aire.

—Nos vamos, Cenobia.

—Es mejor que nos acompañe. No se va a quedar aquí sola.

—Mire que los techos la van a aplastar.

—Algún día tenía que suceder...

Cenobia no las veía pero las palabras le abrían tajos. Claro que su sangre no salía de cada una de las lastimaduras porque estaba seca. Sólo se le ocurrió decir:

—No es la casa que se viene abajo. Somos nosotros los que nos estamos desmoronando.

Una de las mujeres, una Ahumada altiva, le replicó:

—¿Y a quién puede reprocharle algo usted? Si siempre hemos vivido obedeciendo sus órdenes y bajando los ojos cuando la teníamos delante, en señal de respeto.

—Sí —asintió ella—. Es cierto. Y si alguna vez tuve dureza fue para hacer más fuertes las ataduras y que la unidad no se resquebrajara. Pero ya no puedo hacer nada por nadie y menos por mí.

—¿Se queda, entonces?

—Sí.

No le dijeron una palabra más; les dio miedo el gris de plomo que tenía en la cara.

Como su predicción no daba señales de cumplirse, a las seis de la mañana, cuando la emparentada muchedumbre se aprestaba a su emigración, Liberato Bermejo hizo una antorcha y le prendió fuego a cuanta cosa combustible encontró en las diez habitaciones que daban a una de las galerías. Y traspuso el portal para encabezar esa caravana alborozada y por mo-

mentos lúgubre a causa de los mugidos y las voces de un cansancio que de repente se hacía sentir.

Nadie le había insistido a Cen bia: "¿Cómo se va a quedar aquí sola? ¿Por qué no viene?"

No se quedaba sola. Don Zósimo y la Sudario no se habían ido. Tampoco Francisca Simón. Y la vieja de las gallinas, como cumpliendo una condenación gozosa, no se había despegado de su silla, y sus manos descarnadas y hábiles oprimían los canutos de un gallo moribundo.

Durante un trecho largo, unos cuatrocientos metros, Carmelita sobrevoló la enorme mancha viviente, mixtura de gentes y bestias, y todos creyeron que ella se sumaba a la deserción y poco después la vieron rebotar como si hubiese chocado contra una invisible solidez, y observaron su regreso y las primeras llamas altísimas en la que todavía era una de las alas de la casa.

Se oyó el bramido de Liberato Bermejo y el rumor oscuro, atormentado, de una despedida que no acertaba con su forma y permanecía estancada y que acaso ya había empezado a corromperse.

Don Zósimo miró el fuego.

Jamás lo había visto con esas dimensiones. Una vez vio incendiarse una palmera y otra vez una parva. Pero éste era otro fuego, multitudinario como había sido el clan, una mole revuelta, otro de los paisajes que él desconocía, aunque ausente en sus mapas.

Sonrió. La mano que había bendecido se abrió como a la espera de recibir algo. Se sentía agradecido. Dio dos pasos hacia la hoguera fabulosa y el calor le penetró el corazón hasta hacerle experimentar un bienestar que no podía compararse a otros. Y después siguió avanzando. Puede afirmarse que el fuego estaba compuesto por llamas muy diferenciadas entre sí —ningún fuego es homogéneo— y que había, inclusive, en el centro de la radiación una especie de pasaje. Y don Zósimo dio algunos pasos más y entró en ese corredor azulado, sin dejar de sonreír, sin dejar de sentirse agradecido. Y no se detuvo siquiera para sacarse las máscaras carbonizadas que se superponían en su rostro. Estaba maravillado. Pasaba de uno a otro paisaje, tenía a su alcance, efervescido y complejo, en

una especie de compresión, el mundo que había querido recorrer.

Incursionó en un bosque de estípites rojos y aspitó la fragancia vegetal del verano, y se internó con los pasos que él siempre quiso dar en los suelos del mundo, los pies llenos de libertad, sin necesidad de fijar un punto de referencia para el regreso. Pero no tenía sus mapas en la mano y no sabía exactamente en qué lugar estaba. Y cuando abandonó los tallos que se movían porque probablemente había viento o un huracán como en el páramo, se encontró frente a un río precipitado. El escozor de la aventura lo dirigía. Don Zósimo se sentía feliz. Vacilaba por momentos en la elección de la dirección que debía tomar, y cuando vio las montañas en movimiento, tan cerca de él que si hubiese tenido un pico se habría animado a escalarlas, no salió de su embeleso porque nunca había visto la tierra emergida de su horizontalidad, esa rebeldía, y sólo se atrevió a dar unos pasos en el terreno escarpado y fulgente sin animarse a ganar altura porque sabía que en esos casos es imprescindible un pico y también una cuerda capaz de resistir; y se asomó a los precipicios, y continuó su exploración hasta sentir un rumor de mar. Se había orientado bien porque lo que tenía ante sus ojos quemados pero vivos era un oleaje acompasado sobre el que se veían pájaros oscuros. Porque don Zósimo Lucas Ardanás también descubrió pájaros. Se sentó en un redondel de lo que a él le pareció una arena agrisada con la sensación de que había andado días enteros, días y noches en que no tuvo necesidad de dormir, despierto de una manera diferente.

"Cuánta luz" —pensó. Es que nunca había imaginado que el mundo podía ser tan radiante. Y después se incorporó, siempre extasiado, y reanudó un andar que en pocos instantes lo trasladaba de un paisaje a otro. "Lástima que todavía no he encontrado a nadie" —se dijo. Ahora quería ver el paisaje de los rostros humanos, llevar a cabo ese antiguo deseo suyo, el de conocer a cada uno de los habitantes de la tierra, es decir, a sus contemporáneos, porque siempre le pareció una impiedad ignorar las otras vidas simultáneas, estar de espaldas a los que comparten los propios días o pavorosamente lejos de ellos. Quería estrechar infinidad de manos. Miró su diestra. La ma-

no que bendice es la que más manos debe estrechar, y en ese momento le pareció un co'ajo inservible. Pero se reanimó en seguida. Tal vez todo consistía en seguir caminando ya que hay que admitir que hay zonas despobladas; seguramente encontraría a alguien.

"El mundo es caliente" —pensó. No tenía hambre ni sueño y estaba convencido de que su exploración llevaba, por lo menos, ocho o diez días. Lo que le llamó la atención fue que en todo ese tiempo ni una sola vez se hubiese hecho de noche. Tampoco había visto el sol. Acaso había estado caminando sobre un sol enterrado y de ahí la continuidad del fulgor. "Es que uno no sabe qué hay debajo de la tierra. No están solamente los difuntos. Puede haber de todo. También un sol" —se dijo. Lo malo era que no se le había ocurrido llevar un pico porque entonces se hubiese puesto a excavar. "Siempre hay que proveerse de una buena herramienta, por lo menos de una pala" —pensó.

Había lugares en que la luminosidad se volvía intermitente, y otros en que la luz estallaba. Sí; estaba seguro de que allí había sido enterrado un sol, y eso explicaba el calor abrasante y también la falta de poblaciones. Era, sin duda, una zona tórrida preferible a las vastedades heladas en donde el cielo se solidifica.

Su vida le pareció tan alejada de él que ya le resultaba inapresable aunque hubo un momento en que pudo pensar en Dionisio, y después en Lucas, un momento en que trató de estrecharse a sí mismo con los brazos repentinamente agobiados para sentir que la cabeza de Crisanto yacía sobre su pecho. Y la recordó a Cenobia como a alguien que había estado en su ser y lo había traspasado para no permanecer allí sino afuera, en el convulso y a la vez fijo centro de la casa. Y tuvo un pensamiento para la Sudario: ¿Lo vería a Dios? Tal vez él también lo vería, quién sabe si en un desierto luciente o en un suelo de carbones brillantes, es decir, el suelo donde estaba ahora. O tal vez en el sol sepulto que debía de haber allí. Pero siempre para descubrir las cosas hace falta algo que excave, un pico, una pala, y él no había llevado nada consigo. Sólo que se había puesto a andar porque de pronto se encontró ante un paisaje nuevo y ahora no podía precisar si había sido cerca de

su casa o una gran distancia puesto que los pasos no miden nada, ni siquiera son lineales sino profundos porque no es verdad que se suceden sobre las superficies sino dentro de uno y a la vez dentro del mundo y también penetran la carne de otros seres. Porque caminar es siempre algo misterioso, no como se suele creer, una simple traslación. Es un acto reverente y, al mismo tiempo, un desencadenamiento.

El fuego extendido hasta el punto de abarcar media casa, inverosímil a los ojos de Cenobia que no lo había visto entrar a su marido por el pasaje azulado que en un comienzo lo dividió en dos; el fuego que Francisca, la Sudario y Carmelita contemplaban casi con religiosidad, comenzó las labores terminantes de su propio estrangulamiento. La habitación donde Dionisio y Elvira estuvieron recluidos había desaparecido totalmente, y también la que fuera templo y guarida del santón, que soltó un montículo de cenizas anticipadas. Hasta el comedor infinito y la cocina no había llegado la ígnea turbulencia, de modo que el ángel y la vieja de las gallinas estaban cada uno en su sitio.

Don Zósimo siguió caminando sin ver la devastación, sin advertir que recorría las planicies interiores del incendio, que se metía en sus túneles, sin dejar de sonreír, sin dejar de sentirse alegre.

Sin darse cuenta de que estaba carbonizado.

XIII

El día siguiente olió a desolación, a derrumbe, a hueso quemado. Sólo la tercera parte de la casa había quedado en pie; el resto era algo así como una zona extrañamente pantanosa sobre la que se había amontonado un paisaje escarpado y violento.

Cenobia Palomar estaba en el gran patio parte de cuya superficie había permanecido intacta, una testimonial parcialidad de cuanto había acaecido; miraba el caos furioso que sería, en adelante, si es que aún había un tiempo venidero, la arquitectura a la que debería habituarse, porque ¿quién limpiaría todo eso?

Se volvió hacia Francisca, impávida a un paso de su sombra.

—¿Y Zósimo?

—No sé. Debe haber partido.

—¿Lo viste irse?

—No.

Carmelita inspeccionaba las brasas, era traída y llevada por corrientes de hollines, escudriñaba la composición de ese desorden, no sin miedo, porque en cualquier momento podía rebrotar un fuego que acaso sólo estaba reposando. Reconoció un capitel, los baldosones de una terraza, una moldura. Y nada más porque las cenizas son indescifrables. Y volvió a recorrer ese aire impuro tratando de encontrar el centro de aquello que el día anterior no estaba y que ahora formaba parte de la casa, un ámbito fatídico que nadie expulsaría de allí, y después se alejó hacia lo que podría significar un límite, aunque esa área de hecatombe no estaba delimitada porque la soledad circundante participaba de su condición.

Cenobia no se movía. Puede decirse que la visión de eso

que en realidad debía tomarse como la culminación de una derrota, el despojo de un combate adverso, no la había sorprendido. Ella sabía que la agonía de un ser, de un clan, de un mundo, es una sublevación, es un combate, que nada se va pacíficamente. Desde la silenciosa partida de Lucas había temido eso que ahora tenía delante de los ojos. Fue la única que advirtió los tumultos subrepticios, las abiertas fisuras, a sabiendas de que lo que está a punto de terminar da una conmoción tan grande como grande fue su solidez. Es que la agonía es más convulsa y está más llena de pasión que la vida que confía en seguir siendo.

—No creo que Zósimo se haya ido —le dijo a Francisca.

—Él siempre quiso irse, tocar el mundo que de aquí no vemos.

—Pero no tras ese loco de Liberato.

—Sí, eso es cierto.

Carmelita lograba descender a un palmo de la incineración que por momentos parecía fastuosa, y en seguida ganaba altura contra su voluntad; y una de las veces en que se esforzó por aproximarse, en uno de los extremos de ese amontonamiento, lo vio a don Zósimo, aunque no se dio cuenta de que se trataba de él, que cómo reconocerlo si parecía una cruz más que una figura humana, aunque puede ocurrir que una cruz y un ser humano se asemejen entrañablemente. No todo él se había quemado; su mano derecha estaba intacta así como sus ojos que brillaban alegremente, más concentrado su azul, como si en vez de estar esparcido en una mirada, se hubiese juntado, hacinado, a causa de la estupefacción.

—Hay dos ojos y una mano —anunció Carmelita tratando inútilmente de desplazarse, porque se quedó fija en el aire, a poca distancia de su hallazgo. Y tuvo que repetir la noticia a gritos.

Cenobia supo en el acto que se trataba de su marido. Pero ¿cómo adivinar que él había muerto recorriendo el mundo en la extensión de un fuego cambiante?

—Zósimo —alcanzó a musitar. Ya había consumido todos sus alaridos posibles.

—Sí. Debe ser él —convino Francisca.

Cenobia dios unos pasos inseguros y después se encaminó

rectamente. Francisca la seguía como lo que ya era y debería seguir siendo, un perro beatífico. Se aventuraron en la negra cristalización confusa de una suerte de sendero, entre parapetos temibles, y pudieron observar la mano intocada, se diría cortada de un hachazo, y el azul oprimido, el azul que tenía dos zonas, dos atmósferas de salvación.

Francisca esperaba una orden, algo así como "Recógelo y vamos a enterrarlo". Pero Cenobia no decía nada. Francisca bajó la cabeza en señal de respeto. Era posible que ella estuviese ordenando las palabras de una oración en algún lugar todavía trémulo de su alma. Carmelita las reparaba del sol con su vestido blanco que desde la procesión no se había quitado, ahora ensombrecido de tiznes. Al cabo de una hora que pareció consumida en la contemplación y el recogimiento y que tal vez fue el paso brusco a la adaptación a un mundo de detritus, erosiones y resplandores sepultos, que no son otros los componentes de la soledad, Cenobia salió de su paralización. La crisis vasta y expansiva había cesado. De pronto las tres mujeres volvieron la cabeza: acababa de desplomarse una columna; diez minutos más tarde cayó otra arrastrando la habitación en donde la Sudario esperaba todos los días a la misma hora la visita de Dios. Menos mal que no era mediodía y ella no había acudido aún y paseaba por el huerto ajena a todo lo que no fuera su obsesión. Los ojos se le habían puesto más vegetales y la piel tan fina que le transparentaba el alma. Poco después se vino abajo lo que quedaba de una escalera. Cenobia pensó que cuando un hecho se repite establece la ley; así había sucedido con la reiteración de las conmociones que sacudieron la casa, y ahora sabía que desde entonces la destrucción había hecho infinidad de nidales.

—¿Lo sepultamos? —se atrevió a sugerir Francisca.

Cenobia recordó impensadamente el ojo errante de don Blas Ahumada, que había andado de un sitio a otro como penando, y menos mal que ella nunca se enteró de la forma de su desaparición; ni ella ni nadie.

—Sí —dijo.

Pero ninguna de las dos se atrevió a levantar del suelo esa especie de madero quemado, esa cruz que a su diestra tenía

una mano que parecía viva, y en la parte superior dos corpúsculos azules en los que la mirada acababa de coagularse.

Por fin Francisca se decidió pero no tuvo valor para recogerlo. Le pareció una profanación sacar de allí esa mano, la que había bendecido el casamiento de su hija. Pero tampoco podía quedar así, a merced de la inmisericordia. Y entonces tomó puñados de ceniza y empezó a cubrirlo a don Zósimo, y después una materia casi licuada, una especie de alquitrán, y lo arrojó sobre él con reverencia, cuidando que el cobertor con que lo ocultaba se extendiera delicadamente. Y cuando no quedó siquiera la aureola que la mano había comenzado a desprender, las dos mujeres se volvieron.

Carmelita permaneció sobre la inmensa mancha en la que todavía se veía el guiño de alguna brasa embozada, espiando sus movimientos secretos.

A doña Cesárea el gallo no se le acababa. Desde las seis de la mañana anterior estaba arrancándole plumas. Era la primera vez que le sucedía. Y la cocina se había llenado de plumas, montones sofocantes, y ella continuaba su trabajo minucioso sin darse cuenta de que estaba en medio de esa marea blanca que salió como empujada por una rebeldía súbita y voló alrededor de Carmelita e invadió lo que quedaba de la casa, y se mezcló a los carbones, un viento emplumado.

Francisca fue hasta la cocina.

—Doña Cesárea, basta. Tómese un descanso.

Vio que la vieja tenía en la falda el mismo gallo del día anterior. Lo reconoció por la cresta hendida pero no necesitó reparar en ello para comprender que era el mismo, y que la vieja no desistiría, metida en su área inexpugnable.

Cuando llegó la noche las mujeres se acordaron del ángel. Se sentaron en el comedor dispuestas a envejecer indeciblemente sobre las sillas que habían elegido, Carmelita posada sobre uno de los espaldares, semejante a un buho; resueltas a tomar el color de los carbones y las ruinas, a sentirse culpables de que al ángel le faltara un ala. La Sudario no estaba entre ellas. Lo veía a Dios en los gérmenes de resurrección que pululan en las destrucciones. Sí; por fin lo veía pero no en la profunda unidad que había esperado, porque Dios también es tumulto.

Al día siguiente Cenobia Palomar salió a recorrer el caos.

Hay que saber mirar las ruinas como también mirar la soledad: siempre se encuentra algo que no fue abatido. Y es lo que hizo ella: supo ver el hilo vivo de algo que salía de allí, un trazo esplendente que se perdía en la lejanía que Dionisio y Elvira habían elegido para enraizar su sangre. Sonrió vagamente; tuvo la certeza de que en el amor de ellos su clan resucitaría, y también las fisonomías amadas y todo lo que ahora parecía perdido. Los demás, si se disgregarían, pero ¿qué contaban ellos, aun siendo tantos, en comparación con dos que el amor vuelve trascendentes?

No sacaba los ojos de las cenizas y, sin embargo, veía las formas que toma de pronto la salvación. Y comprendió que toda salvación necesita dos rostros. Y cuando vio los de Dionisio y Elvira iluminar las cenizas y esa aparente finitud, se sintió ella también tocada por un resplandor.

Levantó los ojos y el cielo le pareció más grande.

"¿Para qué quiero el sol? —se dijo—. Ahora todo el sol es de ellos".

María Granata

EL JUBILOSO EXTERMINIO

"Pienso que la búsqueda de la propia identidad ha significado siempre una de las más azarosas aventuras del hombre, quizás el centro de su drama, ya que el yo es abismal y, por lo tanto, su afirmación, aun en el mejor de los casos, no termina nunca de consolidarse. Inseparable de este acuciante, decisivo desafío, está la carga de los ancestros, el acontecer de la genealogía. Silvestre Mártires, el protagonista de mi novela, no es sino un poseído de sus antepasados, y cada uno de los seres que entran en su composición está lanzado a esa otra aventura representada por la necesidad de continuar vigentes, de asegurarse uno que otro tramo de inmortalidad".

M. G.

BUENOS AIRES, JULIO DE 1974
PRIMERA EDICIÓN: 8.000 EJEMPLARES
2ª Y 3ª IMPRESIÓN: 5.000 EJEMPLARES

BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1980
4ª IMPRESIÓN: 2.000 EJEMPLARES
Editor: EMECÉ EDITORES, S. A. - ALSINA 2062, Bs. As.
Impresor: IMPRENTA DE LOS BUENOS AYRES, RONDEAU 3274, Bs. As.
Distribuidor: EMECÉ DISTRIBUIDORA, S.A.C.I.F. y M. - ALSINA 2062, Bs. As.
11.092